



*la chica
danesa*

David Ebershoff

Lectulandia

Copenhague, en 1925. Greta y Einar son una pareja de jóvenes pintores. Ella es conocida, sobre todo, por sus delicados, sugestivos retratos de mujeres. Pero aquella tarde, la modelo no ha venido. Y Greta le pregunta a Einar si por una vez, para que ella pueda terminar la parte de abajo de un cuadro, él se pondría un par de medias de seda, se calzaría unos zapatos de tacón, acaso también un vestido que le permitiera acabar de pintar los pliegues de la falda. Einar acepta, y el instante en que la seda del vestido se desliza por su cuerpo supone una revelación, el momento de la sensación más verdadera, como que ya no tendrá vuelta atrás, es un mundo de sueños, el sueño de ser Otro... Y así, acompañado por Greta —porque ambos habitan ese oscuro espacio secreto entre dos personas que constituye un matrimonio—, Einar recorrerán arduo camino al final del cual se encuentra una mujer llamada Lili Elbe, que fue Einar, y que ahora es una chica danesa.

Lectulandia

David Ebershoff

La chica danesa

ePub r1.0

Titivillus 06.09.15

Título original: *The Danish Girl*
David Ebershoff, 2000
Traducción: Jesús Pardo
Diseño de cubierta: Harishka
Imagen de cubierta: Gerda y Lili de Gerda Wegener (1886-1940)

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Mark Nelson

Primera parte

Copenhague, 1925

Su mujer fue la primera en saberlo.

—¿Me harías un pequeño favor? —le preguntó Greta desde el dormitorio la primera tarde—. ¿Me echarías una mano un momento?

—Por supuesto —dijo Einar con los ojos fijos en el lienzo—, lo que haga falta.

Era un día frío; una brisa gélida llegaba del Báltico. Estaban en su apartamento de la Casa de las Viudas, y Einar, bajito y que aún no había cumplido los treinta y cinco años, pintaba de memoria. Una escena invernal del Kattegat. El agua negra estaba salpicada de espuma blanca y era cruel, la tumba de cientos de pescadores que volvían a Copenhague con su salado botín. El vecino de abajo era marinero, tenía la cabeza en forma de bala y maldecía a su mujer. Cuando Einar pintaba el rizo gris de cada ola, se lo imaginaba ahogándose mientras su voz aguardentosa seguía llamando puta de puerto a su mujer. Así era como Einar acertaba con la mezcla exacta de colores: lo bastante gris para tragarse a un hombre como aquél, para envolver como una masa de pastel su ronca voz que se hundía.

—En un momento estoy contigo —dijo Greta, que era más joven que su marido y tenía un bello rostro, ancho y chato—, y entonces podemos empezar.

También en esto Einar era distinto de su mujer. Él pintaba la tierra y el mar, pequeños rectángulos iluminados por la luz oblicua de junio o tamizados por el sol monótono de enero. Greta pintaba retratos, con frecuencia de tamaño natural, de gente importante de aspecto bondadoso, con los labios rosados y el canoso cabello reluciente. El señor I. Glückstadt, el financiero que estaba detrás del Puerto Franco de Copenhague. Christian Dahlgaard, el peletero proveedor de la Real Casa. Ivar Knudsen, socio de la empresa naviera Burmeister y Wain. Aquel día le hubiera tocado el turno a Anna Fonsmark, mezzo-soprano de la Real Opera Danesa. Presidentes de consejos de administración y magnates encargaban a Greta sus retratos para colgarlos en sus despachos, encima de un archivador, o en los pasillos de sus oficinas.

Greta apareció en el vano de la puerta.

—¿Seguro que no te importa dejar un momento lo tuyo y echarme una mano? —le preguntó mientras se echaba el pelo hacia atrás—. Si te lo pedí, es porque es importante. Resulta que Anna me ha vuelto a llamar para decirme que no puede venir. ¿Te importaría ponerte sus medias? —añadió Greta—. ¿Y sus zapatos?

El sol de abril relucía detrás de Greta y se filtraba a través de las sedosas hebras que le colgaban, lacias, de la mano. Por la ventana, Einar veía la Torre Redonda, semejante a una enorme chimenea de ladrillo, y, sobre ella, el avión del Deutscher Aero-Lloyd, en su regreso diario a Berlín.

—¡Greta! —dijo Einar—. ¿Qué quieres decir?

Una gota de pintura viscosa le cayó del pincel a la bota. Eduardo IV empezó a ladrar, y su cabeza blanca miraba ya a Einar, ya a Greta.

—Que Anna ha vuelto a llamar para decirme que no puede venir —repitió Greta —, tiene un ensayo extra de *Carmen*, y me hacen falta dos piernas para terminar el retrato, si no, no lo voy a acabar nunca. Y entonces pensé que con las tuyas a lo mejor me arreglaría.

Greta se le acercó; traía en la otra mano los zapatos, de color amarillo mostaza, con hebillas de peltre. Llevaba su bata de pintar, abotonada por delante, con bolsillos de parche, donde guardaba todo lo que no quería que viese Einar.

—Pero es que no puedo ponerme los zapatos de Anna —dijo Einar.

Mientras los miraba, Einar pensó que a lo mejor, después de todo, le entrarían, pues sus pies eran pequeños y arqueados, y tenían los talones redondos y carnosos y los dedos finos, con unos pocos pelitos. Se imaginó el rollo arrugado de las medias resbalando sobre el hueso blanco de sus tobillos. Y sobre el pequeño cojín de su pantorrilla. Y el clic del corchete de una liga. Einar tuvo que cerrar los ojos. Los zapatos eran como los que había visto la semana anterior en el escaparate de los Grandes Almacenes Fønnesbech's, y los llevaba un maniquí vestido de azul oscuro. Einar y Greta se habían parado para admirar el escaparate, que estaba enmarcado por una gran guirnalda de junquillos. Y Greta dijo:

—Bonito, ¿verdad?

Y, en vista de que él no contestaba, con los ojos, muy abiertos, reflejándose claramente en la luna del escaparate, Greta lo que hizo fue apartarle firmemente de allí. Tiró de él calle abajo, pasando delante de la tienda de pipas, y le dijo:

—Dime, Einar, ¿te encuentras bien?

El cuarto de estar del apartamento les servía a los dos de estudio. Su techo estaba cruzado por delgadas vigas y abovedado como un esquife puesto boca abajo. La neblina marina había combado ligeramente las buhardas, y el suelo se inclinaba imperceptiblemente hacia el oeste. Por la tarde, cuando el sol daba de lleno en la Casa de las Viudas, se filtraba por las paredes un tenue olor a arenque. En invierno las claraboyas goteaban, y finos regueros de fría lluvia resbalaban por la pintura de la pared. Einar y Greta ponían sus caballetes debajo de las dos claraboyas, cerca de las cajas de pintura al óleo compradas a la casa Salathoff, de Munich, y de los haces de lienzos en blanco. Cuando Einar y Greta no pintaban, lo protegían todo bajo lonas verdes que el vecino marinero de abajo había dejado abandonadas en el descansillo.

—¿Por qué quieres que me ponga sus zapatos? —le preguntó Einar a su esposa.

Se sentó en la silla de asiento de cuerda que había cogido del cobertizo de la granja de su abuela. Eduardo IV se le sentó en el regazo; el perrito temblaba a causa de los gritos que daba abajo el marinero.

—Es por mi cuadro, Einar —dijo Greta. Y añadió—: Yo lo haría por ti.

En el ápice de su mejilla tenía una pequeña, superficial cicatriz de viruela, y se la frotaba suavemente con el dedo, como solía hacer, bien lo sabía Einar, cuando se

sentía inquieta.

Greta se inclinó para desanudarle los cordones de las botas. Tenía el pelo largo y de un rubio más danés que el de Einar; solía echárselo para atrás, detrás de las orejas, cuando quería ponerse a hacer algo nuevo. En aquel momento, caía sobre su rostro mientras forcejeaba con los nudos de los cordones de Einar. Greta olía a aceite de naranja, del que su madre le enviaba una vez al año una caja llena de frasquitos pardos cuya etiqueta decía PURO EXTRACTO DE PASADENA. Su madre pensaba que lo usaba para hacer pastas de té, pero, en realidad, lo que hacía era aplicárselo como perfume detrás de las orejas.

Greta se puso a lavarle los pies a Einar en la palangana. Lo hacía con suavidad y eficiencia, y le pasaba con rapidez la esponja entre los dedos. Einar se subió todavía más los pantalones. Sus pantorrillas, pensó de pronto, eran bonitas. Estiró delicadamente el pie derecho, y Eduardo IV se puso a lamer el agua que goteaba del dedo meñique, que tenía forma de martillo y en el que nunca había crecido la uña.

—¿Guardarás el secreto de esto, Greta? —susurró Einar—. No se lo dirás a nadie, ¿verdad?

Se sentía asustado y, al mismo tiempo, excitado, y el corazón le latía con tanta fuerza que parecía ir a salirse del pecho.

—¿A quién podría decírselo?

—Pues a Anna, por ejemplo.

—Anna no tiene por qué saberlo —dijo Greta.

Anna, pensó Einar, era cantante de ópera, y estaba acostumbrada a ver a hombres vestidos con ropa de mujer. Y a mujeres con ropa de hombres. Travestirse era el truco más antiguo de la creación. Y, en el escenario de la ópera, carecía por completo de importancia, sólo servía para crear confusión. Una confusión que siempre acababa resolviéndose en el último acto.

—Nadie tiene por qué saber nada de esto —dijo Greta, y Einar, que se sentía como iluminado por las candilejas, comenzó a tranquilizarse y a subirse la media pantorrilla arriba.

—Te la estás poniendo al revés —le dijo Greta al tiempo que enderezaba la costura—, y tira despacio.

La segunda media se rasgó.

—¿Tienes otra? —preguntó Einar.

El rostro de Greta mostró perplejidad, como si acabase de darse cuenta de algo; luego se levantó y fue a uno de los cajones del armario ropero de fresno. Este armario tenía un espejo oval en la puerta y tres cajones con tiradores de latón en la parte inferior; Greta cerraba con una pequeña llave el cajón superior.

—Éstas son más gruesas —dijo Greta, al darle un nuevo par.

Cuidadosamente plegadas en un cuadrado, las medias le parecieron a Einar un pedazo de carne: un pedazo de la piel de Greta, atezada después de pasar unas vacaciones en Menton.

—Por favor, ten cuidado —le dijo ella—, me las pensaba poner mañana.

La raya que dividía en dos la cabellera de Greta mostraba una tirita de carne blanca plateada, y Einar no pudo menos que preguntarse qué pensamientos bullirían debajo de aquella piel. Con los ojos oblicuos y la boca contraída, Greta parecía concentrada en algo, pero Einar se sentía incapaz de preguntarle en qué; se sentía como maniatado y como si tuviese la boca cubierta por un viejo trapo sucio de pintura. Y se preguntó en silencio qué estaría pensando su mujer, con una expresión de resentimiento en su rostro pálido y suave, muy parecido a la piel de un melocotón blanco.

—¡Qué guapo eres! —le había dicho Greta años antes, el primer día que estuvieron a solas.

Greta debió de darse cuenta de su desazón, porque le acarició las mejillas y le dijo:

—No es nada, hombre. —Y añadió—: ¿Cuándo dejarás de preocuparte por lo que piensen los demás?

A Einar le encantaba que Greta le dijera esas cosas, que agitara enfáticamente las manos en el aire y le asegurara que lo que ella opinaba era lo que opinaba el resto del mundo. Ésta le parecía la más norteamericana de sus características, además de su afición a las joyas.

—Me alegro de que no tengas mucho pelo en las piernas —le dijo Greta como si lo advirtiera por primera vez.

Estaba mezclando sus colores para pintar el óleo en pequeños cuencos de porcelana de Knabstrup. Greta había terminado la mitad superior del cuerpo de Anna, que, tras años de consumir salmón con mantequilla fundida, estaba recubierto por una ligera capa de grasa. A Einar le impresionaba la forma en que Greta había pintado las manos de Anna sosteniendo un ramillete de azucenas. Los dedos estaban cuidadosamente reproducidos, los nudillos fruncidos, las uñas de color carne, pero opacas. Las azucenas, de un bonito blanco lunar, estaban manchadas de herrumbroso polen. Greta era una pintora mediocre, pero Einar no se lo había dicho nunca. En cambio, la alababa siempre que podía, quizás en exceso. Y la ayudaba en todo lo que le era posible, y trataba de enseñarle técnicas que le parecía que no conocía, especialmente sobre luz y perspectiva. Si Greta conseguía dar con el tema apropiado, Einar no tenía la menor duda de que acabaría convirtiéndose en una buena pintora. Al otro lado de la ventana, una nube se apartó, y la luz del sol cayó de lleno sobre el retrato a medio terminar de Anna.

La plataforma que Greta usaba para sus modelos era un baúl laqueado comprado a la lavandera cantonesa que pasaba en días alternos a entregar y recoger la colada, la cual no anunciaba su llegada con un grito desde la calle, sino con el estridente tintineo de unas campanillas de oro que llevaba sujetas a los dedos.

En pie sobre el baúl, Einar comenzaba a sentirse mareado y caluroso. Se miró las espinillas: la suavidad de la seda sólo era interrumpida por algún que otro pelo, que la

traspasaba como el leve bozo de un melocotón. Los zapatos amarillos parecían demasiado delicados para sostenerle, pero sus pies naturalmente arqueados no notaban ninguna molestia, era como si estuviese estirando un músculo apenas usado. Algo comenzó a agitarse en la cabeza de Einar, y se puso a pensar en una zorra cazando a un ratón de campo: el rojo hocico de la zorra buscaba al ratón entre los surcos de un campo de legumbres.

—Estate quieto —le dijo Greta.

Einar miró por la ventana y vio la cúpula del Teatro Real, donde había pintado a veces decorados para la compañía de ópera. En aquel momento, Anna estaba allí ensayando *Carmen*, con los suaves brazos retadoramente levantados ante el lienzo, pintado por él, que representaba la plaza de toros de Sevilla. A veces, cuando Einar estaba en el teatro, pintando, la voz de Anna resonaba en la sala despertando ecos bronceados. Esto le hacía temblar de tal manera que el pincel manchaba el lienzo y tenía que frotarse los ojos con el revés de la mano. La voz de Anna no era bella: a veces le salía desigual y apagada, y era evidente que estaba un poco gastada; había en ella algo masculino y femenino al mismo tiempo. Sin embargo, vibraba más que la mayor parte de las voces danesas, que, con frecuencia, eran finas y blancas, demasiado bonitas para infundir escalofríos. La voz de Anna tenía el calor del sur; a Einar le calentaba como si saliese de una garganta enrojecida por carbones ardientes. Einar se bajaba entonces de la escalera en la que pintaba los decorados y se iba a las bambalinas del teatro, desde donde podía observar a Anna, envuelta en su blanca túnica de lana, abriendo la boca para ensayar bajo la batuta del director, Dyvik. Anna se inclinaba hacia delante al cantar, y siempre decía que era porque la fuerza de la gravedad musical le tiraba de la barbilla para llevarla al foso de la orquesta.

—Es una especie de delgada cadena de plata firmemente atada al extremo de la batuta del director y aquí. —Y al decir esto apuntaba con el dedo índice de su mano derecha a una pequeña peca, poco mayor que una miga de pan, que sobresalía de su barbilla—. Sin esa cadenita, me parece que no sabría qué hacer. Ni siquiera sé si podría ser como soy.

Cuando Greta pintaba, se echaba el pelo para atrás y se lo sujetaba con una peineta de carey; entonces su cara le parecía más grande a Einar, era como si la viese a través de un cuenco lleno de agua. Greta era, probablemente, la mujer más alta que había conocido, tan alta que podía mirar por encima de los medios visillos que la gente colgaba en la parte inferior de las ventanas de los pisos bajos que daban a la calle. A su lado Einar se sentía pequeño, como si fuese su hijo; le miraba a los ojos desde la altura de su barbilla y tenía que alzar la mano para coger la suya. La bata que usaba Greta para pintar había tenido que ser hecha a medida por una modista que vivía a la vuelta de la esquina y que llevaba su canoso pelo recogido en un moño; al tomarle las medidas, dijo sentirse muy sorprendida, casi incrédula, de que una mujer tan alta y tan robusta no fuese danesa.

Greta pintaba con una concentración flexible que Einar admiraba. Sabía animar

con precisión el relucir de un ojo izquierdo y contestar inmediatamente si alguien llamaba a la puerta, coger la leche que le traían de la lechería Busk y volver, sin más, a pintar el mismo relucir en el ojo derecho de su cuadro. Mientras pintaba cantaba canciones que llamaba «de fuego de campamento». Y se ponía a contarle a la persona que estaba retratando historias de su niñez en California, cuando los pavos reales hacían sus nidos en los naranjales de su padre; a sus modelos femeninos les contaba —Einar lo oyó desde el descansillo, un día que volvía antes de lo esperado al apartamento— detalles de su vida íntima, como que Einar y ella hacían el amor cada vez con menos frecuencia:

—Noto que eso le preocupa —dijo, y Einar se la imaginó metiéndose el pelo detrás de las orejas al decirlo—, y por eso nunca le hago ningún reproche.

—Se te están cayendo —le dijo Greta de pronto señalándole las medias con el pincel—, tienes que subírtelas.

—¿Crees que es realmente necesario?

El marinero que vivía abajo dio un portazo, y ya no se oyó más que la risita irónica de su mujer.

—Anda, Einar —dijo Greta—, haz el favor de estarte quieto.

La sonrisa desapareció de su rostro. Eduardo IV se fue al trote al dormitorio y se puso a escarbar en las sábanas; luego se oyó su suspiro de niño bien alimentado. Era un perro viejo, de la finca de Jutlandia, nacido en una tubera; su madre y el resto de la camada habían muerto ahogados en la turba.

El apartamento estaba en el ático de una casa que el gobierno había edificado el siglo anterior para viudas de pescadores. Tenía ventanas que daban al norte, al sur y al oeste, y, a diferencia de la mayoría de las casas de vecinos de Copenhague, daba a Einar y a Greta suficiente espacio y luz para pintar. Habían estado a punto de instalarse en una casa adosada de Christianshavn, al otro lado del Puerto Interior, una zona donde había empresas de importación, plantas envasadoras de cemento, prostitución, bares y juego, y en la que se establecían numerosos artistas. Greta decía que podía vivir en cualquier parte, por barriobajero que fuera el ambiente, pero Einar, que había dormido bajo un tejado de barda durante los primeros quince años de su vida, se opuso a la idea, y fue él quien dio con la Casa de las Viudas.

La fachada estaba pintada de rojo y la casa se hallaba situada a una manzana de distancia del canal del Puerto Nuevo. Las buhardas sobresalían del empinado tejado, cubierto de musgo, y las claraboyas se abrían en lo más alto. Los demás edificios del barrio estaban enjalbegados, con puertas de ocho tableros cuarterones de color de alga marina.

Al otro lado del descansillo vivía un médico apellidado Møller, que recibía en plena noche llamadas urgentes de mujeres que estaban a punto de dar a luz. Pero, por lo menos, pasaban pocos coches por la calle, que no tenía salida, pues daba al Puerto Interior, y era lo bastante silenciosa para que se pudiese oír en ella el eco del grito de una chica tímida.

—Tengo que volver a mi trabajo —acabó por decir Einar, cansado de estar de pie con los zapatos de Anna, cuyas hebillas de peltre le apretaban mucho.

—¿Quiere eso decir que no te vas a probar su vestido?

Cuando le oyó decir «vestido», Einar sintió que el estómago se le llenaba de calor, al tiempo que un grumo de vergüenza le subía por el pecho.

—No —respondió—, no creo.

—¿Ni siquiera unos minutos? —preguntó Greta—. Es que tengo que pintar el dobladillo contra las rodillas.

Greta estaba sentada en la silla de asiento de cuerda, junto a él, y le acariciaba las pantorrillas a través de la seda. Su mano era hipnótica, su contacto le estaba diciendo que cerrase los ojos. Lo único que oía Einar era el roce de sus uñas sobre la seda.

De pronto, Greta se detuvo.

—No, perdona —le dijo—, no debí pedírtelo.

Einar se dio cuenta entonces de que la puerta del armario ropero de fresno estaba abierta y en su interior colgaba el vestido de Anna. Era blanco, con tiras de lentejuelas en el dobladillo rodillero y los puños. El vestido se mecía con la corriente de una ventana mal encajada. Tenía algo —el relucir mate de la seda, el fijo encaje del escote, los corchetes de los puños, abiertos como boquitas— que infundía a Einar deseos de tocarlo.

—¿Te gusta? —le preguntó Greta.

Einar pensó contestar que no, pero eso habría sido mentir. El vestido le gustaba, y tenía la sensación de que la carne se le tensaba debajo de la piel.

—Pues, anda, pónitelo, aunque sólo sea unos minutos.

Greta fue a por el vestido y se lo puso a la altura del pecho a Einar.

—Greta, ¿y si...?

—Anda, quítate la camisa.

—¿Y si...?

—Cierra los ojos y calla.

Y eso es lo que hizo Einar.

Incluso con los ojos cerrados, en pie y sin camisa ante su mujer, Einar se sentía ridículo. Se sentía como si le hubiesen cogido haciendo algo que hubiese prometido no hacer, no algo como cometer adulterio, sino, más bien, la reanudación de alguna mala costumbre que hubiese jurado abandonar; por ejemplo, beber aguardiente en los bares de los canales de Christianshavn, o comer empanadillas en la cama, o hacer solitarios con una baraja de cartas pornográficas que había comprado una tarde en que se sentía solo.

—Y quítate los pantalones también —dijo Greta alargándole el vestido con la mano y apartando cortésmente la mirada.

La ventana del dormitorio estaba abierta, y el fuerte aire marino que olía a pescado le estaba poniendo a Einar la carne de gallina.

Einar se puso rápidamente el vestido por la cabeza y se ajustó lo mejor que pudo

la pechera. Le sudaban los sobacos y la espalda. El calor le hacía desear cerrar los ojos y volver a los días de su niñez, cuando lo que le colgaba entre las piernas era tan pequeño e inútil como un rabanito.

Greta se limitó a decir:

—Muy bien.

Luego cogió el pincel y lo aplicó al lienzo. Sus ojos azules se estrecharon, como si estuviese mirando algo que tuviese en la punta de la nariz.

Einar, de pie sobre el baúl lacado, iluminado por la luz del sol cuando no lo ocultaban las nubes y envuelto por aquella atmósfera que olía a pescado, se sentía débil, desmadejado. El vestido le iba holgado por todas partes, excepto en las mangas, y lo embargaba una suave sensación de calor, como si acabara de zambullirse en un mar meridional en pleno verano. La zorra estaba cazando al ratón, y en su cabeza resonaba una voz lejana: era el grito de una niña asustada.

Se le hacía difícil a Einar tener los ojos abiertos, seguir mirando los movimientos sinuosos, como de pez, de Greta, cuya mano recorría veloz el lienzo para luego apartarse de él rápidamente, mientras sus brazaletes de plata se agitaban como insectos. Se le hizo difícil seguir pensando en Anna cantando en el Teatro Real de Copenhague con la cabeza inclinada hacia la batuta del director. Einar sólo conseguía concentrar su atención en la seda que le cubría la piel como una venda. Sí, así le había parecido la primera vez: la seda era tan fina y móvil, que casi se diría gasa, una gasa empapada de bálsamo que le caía delicadamente sobre una piel enferma y la curaba. Incluso el apuro de estar en pie ante su mujer comenzó a dejar de preocuparle, porque la veía absorta en su pintura con una intensidad totalmente ajena a ella. Einar empezaba a sumirse en un vago mundo de sueños en el que el vestido de Anna podía pertenecer a cualquiera, incluso a él.

Y justo cuando sus párpados comenzaban a pesarle y el estudio empezaba a oscurecerse, justo en el momento en que Einar suspiraba y bajaba los hombros, se oyó, sonora, la voz de Anna:

—¡Vaya, mira a Einar!

Einar abrió los ojos. Greta y Anna le señalaban con el dedo; tenían los rostros radiantes y sus labios se abrían en amplias sonrisas. Eduardo IV empezó a ladrar delante de su amo. Y Einar Wegener se sintió paralizado.

Greta cogió el ramillete de azucenas que llevaba Anna, regalo de uno de sus admiradores, y se lo puso a Einar en las manos. Con la cabeza levantada como la de un pequeño trompeta tocando un solo, Eduardo IV se puso a dar vueltas corriendo alrededor de Einar con aire protector. Mientras las dos mujeres seguían riéndose, los ojos de Einar se hundían más y más en sus cuencas y se llenaban de lágrimas. Le ofendía su risa, y también el perfume de las azucenas, cuyos herrumbrosos pistilos dejaban polvorientas huellas en la pechera de su vestido, en el indiscreto bulto que notaba entre las piernas, en las medias, y en sus manos abiertas y húmedas.

—¡Eres un putón! —rugió tiernamente el marinero en el piso de abajo—. ¡Un

putón bellissimo!

El silencio que siguió a estas palabras indicaba un beso de perdón. Entonces Greta y Anna rompieron a reír más fuerte todavía, y, justo en el momento en que Einar iba a decirles que hiciesen el favor de irse del estudio, aunque sólo fuera para que pudiese cambiarse de ropa en paz, Greta dijo, con un tono de voz meloso, cauto, nada habitual en ella:

—Podríamos llamarte Lili.

Greta Wegener tenía veintinueve años y era pintora. Era californiana. Se apellidaba Waud. Era nieta de Apsley Haven Waud, que se había hecho rico gracias a las concesiones de tierras que se hacían a quienes emigraban al Oeste, e hija de Apsley Junior, más rico todavía gracias a sus naranjales. Antes de ir a Dinamarca, cuando tenía diez años, los viajes más largos que había hecho eran de Pasadena a San Francisco, donde un día en que jugaba con sus aros delante de la casa de su tía Lizzie, en Nob Hill, accidentalmente derribó a su hermano gemelo en el momento en que pasaba un coche de caballos, que lo atropelló. Carlisle sobrevivió al accidente, pero le quedó para siempre en la espinilla una reluciente cicatriz en forma de muesca; algunas personas afirmaban que ya no volvió a ser el mismo de antes. Cuando creció, Greta solía decir que su hermano nunca había tenido lo que ella llamaba el «carácter de los conquistadores del Oeste».

—Algunos Wauds nacen con ese carácter —comentaba a los diez años cuando era ya una niña demasiado alta para su edad, que practicaba el danés con su familia en la cubierta de teaca del barco en que hacían el viaje a Dinamarca—, y otros no.

Los daneses, ciertamente, no tenían el carácter de los conquistadores del Oeste, aunque, bien mirado, ¿por qué habrían de tenerlo? En vista de lo cual, Greta los perdonaba, casi siempre, al menos. Perdonaba, sobre todo, a Einar, que había sido su primer profesor de arte y luego fue su segundo marido. Para la primavera de 1925 ya llevaban más de seis años casados: había mañanas en las que a Greta le parecía que habían sido seis semanas; en otras, sin embargo, eran como seis vidas enteras y verdaderas.

Einar y Greta se conocieron en la Real Academia de Bellas Artes el día uno de septiembre de 1914, sólo unas semanas después de que el Káiser invadiera las colinas de Luxemburgo y Bélgica. Greta tenía entonces diecisiete años. Einar, con algo más de veinte, ya era profesor de pintura; seguía siendo tímido, seguían dándole miedo las mujeres, en especial las jóvenes, y seguía soltero. Greta era ancha de hombros y tenía esa postura que es propia de una niñez pasada a caballo. Se dejaba el pelo hasta las caderas, lo que resultaba un poco provocativo en las pocas calles de Copenhague que aún tenían luz de gas. Los daneses se lo disculpaban, diciendo que, después de todo, era de California, una región que casi ninguno de ellos conocía, pero donde se imaginaban que la gente como Greta viviría en grandes casas abiertas, sombreadas por palmeras, en cuyos jardines aparecían pepitas de oro entre la tierra negra.

Un día Greta se depiló las cejas, y ya no le volvieron a crecer, lo que le pareció más una comodidad que una desgracia. Todas las mañanas se las dibujaba con unos lápices de cera que compraba en el tercer piso del Magasin du Nord, adonde iban discretamente a hacer sus compras las mujeres que necesitaban realzar sus encantos

con ayuda de la cosmética. Greta tenía la irresponsable costumbre de aprestarse los poros de la nariz siempre que abría un libro, y esto ya le había causado unas pocas cicatrices, pequeñas como puntas de lápiz en la piel, lo cual la preocupaba. Se consideraba la chica más alta de Copenhague, cosa que, probablemente, no era verdad. Ahí estaba, por ejemplo, Grethe Jenssen, esbelta belleza y amante del alcalde de la ciudad, siempre entrando y saliendo de las tiendas de los bajos del Hôtel d'Angleterre, y siempre con vestidos cubiertos de cuentas de cristal, incluso en pleno día.

Además, Greta consideraba que el matrimonio no era para ella. Y cuando algún jovencito, un danés de rostro ancho procedente de un decadente clan aristocrático, o el hijo de algún magnate del acero norteamericano que estaba pasando un año en Europa, la invitaba al *ballet* o a dar una vuelta en velero por los canales de Christianshavn, su primer pensamiento era siempre el mismo: Éste a mí no me caza. Lo único que quería era ser una intelectual: una muchacha perpetuamente joven, libre para pintar todos los días a la luz de la ventana y cuya única vida social tenía lugar a medianoche, cuando un grupo de ocho jóvenes se reunía en Sebastian's, que era su bar favorito, para tomar rápidamente unas copas de aguardiente de cerezas antes de que un carilargo policía hiciese acto de presencia a la una de la madrugada para declarar el bar oficialmente cerrado.

Pero hasta la propia Greta sabía perfectamente que esto no sólo era tonto, sino también imposible. Era evidente que a la joven señorita Greta Waud no se le iba a permitir vivir así, en absoluto.

Cuando era pequeña, Greta solía escribir una y otra vez en su cuaderno de ejercicios caligráficos: Greta, Greta, Greta, omitiendo a propósito el apellido «Waud», como si quisiera saber qué sería ser Greta a secas, algo que nadie la llamaba nunca. No le explicaba a nadie nada acerca de su familia. Y, cuando llegó a la adolescencia, jamás presumió de sus relaciones familiares. Despreciaba a los que estaban siempre apoyándose en estas relaciones. ¿Qué sentido tenía?

Había ido a Dinamarca de niña con su padre, un hombre de brazos largos y espesa barba que acababa de recibir el cargo de embajador estadounidense.

—¿Y para qué quieres ser eso? —le había preguntado Greta cuando le habló por primera vez de su nuevo cargo.

—Mira, Greta —intervino su madre—, sé razonable. Es tu padre.

Greta olvidaba que la madre de su padre, su propia abuela, Gerda Carlsen, cuyo nombre le habían puesto, era danesa y tenía el pelo de un rubio color haya. Criada en Bornholm, Gerda era recordada por las amapolas color rojo sangre que solía llevar detrás de las orejas, y también por ser la primera chica de su familia que no había abandonado esa isla báltica para dirigirse a Copenhague, que era lo que solían hacer todas las jóvenes con ganas de abrirse camino en el mundo, sino al sur de California, lo cual, en aquellos tiempos, era como decir a su familia que había decidido emigrar a la Luna. Al cabo de unos años de trabajar entre caballos en el rancho, Gerda acabó

llamando la atención de Apsley Waud Senior, y así, la alta chica de Bornholm, que llevaba el pelo hasta las caderas y se ponía amapolas detrás de las orejas, se convirtió en una matriarca californiana. Cuando su padre le dijo que pensaba llevar a la familia a Dinamarca, lo cual no dejaba de ser una especie de regreso, fue una falta de sensibilidad por su parte —incluso ella acabó reconociéndolo en su fuero interno— no haberse dado cuenta desde el principio de que aquella era la manera en que su padre trataba de obtener el perdón de su abuela, Gerda Carlsen Waud, la de los ojos azules, que había perdido la vida cuando su hijo Apsley Junior, entonces un adolescente, la hizo colocarse en el borde del Arroyo Seco de Pasadena para sacarle una foto con la espléndida vista como fondo y vio con horror que el terreno, corroído por las hormigas, cedía bajo los pies de su madre, que cayó al vacío, hasta chocar mortalmente con el nudoso ramaje de un gran sicomoro.

En el otoño de 1914, en la Real Academia, Greta daba por supuesto que casi todo el mundo, y en especial los profesores, hablaba de dos cosas: de la guerra y de ella. Ella siempre llamaba la atención, dondequiera que fuese, por su larga cabellera rubia, que iba como una estela a su zaga. Sobre todo en el sur de California. El verano anterior, sin ir más lejos, cuando estaba en Pasadena jugando al tenis y tomando lecciones de hípica, un día el chico que conducía el carro de reparto de la carnicería despertó su interés. Tenía la cabellera negra y rizada, y con su mano caliente la levantó del suelo y la puso a su lado, en el asiento de tablas del carro. Hicieron juntos el viaje de ida y vuelta hasta Wilshire Boulevard, y Greta contempló cómo utilizaba las tenazas de hierro para descargar los canales de costillas de ternera y las piernas de cordero en las casas de Hancock Park. En el camino de vuelta a casa, el muchacho no trató una sola vez de besarla, lo que decepcionó profundamente a Greta, que, por primera vez, puso en duda la eficacia de su larga cabellera rubia. Al final, el muchacho no le dijo más que: «Bueno, hasta la vista», de modo que Greta se encogió de hombros y se fue a su cuarto.

Pero a la mañana siguiente, a la hora del almuerzo, su madre, que no le perdonaba ni una, le dijo:

—Greta, querida, ¿quieres hacerme el favor de explicarme esto?

Y desdobló una hoja del *American Weekly*, en la que se leía la siguiente crítica nota: «¿Está pensando la señorita Waud en dedicarse a la carnicería?» Durante varias semanas la casa entera estuvo aterrada ante la posibilidad de que el asunto saliese a la luz pública. Cada mañana, el silbido del chico que repartía los periódicos los dejaba a todos con el alma en vilo. La prensa no publicó nada más, pero la noticia, evidentemente, trascendió. Durante dos días el teléfono no dejó de sonar. El padre de Greta tuvo que dejar de ir a comer al California Club, en el centro de la ciudad, y a su madre le costó bastante trabajo encontrar otro proveedor de carne. Sus padres suspendieron poco después sus vacaciones en California y Greta pudo volver a Copenhague a tiempo de ver las auroras boreales de agosto y los fuegos artificiales del Tívoli.

Ese septiembre, al final de su adolescencia, cuando ya la guerra retumbaba en las tormentas del cielo, Greta se matriculó en la Real Academia. El primer día de clase, le sorprendió mucho que Einar, en pie ante una pizarra donde aún quedaban restos de una lección anterior, le preguntase:

—Y dígame, señorita, ¿cómo se llama usted?

Cuando Greta respondió a esta pregunta, Einar, o el profesor Wegener, como ella le llamaba entonces, hizo una señal en la lista de alumnos, y siguió adelante. Tenía los ojos tan pardos y tan grandes como los de una muñeca, y no hacían más que mirarla de pronto y apartarse enseguida. Greta empezó a pensar que era porque antes nunca había visto a una norteamericana. Se echó la cabellera sobre un hombro con un movimiento brusco, como quien tremola una bandera.

Luego, a comienzos del año escolar, alguien debió de susurrar a Einar que el padre de Greta era el embajador norteamericano, o quizá lo del chico del carro de la carne, porque los chismorreos ya cruzaban entonces el Atlántico. Lo cierto es que Einar se volvió más raro y torpón en su trato con ella. Esto la decepcionó, porque resultaba que no era más que uno de tantos hombres que no saben ser naturales con una chica rica. Era una situación que le desagradaba pues, en el fondo, nunca había deseado ser rica; no dejaba de reconocer que esto era una ventaja en ciertas ocasiones, pero en otras... Einar parecía incapaz de recomendarle qué cuadros ver en la Exposición de Bellas Artes, o de explicarle la mejor manera de ir a la tienda de pinturas que había cerca del Hospital Municipal. Greta le invitó a una recepción que daba la embajada norteamericana en honor de un naviero que había llegado de Connecticut, pero Einar rehusó. Tampoco quiso acompañarla una noche a la ópera. Apenas la miraba a los ojos cuando hablaba con ella. Pero ella sí que le miraba cuando se cruzaban por la calle, o de lejos, al verle, desde la ventana, cruzar el patio de la Academia con sus pasos cortos y rápidos. Einar era estrecho de pecho y tenía la cara redonda, la piel pálida y los ojos tan oscuros que Greta no podía imaginar lo que tenían detrás. Con sólo dirigirse a él, Greta podía hacer que se sonrojara desde la frente hasta el cuello. Era infantil, y esto a Greta la fascinaba, pues ella siempre había sido muy precoz y de pequeña hablaba con los mayores como si también ella lo fuese. En una ocasión le preguntó:

—¿Está casado, profesor?

Y esto le indujo a mover los ojos incontrolablemente y fruncir fuerte los labios para forzarlos a pronunciar la difícilísima palabra «No».

Los otros estudiantes murmuraban sobre el profesor Wegener.

—Procede de una familia de gnomos —dijo una chica.

—Estuvo ciego hasta los quince años —dijo otra.

—Nació en un pantano —dijo un chico que trataba de llamar la atención de Greta.

Este chico pintaba cuadros de estatuas griegas, y Greta no podía imaginar un tema ni una persona más aburridos. Cuando la invitó a ir al parque de atracciones del Tívoli para subir a la noria, a Greta sólo se le ocurrió mirarlo con ojos muy abiertos

por el asombro, como si aquello le pareciera el colmo de lo absurdo.

—Bueno, pues el profesor Wegener no te va a invitar, si es eso lo que estabas esperando —dijo entonces el chico, y dio una patada al tronco de un olmo.

En casa, su madre, que no olvidaba el incidente del carro de la carnicería, observaba cuidadosamente a Greta cuando volvía por las tardes y la luz de la chimenea se reflejaba en sus ojos. Una tarde le dijo:

—Mira, Greta, hija, si no te buscas acompañante para tu fiesta de cumpleaños, no me va a quedar más remedio que buscártelo.

Su madre estaba haciendo calceta junto al fuego, y Greta oía a Carlisle, arriba, rebotando una pelota de tenis.

—Estoy segura —prosiguió su madre— de que el hijo de la condesa von der Recke estará encantado de ir contigo—. Claro que no baila, pero es bastante guapo, a pesar de esa joroba tan grande que tiene, ¿no te parece?

Al decir esto, la madre de Greta levantó la cabeza. El fuego de la chimenea era débil y rojo, y el zas, zas de la pelota de tenis de Carlisle llenaba la habitación y hacía temblar el candelero.

—¿Por qué no dejará la pelota ésa? —exclamó exasperada la señora Waud.

Dobló cuidadosamente la calceta, la puso a un lado y se levantó muy rígida, como una flecha acusadora que apuntase hacia el cuarto de Carlisle.

—Siempre te puede acompañar Carlisle —añadió, y suspiró.

Y luego, como si las llamas de la chimenea hubiesen cobrado nueva vida y hubiesen animado de repente la atmósfera de la sala de estar, la señora Waud añadió:

—Pues, mira, sí, eso es. Siempre te queda Carlisle. ¿Por qué no vas con Carlisle? Tampoco él tiene acompañante. Vais los dos juntos, la pareja del cumpleaños.

Pero Greta, que estaba en el vano de la puerta, protestó alzando ambas manos.

—¡Carlisle! ¡No puedo ir con Carlisle! Eso no tendría ninguna gracia. Además, soy capaz de arreglármelas yo solita para encontrar acompañante.

Su madre enarcó las cejas, grises como ala de paloma, y dijo:

—¡No me digas! ¿Quién?

Greta sintió que las uñas se le hincaban en las palmas de las manos a causa de la rabia con que cerró los puños al contestarle:

—Espera y verás. Traeré a quien yo quiera. No voy a ir a la fiesta con mi propio hermano. —Se puso a jugar con el pelo, mirando de hito en hito a su madre, y añadió—: Espera y verás. Después de todo, voy a cumplir dieciocho años.

A la semana siguiente se topó con Einar en las escaleras de la Real Academia. Einar tenía una mano en la blanca baranda cuando ella le puso la suya encima y le dijo:

—¿Puedo hablar con usted?

Era tarde, no había nadie por allí y la escalera estaba en silencio. El profesor Wegener llevaba un traje marrón y una camisa blanca con el cuello parduzco. Tenía en la otra mano un lienzo en blanco pequeño, del tamaño de un libro. Greta le dijo:

—Voy a cumplir dieciocho años. Bueno, los dos, mi hermano gemelo y yo. —Y añadió—: Me gustaría que viniese usted a la fiesta.

Einar puso cara de haber comido algo podrido y palideció.

—Señorita, por favor —dijo, finalmente—, ¿por qué no se pasa a otro seminario? Creo que sería lo mejor.

Se tocó la garganta, como si le colgase de ella algo delicado y muy apreciado. Fue entonces cuando Greta se dio cuenta de que el profesor Wegener era, en ciertos aspectos, más joven incluso que ella. Tenía cara de niño, con la boca pequeña y las orejas siempre encendidas. Su pelo castaño claro le caía sobre la frente con un flequillo que le daba el aspecto de un pícaro duendecillo. Justo en este momento se le ocurrió a Greta enmarcar el rostro de Einar con las manos. Él se sobresaltó un poco al sentir sus dedos en las mejillas, pero luego se quedó quieto. Greta siguió cogiéndole la cara, y él la dejó hacer. Luego lo besó, con el pequeño lienzo apretado entre ambos. Fue entonces cuando Greta se dio cuenta de que Einar Wegener no sólo era el hombre que quería que la acompañase a la fiesta de su cumpleaños, sino también el hombre con quien se quería casar.

—¡Qué guapo eres! —le dijo.

—¿Puedo ir? —preguntó Einar desviando la cara a un lado.

—¿A la fiesta?

—Bueno, no...

—Claro que puedes venir a la fiesta. Para eso te invité.

Y entonces, con gran sorpresa de ambos, Einar volvió su rostro hacia el de Greta y le pidió otro beso.

Pero antes de la fiesta, antes de que Greta cumpliera dieciocho años, su padre decidió que Europa ya no era segura. Poco después de que Alemania atacase Francia, envió a su familia a Estados Unidos.

—Si el Káiser invade Bélgica, ¿qué nos asegura que no se le ocurra dar media vuelta y hacer lo mismo con Dinamarca? —preguntó un día en que estaban sentados a la mesa de roble de tono claro del comedor.

—Sí, es verdad —asintió la madre de Greta, que ya estaba empezando a embalar.

Greta, que se sentía igual que una refugiada que huyera de la guerra, embarcó en el *Princess Dagmar* sin otra cosa en el bolsillo que una nota de Einar que decía: «Por favor, olvídame, seguramente es lo mejor.»

Y ahora, más de diez años después, en la húmeda primavera de 1925, Greta se sentía como si estuviera guardando un secreto sobre su marido. Las primeras semanas que siguieron a la sesión que tuvieron con el vestido de Anna, Greta y Einar no dijeron nada sobre él. Siguieron trabajando cada uno en su caballete, y evitaron cuidadosamente cualquier referencia a sus respectivos cuadros. El retrato de Anna estaba terminado, y Greta buscaba ahora otro encargo. En una o dos ocasiones,

cuando cenaban o leían bien entrada la noche, algo le había hecho pensar en el vestido de Anna, y poco había faltado para que llamara Lili a su marido. Pero siempre supo contenerse. Sólo en una ocasión respondió a una pregunta de Einar, diciéndole:

—¿Qué decías, Lili?

Pero inmediatamente le pidió perdón, y los dos rompieron a reír y ella le besó la frente.

Greta no volvió a pensar en el asunto, y fue como si Lili hubiese quedado reducida a un mero personaje de una comedia que hubieran visto los dos en el Teatro Popular.

Y así estaban las cosas cuando, una tarde en que Greta estaba leyendo algo sobre los liberales sociales en el diario *Politiken*, y la lámpara arrojaba su cono de luz en torno a su silla, Einar se le acercó y se sentó a sus pies, y puso la cabeza en su regazo. La cabeza de Einar irradiaba un suave calorillo sobre los muslos de Greta, que siguió leyendo el periódico mientras acariciaba el cabello de su esposo con una mano que levantaba más o menos cada minuto para pasar la página. Cuando hubo terminado, dobló el periódico y atacó el crucigrama con un lápiz que sacó del bolsillo de su bata.

—He estado pensando en ella —dijo Einar.

—¿En quién?

—En la pequeña Lili.

—Pues, entonces, ¿por qué no volvemos a verla? —dijo Greta levantando apenas el rostro del crucigrama; con la yema del índice manchada de tinta de imprimir, se frotó ligeramente la cicatriz de viruela.

Greta decía a menudo cosas sin reflexionar, llevada por un deseo inconsciente e irrefrenable de ir contracorriente, de saltarse las convenciones, que bullía en lo más hondo de su ser. A lo largo de sus años de matrimonio había hecho a su marido las proposiciones más absurdas: ¿Por qué no nos vamos a Pasadena y nos dedicamos a cultivar naranjas? ¿Por qué no ponemos una pequeña clínica en nuestro apartamento para las prostitutas de Istedgade? ¿Por qué no nos mudamos a algún sitio neutral, como Nevada, por ejemplo, donde no nos conozca nadie? En la gran caverna de la vida conyugal se dicen cosas así, pero, gracias a Dios, la mayoría de ellas se elevan revoloteando hasta quedar colgadas del techo cabeza abajo, pequeñas, negras e inofensivas como murciélagos dormidos. Al menos, eso era lo que creía Greta; sin embargo, no sabía cuál era la opinión de Einar sobre el asunto.

En una ocasión había tratado de pintar a un murciélago dormido —con la doble membrana negra de piel envolviendo su cuerpo de ratón—, pero no le había salido. Le faltaba la pericia técnica para pintar los dedos alargados y el pequeño pulgar con la garra arqueada, y también para pintar las alas pardas y estiradas. No había practicado la pintura de animales. A lo largo de los años, Einar, que a veces pintaba un gorrión, o incluso a Eduardo IV, en sus paisajes, había prometido enseñarle. Pero cada vez que se ponían a ello, ocurría algo que les interrumpía: un telegrama que

llegaba de California, la lavandera con su tintineo de campanillas desde la calle, una llamada de teléfono de los clientes de Einar, que solían ser gente de pelo blanco y con títulos de nobleza, y que vivían detrás de persianas verdes que siempre estaban cerradas.

Unos días mas tarde, Greta volvía a la Casa de las Viudas de una cita con un galerista que había acabado por rechazar sus cuadros. El marchante, hombre apuesto y con una peca como una mancha de chocolate en la garganta, no había rechazado, así sin más, la obra de Greta, pero a ésta, por su forma de tamborilear con los dedos contra la barbilla, le pareció clarísimo que sus cuadros no le habían impresionado.

—¿Todos son retratos? —le preguntó.

Y es que sabía, como todo el mundo en Copenhague, que estaba casada con Einar Wegener. Y ella era consciente de que, precisamente por esto, el marchante esperaba pintorescos y un tanto anticuados paisajes de su pincel.

—¿No le parece que sus cuadros son, quizás, un poco demasiado... —buscó la palabra exacta—, demasiado estáticos?

Esto irritó indeciblemente a Greta, que sintió el calor hervir bajo su piel, vestida con su traje de solapas de esmoquin. ¿Demasiado estáticos? ¿Cómo podía algo ser demasiado... estático? Y, sin más, cogió su carpeta de manos del marchante, dio media vuelta y se fue. Sentía aún cálido y húmedo el rostro cuando llegó al portal de la Casa de las Viudas.

Cuando abrió la puerta de su apartamento, vio a una chica sentada en la silla de asiento de cuerda, y al principio Greta no cayó en quién podría ser. La chica miraba a la ventana, tenía un libro en las manos y Eduardo IV estaba echado en su regazo. Llevaba un vestido azul con el cuello blanco de quita y pon. En su nuca brillaba uno de sus collares de oro. La chica —estaba casi segura de conocerla— olía a menta y leche.

El marinero, abajo, llamaba a gritos a su mujer, y cada vez que resonaba la palabra «¡Put!» a través del parqué del apartamento, el cuello de la chica se sonrojaba. Pero enseguida retornaba a su color natural. «*Luder!*», repetía el marinero una y otra vez, y el rubor subía y bajaba al mismo ritmo por el cuello de la chica.

—¿Lili? —dijo al fin Greta.

—Es un libro estupendo.

Lili le mostró la historia de California que le había enviado su padre en una caja de madera junto con latas de limón en almíbar, la provisión anual de extracto puro de Pasadena y un saquito de frutos de eucalipto para que hiciera vahos con los que suavizarse el cutis.

—No quiero molestarte —dijo Greta.

Lili respondió con un suave murmullo. Eduardo IV gruñó perezosamente y levantó las orejas. La puerta del apartamento seguía abierta, y Greta no se había quitado todavía el abrigo. Lili volvió a sumirse en su libro; Greta miró su pálida nuca, que salía de los eslabones del collar. Greta no sabía qué querría hacer ahora su

marido. Se dijo que para Einar era importante que le siguiese la corriente, lo cual no era un impulso natural en ella. Siguió en pie a la entrada del apartamento, con una mano sobre el picaporte, mientras la chica leía en silencio en la silla, bañándose en la luz que entraba por la ventana.

Lili hacía caso omiso de Greta, que esperaba que se levantase y le cogiese ambas manos entre las suyas. Pero, como seguía inmóvil, decidió que lo mejor sería dejarla sola, de modo que cerró la puerta del apartamento tras de sí y bajó a la calle, donde se encontró con la lavandera cantonesa y le dijo que se fuera.

Más tarde, cuando Greta volvió a la Casa de las Viudas, encontró a Einar pintando. Llevaba sus pantalones de cuadros, un chaleco y una camisa con las mangas remangadas hasta el codo. Su cabeza parecía aún más pequeña a causa del amplio cuello de la camisa y del abultado nudo de la corbata que tenía debajo. Sus mejillas estaban sonrosadas, y su boca, haciendo un puchero, chupaba el extremo del pincel de madera de avellano.

—Va saliendo —dijo, animado—, por fin conseguí mezclar los colores adecuados para representar la nieve que cubre el terreno. Anda, échale una ojeada.

Einar pintaba escenas tan pequeñas, que sus lienzos se podían sostener en equilibrio con una mano. Aquel cuadro, en concreto, era de tonos sombríos: una turbera sumida en la oscuridad invernal; una fina línea de nieve sucia era la única separación entre el esponjoso terreno y el cielo.

—¿Es la turbera de Bluetooth? —preguntó Greta.

Últimamente había empezado a cansarse de los paisajes de Einar. No acababa de comprender cómo era capaz de pintarlos una y otra vez, sin cesar. Aquella noche terminaría el que tenía entre manos, y a la mañana siguiente empezaría una nueva vista de la paramera.

Sobre la mesa había un pan de centeno. Einar había hecho la compra, lo cual no era habitual en él. También había un cuenco de gambas con hielo y un plato de carne de vaca picada. Y un cuenco de cebollitas en vinagre, que recordaron a Greta las cuentas que ella y Carlisle solían enhebrar cuando eran pequeños y su hermano aún cojeaba demasiado para salir a jugar al aire libre.

—¿Ha estado Lili aquí?

Sintió la necesidad de preguntarlo, porque sabía que Einar no lo iba a mencionar.

—Sí, estuvo una hora, menos quizás. ¿No lo notas? ¿No hueles su perfume?

Einar estaba lavando los pinceles en una jarra, y el agua era ahora de un blanco pálido, como la leche aguada que tenía que comprar Greta cuando volvió a Dinamarca después de la guerra.

Greta no supo qué contestar; no sabía qué deseaba su marido que dijese.

—¿Y va a volver?

—Sólo si tú quieres que vuelva —dijo Einar, de espaldas a ella.

Los hombros de Einar no eran más anchos que los de un muchacho. Tan delgado era que, cuando lo abrazaba, Greta pensaba a menudo que sus brazos podrían

rodearlo por completo dos veces. Mientras observaba cómo se agitaba su hombro derecho al sacudir los pinceles, sintió el impulso de avanzar hasta colocarse tras él, abrazarlo estrechamente y susurrarle que se relajara. Su máximo deseo era satisfacer todos los deseos de Einar, por eso había cedido al impulso de abrazarlo; sin embargo, no sabía qué respuesta darle respecto a Lili. Así pues, durante largo rato, en tanto que el ocaso oscurecía cada vez más las ventanas del apartamento del ático de la Casa de las Viudas, Greta permaneció estrechamente abrazada a su marido, cuyos brazos colgaban inmóviles a ambos lados. Al cabo, lo único que se le ocurrió decirle como respuesta fue:

—Mira, eso depende de Lili. Que haga lo que quiera.

En junio tenía lugar el Baile de los Artistas en el Ayuntamiento. Durante una semana, Greta guardó la invitación en el bolsillo, preguntándose qué haría con ella. Einar había dicho poco antes que no quería ir a más bailes. Pero Greta tenía otra idea, pues había percibido en los ojos de su marido un anhelo que éste no se atrevía a expresar con palabras.

Una noche, en el teatro, le había preguntado suavemente:

—¿Te gustaría ir como Lili?

Se lo había preguntado porque adivinaba que era eso lo que quería Einar. Él nunca confesaría abiertamente tal deseo; lo cierto era que raras veces le confesaba nada, a menos que se sintiese forzado, en cuyo caso sus verdaderos sentimientos salían como un torrente; ella, entonces, escuchaba pacientemente con la barbilla apoyada en el puño cerrado.

Estaban en el gallinero del Teatro Real. El terciopelo rojo de los brazos de los asientos estaba blanco de tan gastado en el lugar donde se apoyaban los codos. Sobre el proscenio se leía la frase *ej blot til lyst*^[1]. Los suelos, de roble negro, habían sido encerados aquella tarde, y el aire estaba empapado de un dulce olor medicinal que a Greta le recordaba el de su apartamento después de que Einar lo hubiera limpiado y fregado bien.

A Einar empezaban a temblarle las manos, y la garganta se le tiñó de color rosa. Estaban casi a la altura de la majestuosa araña eléctrica con grandes globos de cristal ahumado. Su luz iluminaba la mitad inferior del rostro de Einar, justo desde debajo de las orejas, donde muchos hombres se dejaban grandes patillas. Era barbilampiño hasta el punto de que le bastaba con afeitarse una vez a la semana; tenía tan pocos pelos en el labio superior, que Greta hubiese podido contárselos de habérselo propuesto, y sus mejillas eran de un color rosa de té que ella miraba a veces de reojo con envidia.

La orquesta afinaba los instrumentos preparándose para atacar la obertura de *Tristán e Isolda*. La pareja sentada junto a Greta y Einar se estaba quitando discretamente los zapatos de charol.

—¿No quedamos en que no iríamos al baile este año? —dijo, finalmente, Einar.

—Bueno, no tenemos por qué ir. Se me ocurrió...

Las luces comenzaron a apagarse, y el director se situó en su puesto, sobre la tarima, al frente de la orquesta. Durante las cinco horas siguientes, Einar permaneció rígido, con las piernas muy juntas y el programa en el puño cerrado. Greta sabía que estaba pensando en Lili como si fuese una hermana menor que llevase mucho tiempo viviendo lejos, pero a punto ya de volver a casa. Aquella noche, Anna interpretaba el papel de Brangäne, la doncella de Isolda. Su voz hizo pensar a Greta en carbones encendidos en un horno, y, aunque no era bonita como la de una soprano, era cálida y correcta. ¿De qué otra forma debía sonar la voz de una doncella?

—Algunas de las mujeres más interesantes que conozco no son especialmente bellas —comentaría luego Greta, hablando con Einar, en la cama. Tenía una mano debajo de la cálida cadera de su marido y estaba al borde ya del empinado acantilado del sueño, incapaz de recordar a ciencia cierta dónde estaba, si en Copenhague o en California.

Al día siguiente, cuando Greta volvió de una reunión que había tenido con otro marchante, un hombre demasiado insignificante para llegar siquiera a molestarla con su negativa, fue derecha a besar a Einar. Allí, en la mejilla, y entre su pelo, estaba el fantasma de Lili, el pertinaz resto de un aroma a menta y leche.

—¿Ha estado aquí Lili?

—Toda la tarde.

—¿Y qué hizo?

—Pues nada especial: fue a Fonnesbech's y se compró unas cuantas cosas.

—¿Sola? —preguntó Greta.

Einar asintió. Había terminado de pintar para el resto del día y estaba sentado en la silla de brazos de nogal, con *Politiken* entre las manos y Eduardo IV hecho un ovillo a sus pies.

—Ah, me encargó que te dijera que quiere ir al baile.

Greta no dijo nada. Era como si alguien estuviese explicándole las reglas de un nuevo juego de salón; escuchaba y asentía, pero, en realidad, pensaba para sus adentros: «Espero que comprenderé todo esto mejor una vez que empiece de veras el juego.»

—¿Quieres que vaya? —preguntó Einar—. ¿Te parece bien que vaya en mi lugar?

Greta, que estaba haciéndose un nudo con las puntas del pelo para que luego se le rizasen, dijo:

—Por mí no hay inconveniente.

Por la noche, Greta dormía con el brazo sobre el pecho de Einar. Cuando se casaron, la abuela de éste les dio una cama de madera de estilo neoclásico, con la cabecera y los pies curvados hacia fuera. Era un poco pequeña, como correspondía a los miembros de la familia Wegener, excepto el padre de Einar. A lo largo de los años Greta se había ido acostumbrando a dormir en diagonal, con las piernas sobre las de

su marido. A veces, cuando le entraban dudas sobre la vida que se había creado en Dinamarca, Greta se sentía como una niña pequeña, y le parecía que Einar, con su cara de muñequita de porcelana y sus bonitos pies, era su juguete más querido. Cuando Einar dormía, hacía pucheritos con sus relucientes labios y el pelo se deslizaba como una guirnalda en torno a la cara; Greta había perdido la cuenta de las noches pasadas en vela contemplando arrobada sus largas pestañas, que se agitaban al ritmo del sueño.

En lo más hondo de la noche el dormitorio estaba silencioso, excepto por el ruido que hacía la sirena del *ferry* que salía para Bornholm, la isla báltica donde había nacido su abuela. Cada vez pasaba Greta más tiempo en vela pensando en Lili, en su rostro campesino con el tembloroso labio superior y los ojos tan pardos y acuosos que no le era posible saber si estaba o no al borde de echarse a llorar. Pensaba también en su carnosa naricita, que, en cierto modo, le daba el aire de una muchachita que todavía está haciéndose mujer.

Lili resultó ser más tímida todavía que Einar. Por lo menos, al principio. Solía bajar la cabeza cuando hablaba, y a veces estaba demasiado nerviosa para decir nada. Cuando se le hacía una pregunta tan sencilla como: «¿Te enteraste del terrible incendio que hubo en el muelle de la Real Compañía Comercial de Groenlandia?», en lugar de contestar, se quedaba mirando a Greta o a Anna, y luego volvía la cabeza hacia otro lado. Lili prefería escribir notitas y dejarlas por el apartamento, y también dejaba tarjetas postales, compradas a la ciega que se ponía ante las puertas de hierro del Tívoli, en el armario de fresno o en el caballete de Greta.

Pero es que no conoceré a nadie en el baile. ¿De veras piensas que debo ir?
¿Y estará bien dejar en casa al pobre Einar? ¿No le importará?

Y en una ocasión:

No me creo lo bastante bonita. Por favor, dime qué piensas.

Greta contestaba las notas con otras que dejaba apoyadas en una frutera llena de peras, justo en el momento de irse del apartamento:

Ya es demasiado tarde. Ya he dicho a todo el mundo que vas a ir. Haz el favor de no inquietarte, todo el mundo piensa que Lili es una prima de Einar que viene de Bluetooth. Algunos han preguntado si necesitarás acompañante, pero ya les he dicho que no es necesario. A ti te da igual, ¿verdad? No pensé que estuvieras —¿es ésa la palabra justa?— preparada.

Algunas noches Einar y Greta cenaban con amigos en su café favorito, en el canal

del Puerto Nuevo. A veces, Einar bebía un poco de aguardiente de más y se enorgullecía infantilmente del éxito de alguna de sus exposiciones.

—¡Todos los cuadros vendidos! —exclamaba entonces, lo que hacía que Greta recordara a Carlisle, que estaba siempre jactándose de las buenas notas que tenía en geometría o de lo guapo que era un nuevo amigo suyo.

Pero había momentos en que la cháchara de Einar ponía incómoda a Greta, que trataba de no escuchar cuando su jactancia le llevaba a hablar de dinero; al fin y al cabo, ¿qué había que decir? ¿Acaso podían fingir que el dinero no les interesaba? Miraba con irritación a Einar por encima de la mesa, cubierta de bandejas aceitosas llenas de espigas de salmón. Nunca le había dicho nada sobre el capital que su padre había transferido a su nombre a una cuenta del Banco de Crédito Agrícola de Dinamarca, ni tampoco sobre la participación en los beneficios que le ingresaba regularmente al final de cada temporada naranjera. Y este silencio no era por egoísmo, sino porque Greta estaba convencida de que el dinero la cambiaría mucho, la convertiría en una persona en cuya compañía ni siquiera ella se encontraría a gusto. Un mal día compró el edificio donde vivían, la Casa de las Viudas. No conseguía decidirse a contárselo a Einar, que todos los meses dejaba en el Banco de Crédito un cheque por el importe del alquiler del apartamento, y parecía hacerlo con cierto disgusto. Greta se daba cuenta ahora de que había hecho mal en comprar la casa, pero la cosa ya no tenía remedio fácil.

Cuando Einar se excitaba, golpeaba la mesa con los puños, el pelo se le revolvía y le caía en torno al rostro, se le saltaba el botón del cuello de la camisa y dejaba al descubierto la piel suave y rosada del pecho. No tenía nada de grasa en su cuerpo, excepto en sus tetillas, pequeñas y suaves. Greta entonces le acariciaba la muñeca, tratando de inducirle a beber menos aguardiente, lo mismo que solía hacer su madre con ella cuando, adolescente, bebía demasiados Tennis Specials en el Valley Hunt Club. Pero Einar no parecía entender esas señales, y lo que hacía era llevarse el vasito a la boca y sonreír mirando al resto de los comensales, como buscando su aprobación.

Físicamente, Einar era un hombre poco corriente, y Greta lo sabía. Solía pensar en ello cuando la camisa se le abría todavía más y todos los que estaban sentados a la mesa podían verle bien el pecho, que era tan turbador como el de una jovencita recién llegada a la pubertad. Con su bonito pelo y la barba, tan suave y lisa como el fondo de una tacita de té, Einar tenía un aspecto desconcertante. Tan bello era, que a veces las ancianas que paseaban por los Jardines Reales transgredían la ley para ofrecerle tulipanes arrancados de un parterre público. Tenía los labios más rosados que cualquiera de los pintalabios que compraba Greta en el tercer piso del Magasin du Nord.

—Venga, díles por qué no vas a ir al baile —dijo Greta una noche, durante la cena.

Hacía calor y cenaban al aire libre, a la luz de una lámpara. Poco antes habían chocado dos lanchas en el canal, y el aire nocturno olía a petróleo y a madera rota.

—¿El baile? —preguntó Einar ladeando la cabeza.

—Greta dice que viene tu prima de Jutlandia —dijo Helene Albeck, secretaria de la Real Compañía Comercial de Groenlandia. Su ajustado vestidito verde de cintura baja la hacía parecer más rechoncha de lo que era en realidad. En cierta ocasión, estando borracha, había cogido la mano de Einar y la apretó contra su regazo. Einar la retiró inmediatamente, lo cual complació a Greta, que había observado el incidente a través de la rendija de la puerta entreabierta de la cocina.

—¿Mi prima? —dijo Einar, que parecía confuso. El sudor perló su bigote, pero no dijo nada, como si hubiera perdido el habla.

Esto ocurrió más de una vez. Cuando Greta mencionaba a Lili hablando con un amigo, o incluso con Anna, el rostro de Einar se contraía, como si no tuviese la menor idea de quién era aquella persona. Él y Greta nunca hablaron después de aquel tema, nunca comentaron aquella especie de despiste casi infantil. «¿Qué Lili?» «¡Ah, sí, Lili!» «¿Mi prima?» «¡Ah, sí, mi prima Lili!» Y al día siguiente volvía a ocurrir lo mismo. Parecía que aquel pequeño secreto que compartían fuese, en realidad, un secreto exclusivo de Greta, era como si estuviese tramando algo a espaldas de su marido. Pensó si debería plantearle directamente el problema, y decidió que no. Tal vez temiese que Einar se sintiese herido. O que lo incomodara aquella intrusión en algo tan íntimo. Pero tal vez lo que le inspirase más temor fuese que Lili desapareciese para siempre, que echase a correr con el cuello blanco de quita y pon ondeando al aire y la dejase sola en la Casa de las Viudas.

El padre de Einar era un cultivador de cereales fracasado, que había sido expulsado de la Sociedad de Cultivadores de la Paramera. La primera noche que pasó fuera de la granja de su madre, en Bluetooth, fue la del día en que viajó a Skagen, en el extremo septentrional de Dinamarca, esa especie de dedo que penetra en el mar, a recoger a su prometida, la hija de los dueños de una tienda de artículos de pesca donde reparaban redes. Esa noche durmió en una posada junto al mar, con techo de algas, y a la mañana siguiente despertó para ir a casarse. La segunda y última noche que pasó fuera de Bluetooth, fue para volver a Skagen con el cuerpo de su mujer y el bebé Einar envuelto en una manta de cuadros. Como el terreno en torno a Skagen estaba demasiado duro a causa de la helada para cavar en él una tumba, envolvieron a la madre de Einar en una red de pesca limpia de escamas y agallas y la tiraron, como si fuera un ancla, al gélido mar. La semana anterior una gigantesca ola grisácea había arrastrado en su reflujo a la posada de techo de algas aguas adentro del Kattegat, de modo que esta vez el padre de Einar tuvo que dormir en la tienda de artículos de pesca, entre anzuelos y sedales y envuelto en el tenue olor a prímulas por el que era conocida la madre de Einar.

Su padre era alto y débil, víctima de una enfermedad ósea incapacitante. Andaba con ayuda de un bastón de madera nudosa y apoyándose en los muebles. Cuando Einar era pequeño, su padre estaba siempre encamado a causa de enfermedades que el médico se limitaba a calificar de raras. Durante el día, Einar entraba a hurtadillas en la habitación de su padre mientras éste dormía, y contemplaba la espuma que le cubría los labios y burbujeaba al compás de su respiración. Entonces se inclinaba hacia delante, hasta tocar los rizos dorados de su padre. Einar siempre había deseado tener el pelo así, tan espeso que un peine de plata quedaba clavado en él igual que los adornos en los árboles de Navidad. Pero más interesante todavía que el pelo de su padre era su enfermedad, la misteriosa enfermedad que acababa con su energía y hacía que sus ojos fueran llorosos y tristes, y sus dedos amarillos y frágiles. Einar encontraba guapo a su padre; le parecía un hombre perdido en un cuerpo inútil, jadeante y un tanto maloliente que lo oprimía como una concha, un hombre desconcertado por un cuerpo que ya no le funcionaba.

Había días en los que Einar se metía en la pequeña cama de madera de haya y se arrebujaba bajo el edredón. Su abuela había introducido en la colcha bolitas de goma de menta, de modo que la cama desprendía un olor fresco y agradable. Einar se echaba con la cabeza hundida entre las almohadas, y el pequeño Eduardo II se hacía un ovillo entre él y su padre y meneaba el rabo, que golpeaba contra la colcha. El perro gruñía y suspiraba, y luego estornudaba. Y Einar lo imitaba. Hacía esto porque sabía lo mucho que su padre quería al chuchó, y ansiaba que lo quisiese del mismo

modo.

Einar descansaba allí y sentía el tenue calor que exhalaban los huesos de su padre, cuyas costillas se traslucían a través del camisón. Las venas verdes de su garganta latían de agotamiento. Einar cogía la mano de su padre y la tenía entre las suyas hasta que su abuela, de cuerpo pequeño y rectangular, se asomaba por la puerta y le decía que se fuera.

—Lo único que conseguirás es ponerle peor —le decía.

Estaba demasiado ocupada con los campos, y con los vecinos que la visitaban para manifestarle su compasión, para cuidar de Einar.

Y sin embargo, a pesar de su admiración, Einar también sentía rencor hacia su padre, y a veces lo maldecía cuando trabajaba en el pantano cortando turba con la azada. En la mesilla de noche que había al lado del lecho del enfermo se veía un daguerrotipo ovalado de la madre de Einar, con el pelo recogido en una corona en torno a la cabeza y los ojos plateados. Siempre que Einar lo cogía para mirarlo, su padre se lo quitaba y le decía:

—No la molestes.

Enfrente de la cama estaba el armario ropero de fresno donde la ropa seguía esperando, exactamente igual que la había dejado su madre el día en que lo trajo al mundo. Un cajón lleno de faldas de fieltro con piedrecitas cosidas en el dobladillo para que el viento no las levantase; un cajón lleno de ropa interior de lana, gris como el cielo; y, en las perchas, unos pocos vestidos de tela de gabardina con mangas de fantasía; su vestido de novia, ya amarillo, estaba envuelto en una gasa que se desgarraba con solo tocarla. Había una bolsa que se cerraba con cintas y resonaba de cuentas de ámbar, y tenía también un pequeño alfiler de camafeo y un pequeño diamante engastado en plata.

De vez en cuando, sintiéndose de pronto lleno de inesperada vitalidad, su padre salía de la granja. Un día, cuando volvía de pasar una hora charlando con un vecino en la cocina de su casa, encontró a Einar, que era bajo para sus siete años, hurgando en los cajones, con el collar de cuentas de ámbar enrollado en torno al cuello y una bufanda amarilla envolviéndole la cabeza, como si fuera una larga, bella cabellera. El rostro de su padre se puso rojo al ver esto, y sus ojos parecieron hundírsele cuencas adentro. Einar oía el airado resuello del aliento en la garganta de su padre.

—¡No puedes hacer eso! —le dijo—. ¡Los niños no pueden hacer esas cosas!

Y el pequeño Einar respondió:

—¿Y por qué no?

Su padre murió cuando tenía catorce años. Los enterradores cobraron diez coronas extra por cavar una tumba lo bastante grande para que cupiera en ella el ataúd, y su abuela, que aquellas alturas ya había enterrado a todos sus hijos, dio a Einar un librito de notas con cubierta de peltre.

—Escribe tus pensamientos en este librito —le dijo.

La cara de su abuela era plana y redonda como un platillo; aquel rostro mostraba

cierto alivio al ver que su extraño e improductivo hijo había decidido irse con la música a otra parte.

El librito de notas era del tamaño de un naípe, con un lápiz azul sujeto al lomo por una cadenita de cuero de avestruz. La abuela se lo había cogido a un soldado prusiano dormido cuando la Confederación Germánica ocupó Jutlandia durante la guerra de 1864.

—Le quité el librito y luego lo maté de un tiro —decía a veces mientras revolvía el queso.

Bluetooth se llamaba así en honor de uno de los primeros reyes de Dinamarca. Nadie sabía muy bien la fecha de su fundación, o de dónde habían llegado los fundadores, aunque, según la leyenda, se trataba de colonos groenlandeses que habían renunciado a su rocosa tierra y llevado allí sus ovejas para que pudieran pastar a gusto. No era, en realidad, más que una aldea rodeada de pantanos. Todo en Bluetooth estaba siempre húmedo: pies, perros y, a veces, en la primavera, hasta las alfombras y las paredes de las casas. Había una pasarela de tablas para cruzar el terreno esponjoso que conducía al camino principal y a los campos de cereales que se extendían a continuación. Esa pasarela se hundía todos los años la longitud del brazo de una chica, y en mayo, cuando la helada se fundía en pedazos del tamaño de escamas de pescado, los hombres de Bluetooth se dedicaban a martillar de nuevo las tablas combadas para asentarlas bien en los montones amarillos de tierra firme.

De muchacho, Einar tenía un amigo que se llamaba Hans y vivía en el límite del pueblo, en un chalé de ladrillo que tenía el primer teléfono que se había visto allí. Un día, antes de que hubieran llegado a ser amigos íntimos, Hans le cobró un céntimo por coger el auricular de su teléfono. Einar sólo oyó un silencio extraño, como cargado de ecos.

—Si tuvieses que llamar a alguien, de sobra sabes que te dejaría —le dijo Hans, que pasó un brazo en torno a los hombros de Einar y lo sacudió suavemente.

El padre de Hans era barón. Su madre, cuyo pelo gris estaba peinado muy prieto, hablaba a su hijo en francés. Hans tenía pecas en la parte inferior de la cara, y era, como Einar, más bajo que la mayor parte de los chicos de su edad. Pero, a diferencia de Einar, tenía la voz rápida, firme y rasposa, una voz de chico bueno y excitado que hablaba con el mismo entusiasmo a su mejor amigo, a su institutriz corsa y al diácono de roja nariz. Era de esos muchachos que de noche se duermen inmediatamente, y Einar lo sabía porque siempre que se quedaba a dormir en el chalé permanecía despierto hasta el alba, demasiado excitado para poder cerrar los ojos.

Hans tenía dos años más que Einar, pero eso no parecía tener la menor importancia. A los catorce, era bajo para su edad, pero, así y todo, más alto que Einar. Con su hermosa cabeza, grande para el tamaño de su cuerpo, Hans le parecía, cuando Einar tenía doce años, más adulto que cualquier otro de los chicos que conocía. Hans entendía a las personas mayores que gobernaban el mundo, y sabía que no les hacía ninguna gracia que se les llamase la atención sobre las contradicciones que había en

sus actos.

—No, no, es mucho mejor no decir nada —aconsejaba a Einar refiriéndose al hecho de que el padre de éste, casi siempre encamado y quejumbroso, echaba para atrás el edredón y corría a buscar la tetera cada vez que la señora Bohr o la señora Lange entraban un momento para chismorrear. O bien le sugería a su manera, con los dedos muy juntos hasta formar una especie de pala de remo que parecía una aleta de pez, que no le dijera a su padre que lo que deseaba era ser pintor.

—Cambiarás de opinión muchas veces; así pues, ¿para qué preocuparlo ahora con una cosa así?

Hans, mientras le decía estas cosas, tocaba el brazo de Einar con sus dedos muy juntos, lo que ponía rígidos los pelitos que tenía allí, como si estuvieran alerta, y la piel un poco como de gallina. Y es que Hans sabía mucho, tanto, que Einar llegaba siempre a la conclusión de que debía tener razón.

—Los sueños no se deben compartir —le dijo Hans a Einar un día en que estaba enseñándole a encaramarse al viejo roble que crecía en el borde del pantano. Sus raíces se retorcían misteriosas en torno a un peñasco tan blanco y moteado de mica que no era posible mirarlo fijamente en días de sol—. Quiero marcharme a París, pero no pienso decírselo a nadie. Un buen día, desapareceré, sin más. Eso es lo único que sabrá de mí la gente —añadió Hans, colgado como un mono de una rama, sacando el pecho. De haberse soltado, casi con toda seguridad habría caído al fango burbujeante.

Pero Hans nunca desapareció en el fango. Para cuando Einar tenía trece años, ya se habían hecho íntimos amigos. Esto sorprendía a Einar, que de un chico como Hans no esperaba otra cosa que desdén. Pero no había nada de eso. Hans invitaba a Einar a jugar al tenis en la pista bien acotada con líneas blancas como de azúcar que había a un lado del chalé de su familia. Y cuando llegó a la conclusión de que Einar nunca sabría manejar la raqueta con un mínimo de precisión, le enseñó las reglas de arbitraje, asegurándole que eran lo más importante. Una tarde, Hans y uno de sus hermanos —eran cuatro, en total— decidieron, para ver si así irritaban a su madre, jugar al tenis desnudos. Einar se puso un jersey y se sentó sobre una roca cubierta de líquen, bajo una sombrilla de papel que Hans le había preparado para protegerle del sol. Einar trató de arbitrar el partido lo más objetivamente posible, aunque lo que quería era ayudar a Hans a ganar. Así pues, sentado muy tieso en la roca, trató de realizar una tarea con toda seriedad.

—Cuarenta... cero para Hans... Un ace para Hans... —mientras Hans y su hermano corrían por la hierba persiguiendo la pelota, con sus penes sonrosados agitándose alegremente al aire como rabitos de perro, lo que encendía a Einar por dentro bajo la sombrilla. Terminado el partido con la victoria de Hans, los chicos se fueron, frotándose con toallas, y el cálido brazo desnudo de Hans apretó la espalda a Einar.

Hans tenía una cometa de papel y madera de balsa, que su madre le había traído

de Berlín. Tenía forma de submarino, y le encantaba hacerla volar tan alto como podía. Se echaba sobre la alfalfa y miraba cómo su cometa flotaba por encima del pantano, con el carrete de cordel bien sujeto entre las rodillas.

—El Kaiser tiene una igual —decía a menudo con una brizna de hierba entre los labios.

Hans trató de enseñar a Einar a hacer volar la cometa, pero Einar jamás aprendió a encauzarla en la corriente de aire apropiada. Una y otra vez, quedaba atrapada en una columna de brisa y enseguida caía aparatosamente al suelo. Y, cada vez que ocurría esto, Hans daba un pequeño respingo al ver que su cometa se estrellaba. Los chicos iban corriendo por ella, y Einar decía:

—La verdad es que no sé lo que me pasa, Hans. Lo siento muchísimo, de veras, Hans.

Pero Hans se limitaba a coger su cometa de entre la hierba, sacudirla para que se desprendieran los pétalos de las flores y decir:

—Ya está como nueva.

Lo cierto es que Einar nunca aprendió a hacer volar la cometa de su amigo; así siguieron las cosas hasta que un día en que los dos estaban echados de espaldas sobre la hierba, Hans dijo:

—Mira, vamos a ver, tú la guías.

Puso el carrete de cordel entre las rodillas de Einar y volvió a acomodarse sobre el campo. Einar sentía las ondulaciones del terreno debajo de él. Cada vez que tiraba del cordel, el carrete giraba y su espalda se arqueaba.

—Así, así —le decía Hans—, guíala con las rodillas.

Y Einar fue acostumbrándose más y más a manejar el carrete, mientras la cometa giraba y se levantaba como un pajarito. Los chicos gritaban, el sol les quemaba la nariz, Hans le hacía cosquillas a Einar en la tripa con una rama. Su rostro estaba tan cercano al de Hans, que sentía su aliento a través de la hierba. A Einar le gustaba echarse tan cerca de Hans que las rodillas de ambos se tocasen, y en esos momentos Hans parecía dispuesto a cualquier cosa. Einar se acercó más aún a su mejor amigo y el único jirón de nube que había en el cielo se deshizo y se alejó y dejó que el sol cayese de lleno sobre los rostros de los dos chicos. Y justo en el momento en que Einar acercaba más su rodilla a la de Hans, una fuerte ráfaga de viento levantó la cometa y el carrete voló de entre las rodillas de Einar. Los chicos vieron cómo la cometa submarino se levantaba sobre los olmos para acabar cayendo en el centro del pantano, que se la tragó entera como si fuese de piedra.

—¡Hans...! —dijo Einar.

—No importa —respondió Hans con un susurro desconcertado—, pero no se te ocurra decírselo a mi madre.

Un día del verano anterior a la muerte de su padre, Einar jugaba con Hans en la turbera de su abuela levantando la turba con las botas. Hacía calor y ya llevaban casi toda la mañana en los campos. De pronto, Hans tocó a Einar en la muñeca y le dijo:

—Einar, ¿qué hay para comer?

Era mediodía, y Hans sabía que no había nadie en la granja, excepto el padre de Einar, seguramente dormido en su cama.

Hans ya había empezado a crecer. Tenía quince años y su cuerpo había adquirido las proporciones debidas en relación con su cabeza. En su garganta había un esbozo de nuez y era mucho más alto que Einar, que a los trece años seguía siendo bajo. Hans le dio un empujoncito en dirección a la casa, y, ya en la cocina, se sentó a la cabecera de la mesa y se puso una servilleta al cuello. Einar jamás había preparado la comida en su vida, y permanecía de pie mirando inexpresivamente el fogón. Hans se limitó a decirle en voz baja:

—Mira, enciendes el fuego. Pones agua a hervir. Y echas al puchero unas pocas patatas y un pedazo de carne de carnero. —Luego, con una voz repentinamente apacible añadió—: ¡Es un juego, hombre!

Hans encontró el delantal de algodón de la abuela de Einar colgando lacio junto al fogón. Se acercó a Einar y se lo sujetó cuidadosamente en torno a la cintura. Luego le tocó en el cuello, como si tratara de apartar una mata rebelde de pelo, y dijo:

—¿Nunca has jugado a esto?

La voz de Hans era ahora un susurro cálido y acariciante; hablaba con la boca pegada a la oreja de su amigo y le clavaba en el cuello las mordisqueadas uñas. Luego le apretó más todavía el delantal y Einar tuvo que respirar hondo; justo cuando se llenaba los pulmones con una aspiración perpleja y anhelante, su padre entró andando torpemente en la cocina, con los ojos abiertos de par en par y la boca convertida en una O mayúscula.

Einar sintió que el delantal le caía a los pies.

—¡Deja en paz al chico!

Su padre amenazaba a Hans levantando el bastón.

La puerta se cerró de golpe, y la cocina quedó medio a oscuras y pareció más pequeña. Einar oía las botas de Hans chapotear en el barro en dirección al pantano. Y oía también el resoplar del aliento de su padre. Finalmente, sintió el golpe de su puño al caer sobre su mejilla. Del otro lado del páramo y de los charcos de los renacuajos, más allá de la turbera, llegó a sus oídos, en alas de la tarde, la voz de Hans cantando una cancioncilla:

Érase una vez un viejo que vivía en un páramo,
con su bonito hijito y su perezoso perrito.

Greta celebró su decimoctavo cumpleaños en el *Princess Dagmar*, enfadada y apoyada contra la baranda. Era la primera vez que volvía a California desde el incidente del carro de la carnicería. El recuerdo de la casa enjalbegada de la colina, con su vista del Arroyo Seco, con sus nidos de águilas, y el recuerdo de las montañas de San Gabriel tornándose purpúreas al anochecer la llenaban de melancolía y añoranza. Sabía que a su madre le gustaría que reanudase el trato con las hijas de sus amistades: con Henrietta, cuya familia poseía campos petrolíferos junto al océano en El Segundo; con Margret, cuya familia era la dueña del periódico; con Dottie Anne, cuya familia poseía el rancho más grande de California, situado al sur de Los Ángeles, cuya extensión era casi la misma que la de Dinamarca. Los padres de Greta esperaban que se comportase como si fuese una de ellas, como si nunca se hubiese ido de California, que se convirtiese de repente en la joven californiana de clase alta que debía ser por nacimiento y educación. O sea, elegante, culta, buena amazona, y callada. Se iba a celebrar el baile de puesta de largo en el Valley Hunt Club, donde las chicas bajarían la escalinata vestidas de organdí blanco, con el pelo moteado de blancas hojas de flor de Pascua.

—Es una suerte volver a Pasadena para tu puesta de largo —decía casi a diario su madre durante el viaje en el *Princess Dagmar*—. Eso tenemos que agradecer a los alemanes.

El cuarto de Greta en la casa de la colina tenía una ventana con arco desde la que se veían el cuidado césped del jardín trasero y las rosas, cuyos pétalos tomaban un color pardusco en los bordes al avanzar el otoño. A pesar de la buena luz, la habitación era demasiado pequeña para pintar. Al cabo de sólo dos días, Greta se sentía como apretujada, como si la casa, con sus tres pisos de dormitorios y sus doncellas japonesas, cuyas sandalias resonaban escaleras arriba y escaleras abajo, estuviese atiborrando su imaginación sin dejar en ella sitio para nada más.

—Madre, tengo que volver a Dinamarca inmediatamente. ¡Mañana mismo! Esto es demasiado agobiante para mí, me ahogo —se quejaba—. No dudo de que para ti y para Carlisle será estupendo, pero es que aquí no puedo hacer nada, me siento como si se me hubiese olvidado pintar.

—Pero, Greta, querida, es imposible —le dijo su madre, que estaba ocupada convirtiendo el establo en garaje—. ¿Cómo es posible sentirse sin espacio vital en California? ¡No tienes más que compararla con Dinamarca, hija!

Greta estaba de acuerdo en que la cosa era absurda, pero así era como se sentía.

Su padre les envió un libro de estadísticas sobre Dinamarca, publicado por las Reales Sociedades de Control Científico. Greta se pasó una semana entera mirándolo, estudiando sus mapas y sus planos llena de añoranza y aflicción: el año anterior había

en Dinamarca 1.467.000 cerdos y 726.000 ovejas. El número total de gallinas era de 12.000.000. Greta leía estas cifras y luego se ponía a mirar por la ventana del arco. Se las aprendía de memoria, pensando que pronto le harían falta, aunque no sabía para qué. Y luego volvía a tratar de convencer a su madre:

—Madre, ¿no puedo volver? ¡Me tienen sin cuidado los alemanes!

Greta, que se sentía sola, solía dar largos paseos a lo largo del Arroyo Seco, por el cauce reseco donde los chorlitos se pasaban el día buscando agua. El arroyo estaba agotado en el otoño. La salvia, la mostaza, la lavándula y los lirios hediondos eran meros esqueletos de plantas, y los frutos de los árboles se habían secado en las ramas. El aire de California era tan reseco, que la piel de Greta se agrietaba; paseando por el cauce arenoso del arroyo, casi sentía el interior de su nariz crujir y sangrar. Una ardilla pasó a todo correr por delante de ella, atemorizada por la presencia de un halcón que daba vueltas en el cielo. Las hojas de roble crujían agitadas por la brisa. Greta pensaba en las calles estrechas de Copenhague, cuyos edificios, como inclinados sobre ellas, parecían viejos cargados de espaldas que dudaban si cruzarlas a causa del tráfico. Y pensaba en Einar Wegener, que ya estaba tan desdibujado en su memoria como un sueño.

En Copenhague todo el mundo la conocía, pero nadie esperaba nada de ella. Era más exótica que la lavandera cantonesa de pelo negro que había recorrido medio mundo desde Cantón y ahora trabajaba en una de las tiendecitas de Istedgade. En Copenhague se la respetaba se comportase como se comportase, de la misma manera que los daneses toleraban a las docenas de condesas excéntricas que hacían costura interminablemente en sus casonas cubiertas de musgo. En California, sin embargo, había vuelto a ser la señorita Greta Waud, hermana gemela de Carlisle y heredera de naranjales. Todo el mundo se volvía para mirarla al pasar. En todo el condado de Los Angeles no había ni siquiera diez hombres con la posición necesaria para casarse con ella. Todo el mundo sabía que acabaría mudándose a la casa de estilo italiano que había al otro lado del Arroyo Seco. Una casa cuyas habitaciones de los niños y cuartos de jugar ella llenaría de criaturas.

—Ya no hay necesidad de esperar —le dijo su madre la primera semana que estuvieron de nuevo en California—; no olvidemos que acabas de cumplir dieciocho años.

Y, naturalmente, a nadie se le había olvidado allí lo del carro de la carnicería. Ahora lo conducía un chico distinto por el mismo recorrido, pero cada vez que se paraba ante su puerta de servicio, la casa entera se llenaba de embarazo por un breve instante.

El cojo Carlisle, al que siempre le había dolido la pierna en Dinamarca a causa del clima, se preparaba para ingresar en Stanford, y ésta fue la primera vez que Greta sintió envidia de él, porque se le permitía cruzar cojeando el patio arenoso para estudiar bajo el sol claro y reluciente de Palo Alto, mientras ella tenía que conformarse con sentarse en el mirador con su cuaderno de dibujo en el regazo.

Comenzó a ponerse una bata de pintor, y siempre llevaba en el bolsillo delantero la nota que le había mandado Einar. Se sentaba en el mirador y se ponía a escribirle cartas, aunque la verdad es que casi nunca se le ocurría nada que decirle. No quería confesarle, por ejemplo, que no había pintado nada desde que se fue de Dinamarca. Y tampoco quería hablarle del tiempo, que era justo lo primero que a su madre se le ocurriría comentar. En lugar de esto, le contaba lo que haría en cuanto volviese a Copenhague. Lo primero, volver a matricularse en la Academia Real; luego, tratar de que exhibieran sus cuadros en la Exposición de Artistas Independientes; y, finalmente, convencer a Einar de que acudiese a su fiesta de cumpleaños cuando cumpliera los diecinueve años. Durante su primer mes de vuelta en California, Greta iba dando un paseo a la oficina de correos de Colorado Street para echar sus cartas a Einar.

—Puede que tarde en llegar —le decía el empleado a través de los barrotes de la ventanilla.

Y Greta le contestaba:

—¡Ahora va a resultar que los alemanes también nos han echado a perder el correo!

No podía seguir viviendo así, le dijo a una de las doncellas japonesas, Akiko, a quien siempre le goteaba la nariz. Akiko se inclinó y le trajo una camelia flotando en un cuenco de plata. Algo iba a tener que cambiar en su vida, se decía Greta, hirviendo de ira por dentro, aunque no estaba enfadada con nadie en concreto, como no fuese con el Kaiser. ¡Qué mala suerte: era la chica más libre de Copenhague, si no del mundo entero, y ahora, de pronto, aquel alemanote de mierda había echado a perder su vida! Una exiliada, eso es lo que era ahora. Estaba exiliada en California, donde los rosales llegaban a alcanzar tres metros de altura y los coyotes aullaban la noche entera en el cañón. Apenas se podía creer que se hubiese convertido en una de esas chicas que no hacen otra cosa en todo el día que esperar la llegada del cartero, y siempre lo mismo: un montón de sobres, y ninguno de Einar.

Enviaba telegramas a su padre, pidiéndole permiso para volver a Dinamarca, y su respuesta era siempre la misma: «El mar ya no es seguro.» Exigía a su madre que la dejase ir a Stanford con Carlisle, pero le contestaba que para ella el único colegio posible era el de las Siete Hermanas, que estaba en el nivoso Este.

—Me siento como si me estuviesen aplastando —le decía Greta a su madre.

—Anda, no seas teatral —respondía la señora Waud, que estaba muy ocupada renovando el césped para el invierno y los macizos de amapolas.

Un día Akiko llamó suavemente a la puerta del cuarto de Greta y, con la cabeza inclinada, le entregó un folleto.

—Lo siento —dijo Akiko, y, sin más, se fue corriendo acompañada por el ruidoso repiqueteo de sus sandalias.

El folleto anunciaba la siguiente reunión de la Sociedad de Artes y Oficios de Pasadena. Greta se imaginó a los aficionados de la sociedad, con sus paletas de estilo

parisino, y tiró el folleto sin mirarlo más. Se sumió en su cuaderno de dibujo, pero no se le ocurría nada que dibujar.

Una semana más tarde, Akiko volvió a llamar a su puerta y tendió a Greta otro folleto.

—Lo siento —dijo, tapándose la boca con la mano—, pero pienso que le va a gustar.

Greta no decidió asistir a una de las reuniones de la sociedad hasta que Akiko le entregó el tercer folleto. La sociedad tenía su sede en una casita en la ladera de una de las colinas que había en torno a Pasadena. La semana anterior, un puma, tan amarillo como un girasol, había saltado desde un pinar que había al final de la carretera y se había llevado al bebé de un vecino. En la reunión de la sociedad no se hablaba de otra cosa. Se prescindió del orden del día y se consideró pintar un mural con esa escena.

—¡Lo titularemos *La llegada del puma!* —propuso alguien.

—¿Y por qué no un mosaico? —propuso otro de los socios.

La sociedad se componía, sobre todo, de mujeres, pero también había unos pocos hombres, casi todos los cuales llevaban boina. A medida que iban poniéndose de acuerdo para realizar un cuadro colectivo del puma y el bebé, que se regalaría a la biblioteca municipal de la ciudad el día de Año Nuevo, Greta se fue deslizándose hacia el fondo de la sala. Tenía razón, después de todo.

—¿Tú no participas? —le dijo uno de los hombres.

Era Teddy Cross, que tenía la frente blanca y el cuello largo, siempre ladeado a la izquierda. Teddy Cross, que propuso a Greta dejar la reunión e ir a visitar su estudio de ceramista de Colorado Street, donde el horno consumía troncos de nogal día y noche. Teddy Cross, cuyo tobillo derecho se había vuelto más musculoso de lo normal a fuerza de darle al pedal de su torno de alfarero. Teddy Cross, que acabaría siendo su marido como consecuencia del baile de puesta de largo del Valley Hunt Club, y a quien vería morir antes del fin de la Gran Guerra.

Teddy Cross fue el segundo hombre a quien Greta amó. Le quería por los jarrones de cuello delgado que moldeaba con arcilla blanca y vidrio molido. Y adoraba su rostro tranquilo y regordete, y su forma de abrir la boca cuando metía sus vasijas en el horno de vidriar. Teddy Cross era de Bakersfield, hijo de granjeros que cultivaban fresas, y una niñez de bizquear a causa del intenso sol había llenado de arrugas el entorno de sus ojos. Teddy Cross preguntaba mucho a Greta sobre Copenhague, sus canales y su rey, pero nunca hacía el menor comentario a lo que le decía. Sus párpados eran lo único que se movía de su rostro mientras escuchaba. Greta le dijo que en Copenhague había un gran pintor de paisajes que estaba enamorado de ella, pero Teddy no se inmutó. Nunca había ido más allá de Mojave y la única vez que había visto por dentro una de las elegantes mansiones del Orange Grove Boulevard fue cuando le encargaron los azulejos para decorar las chimeneas y los porches para dormir en verano.

A Greta le encantaba salir con él, llevarlo a los pabellones levantados en pistas de

tenis donde se celebraban los bailes elegantes de Pasadena en el otoño, y lucirlo ante las chicas del Valley Hunt Club, para demostrarles que no era como ellas, que para algo había vivido en Europa. Si quería, se subía al carro de la carnicería, o salía con un ceramista.

Como era de esperar, la madre de Greta se negó a admitir a Teddy Cross en su casa. Pero eso no impidió a Greta llevarlo por toda Pasadena y visitar a las aburridas Henrietta y Margaret y Lottie Anne en sus sombreados jardines. A aquellas chicas no parecía importarles Teddy, y Greta pensaba que lo que ocurría era que lo ignoraban. Su cerámica estaba tan solicitada que, como descubrió al cabo de un tiempo, había cierto encanto respetable en el hecho de que llevase restos de arcilla en las uñas cuando iba a las fiestas. La madre de Greta, que solía decir en las cenas de la buena sociedad que prefería California, a pesar del riesgo de terremotos, a la «vieja, viejísima Europa», acariciaba la mano a Teddy cada vez que lo veía en público, además que irritaba muchísimo a Greta. Su madre sabía que si se le ocurría rechazar públicamente a Teddy Cross, la disputa acabaría saliendo en el *American Weekly*.

—Te miran por encima del hombro —le dijo Greta a Teddy en una de aquellas fiestas sociales.

—No todos —replicó él, que parecía muy contento de estar sentado con Greta en un sofá de mimbre junto a la piscina, mientras el viento de Santa Ana doblaba hasta el suelo ramas de palmeras y por las ventanas se veía que la fiesta estaba en su apogeo en la mansión. ¡Si él supiera...! Greta estaba dispuesta a pelear en su defensa. No sabía contra quién o contra qué, pero estaba dispuesta.

Y un buen día llegó el correo, atado con un bramante, como de costumbre, y Akiko sacó de él un sobre azul que llevó a la habitación de Greta. Lo miró durante mucho tiempo, sopesándolo suavemente sobre la palma de su mano. No acababa de creer que Einar, por fin, le hubiese escrito, y en su mente comenzaron a hervir suposiciones sobre lo que le diría en aquella carta: «Parece que la guerra está a punto de terminar y tú y yo podríamos estar juntos otra vez para Navidad.» O bien: «Llego a California en el próximo barco.» O, a lo mejor, quién sabe: «No puedo expresarte lo importantes que son para mí tus cartas.»

Era posible, se dijo Greta, con el sobre en el regazo. A lo mejor Einar había cambiado. Todo era posible.

Finalmente, abrió el sobre.

La carta comenzaba: «Estimada señorita Waud», y sólo decía esto: «Dado el cariz que han tomado los acontecimientos, me figuro que nunca nos volveremos a ver, lo cual, probablemente, es lo mejor que podría ocurrir.»

Greta plegó la hoja de papel y se la guardó en el bolsillo. ¿Por qué pensaba así Einar?, se preguntó, mientras se secaba los ojos con el dobladillo de su bata. ¿Por qué no mostraba el menor atisbo de esperanza? Se sentía muy apenada, pero no tenía la menor idea de lo que debía hacer en una situación así.

Y entonces Akiko volvió a aparecer en el vano de la puerta y dijo:

—Es el señor Cross, al teléfono.

Y así fue cómo, en el teléfono del vestíbulo del piso de arriba, y oyéndola su madre, Greta pidió a Teddy que la acompañase al baile de puesta de largo, y él accedió, pero con una condición: que Greta dejara de preocuparse por si él se llevaba bien o no con su madre.

—Voy a pedirle que baile conmigo, y entonces verás —le dijo.

Pero Greta se quedó pensativa, incierta, diciéndose que Teddy no tenía la menor idea del berenjenal en el que se iba a meter. Cuando colgó el teléfono, su madre se limitó a decirle:

—Bueno, ahora que la cosa ya no tiene remedio, por lo menos, le enseñarás a ponerse el frac.

Había siete chicas de su edad en la puesta de largo, y sus acompañantes eran jóvenes de Harvard o Princeton, o de las bases militares de Tennessee o San Francisco, que estaban pasando las vacaciones en casa. Una chica que tenía asma pidió a Carlisle que la acompañase; a causa de sus débiles pulmones, no necesitaba un buen bailarín. Y Greta, que, por primera vez en su vida, comenzaba a pensar que lo mejor sería olvidarse de una vez de Einar Wegener, empezó a ensayar la reverencia.

El vestido blanco con el corpiño estilo imperio no acababa de sentarle bien. Estaba cargado de volantes en los hombros y era un poquitín demasiado corto, por lo que le dejaba los pies al descubierto. O, por lo menos, eso pensaba; estaba obsesionada con que sus pies grandes y largos iban a asomar demasiado cuando bajase la escalinata que conducía al salón del Valley Hunt Club. La barandilla de la escalinata estaba envuelta en una larga guirnalda de plantas de hoja perenne, flores de manzano y lirios rojos. Los invitados, que iban de frac, estaban esparcidos por todo el club bebiendo sus Tennis Specials y observando cortésmente el descenso de las debutantes por la escalinata. Había cuatro árboles de Navidad a modo de decorado, y en las chimeneas las llamas mordían sin piedad los leños de secuoya.

Una de las chicas tenía un frasco de plata con tapón de nácar lleno de *whisky*. Se lo pasaron unas a otras mientras se vestían y se sujetaban en el pelo las hojas de flor de Pascua. El *whisky* dio una especie de brillo particular a la velada; fue como si el director del club hubiese subido el voltaje de los apliques a su máxima potencia, y las llamas que ardían en las chimeneas parecían bestias salvajes dispuestas a saltar por encima de las pantallas protectoras.

Cuando Greta llegó al pie de las escaleras, hizo una reverencia tan profunda, que su barbilla casi tocó la alfombra oriental, y los socios del club aplaudieron manteniendo en equilibrio sus copas de ponche. Luego Greta entró en la sala de baile, y allí encontró a Teddy Cross, que estaba esperándola. Vestido de frac parecía más alto que de costumbre. Greta advirtió entonces algo insólito; su cabello rubio oscuro, reluciente de fijador, sus ojos rodeados de arrugas, su piel atezada y su gran nuez, que le subía y bajaba, nerviosa, por la garganta, le daban aspecto de danés.

Avanzada la fiesta, después de los vales y el rosbif y de las fresas, servidas con champán de Oregon, Greta y Teddy salieron furtivamente del edificio del club y fueron a las pistas de tenis. La noche era clara y fría, y Greta tuvo que levantarse el vestido para que no se le empapase el borde del rocío que cubría la hierba. Estaba un poco bebida. Se había dado cuenta de ello algo antes, cuando se le ocurrió gastar a Teddy una inoportuna broma sobre las fresas y sus padres. Le pidió mil excusas inmediatamente, pero, a juzgar por su forma de doblar la servilleta en la mesa, parecía algo ofendido.

Lo de ir a pasear por las pistas de tenis había sido idea de Greta; sentía la vaga necesidad de desagrar a Teddy por todo aquello, sobre todo, por la extraña vida de Pasadena en la que le había forzado a entrar. Pero no tenía ningún plan concreto, no había pensado en nada que decirle o proponerle. Llegaron a la pista más lejana, donde había una fuente refrigeradora de agua y un sofá de mimbre pintado de verde. Y en el sofá, que olía a madera reseca, roída por las termitas, se pusieron a besarse.

Greta pensó en lo distintos que eran los besos de Teddy de los de Einar. En el *Princess Dagmar* se había mirado al espejo de su camarote y había besado su imagen. La superficie plana y fría del espejo le había recordado en cierto modo, los besos de Einar, y comenzó a pensar en el beso de la escalinata de la Real Academia como en algo que era igual que besarse a sí misma. Pero los besos de Teddy no eran, en absoluto, así. Teddy tenía los labios ásperos y firmes, y los pelos de su labio superior le raspaban la boca. Y su cuello, al apretarse contra el suyo, era fuerte y duro.

Mientras la música del baile resonaba en el edificio del club, Greta se dijo que lo mejor iba a ser apresurar las cosas. Sabía lo que tenía que hacer a continuación de los besos, pero tardó unos minutos en prepararse para ello. Primero, se dijo, alarga la mano y pónsela en la... La verdad es que era difícil pensarlo, e iba a ser aún más difícil hacerlo. Pero lo quería hacer, o, por lo menos, eso creía, y estaba convencida de que Teddy deseaba también que lo hiciera, pues su cuello y sus pelos se agitaban y se movían con violencia contra ella y la pinchaban. Así pues, Greta contó hasta tres, contuvo el aliento y puso la mano en la bragueta de Teddy.

Pero éste la detuvo en seco:

—No, no —exclamó al tiempo que le sujetaba la muñeca.

A Greta no se le había ocurrido pensar que pudiera decirle que no. De haber mirado a Teddy a la cara, la brillante luz de la luna le habría mostrado, sin duda, su expresión de desconcertante sorpresa ante tamaña transgresión de las normas del decoro, y ello la habría avergonzado de un modo terrible. Greta recordó de pronto la última vez que había tolerado que un hombre le dijera que no; pero ahora ella y Einar estaban separados por todo un continente y todo un mar, además de por una guerra llena de fuegos artificiales.

En el sofá de mimbre de la pista de tenis más lejana del Valley Hunt Club, Greta y Teddy Cross permanecieron inmóviles y silenciosos unos minutos, sin que él dejara de agarrarle firmemente la muñeca.

Greta se preguntaba de nuevo qué hacer; de pronto, empujada por un impulso que nunca había sentido hasta aquel momento, se lanzó de cara sobre el regazo de Teddy y comenzó a usar con él todos los trucos que había aprendido en las novelas verdes que compraba en la librería de la Estación Central de Copenhague, y también de las charlatanas y pícaras criadas que servían allí en casa de sus padres. Teddy trató de protestar de nuevo, pero cada vez que decía «¡No!» lo hacía con menos energía. Finalmente, le soltó la muñeca y la dejó hacer.

Cuando terminaron, el vestido de Greta estaba arrugado y arremolinado en torno a su corpiño estilo imperio. Y el frac de Teddy estaba rasgado. Y Greta, que nunca hasta entonces había ido tan deprisa ni había llegado tan lejos, estaba echada sobre Teddy, convertido ahora en una especie de muñeco de trapo. Greta sentía que el corazón le latía fuertemente en el pecho, y notaba entre las piernas una humedad que despedía un olor a la vez amargo y salado. Sabía perfectamente lo que iba a pasar a continuación, de modo que abrazó con ambos brazos a Teddy, resignada y diciéndose para sus adentros: «Todo vale, con tal de que me saque de este ambiente.»

Se casaron el último día de febrero en el jardín de la casa del Orange Grove Boulevard. Las doncellas japonesas sembraron el césped de pétalos de camelia, y Teddy estrenó frac. Fue una boda íntima; sólo se invitó a unos primos de San Marino, Hancock Park y Newport Beach. Su vecina, heredera de una fortuna de Chicago hecha vendiendo chicle, asistió también, porque, como la señora Waud explicó con pesar, también había pasado por aquel trago a causa de su hija. Se invitó a los padres de Teddy, aunque nadie esperaba que asistieran: no siempre era posible viajar por la sinuosa carretera que cruzaba la sierra desde Bakersfield en pleno febrero.

Inmediatamente después de la boda y de un corto viaje de novios en una *suite* ajardinada del Hotel del Coronado, en San Diego, donde Greta se pasó los días llorando —no por haberse casado con Teddy Cross, sino porque allí estaba más lejos todavía de su amada Dinamarca y de la vida que deseaba llevar—, los padres de Greta los mandaron a vivir a Bakersfield. El señor Waud compró a Greta y Teddy una casita de estilo español con tejas rojas y rejas sevillanas en las ventanas y un pequeño garaje cubierto de buganvilla. La señora Waud les mandó a Akiko para que viviera con ellos. La barandilla de la escalera de la casa de Bakersfield era de hierro forjado, y las puertas de las habitaciones remataban en arcos. Había una piscina en forma de riñón y un pequeño cuarto de estar con estanterías para libros. Rodeaba la casa un bosquecillo de palmeras, por lo que en su interior reinaba siempre una fresca penumbra.

Los padres de Teddy fueron una sola vez a verlos; los dos estaban cargados de hombros y tenían las manos ligeramente sonrosadas a fuerza de tocar fresas. Vivían algo lejos, en los campos, y poseían unas pocas hectáreas de tierra negra, y una casita de dos habitaciones hecha con tablas de eucalipto. Tenían los ojos como sellados bajo

un pliegue de piel impuesto por el sol, y estuvieron casi todo el tiempo en silencio en el cuarto de estar de Greta, nerviosamente cogidos de la mano, desconcertados ante tanta riqueza como veían allí: la casa española, el paisaje que colgaba sobre la chimenea, las sandalias japonesas de Akiko, que repiqueteaban cada vez que llegaba con una bandeja. Greta sirvió a los señores Cross té helado de hibisco, después se arrellanaron en los blancos sofás que la señora Waud había encargado en Gump's. Todos estaban incómodos y lamentaban que las cosas hubieran acabado de aquel modo. Greta llevó a los padres de Teddy de vuelta a casa en su coche, que era un Mercer Raceabout de dos asientos, lo que forzó a la señora Cross a sentarse en el regazo de su marido. La noche caía rápidamente y el coche iba a buena velocidad por la carretera. El frío de comienzos de primavera se extendía sobre los campos. El viento silbaba entre los surcos y llenaba de polvo el aire. Greta tuvo que usar los limpiaparabrisas para desembarazar de polvo el parabrisas. A lo lejos, en la casita de tablas de los Cross, relucía una lucecita dorada. El viento levantaba tanto polvo, que Greta no veía más que esa luz, y, de repente, pareció como si ella y los señores Cross estuviesen pensando lo mismo, porque la señora Cross dijo:

—Allí es donde nació Teddy.

Y el señor Cross, con los brazos en torno a su mujer, añadió:

—Siempre dijo que volvería.

Greta se pasó el resto de la primavera dormitando en los blancos sofás del cuarto de estar. Odiaba Bakersfield, odiaba la casa española, a veces incluso odiaba al niño que estaba creciendo en su seno. Pero en ningún momento odió a Teddy Cross. Por las tardes leía mientras él le ponía trapos calientes en la frente. Greta engordaba con rapidez y cada día se sentía peor. Antes de mayo comenzó a pasarse también las noches en el cuarto de estar, pues se sentía demasiado mal para subir las escaleras. Y Teddy dormía a su lado en una cama plegable.

A comienzos de junio, reinaba ya en Bakersfield el habitual calor estival. La temperatura alcanzaba los treinta y cinco grados antes de las nueve de la mañana. Akiko preparaba abanicos de papel para Greta, y Teddy le ponía compresas frías en la frente en lugar de calientes. Y cuando Greta se sentía mal de verdad, Akiko le servía té verde frío en una taza laqueada mientras Teddy le leía poesía en voz alta.

Así siguieron las cosas hasta que un día en que Teddy se hallaba en Pasadena, adonde había ido a recoger un torno de alfarero de su antiguo estudio, que no había cerrado, tanto el calor como el malestar acabaron. Greta, ayudada por Akiko, cuyo pelo era tan negro como el plumaje de cuervo, dio a luz a un niño cianótico, con el cordón umbilical apretado en torno a su cuello como una pequeña corbata. Greta le puso de nombre Carlisle y, un día después, entre ella y Teddy lo enterraron en el terreno que se extendía detrás de la casa de tablones de eucalipto de los señores Cross, en la tierra negra levantada por el viento, al borde de los susurrantes campos de fresas.

La callecita adoquinada que cruzaba Copenhague era lo bastante oscura y segura, pensaba Lili, para celebrar en ella con toda tranquilidad una transacción secreta. Era demasiado estrecha para tener farolas, y las ventanas parecían abrirse directamente sobre las que tenían enfrente. La gente que vivía allí parecía tacaña en cuestión de luz, pues las habitaciones de sus cuartos de estar, que daban a la calle, estaban a oscuras. Sólo alguna tienda que otra seguía iluminada. Había un café turco cuyos clientes se sentaban sobre cojines de terciopelo junto al escaparate. Algo más abajo había un burdel, discretamente protegido por persianas bajadas y con el picaporte de latón en forma de pezón. Algo más allá había un bar en un semisótano; al pasar Greta y Lili, un hombre muy delgado con el bigote encerado bajaba rápidamente escalones abajo en dirección a un lugar donde, sin duda, se encontraría con sus amigos.

Lili llevaba un vestido de gasa con cuello y puños de marinero que crujía un poco cuando andaba, y su mente estaba nerviosamente fija en aquel frufrú constante, porque así se libraba de pensar en lo que le esperaba. Greta le había prestado su collar de perlas, y se lo había puesto de tal modo que le daba tres vueltas alrededor de la garganta y quedaba escondido casi enteramente por el cuello del vestido. Llevaba también un gorro de terciopelo comprado aquella misma mañana en Fonnesbech's, y había prendido en él el alfiler del broche de diamantes y ónix de Greta, que tenía la forma de una gran mariposa.

—Estás tan guapa que te besaría —le había dicho Greta al verla vestirse.

Greta sentía tal excitación que cogió a Lili en sus brazos y bailó un vals con ella por todo el apartamento mientras Eduardo IV ladraba sin parar. Lili tenía los ojos cerrados —pues el maquillaje hacía que los notara rígidos y pesados—, y pensaba que ojalá Copenhague fuera una ciudad donde Lili y Einar pudieran convivir como una sola persona.

La calle terminaba en la gran plaza donde estaban el Ayuntamiento y el Tívoli. La fuente, con sus dragones de los que manaba agua, tintineaba, y a uno de los lados, frente al Palace Hotel, había una columna con un par de vikingos de bronce que tocaban sus *lure*, las largas trompetas en forma de serpiente de bronco sonido. La plaza hervía de actividad: muchísima gente se dirigía al baile de medianoche, y había buen número de turistas noruegos llenos de entusiasmo por la carrera de bicicletas que iba a tener lugar al día siguiente entre Copenhague y Oslo.

Greta no metió prisa a Lili. La dejó serenarse a la entrada de la gran plaza, y esperó hasta que llenó por completo el interior de Einar, igual que una mano va llenando un títere.

Debajo de la espira cubierta de cobre de la torre del Ayuntamiento, el reloj de cuatro esferas se levantaba a más de cien metros de altura por encima de ella, y Lili

se sentía partícipe del secreto más importante del mundo, porque iba, nada menos, que a engañar a todo Copenhague. Al mismo tiempo, otra parte de su ser sabía que aquél era el juego más difícil que iba a jugar en su vida. Le recordaba aquel día de verano en Bluetooth en que se perdió la cometa en forma de submarino. Einar Wegener, con su pequeño rostro redondo, parecía estar deslizándose por un túnel. Lili miró a Greta, que llevaba un vestido negro, y se sintió agradecida por todo lo que le esperaba. Lili había surgido de la nada. Sí, de la nada, y ello gracias a Greta.

La gente que entraba en el Ayuntamiento tenía aire elegante y parecía contenta; la cerveza negra encendía muchas mejillas. Abundaban las chicas jóvenes con vestidos color caramelo que se abanicaban y se preguntaban unas a otras dónde estaban los famosos pintores. «¿Quién de ellos es Einar Nielsen?», preguntó una mujer. Y otra: «¿Es ése Erik Henningsen?» Había hombres jóvenes, con los bigotes encerados en las puntas, que fumaban puros de Sumatra. También había jóvenes industriales, que, gracias al dinero ganado rápidamente con la producción en masa de utensilios de barro y de metal mediante chirriantes máquinas, trataban de subir en la escala social.

—¿No me dejarás? —preguntó Lili a Greta.

—Jamás.

A pesar de todo, Lili seguía agitada e inquieta.

En el interior del Ayuntamiento había un patio cubierto decorado al estilo del Renacimiento italiano. Tenía en tres lados galerías abiertas sostenidas por columnas. El techo era una cúpula de vigas de madera cruzadas. En el escenario había una orquesta, y también se veía una larga mesa con bandejas de ostras. Había cientos de personas bailando, y las manos de elegantes caballeros descansaban sobre las esbeltas cinturas de mujeres cuyos párpados estaban pintados de azul. En un banco, dos chicas escribían una nota a alguien y se reían como locas. Había un corro de hombres de esmoquin con las manos en los bolsillos que contemplaban a los asistentes. Lili estaba agitada, apenas se sentía capaz de absorber todo lo que la rodeaba. Sentía el aleteo del pánico en el pecho, consciente de que aquél no era lugar para ella. Se le ocurrió escapar de allí, pero ya era demasiado tarde. Estaba en el baile, y la música ya le penetraba en la mente por los ojos y los oídos. Si se le ocurría decir que quería irse, Greta le diría que hiciese el favor de calmarse. Y le diría también que no se preocupase por nada; luego agitaría las manos en el aire y se echaría a reír.

Al lado de Lili había una chica alta, con un vestido muy escotado, que estaba fumando un cigarrillo plateado y hablando con un hombre cuyo rostro era tan oscuro que saltaba a la vista que procedía del sur. La chica era esbelta y tenía la espalda bonitamente musculosa, y el hombre parecía tan enamorado de ella, que lo único que hacía era asentir a todo lo que decía, hasta que la hizo callar con un largo beso.

—Ahí está Helene —dijo Greta.

En el otro extremo de la sala vieron a Helene Albeck. Llevaba el negro pelo muy corto, un peinado que, según explicó Greta, estaba de moda en París.

—Vete a hablar con ella —dijo Lili.

—¿Y dejarte sola?

—Es que todavía no me apetece hablar con nadie.

Greta cruzó la sala entre los que bailaban; su largo pelo le caía espalda abajo. Besó a Helene, que parecía impaciente por decirle algo. En la Real Compañía Comercial de Groenlandia, Helene cuidaba de los cuadros, los gramófonos, las vajillas con bordes dorados y otros artículos de lujo que formaban parte de los envíos de verano que partían todos los martes en barco de Copenhague. Durante dos años, Helene se había encargado de que los cuadros de Einar se embalsasen debidamente para ser enviados por barco a Gothåb, donde había un agente que se ocupaba de subastarlos. El dinero tardaba en llegar desde el Atlántico Norte, pero, en cuanto llegaba, Einar se lo entregaba orgullosamente a Greta en una carpeta archivadora de cuero.

Los bailarines cambiaban de pareja, y pronto Helene y Greta se perdieron de vista. Lili estaba sentada en un banco de caoba con sirenas talladas. Hacía calor en el patio cubierto, y se quitó el chal. Mientras lo plegaba, un joven se acercó al banco y le dijo:

—¿Me permite?

Era alto y tenía el pelo de un amarillo pardusco, con gruesos rizos que le bajaban hasta la mandíbula. Lili lo observó por el rabillo del ojo y le vio consultar su reloj de bolsillo y cruzar y descruzar las piernas. Olía levemente a colonia, y tenía las orejas sonrosadas de calor, o quizás de nerviosismo.

Lili sacó de su bolso el cuadernito de notas con tapas de peltre que había dado a Einar su abuela y se puso a tomar notas sobre aquel hombre. «Se parece al padre de Einar cuando era joven», escribió. «A su padre cuando tenía buena salud y trabajaba en los campos. Ésa debe ser la razón que me impide apartar los ojos de él», escribió Lili en el cuadernito de notas. «¿Qué otra cosa podría ser, si no? ¿Por qué no puedo dejar de mirar sus largos pies, sus recias patillas, que le caen por las mejillas como una media barba, su nariz aguileña y sus labios carnosos, su cabello espeso y rizado?»

El joven se inclinó hacia Lili.

—¿Eres periodista?

Lili levantó la vista del regazo y le miró.

—¿Poetisa, quizá?

—Ni una cosa ni otra.

—Pues, entonces, ¿por qué escribes?

—¿Te refieres a esto? —dijo ella, sorprendida de que le estuviese hablando—. No es nada, nada en absoluto.

Aun cuando estaba sentada al lado del joven, no acababa de creerse que se hubiese fijado en ella. Se sentía como si nadie la pudiese ver. Casi no se consideraba real y tangible.

—¿Eres artista? —insistió el joven.

Pero Lili cogió el bolso y el chal y dijo:

—Lo siento, disculpa.

Se sentía demasiado sorprendida de estar hablando con él. Sentía un intenso calor, así como el impulso de quitarse la ropa y echar a nadar mar adentro. Salió de la sala por una puerta que daba a un jardín. Fuera soplaba la brisa. Un añejo roble cubría el pequeño jardín como un dosel; era como si estuviese protegiéndolo de alguien que se hubiera subido a la torre del Ayuntamiento para espiar. Se notaba un aroma a rosas y a tierra removida. El césped era plateado, del color del ala de un pez volador. Lili dio unos pasos y vio que la pareja formada por la chica del vestido escotado y su admirador de oscura tez se estaba besando detrás de un roble. Una mano del hombre asía el muslo de la chica y le levantaba el vestido por encima de la cadera, de modo que la hebilla de su liguero relucía a la luz de la luna.

Sobresaltada, Lili se apartó de allí y tropezó con el joven que se había sentado en el banco junto a ella.

—¿Sabes lo que se dice de este viejo roble? —le preguntó.

—No.

—Pues que si comes sus bellotas puedes conseguir el deseo de convertirte durante un día en la persona que quieras.

—¿Y por qué lo dicen?

—Pues porque es verdad.

El chico, tras decir esto, cogió la mano a Lili y la condujo a un banco. Resultó ser pintor y llamarse Henrik Sandahl. Acababa de exponer una serie de cuadros de peces del Mar del Norte: lienzos que representaban platijas, lenguados, rodaballos, esos peces esquivos y de rostro extraño llamados brujas. Greta había visto los cuadros. Un día, al volver al apartamento, dejó caer inmediatamente el bolso y las llaves al suelo, y miró a Einar con los ojos muy abiertos: «¡No he visto nada parecido en mi vida!», le dijo. «Tienes que ir y verlos con tus propios ojos. ¿Quién iba a decirme que podría enamorarme del rostro de un bacalao?»

—¿Estás aquí con alguien? —preguntó Henrik.

—Con la mujer de mi primo.

—¿Y quién es?

Lili se lo explicó.

—¿Einar Wegener? ¡Ah, ya!

—¿Le conoces? —preguntó Lili.

—No, pero es un buen pintor. Mejor de lo que piensa mucha gente. —Henrik hizo una pausa—. Seguramente, ya lo sabes, pero hay mucha gente que dice de él que está algo anticuado.

Ésta fue la primera vez que Einar intuyó que estaba volviendo el mundo del revés con sólo vestirse de Lili. Podía eliminarse a sí mismo nada más con ponerse la camisola del dobladillo de encaje de veneras. Einar podía desaparecer de la sociedad con sólo levantar los hombros y asir la triple vuelta de perlas que le rodeaba el cuello.

Podía peinarse en torno al rostro su pelo largo y suave, y ladear la cabeza como una ansiosa muchacha adolescente.

Henrik cogió la mano de Lili. Los recios pelitos de su muñeca sorprendieron a ésta, porque hasta entonces sólo había cogido la mano de Greta.

—Háblame de ti, Lili —dijo Henrik.

—Me pusieron nombre de flor.

—¿Por qué dicen las chicas tonterías como ésta?

—Porque es verdad.

—No creo a las chicas cuando dicen que son como flores.

—No sé qué otra cosa decirte.

—Comienza por decirme de dónde eres.

—De Jutlandia. De una pequeña aldea que se llama Bluetooth y está en medio del páramo.

Y le habló de los campos de alfalfa, de la lluvia helada que llegaba a veces a hacer agujeros en la pared de la casa.

—Si te diera a comer una bellota —dijo Henrik—, ¿quién querrías ser?

—No tengo la menor idea —dijo ella.

—Di un nombre.

—No se me ocurre ninguno.

—Bueno, muy bien, pues sigue siendo quien eres.

Y entonces Henrik se puso a contarle la historia de un príncipe polaco que había liberado del trabajo cotidiano a todas las mujeres de su país: en él quería convertirse.

El tiempo pasaba sin que Lili se diese cuenta. Enseguida llegó la madrugada. El viento había aumentado, y el roble, con sus hojas en forma de oreja, se inclinaba sobre Henrik y Lili como para escuchar lo que decían. La luna se había ido y todo estaba oscuro, sin otra iluminación que la luz dorada que llegaba de los pórticos del Ayuntamiento. Henrik cogía a Lili de la mano y le acariciaba la base carnosa del dedo gordo, pero Lili sentía esa caricia como si base y dedo gordo perteneciesen a otra persona. Era como si alguien estuviese reclamando un derecho de propiedad sobre ella.

—¿No te parece que hubiésemos debido conocernos antes? —dijo Henrik, cuyos dedos jugueteaban nerviosamente, temblorosos, con un hilo suelto del puño de su chaqueta.

Lili oyó la risa de Einar, que sonaba como una bolsa de aire convertida en risita nerviosa; y en el interior de la bolsa de aire estaba el aliento, lejanamente ácido, de Einar. Einar, que se reía de la torpeza del cortejo y la conducta de otro hombre. ¿Acaso había dicho él jamás nada tan torpe y tan tonto a Greta? Seguramente, no; de haberlo hecho Greta le habría contestado que hiciera el favor de dejar de decir tonterías. Habría sacudido sus brazaletes de plata, diciéndole: «¡Por Dios, qué cosas dices!» Y habría añadido que se iría inmediatamente del restaurante si Einar no dejaba de hablarle como a una niña. Greta habría concentrado toda su atención en el

pescado que había en su plato hasta no dejar de él otra cosa que la cabeza vacía sobre un charco de vinagre. Y luego habría besado a Einar y le habría acompañado a su casa.

—Tengo que ir a buscar a Greta —dijo Lili.

La niebla subía del puerto, y Lili empezaba a sentir frío. Lo pensó así: era Lili, con sus antebrazos desnudos, quien sentía el frío, no Einar; sentía el aire, rápido y húmedo, correr por la pelusa, casi invisible, que le crecía en la nuca. En otros lugares, bajo la gasa y la camisola, y, finalmente, en los calzoncillos de lana sujetos con una cinta, también Einar comenzaba a sentir el frío, pero sólo como se siente a fuerza de observar a una persona sin abrigo luchar en vano contra él. Einar se daba cuenta de que Lili y él compartían algo: unos pulmones color azul ostra; un corazón que no cesaba de latir; unos ojos, teñidos frecuentemente de rosa de pura fatiga. Pero su cráneo parecía contener dos cerebros, estaba hendido como una nuez: una mitad era de Einar, y la otra, de Lili.

—Di a Greta que te acompañaré a casa —dijo Henrik.

Lili contestó:

—Pero sólo si me prometes dejarme en la esquina de la Casa de las Viudas. Einar podría estar despierto, esperando, y no le gustaría verme a solas con un extraño. Y entonces Greta y él a lo mejor pensarían que no soy lo bastante mayor para vivir en Copenhague. Es que son así, siempre están preocupándose por mí, temiendo que en cualquier momento me vea en un apuro.

Henrik, cuyos labios eran planos y purpúreos, y estaban agrietados en el centro, besó a Lili. Su cabeza cayó sobre el rostro de ella, su boca chocó contra la de la joven, y sus bocas chocaron. Se apartó un momento y la volvió a besar, mientras sus manos le acariciaban el brazo por encima del codo y la espalda.

Lo que más sorprendió a Lili de aquel beso fue el raspar de los pelos y el fuerte, cálido peso del brazo masculino. La punta de la lengua de Henrik era extrañamente suave, como si un trago de té caliente le hubiese quemado las papilas gustatorias. Lili quería apartarle de sí, pero de pronto le pareció tarea imposible, como si su mano no pudiera conseguir jamás echar de su lado a Henrik, cuyo cabello rizado se le enroscaba como una sogá en torno al cuello.

Henrik la levantó del banco. Lili temía que la abrazara, porque entonces sentiría, a través de la tela del vestido, que su cuerpo era distinto de lo esperado: huesudo y sin pechos, y con una dolorosa hinchazón entre las piernas.

Henrik llevó a Lili por un pasillo lateral del Ayuntamiento tirando de su mano como un remolcador. Su cabeza parecía la de una marioneta que se agitase de felicidad; era redonda y de huesos bien marcados, con algo de mongol en la frente. Y era ésta la razón, quizá, de que Einar se sintiera justificado para asirse al puño húmedo de Henrik y seguir sus pasos: era un juego, parte del juego de Lili, y los juegos no importaban casi nada. Los juegos no eran arte, no eran pintura, y, ciertamente, no eran vida. Nunca hasta entonces —ni siquiera con la mano de Henrik

sudando contra la palma de la suya— se había considerado Einar anormal, o distinto en modo alguno de la normalidad. Su médico, cuando fue a verle el año anterior para consultarle sobre su aparente incapacidad para tener hijos, le había dicho: «¿Sueñas a veces con alguien, aparte de con tu mujer, Einar? ¿Con otro hombre, quizás?». «No, en absoluto», replicó Einar, «su intuición es errónea.» Y le dijo entonces al médico que también se turbaba cuando veía a hombres de ojos fugaces y asustados y piel excesivamente rosada merodear cerca del retrete de caballeros del parque de Ørsted. ¡Homosexual!, ¡qué lejos de la verdad!

Y también era ésta la razón de que Einar se asiese ahora a la mano de Henrik y corriese con él por los soportales de la parte trasera del Ayuntamiento, donde banderas danesas colgaban de las vigas lustrosas. Y también lo era de que tropezase cada dos por tres con los zapatos color amarillo mostaza que le había dado Greta aquella tarde de abril, cuando necesitaba pintar unas piernas de mujer. Él no sabía por qué permitía que el estrecho vestido le impidiese andar con toda libertad: bueno, era que estaba jugando. Eso lo sabía. Y Greta también lo sabía. Pero, al mismo tiempo, no sabía nada, lo que se dice nada, sobre sí mismo.

Fuera, en la plaza del Ayuntamiento, un tranvía pasaba ruidosamente; sus campanillas eran amistosas y tristes. Tres noruegos estaban sentados sobre el pretil de la fuente, riendo, bebidos.

—¿Por dónde vamos? —preguntó Henrik.

Parecía más bajo en la calle, al aire libre de la plaza donde el aire olía al carrito cercano que servía café con galletitas picantes. Había algo caliente, un ardiente secreto, en el fondo del estómago de Einar, y lo único que podía hacer era mirar a su alrededor: a la fuente y a los vikingos de bronce y a la empinada ladera de los tejados de los edificios que rodeaban la plaza.

—¿Por dónde? —volvió a preguntar Henrik, que miraba al cielo, con las ventanillas de la nariz temblorosas.

Y entonces Einar tuvo una idea. Lili tuvo una idea. Y, por extraño que parezca, la cosa ocurrió así: flotando por encima de la plaza del Ayuntamiento, Einar vio que Lili, con el labio superior lleno de determinación, le decía a Henrik: «Ven.» Y la oyó pensar: Greta no se enterará nunca. Einar no pudo averiguar a qué se refería: ¿Qué era lo que Greta no llegaría nunca a saber? Cuando él, Einar, dueño remoto del cuerpo tomado a préstamo, estaba a punto de preguntar a Lili qué era lo que quería decir; cuando él, Einar, flotando como un fantasma que describiese círculos por encima de ellos, estaba a punto de acercarse y preguntar —no exactamente como el conductor hace la pregunta al llegar a una encrucijada, pero casi—: *Dime, ¿qué es lo que Greta no sabrá nunca?*, justo entonces, Lili, con los antebrazos enrojecidos de calor, con los puños envueltos en gasa, con la mitad de su cerebro común electrizada por la corriente del pensamiento, sintió una cálida humedad correrle de la nariz a los labios.

—¡Dios mío, estás sangrando! —gritó Henrik.

Lili se llevó la mano a la nariz. La sangre era espesa, y le corría por la boca. La música del Ayuntamiento le resonaba en la nariz. Con cada gota de sangre Lili se sentía más limpia, vacía pero limpia.

—¿Qué te ha pasado?

Su voz era ahora un alarido y la sangre de Lili pareció, de pronto, hacerse más espesa, como agradeciéndole su inquietud.

—Deja, voy a ver si puedo hacer algo.

Antes de que Lili pudiera detenerlo, echó a correr por la plaza del Ayuntamiento para pedir auxilio a unas personas que estaban metiéndose en un coche. Henrik estaba ya a punto de dar un golpecito en el hombro de una mujer que en aquel momento abría la puerta del coche, le vio alargar lentamente el dedo. Y sólo entonces se dio cuenta.

Trató de gritarle: «¡No!, ¡no!», pero no consiguió pronunciar una sola palabra.

Era el recio hombro de Greta el que Henrik golpeaba. Greta, que justo entonces ayudaba a Helene a entrar en el coche oficial de la Real Compañía Comercial de Groenlandia.

Pero era como si Greta nunca hubiese visto a Henrik hasta aquel momento. Sólo veía a Lili, cuya sangre relucía por toda la plaza del Ayuntamiento. El rostro de Greta se tensó, y Lili creyó oírle murmurar: «¡Ay, no, por Dios bendito, no!» E, inmediatamente, vio contra su rostro el chal azul de Greta, el mismo que había cogido la costumbre de quitarle a hurtadillas, frotándole la nariz, mientras caía como un fardo en brazos de Greta y oía, suave como una canción de cuna, la voz de ésta, que le decía:

—¡Lili, Lili! ¿Te encuentras bien? ¡Oh, Lili, por favor, ponte buena! —y luego añadió—: ¿Te ha hecho daño?

Lili contestó que no con la cabeza.

—¿Qué es lo que ocurrió? —preguntó Greta al tiempo que le frotaba circularmente las sienes con los dedos pulgares de ambas manos.

Pero Lili no podía decir nada, únicamente podía mirar a Henrik, que, huyendo de Greta, cruzaba corriendo la plaza del Ayuntamiento, con sus piernas, largas y veloces, moviéndose a ritmo rápido, con su pelo revuelto agitándose al aire nocturno. El retumbar de sus pies contra los adoquines de la plaza le pareció extrañamente semejante al ruido del bofetón que el padre de Einar le había dado a éste con la mano abierta al verle con el delantal de su abuela puesto mientras los labios de Hans se apretaban cálidamente contra su cuello.

Aquel verano, el marchante que vendía la pintura de Einar accedió a exponer diez cuadros de Greta durante dos semanas. Einar fue el que lo organizó, pidiéndoselo como un favor: «Mi mujer está empezando a sentirse frustrada», así comenzaba una carta que dirigió al señor Rasmussen en una hoja de papel de cartas con membrete, una gestión de la que se suponía que Greta no debía enterarse. Pero ella, no sin que le remordiera la conciencia, abrió con precauciones la carta que Einar le dio para que la echase en el correo con ayuda del vapor de una tetera y el filo de una uña. No lo hizo por ninguna razón específica, sino, simplemente, porque a veces se sentía abrumada de curiosidad por su marido y lo que éste hacía cuando no estaba con ella: lo que leía, por ejemplo, qué tomaba para almorzar, o con quién hablaba, y sobre qué. «Y no es que sienta celos», se dijo Greta mientras volvía a cerrar el sobre con sumo cuidado, «no, no es eso, es, simplemente, que estoy enamorada.»

Rasmussen era calvo, con ojos que parecían chinos por la forma, y viudo. Vivía con sus dos hijos en un apartamento situado cerca de Amalienburg. Cuando dijo que estaba dispuesto a colgar en su galería las pinturas más recientes de Greta, ésta se sintió tentada a contestar que no necesitaba su ayuda. Luego lo pensó mejor y se dio cuenta de que sí la necesitaba. A Einar le dijo, evasivamente:

—No sé si hablaste o no con Rasmussen, pero no sabes lo que me alegro de que haya dicho que sí.

Greta compró diez sillas en una tienda de muebles de la Ravensborggade y puso en sus asientos cojines de damasco rojo. Colocó una delante de cada uno de sus cuadros colgados en la galería.

—Es para reflexionar —le dijo a Rasmussen al colocarlas de esa forma.

Luego escribió a los directores de todos los periódicos europeos de la lista que Einar había ido compilando a lo largo de los años. En la invitación se anunciaba un importante debut, palabras éstas que a Greta le costó cierto esfuerzo escribir, porque parecían muy jactanciosas, muy propias más bien de una transacción comercial, pero, a pesar de todo, las dejó, por insistencia de Einar.

—Quedan bien —acabó diciendo—, y son lo que hace falta.

Distribuyó en propia mano las invitaciones del *Berlingske Tidende*, el *Nationaltidende* y *Politiken*, donde un empleado con un gorrito gris se quitó de encima a Greta con una sonrisita de desdén.

Los cuadros de Greta eran de gran tamaño y relucían gracias a un procedimiento de laqueado que ella misma había ideado sobre una base de barniz. Tanto relucían y tan duros eran, que se podían limpiar como si fueran ventanas. Los pocos críticos que acudieron a la galería a verlos dieron la vuelta en torno a las sillas con cojines de damasco rojo mascando las galletitas de miel que Greta había dispuesto sobre una

bandeja de plata. Guió personalmente a los críticos por la exposición, pero los cuadernitos de notas de éstos siguieron impolutos, desconcertantemente en blanco.

—Ésta es Anna Fonsmark, ya la conoce, la mezzo-soprano —decía Greta—. ¡No saben lo que me costó convencerla de que posase para mí!

O bien:

—Este señor es el peletero del rey. ¿Se han fijado en la corona de visones que hay en ese ángulo, como símbolo de su oficio?

Cuando decía cosas como éstas, Greta se arrepentía inmediatamente; la vaciedad de tales comentarios resonaba en el aire como un eco de sus cuadros laqueados. Esto la hacía pensar en su madre, y se sonrojaba. Pero es que a veces Greta se sentía invadida por una ola de energía tan fuerte que no se podía contener y que no la dejaba pensar y preparar un plan sensato de acción. Esta energía era una especie de fluido que subía y bajaba por su espinazo y le confería el carácter de los conquistadores del Oeste.

No tuvo más remedio que confesarse que algunos de los críticos habían ido a ver su exposición únicamente porque era la mujer de Einar Wegener.

—¿Qué tal va la obra de Wegener? —preguntaron algunos de ellos—. ¿Para cuándo es la próxima exposición?

Un crítico acudió porque Greta era californiana y quería hacerle preguntas sobre los pintores que trabajaban allí al aire libre, como si Greta supiese algo, por poco que fuese, sobre aquellos hombres barbudos que mezclaban sus colores a la desconcertante luz del sol de la laguna Niguel.

La galería de Krystalgade era exigua, y, a causa de una ola de calor que había coincidido con su exposición, olía igual que la quesería contigua. A Greta le preocupaba que ese olor se pegase a sus lienzos, pero Einar le aseguró que era imposible, debido a la mucha laca que tenían.

—Son impenetrables —le dijo en cierta ocasión, refiriéndose a los cuadros, comentario que quedó flotando como una nube negra sobre ellos, pues no dejaba de tener ciertas connotaciones poco caritativas, según cómo se considerase.

Al día siguiente, cuando Greta volvió al apartamento, encontró a Lili haciendo ganchillo; las agujas resonaban en su regazo mientras tejía una redecilla para el pelo. Ni Einar ni Greta habían averiguado jamás la causa de la hemorragia nasal de Lili en el Baile de los Artistas. Pero cosa de un mes más tarde la nariz le volvió a sangrar, un par de chorritos rojos a lo largo de tres días de julio. Einar dijo que no era nada, pero Greta empezó a sentirse preocupada, como una madre que ve toser a su hijo. Desde hacía algún tiempo, Greta se había acostumbrado a levantarse de la cama en plena noche para ponerse a pintar un retrato de Lili, una Lili muy pálida que caía en los brazos de Henrik; era un cuadro grande, casi de tamaño natural, y más real, con sus brillantes colores y sus formas planas, que el propio recuerdo que tenía Greta de la hemorragia de Lili a la salida del Baile de los Artistas. En el fondo, que aparecía algo sesgado, se veía una fuente con sus dragones de los que manaba agua y los vikingos

de bronce tocando sus *lure*. Lili parecía frágil, y llenaba el cuadro, arropada por el abrazo de un hombre y con el pelo cayéndole sobre el rostro. Nunca olvidaría aquella escena, se decía Greta mientras pintaba, jamás podría olvidar la creciente mezcla de horror y confusión y rabia que aún sentía correrle por la espina dorsal. Era consciente de que a partir de entonces algo había cambiado.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —preguntó Greta a Lili al entrar en el apartamento.

—Menos de una hora —las agujas continuaban resonando metálicamente en su regazo—. Es que salí. Fui a pasear por el Jardín Real y me senté a hacer ganchillo en un banco. ¿Has visto ya las rosas?

—¿Te parece buena idea salir así, sola?

—No estaba sola —dijo Lili—. Estaba con Henrik. Nos encontramos en el banco.

—Henrik —dijo Greta—. Ya.

Greta escrutó a su marido por el rabillo del ojo. No tenía la menor idea de cómo hacer frente a aquella situación, ni a Lili, pero ahí la tenía, vestida con una falda marrón y una blusa blanca de mangas holgadas, y con los zapatos anticuados de hebillas de peltre que le había dado el primer día. Sí, la tenía justo allí. La garganta de Greta se llenó de una fuerte pesadumbre: hubiese querido que ambos se sintiesen más comprometidos con las andanzas de Lili. Se dio cuenta de que nunca iba a saber a ciencia cierta cuál era exactamente su papel en aquel asunto.

—¿Y qué tal está el pintor de peces? —preguntó Greta.

Lili levantó la vista y se puso a contar a Greta la historia del reciente viaje de Henrik a Nueva York, donde había cenado con la señora Rockefeller.

—Está convirtiéndose en un pintor importante —prosiguió Lili, y le repitió los comentarios que la gente del mundillo del arte hacía de Henrik—. ¿Sabías que es huérfano? —añadió.

Y se puso a contarle su juventud como aprendiz de marinero, en una goleta que pescaba en el Mar del Norte. Luego le dijo que Henrik había afirmado, sentado a su lado en el banco del Jardín Real, delante del bojedal, que nunca hasta entonces había conocido a una chica como Lili.

—Es evidente que le gustas.

Greta se daba cuenta de lo acalorado que estaba el rostro de Lili. Acababa de pasar un día sin incidentes en la galería, con sus diez cuadros colgados de las paredes y sin vender. Y ahora, esto: su marido, con una falda marrón lisa; y la historia de Henrik recibiendo una invitación para cenar con la señora Rockefeller en el National Arts Club, en Gramercy Park. Y el extraño aspecto que debían de tener Lili y Henrik en un banco público, a la sombra de las torrecillas del palacio de Rosenborg. Todo eso se mezcló de pronto en su mente, y preguntó, sin pensarlo:

—Dime una cosa, Lili, ¿has besado alguna vez a un hombre?

Lili dejó de hacer ganchillo y apoyó la labor en el regazo.

Fue como si esta pregunta hubiese caído por su propio impulso de la boca de

Greta. Ésta nunca se la había hecho a sí misma hasta entonces, porque, sexualmente, Einar siempre había sido desgarbado y sin iniciativa. Le parecía imposible que Einar hubiese tenido jamás tan extraño anhelo. Aparte de que, sin la ayuda de Greta, no habría encontrado a Lili.

—¿Es Henrik el primero? —preguntó Greta—. Quiero decir si es el primero que te besa.

Lili lo pensó, frunciendo la frente. A través de las tablas del suelo llegaba la aguardentosa voz del marinero, que gritaba:

—¡No me mientas! ¡Me doy cuenta de que me mientes!

—En Bluetooth —comenzó Lili— había un chico que se llamaba Hans.

Era la primera vez que Greta oía el nombre de Hans. Lili se puso a hablar de él extáticamente, con los dedos de ambas manos muy juntos y muy altos. Parecía en trance mientras le contaba a Greta las tretas de Hans para encaramarse al viejo roble, y describía su vocecita, que era como de guijarros que entrechocan, y hablaba de la cometa en forma de submarino que un día desapareció en el pantano.

—¿Y no has vuelto a saber nada de él desde entonces? —preguntó Greta.

—Tengo entendido que se fue a vivir a París —dijo Lili, volviendo a su ganchillo—. Es marchante, pero eso es lo único que sé de él. Se dedica a vender cuadros a norteamericanos.

Y, sin más, se levantó y se fue a su cuarto, donde Eduardo IV gruñía en sueños, y cerró la puerta. Una hora después, cuando Einar volvió a salir de allí, fue como si Lili nunca hubiera estado en el apartamento. Aparte del olor a menta y leche, fue como si Lili nunca hubiera existido.

A las dos semanas o así de la inauguración de la exposición, todavía no se había vendido una sola de las pinturas de Greta. Y ya no podía echar la culpa a la situación económica, pues la Gran Guerra había terminado siete años antes y la economía danesa estaba en pleno período de crecimiento y especulación, con algún que otro altibajo. Así y todo, el fracaso de su exposición no la sorprendió. Desde que se casó, la reputación de su marido había sobrepasado siempre la suya. Los cuadritos oscuros de pantanos y tormentas de Einar —que, en realidad, no eran otra cosa que pintura gris sobre pintura negra— costaban más y más coronas cada año que pasaba. Y, entre tanto, Greta no vendía otra cosa que monótonos encargos que le hacían serios directores de empresa siempre reacios a sonreír, por poco que fuese. Los retratos más personales que pintaba, como, por ejemplo, el de Anna, o el de la mujer ciega que se sentaba a la entrada del Tívoli, y, ahora, el de Lili, pasaban inadvertidos. Al fin y al cabo, ¿a quién iba a ocurrírsele comprar cuadros de Greta antes que los de Einar, los cuadros de la brillante, audaz norteamericana antes que los del sutil, íntimo danés? ¿Qué crítico se atrevería a elogiar el estilo de Greta por encima del de Einar en un país como Dinamarca, donde los estilos pictóricos decimonónicos pasaban todavía por ser innovadores y cuestionables? Eso era, al menos, lo que pensaba Greta; e incluso Einar, cuando lo presionaba, admitía que era posible que fuese así.

—Me molesta sobremanera pensar así —decía ella a veces, con las mejillas tensas de una envidia que no podía desechar calificándola de mezquina.

Uno de sus cuadros, sin embargo, había despertado cierto interés. Era un tríptico, pintado sobre tablas unidas entre sí con bisagras. Greta lo había comenzado el día después del Baile de los Artistas, y representaba tres versiones de una cabeza de muchacha en tamaño natural: una chica absorta en sus pensamientos, con los párpados rojos y cansados; una chica atemorizada, con las mejillas hundidas; y una chica muy excitada, con la cabellera desbordándosele de la cinta y los labios humedecidos. Greta lo había pintado con un pincel muy fino, de pelo de conejo, y al temple, lo que daba a la piel de la chica una extraña transparencia, un relucir de gusano de luz. Decidió no lacar aquel cuadro. En pie delante de él, uno o dos de los críticos se habían decidido a sacar sus lápices de los bolsillos delanteros de sus chaquetas. El corazón de Greta comenzó a latir contra sus costillas al oír las minas de los lapiceros raspar la superficie de los cuadernitos de notas. Uno de los críticos carraspeó; otro, un francés que tenía una verruguita en el extremo del párpado, preguntó a Greta:

—¿Éste también es suyo?

Pero el cuadro, que se titulaba: *Lili tres veces*, no fue suficiente para salvar la exposición. Rasmussen, un hombre bajo que acababa de estar en Nueva York intercambiando cuadros de Hammersøi y Krøyer por acciones en empresas siderúrgicas de Pennsylvania, embaló los cuadros de Greta para devolvérselos.

—Me quedo en consignación con el de la chica —le dijo, y lo anotó en sus libros de cuentas.

Pasaron varias semanas hasta que llegó a la galería de Rasmussen un recorte de un artículo publicado en una revista de París. El artículo era un resumen de arte moderno escandinavo; entre párrafos sobre los pintores de más talento de Dinamarca, podía leerse una breve mención —que la mayor parte de la gente ni siquiera vio— de Greta: «Imaginación salvaje y rapsódica», decía de su pintura; «su cuadro de una chica llamada Lili sería aterrador de no ser tan bello». Y nada más. Era tan escueta la mención como es habitual en ese tipo de resúmenes. Rasmussen envió el recorte a Greta, que lo leyó con una mezcla de sentimientos que no supo luego expresar a nadie: para ella, más sorprendente incluso que el elogio era la ausencia del nombre de Einar en todo el artículo. El arte danés se resumía en aquellas líneas, pero el nombre de Einar no aparecía en ninguna de ellas. Guardó el recorte en un cajón del armario ropero de fresno, debajo de las fotos de color sepia de Teddy y de las cartas de su padre, desde Pasadena, en las que hablaba de la cosecha de naranjas, las cacerías de coyotes y la sociedad de pintoras de Santa Monica de la que Greta podría hacerse socia si alguna vez se decidía a irse de Dinamarca. Greta se dijo que no enseñaría jamás aquel artículo a Einar. Era suyo; las únicas palabras de elogio eran para ella. Una vez más, no sintió necesidad de compartir.

Pero Greta no podía limitarse a leer el artículo y guardarlo para siempre en un

cajón. No, tenía que reaccionar, de modo que inmediatamente se puso a escribir al crítico; se le había ocurrido una idea.

«Muchas gracias por su inteligente reseña», comenzó. «La guardaré en un lugar de preferencia en mi pequeño archivo de recortes. Sus palabras fueron consideradas y amables en extremo. Espero que venga a visitarme la próxima vez que pase por Copenhague. Nuestra ciudad es pequeña, pero refinada. Hay algo que me dice que no la ha visitado usted debidamente. Entre tanto, permítame que le pregunte una cosa. Mi marido, Einar Wegener, el paisajista, ha perdido todo contacto con un amigo íntimo de su niñez. Lo único que sabe de él es que vive en París y es, posiblemente, marchante de cuadros. ¿Conoce, por casualidad, a Hans Axcil, el barón? Es de Bluetooth, en Jutlandia. Mi marido tiene mucho interés en localizarle. Parece que, de muchachos, eran muy íntimos. Mi marido habla de él con auténtica nostalgia, como suelen hacer los hombres cuando recuerdan su juventud, rememorando los años que pasaron juntos en Bluetooth, que, en realidad, es poco más que un pantano. Pero se me ocurrió que a lo mejor ha oído usted hablar de Hans, ya que el mundillo del arte es más pequeño de lo que pensamos. Si tiene su dirección, sería suficiente, y le quedaría muy agradecida. Por favor, mándemela, y se la pasaré a Einar. También él le quedaría muy agradecido.»

Una semana después del Baile de los Artistas, Lili se encontró con Henrik en el Jardín Real tres tardes seguidas. Insegura aún, aceptó verle, pero sólo al oscurecer, lo cual, a fines de junio, quería decir tarde, después de cenar. Todas las noches, cuando sacaba una falda del armario ropero a fin de vestirse para la cita, Lili se sentía llena de sentimientos de culpabilidad. Greta estaba leyendo el periódico en el cuarto de estar, y casi sentía sus ojos fijos en ella mientras se daba los polvos y se aplicaba el lápiz de labios y se rellenaba la pechera de la camisola con calcetines enrollados. Lili pasaba de puntillas junto a Eduardo IV, que estaba echado cuan largo era sobre la pequeña alfombra ovalada que había delante del espejo, y se miraba con cuidado el perfil en su cristal, primero desde la izquierda, luego desde la derecha. Se sentía mal dejando a Greta a solas con su periódico y con el cono de luz de su lámpara de leer, pero no tan mal como para dar plantón a Henrik bajo la farola de siempre.

—¿Vas a salir? —preguntó Greta la primera noche que vio a Lili ir derecha hacia la puerta de la calle, justo cuando sonaba la sirena del *ferry* de Bornholm.

—Sí, salgo a dar un paseo —dijo Lili—, me hace falta un poco de aire fresco. Hace demasiado buen tiempo para quedarse encerrada en casa.

—¿A estas horas?

—Si no te parece mal...

—No, en absoluto —dijo Greta señalando el montón de periódicos que tenía a sus pies, y que quería leer antes de acostarse—, pero ¿vas sola?

—Bueno, sola no —Lili no podía mirar a Greta a los ojos al decir esto, así que los apartó y miró al suelo—, voy a ver a Henrik. —Y añadió—: Pero sólo para dar un paseo.

Lili miró entonces el rostro de Greta. Tenía las mejillas tensas, y sus dientes parecían rechinar. Se incorporó en su butaca y estrujó el periódico que tenía sobre el regazo.

—Bueno, no tardes mucho —dijo al fin.

Henrik hizo esperar a Lili casi veinte minutos junto a la farola. Lili comenzó a preocuparse, temiendo que a lo mejor había cambiado de idea, que quizás hubiese notado algo raro en ella. La asustaba sentirse sola en la calle. Pero, al tiempo, la embargaba una sensación de euforia por estar libre, y el rápido palpitar de su garganta le decía que podía hacer casi todo cuanto se le antojara.

Cuando, por fin, llegó Henrik, estaba jadeante, le sudaba el labio superior.

—Estaba pintando y perdí toda noción del tiempo —dijo—. ¿Te pasa eso alguna vez, Lili? ¿Te olvidas de quién eres o de dónde estás?

Anduvieron durante cosa de media hora en la noche cálida. Apenas hablaban, y Lili tenía la sensación de que no había nada que decir. Henrik la cogió de la mano.

Cuando estuvieron en una calle desierta, sin otro ser vivo que un perro abandonado, Henrik la besó.

También se vieron las dos noches siguientes. Lili salía siempre del apartamento bajo la mirada severa de Greta por encima del periódico que estaba leyendo. Y Henrik siempre llegaba con retraso, corriendo, con pintura en las uñas y entre los rizos.

—Me gustaría ver a Greta un día de estos —dijo Henrik—, quiero demostrarle que no soy realmente el tipo de hombre que huye ante una mujer que se ha desmayado.

La tercera noche se quedaron hasta tarde, hasta después del último tranvía, hasta después de la una de la madrugada, cuando cerraban bares y tabernas. Lili daba la mano a Henrik mientras paseaban por la ciudad nocturna mirando el reflejo plano y negro de las lunas de los escaparates, besándose en la oscuridad que les brindaban los portales. Sabía que tenía que volver a la Casa de las Viudas, pero había algo que la tentaba a seguir al aire libre para siempre.

Lili estaba segura de que Greta la esperaba con los ojos fijos en la puerta de la calle. Pero ese día el apartamento estaba a oscuras cuando volvió, y se lavó la cara y se desnudó y se metió en la cama, convertida de nuevo en Einar.

Al día siguiente Greta le dijo a Lili que debía dejar de salir con Henrik.

—¿Te parece que eres justa con él al engañarle de esa forma? —le preguntó—. ¿Qué te parece que pensaría si lo supiera?

Pero Lili no acababa de comprender lo que quería decir Greta. ¿Qué iba a pensar Henrik sobre qué? A menos que Greta se lo dijese claramente, Lili olvidaba con frecuencia su nueva personalidad.

—Es que no quiero dejar de verle —decía.

—Pues entonces, hazlo por mí.

Lili dijo que lo intentaría, pero incluso en el momento de decirlo se daba cuenta de que le iba a ser imposible. En el cuarto de estar del apartamento, junto al caballete vacío de Einar, se dijo que estaba mintiendo a Greta. Pero no lo podía remediar. No podía dejar de comportarse de aquel modo.

Y así fue como Lili y Henrik comenzaron a verse en secreto, hacia el fin de la tarde, antes de que Lili tuviese que volver a casa para la cena. Al principio era difícil para Lili ver a Henrik a plena luz del sol, que le iluminaba de lleno la cara. Tenía miedo de que Henrik se diese cuenta de que no era realmente bella, o de que descubriese algo peor. Se echaba un pañuelo al cuello, y se lo anudaba justo debajo de la barbilla. Se sentía muy a gusto sentada con él en el oscuro cine Rialto, cogidos los dos de la mano, o en la silenciosa biblioteca de la Real Academia, en la sala de lectura, cuya luz se atenuaba gracias a las pantallas de lienzo verde.

Una noche Lili quedó con Henrik junto al lago del parque Ørstedes a las nueve de la noche. Había dos cisnes nadando en el agua y un sauce se inclinaba sobre la hierba. Henrik llegó tarde, y cuando estuvo junto a ella la besó en la frente.

—Ya sé que sólo tenemos unos pocos minutos —dijo mientras su pelo rozaba la garganta de Lili.

Pero esa noche Greta estaba en una recepción de la embajada norteamericana. Se quedaría allí unas horas todavía, y Lili estuvo a punto de decir a Henrik que podían cenar juntos tranquilamente en el restaurante de las paredes revestidas de paneles de madera junto al mercado de los Franciscanos, y luego podrían pasear por Langelinie como cualquier otra pareja danesa que hubiese salido a disfrutar de una noche agradable. Casi no se creía la buena noticia que iba a dar a Henrik, que ya se había acostumbrado a no verla más que unos minutos cada día.

—Tengo algo que decirte —le dijo.

Henrik le cogió la mano, se la besó y la apretó luego contra su pecho.

—Oh, Lili —dijo—, no digas nada más, ya lo sé. No te preocupes por nada, porque ya lo sé.

En los ojos de Henrik había una mirada franca, una mirada que era una muda confesión.

Lili apartó su mano de la de Henrik. El parque estaba silencioso, los obreros que lo cruzaban camino de sus casas estarían ya sentados a la mesa para cenar, un hombre se paseaba cerca del retrete público encendiendo una a una todas las cerillas de un librito que tenía en la mano. Otro hombre pasó junto a él y luego le miró volviendo la cabeza. ¿Qué era lo que sabía Henrik?, se preguntaba Lili, pero enseguida lo comprendió.

Henrik seguía mirándola de aquel modo y Lili sintió que un terrible escalofrío le recorría el espinazo. De pronto, tuvo la impresión de que Einar se había unido a ellos y que, a un paso de distancia de Lili y Henrik, había sido testigo de aquella íntima confesión. Allí estaba Einar, vestido de chica joven, coqueteando con un chico joven. Era un espectáculo espantoso.

Lili sintió otro escalofrío. El hombre que estaba junto al retrete público entró en él, y al poco se oyó el estrépito de un cubo de la basura que se volcaba.

—Me temo que no voy a poder seguir viéndote —acabó por decir Lili—, te tengo que decir adiós esta noche.

—Pero ¿qué dices? —protestó Henrik—. ¿Por qué dices eso?

—No podemos seguir viéndonos. Al menos, por el momento —repitió Lili.

Henrik alargó la mano para coger la de Lili, pero ésta rehusó.

—Pero si te aseguro que no me importa... ¿Es eso lo que te preocupa? Eso es lo que estoy tratando de decirte. ¿Dices eso porque temes que yo no...?

—Por el momento, no podemos seguir viéndonos —volvió a decir Lili, y, sin más, se alejó de allí.

Cruzó el césped, que estaba seco a causa del calor y casi crujía bajo sus pisadas, y salió del parque.

—¡Lili! —gritó Henrik desde debajo del sauce.

Todavía quedaba tiempo, unas horas, para colgar de nuevo el vestido de Lili y

bañarse y comenzar otro cuadro. Einar esperaba a que volviese Greta, que entraría en el apartamento, se quitaría el sombrero y preguntaría:

—¿Qué, lo pasaste bien?

Y, sin más, le besaría en la frente de una manera que les haría ver a los dos que era ella quien tenía razón.

Greta y Einar fueron a pasar sus vacaciones de agosto, como siempre, a Menton, un puerto francés situado en la frontera franco-italiana. Después del largo verano, Greta se despedía de Copenhague con una sensación de alivio. Mientras el tren iba hacia el sur y cruzaba los Alpes Marítimos, Greta se sentía como quien deja un peso a sus espaldas.

Ese año, siguiendo el consejo de Anna, que aquel mes de mayo había cantado en la Ópera de Montecarlo, Greta y Einar habían alquilado un apartamento en la avenida Boyer, justo enfrente del Casino Municipal de Menton. El dueño del apartamento era un norteamericano que se había apresurado a ir a Francia al terminar la Gran Guerra para comprar unos talleres de confección de Provenza que habían sufrido las consecuencias de la crisis que siguió al fin de la contienda. Se hizo rico, y ahora vivía en Nueva York, disfrutando de los beneficios que le producían las sencillas batas de andar por casa que vendía a las amas de casa del sur de Francia.

El apartamento tenía el suelo de frío mármol color naranja y un dormitorio extra pintado de rojo; en el cuarto de estar había un biombo chino incrustado con conchas de orejas de mar. Los balcones delanteros daban a pequeñas terrazas lo bastante grandes como para albergar una hilera de tiestos de geranios y dos sillas metálicas. Allí pasarían Greta y Einar las cálidas noches del sur de Francia, Greta con los pies sobre la baranda, mientras la fresca brisa soplaba desde los naranjos y limoneros del parque que se extendía ante sus ojos. Greta estaba fatigada, y tanto ella como Einar podían pasar veladas enteras sin decirse otra cosa que «Buenas noches».

El quinto día de sus vacaciones, el tiempo cambió. El siroco del norte de África cruzaba raudo el picado mar Mediterráneo, ascendía por la playa rocosa y penetraba por las puertas abiertas de las terrazas hasta ir a chocar con el biombo chino.

Greta y Einar estaban sesteando en el dormitorio rojo cuando oyeron el golpe. Se levantaron y encontraron el biombo caído contra el sofá. El biombo ocultaba un perchero de batas de muestra de uno de los talleres del dueño del apartamento. Eran blancas, con diseños de flores, y se contorsionaban en las perchas agitadas por el viento como si a un niño le hubiese dado por divertirse tirando de sus dobladillos. Eran bastante sencillas, pensó Greta, con las mangas rematadas por puños y una hilera de botones delante que parecía hecha a propósito para facilitar la lactancia, y tan simples y prácticas que Greta comenzó a sentir una especie de repulsión por las mujeres que las usaban. Se inclinó para poner en pie el biombo chino, y le dijo a Einar:

—Anda, échame una mano.

Einar estaba de pie junto al perchero, y los dobladillos de las batas golpeaban suavemente su pierna. Su rostro era inexpresivo. Greta veía palpar las venillas de

sus sienes. También veía temblar sus dedos, que a ella siempre le habían parecido más de pianista que de pintor.

—Estaba pensando si invitar a Lili a que viniese a vernos —dijo Einar—, nunca ha estado en Francia.

Greta jamás había echado a Lili de su casa. Momentos hubo, a lo largo del verano, en los que Einar anunciaba de pronto que Lili iba a venir a cenar, y entonces Greta, agotada de un día pasado en su fracasada exposición, pensaba: «Vaya, hombre, sólo me faltaba eso, lo último que me gustaría ahora es pasar la velada con mi marido vestido de mujer.» Pero esos pensamientos Greta se los guardaba para sí, mordiéndose el labio hasta detectar el sabor de su propia sangre. De sobra sabía, por lo ocurrido con Henrik, que Lili era voluntariosa en extremo.

Durante las semanas anteriores a su viaje a Menton, Lili había empezado a aparecer en el apartamento por las tardes sin avisar. Greta salía de la Casa de las Viudas por algún asunto y, al volver, se encontraba a Lili asomada a la ventana y embutida en un vestido largo, con los botones de la espalda desabrochados. Greta, entonces, la ayudaba a terminar de vestirse, y le ponía un collar de cuentas de ámbar en torno al cuello. Greta siempre se asustaba al encontrar a su marido vestido así, esperándola con el cuello de un vestido de mujer desabotonado entre los hombros pálidos. Pero jamás le dijo nada a Einar, ni tampoco a Lili. Lo que hacía era dar siempre la bienvenida a Lili como si fuese un divertido amigo extranjero. Y no cesaba de chismorrear con ella mientras la ayudaba, por ejemplo, a ponerse los zapatos. Se echaba un poco de perfume en la punta del dedo índice y se lo pasaba a Lili por la garganta y los sobacos. Ponía a Lili ante el espejo y le susurraba, con suave, íntima voz conyugal:

—Eso, sí, así... qué guapa estás.

Greta hacía todo esto llevada por un impulso de lealtad, porque siempre había pensado que podía enfrentarse con cualquiera, excepto con su marido. Lo mismo le había pasado con Teddy. Podía pelearse con su madre y discutir con su padre y negar el saludo a toda Pasadena y a todo Copenhague, pero en su pecho había un pozo sin fondo de tolerancia por todo cuanto hiciera el hombre a quien amaba. Nunca lo cuestionaba, fuera lo que fuese, y ésa era la razón de que hubiese permitido a Lili invadir sus vidas. Cualquier cosa con tal de hacer feliz a Einar, solía decirse. Cualquier cosa.

Y, sin embargo, Greta, por ser Greta, se sentía a veces a disgusto en medio de todo esto. Después de las citas de Lili con Henrik, Greta comenzó a salir con ella cuando se lanzaba a las calles de Copenhague. Lili le había dicho que nunca más volvería a ver a Henrik, que sus relaciones se habían enfriado definitivamente, pero, a pesar de eso, Greta sabía que había docenas de chicos jóvenes que podían adular a Lili hasta hacerla sonrojarse y caer rendida en sus brazos. Y por eso Lili y Greta se paseaban juntas, del brazo, ante el bojedal del parque. Los ojos de Greta exploraban los caminos del parque en busca de posibles pretendientes, sabiendo lo que Lili, con

sus húmedos ojos pardos, era capaz de agitar en el pecho de los daneses jóvenes. Un día Greta le hizo una foto a Lili a la puerta del palacio de Rosenborg, y el elegante edificio de ladrillo, al servir de fondo a Lili, pareció adoptar de pronto un aspecto confuso y vagamente amenazador. Otro día Lili paró a Greta ante el teatro de marionetas y se sentó allí, entre los niños, con el rostro igual de intrigado y las piernas igual de retozonas que las de ellos.

—¿Greta? —repitió Einar. Estaba apoyado contra el perchero de batas de muestra.

El biombo chino seguía caído contra el sofá. Einar volvió a llamarla:

—¿Greta? Dime, ¿no te importa que venga Lili a visitarnos?

Greta comenzó a levantar el biombo. Desde que estaban en Francia no había pintado nada. No había visto allí a nadie que le interesara hasta el punto de pedirle que posase para un retrato. El tiempo era pesado y húmedo, lo que impedía a la pintura secarse rápidamente sobre el lienzo. Durante el verano Greta había comenzado a cambiar de estilo, usando colores cada vez más brillantes, sobre todo rosas y amarillos y oros, y líneas más planas y a una escala mayor. Para Greta ésta era una manera nueva de pintar, y ahora le costaba más empezar desde cero sobre el lienzo blanco. Casi nunca se sentía segura de sus cuadros. Sus obras más recientes, con su matiz de alegría, enorme y apastelado, requerían en ella una sensación íntima de éxtasis, de embeleso. Y nada en este mundo la hacía más feliz que pintar a Lili.

Greta estaba pensando pintar un retrato de Lili de tamaño natural, en la terraza del apartamento, con el pelo y la bata de andar por casa levantados por la brisa y con el estampado de rosas difuminado y la expresión exacta que tenía en aquel momento el rostro de su marido: cálida y anhelante, la piel tensa y roja y como a punto de reventar.

Greta y Lili iban dando un paseo a L'Orchidée, en el quai Bonaparte. El restaurante era famoso por sus calamares en su tinta, o eso, al menos, les había asegurado Hans en una carta, y se lo había propuesto como lugar de cita. Las tiendas estaban ya cerradas. Sobre la acera se veían pequeños sacos llenos de la basura del día. Los adoquines estaban sueltos, marcados por los neumáticos de los coches.

Greta tenía en el bolsillo la carta de Hans y su anillo de boda la rozaba mientras ella y Lili iban ya por la calle Saint Michel hacia el puerto. A Greta le parecía que la costumbre danesa de llevar la alianza en la mano derecha era muy bonita. Cuando volvió a Dinamarca, después de enviudar, se había jurado que nunca se quitaría el ancho anillo de oro acanalado y labrado que le había dado Teddy. Pero luego Einar le dio otro: un sencillo aro de oro, y ella no se decidía a quitarse el anillo de Teddy, porque recordaba el momento en que éste se lo había dado, hurgándose torponamente en los bolsillos hasta dar con la cajita de terciopelo negro. Al fin, decidió que lo mejor era dejar el anillo de Teddy en el dedo de la mano izquierda, de modo que

ahora llevaba los dos. Y jugueteaba con ambos al mismo tiempo, dándoles vueltas, distraída, en sus respectivos dedos.

Greta no le había hablado mucho a Einar sobre Teddy Cross. Había vuelto a Dinamarca el Día del Armisticio, viuda ya desde hacía seis meses, y haciéndose llamar de nuevo Greta Waud. Teddy había muerto de la manera más tonta, respondía Greta a sus amigos cuando le preguntaban por su primer marido. Después de todo, solía pensar Greta, morir cuando se tienen veinticuatro años y se vive en el limpio, seco calor de California, es, pura y simplemente, consecuencia de la crueldad del mundo. No tenía sentido, la verdad sea dicha. Ciertamente, Teddy no tenía el carácter de los conquistadores del Oeste y eso era otra injusticia del destino. A veces Greta pensaba también, cerrando los ojos para contener su pena, que a lo mejor lo que había ocurrido era que ella y Teddy no hubiesen debido casarse. A lo mejor, el amor que sentía por ella no había sido nunca tan grande como el de ella por él.

Greta y Lili estaban ya casi en el restaurante cuando aquélla paró a ésta y le dijo:

—No te enfades conmigo, pero tengo una pequeña sorpresa para ti. —Apartó un poco el flequillo de los ojos de Lili—. Siento no habértelo dicho antes, pero pensé que sería mejor que no te enterases hasta llegado el momento.

—¿Enterarme de qué?

—De que vamos a cenar con Hans.

Lili palideció; estaba claro que había comprendido. Apretó la frente contra la luna del escaparate de una charcutería cerrada. Al otro lado de la luna, cochinitos despellejados colgaban de una cuerda como pequeñas banderolas rosa. Así y todo, Lili, reponiéndose, preguntó:

—¿Qué Hans?

—Venga, no seas tonta. No te asustes. Es Hans. Quiere verte.

El crítico de París que tenía la verruguita en el extremo del ojo contestó enseguida a la carta de Greta, y además de enviarle la dirección de Hans le hizo varias preguntas sobre su pintura. El interés del crítico y su atención casi hicieron soñar a Greta. ¡En París preguntaban por su pintura!, se dijo, y abrió su caja de papel de cartas de Århus y mojó la pluma en el tintero. Ante todo, escribió al crítico: ¿hay posibilidades para mí en París?, ¿debiéramos mi marido y yo pensar en irnos de Dinamarca, donde nadie sabe qué pensar de mí?, ¿serían más libres en París nuestras vidas?

Lo que escribió Greta a Hans fue: «Mi marido parece no haberle olvidado. Cuando está soñando ante su caballete, sé que piensa en usted, en el momento en que colgaba del roble por encima del pantano. Y entonces su rostro se suaviza y casi se encoge. Es como si volviese a tener trece años, con los ojos relucientes y la barbilla suave y lisa.»

Hans Axgil tenía la nariz fina y las muñecas cubiertas de tupido pelo rubio. Se había convertido en un hombre grandote y recio, cuyo grueso cuello le salía de entre los hombros. A Greta le recordó el tocón del viejo sicomoro que había en la parte trasera de su jardín californiano. Einar le había dicho que Hans era pequeño, el enano

del pantano. Su apodo era entonces Valnød, o sea, nuez, y algunos decían que era porque en verano su piel se volvía de un pardo pálido, como si estuviera manchada por el eterno barro de Bluetooth, un charco que le había servido de cuna al nacer cuando el coche de su madre, volcado como consecuencia de una tormenta, las había dejado empantanadas a ella y a sus dos doncellas en medio de un páramo sin otra cosa que la luz de unas cerillas y el abrigo de lienzo del cochero, que les sirvió de toldo en tan apurada situación.

Ahora, como era de esperar, Hans se había convertido en un hombrón de tipo germánico. Estrechaba las manos de la gente entre las suyas, y esas manos con frecuencia se engarzaban en la parte posterior de su cuello cuando estaba contándole una historia. Lo único que bebía era champán o agua con gas. Sólo cenaba pescado, como consecuencia de haber comido en cierta ocasión unas chuletas de venado que le hicieron perder el apetito para un mes entero. Era marchante de cuadros, y pastoreaba a los viejos maestros holandeses hacia las colecciones de norteamericanos ricos cuya idea de coleccionar era acumular dinero. Un negocio, dijo Hans, mostrando al sonreír dos incisivos como taladros, que con frecuencia era inmoral.

—No siempre, pero con bastante frecuencia —puntualizó.

El deporte favorito de Hans seguía siendo el tenis:

—Lo mejor de Francia es su *terre battue* —dijo—. La arcilla roja. Las pelotas blancas de tenis con las costuras de goma. El árbitro sentado, bien erguido, en su silla.

Al otro lado de la calle donde se hallaba el restaurante estaba el puerto. Tenía ocho mesas en la acera, bajo sombrillas listadas, hincadas en latas llenas de piedras. En el puerto, los veleros comenzaban a volver a casa. Parejas de ingleses de vacaciones se paseaban por el muelle, cogidas de la mano, con la piel quemada por el sol. Sobre las mesas del restaurante había jarroncitos con caléndulas, y hojas de papel blanco para proteger el mantel. Greta no se angustió pensando en su plan hasta que estuvieron todos a punto de sentarse a la mesa, donde Hans les esperaba con las manos cogidas detrás del cuello. Es decir, hasta que Hans tuvo ocasión de ver el parecido que tenía el rostro de Lili con el de Einar. ¿Qué haría si a Hans se le ocurriese inclinarse sobre la mesa y decir?: «¿Es esta preciosa personita mi viejo amigo Einar?» La cosa parecía inimaginable, pero ¿qué respondería si a Hans se le ocurriese hacer esa pregunta? Y entonces Greta miró a Lili, que estaba muy mona, llevaba una de las batas de estar por casa, y tenía la piel atezada de tanto tomar el sol flotando en el mar en un colchón neumático. Greta meneó la cabeza. No, Einar no estaba allí, sólo Lili. Y, además, pensó Greta, mientras el camarero apartaba las sillas de la mesa y Hans se disponía a besar, primero a Greta, y luego a Lili, su anfitrión ya no se parecía tampoco al muchacho que Einar le había descrito al recordar su juventud.

—Bueno, a ver, habládme de Einar —dijo Hans mientras el camarero traía en una sopera los calamares hervidos en su tinta.

—Está solo en Copenhague esta noche, me temo —dijo Greta—, demasiado ocupado con su trabajo hasta para tomarse unas pequeñas vacaciones.

Lili asintió y se llevó a la boca la punta de su servilleta. Hans se retrepó en su silla, mientras con el tenedor ensartaba los calamares, y dijo:

—Pues, sí, eso que dices me recuerda a Einar.

Les contó a continuación que Einar solía llevar su caja de colores al pastel cuando salían juntos para dibujar escenas del pantano en las peñas. Por la noche, sus dibujos los borraba la lluvia, y al día siguiente volvía allí, con su caja de colores al pastel, a repetir la operación.

—Y a veces te dibujaba a ti —dijo Lili.

—Sí, claro, horas y horas. Me sentaba al borde del camino, y así podía dibujar mi rostro en la roca.

Lili, notó Greta, había echado los hombros un poco para atrás, lo que hacía que sus pechos se proyectaran como las rugosas mimosas que crecían en las montañas por encima de Menton. Greta olvidó, o casi olvidó, que los pechos de Lili no eran pechos, sino aguacates envueltos en pañuelos de seda y metidos bajo la camisola de verano que Greta había comprado aquella misma mañana en el gran almacén que había junto a la estación.

Greta notó también la manera que tenía Lili —con los ojos de Einar bien vivos bajo el maquillaje que le cubría los párpados— de hablar con Hans sobre Jutlandia. En su forma de morderse el labio antes de responder a una de las preguntas de Hans había una honda añoranza. Y en su manera de levantar la barbilla.

—Sé que a Einar le gustaría verte —dijo Lili—. Me ha dicho que el día que te escapaste de Bluetooth fue el peor de su vida. Dice que eras la única persona que le dejaba pintar en paz, que le decía que, pasara lo que pasase, la única salida para él era hacerse pintor.

La mano de Lili, que, bajo la lámpara en forma de vela, parecía demasiado huesuda y fina para ser de hombre, se doblaba y arqueaba hacía el hombro de Hans.

Algo más tarde, Lili y Greta estaban en el ascensor que les llevaba a su apartamento. Greta estaba fatigada y quería que Einar se quitase el vestido y se lavase los labios.

—Hans no se dio cuenta, ¿eh? —dijo, con los brazos cruzados sobre los pechos, que, dadas las circunstancias, eran más planos que los de Lili.

En el techo del ascensor había dos bombillas sin tulipa, de modo que la luz mostraba crudamente las arrugas de la frente de Einar y en torno a su boca, donde la base anaranjada del maquillaje se le notaba ahora entre las cuentas de ámbar. Olía a macho: un olor a hoja húmeda que procedía de los oscuros boquetes donde sus brazos se juntaban con sus hombros y su pierna derecha con su pierna izquierda.

Greta se quedó dormida antes de que Einar se acostase. Cuando despertó, vio a Lili echada, todavía en camisola, bajo la sábana de verano. Tenía el pelo apelmazado, y el rostro, bajo la luz débil, estaba limpio y comenzaba a mostrar vello en las

mejillas. Lili estaba echada de espaldas, de modo que el peso mínimo de la sábana descansaba en torno a los bultitos piriformes de sus pechos, y más abajo resaltaba el bulto que le crecía entre las piernas. Nunca hasta entonces había dormido Lili con Greta: solían desayunar juntas, eso sí, envueltas en sus kimonos de seda, que tenían un dibujo de grullas, e ir de compras cuando necesitaban algo. Greta era siempre la que pagaba, como una madre, una vieja tía rara y sin hijos. Pero aquélla era la primera vez que Einar se acostaba vestido de Lili. El corazón de Greta, golpeándole el pecho, parecía tan duro como la pepita de una fruta. ¿Sería esto también parte del juego? ¿Debería darle un beso a Lili igual que si fuera su marido?

No hacían apenas el amor. Y Greta, como suele ocurrir, se echaba la culpa. Tenía que quedarse hasta tarde por la noche, pintando, o leyendo, y para cuando se decidía a meterse en la cama, Einar ya estaba dormido. A veces le daba un golpecito, para despertarle, pero tenía el sueño pesado, y no tardaba en renunciar a la empresa y dormirse también. Le tenía en sus brazos la noche entera, y se despertaba con su brazo sobre el pecho de él. Los ojos de ambos se encontraban en el silencio de la mañana. Con frecuencia le entraban a Greta anhelos de tocarle, pero en cuanto su mano comenzaba a acariciarle primero el pecho y luego el muslo, Einar se frotaba los ojos con los puños cerrados y se levantaba de la cama de un salto.

—¿Te pasa algo? —preguntaba Greta, aún envuelta en las sábanas.

—Nada —replicaba él mientras empezaba a preparar el baño—, nada en absoluto.

Las veces que hacían el amor, generalmente por iniciativa de Greta, aunque no siempre, Greta terminaba sintiéndose como si acabase de ocurrir algo indecente. Como si no debiera querer tocar a Einar. Como si éste ya no fuera su marido.

Lili se movió. Su cuerpo, que recordaba a Greta una larga espiral, estaba ahora de lado, las pecas de su espalda la miraban de par en par, y el gran lunar en relieve que tenía la forma de Nueva Zelanda le parecía horrible y negro a Greta, como una sanguijuela. La cadera de Lili, bajo la sábana de verano, se levantaba como el sofá del cuarto de estar del apartamento alquilado. ¿De dónde llegaba aquella cadera curva?, curva como la cornisa que separa la Côte d'Azur de la frontera italiana en Niza; curva como los jarrones bulbosos de cuello esbelto que Teddy producía en su torno de alfarero movido con los pies. Parecía una cadera de mujer, no la cadera de su marido. Era como si estuviese compartiendo su propia cama con alguien a quien no conocía. Greta pensó en esa cadera hasta la llegada del amanecer a las terrazas estrechas del apartamento, y una llovizna refrescó la habitación, de modo que Lili tuvo que subirse la sábana de verano hasta la barbilla en busca de algo de calor, y el montículo de su cadera acabó desapareciendo bajo la tienda tensa de la sábana. Los dos volvieron a dormirse, y cuando Greta despertó se encontró con Lili, que tenía en las manos sendas tazas de café. Lili sonreía y trató de volver a refugiarse bajo la sábana, pero el café se derramó. Greta vio esparcirse el café por toda la cama, hacia su mano, y Lili se echó a llorar.

Después, llegada la tarde, cuando Einar estaba en el cuarto de invitados,

transformándose de nuevo en Lili, Greta deshizo por completo la cama. Cogió la sábana, que olía a Einar y a Lili, y a café, la sacó a la terraza, donde la colgó de la baranda, y aplicó una cerilla a uno de sus extremos. Algo en ella quería quemar aquella sábana, y ésta no tardó en agitarse entre llamas. Greta observó los pedazos encendidos separarse del resto de la sábana mientras pensaba en Teddy y en Einar. Trozos de sábana, exhalando un humo fino y negro, revoloteaban sobre la terraza, alzándose y descendiendo delicadamente al compás de la brisa estival y aterrizando entre las hojas cerosas de los limoneros y los naranjos del parque. En la calle, una mujer gritó algo a Greta, pero ésta no le hizo caso, y cerró los ojos.

Greta no le había dicho nada a Einar sobre el incendio que hubo en el estudio de alfarero de Teddy en Colorado Street. En la parte delantera había una chimenea poco profunda decorada con azulejos de estilo misionero de Teddy. Un día de enero, poseída de un súbito afán de limpieza, Greta atiborró la chimenea con guirnaldas de Navidad, sin fijarse en que había allí un fuego de rescoldos. Enseguida comenzó a subir un humo blanco y espeso entre el verde frágil. Luego se oyeron chasquidos y crujidos, penetrantes como perdigonadas, que indujeron a Teddy a acudir desde su taller, que estaba en la parte trasera. Se quedó quieto, en el vano de la puerta doble, y Greta pudo leer en su rostro esta pregunta: «*Pero ¿qué estás haciendo?*» Juntos observaron la llama que salía de la guirnalda humeante, hasta que otra llama más salió disparada, como un brazo, y prendió fuego a la mecedora de mimbre.

Casi instantáneamente la habitación entera estaba ardiendo. Teddy sacó a Greta de la casa de Colorado Street. Llevaban en la acera sólo unos segundos cuando los puños de las llamas salieron a través de las lunas gemelas que cubrían las dos ventanas delanteras. Greta y Teddy se metieron en la calzada, en medio del tráfico; los conductores los miraban con sonrisitas sorprendidas y aminoraban la marcha, mientras los caballos se echaban para atrás violentamente, tratando de alejarse del edificio incendiado.

Todo lo que a Greta se le ocurría decir en aquel momento, sonaba despreciable. Pedir excusas habría sido vacío, se dijo y se repitió una y otra vez para sus adentros, mientras las llamas se levantaban, cada vez más altas, más altas que las farolas, y que los hilos del teléfono, que normalmente cedían bajo el peso de los pajaritos. ¡Qué espantoso aspecto tenía aquello! Y, sin embargo, lo único que se le ocurría decir a Greta era: «*Pero, Dios mío, ¡qué he hecho!*»

—Siempre puedo volver a empezar —dijo Teddy.

Dentro de la casa, cientos de azulejos, jarrones y vasijas de todo tipo se deshacían entre crujidos y chasquidos y reventones en pedacitos negros de nada, y con ellos desaparecían sus dos hornos de alfarero y su archivador, lleno de encargos y pedidos; en una palabra, toda su vida profesional, hecha por él mismo a pulso, desaparecía también, pasto de las llamas. Atascada todavía en la boca de Greta había una vacía excusa. Parecía pegada a su lengua, como uno de esos cubitos de hielo que no acaban de fundirse. Durante varios minutos, Greta se sintió incapaz de decir nada; por fin,

cuando el tejado del edificio se desplomó, tan ligero y liviano como una sábana ardiente y agitada, recobró el habla y dijo:

—No lo hice a propósito.

Greta se preguntó si Teddy la creería, y, cuando un reportero del *American Weekly* apareció en escena, con sus lápices cogidos en la cinta de goma que le sujetaba las mangas remangadas, se preguntó también si habría alguien en toda Pasadena que fuese capaz de creerla.

—Ya lo sé —dijo Teddy una y otra vez—, ya lo sé.

Cogió la mano de Greta y le dijo que callase. Observaron cómo se desplomaba la fachada envuelta en llamas. Vieron a los bomberos desenrollar su manguera plana y lacia. Greta y Teddy siguieron observando, en silencio y cogidos de la mano, hasta que en la garganta de Teddy se inició un húmedo gorgoteo que salió labios afuera convertido en agorera tos.

Cuando Einar le preguntó por la velada con Hans, Greta le explicó cosas que no recordaba.

—¿Quieres decir que se te ha olvidado? —le dijo a la mañana siguiente—. ¿Que se te ha olvidado que le dijiste que teníais que volver a veros?

Einar sólo recordaba parte de lo ocurrido la noche anterior. Cuando Greta le dijo que Lili se había puesto de puntillas para dar a Hans un beso de despedida, se sintió tan avergonzado que llevó una silla metálica a la terraza y permaneció durante casi una hora mirando los limoneros del parque. No le parecía posible una cosa así. Era como si no hubiese estado presente en la cena.

—Se alegró mucho de conocer a Lili. Y habló con cariño de Einar. Está impaciente por volverte a ver. ¿De eso tampoco te acuerdas? —le preguntó Greta, que no había dormido bien, y tenía los ojos como perdidos en las cuencas—. Le prometiste que volvería a ver a Lili hoy —añadió.

—No fui yo —dijo Einar—, fue Lili.

—Sí —asintió Greta—, fue Lili. Siempre se me olvida.

—Pero si no querías que Lili viniese a visitarnos, ¿por qué no lo dijiste?

—No es eso. Claro que quería que Lili viniese. Lo que pasa es que... —Greta hizo una pausa—. Lo que pasa es que no sé a ciencia cierta qué actitud quieres que adopte con ella.

Greta se enderezó en el sofá y se puso a pellizcar las conchas de las orejas de mar del biombo chino.

—Tú no tienes que hacer nada —dijo Einar—, ¿no te das cuenta?

No acababa de entender por qué Greta no dejaba a Lili ir y venir en paz, sin preocuparse tanto por ella. ¿Si a él no le preocupaba, por qué había de preocuparla a ella? Lo que tenía que hacer Greta era limitarse a pintar el retrato de Lili cuando a ésta le viniera bien posar. Y dejar de hacerle preguntas, y de mirarla como a un bicho raro cada vez que entraba y salía del apartamento. A veces, saber que Greta estaba al otro lado de la puerta, esperando a que volviese, bastaba para llenar a Lili de una rabia que hacía que le sudaran copiosamente los sobacos.

Y, sin embargo, Einar sabía muy bien que tanto él como Lili, sí, Lili, necesitaban a Greta.

Hans había quedado en encontrarse con Lili a las cuatro de la tarde delante del Casino Municipal, que estaba en la Promenade du Midi, detrás de la rocosa playa. Esa mañana Greta estaba pintando en el cuarto de estar. Einar, por su parte, trataba de pintar en el vestíbulo, que daba a la parte trasera de la iglesia de Saint Michel, cuya piedra estaba oscura y enrojecida por la sombra matinal. Cada quince minutos o así, Greta murmuraba:

—¡Al diablo!

Su voz sonaba como los suaves cuartos de hora en un reloj de sobremesa.

Cuando fue a verla, Greta estaba sentada en un taburete. Había trazado varias sombras azules a lo largo del borde de su lienzo. En el regazo tenía su cuaderno de apuntes, lleno de manchas y de carboncillo. Eduardo IV estaba hecho un ovillo a sus pies. Greta levantó la vista; su rostro estaba casi tan blanco como el pelaje de Eduardo IV.

—Quiero pintar a Lili —dijo.

—Vendrá más tarde —respondió Einar—. No tiene que verse con Hans hasta las cuatro. ¿Te viene bien después?

—Haz el favor de ir por ella. —Greta hablaba sin mirarle, con la voz más baja que de costumbre.

Einar sintió por un momento el impulso de enfrentarse con su mujer. Él tenía su propio cuadro que terminar. Había pensado llamar a Lili por la tarde, y así podría dedicar la mañana a pintar, una actividad que últimamente había tenido muy abandonada, y también ir a comprar comestibles al mercado al aire libre. Pero ahora Greta quería que apareciese Lili, sin importarle lo que él pensase. Quería que se sacrificara dejando de pintar para que ella pudiese hacerlo. Y no le apetecía. En aquel momento no sentía ansias de Lili, y le daba la impresión de que Greta estaba obligándole a elegir.

—Podrías pasar una hora con ella —propuso— antes de que vea a Hans.

—Einar —dijo Greta—, por favor...

Varias de las batas de andar por casa colgaban ahora en el armario empotrado del dormitorio. Greta decía que eran feas, que su estilo era más bien para nodrizas; Einar, en cambio, las encontraba agradables y bonitas, y pensaba que a cualquier mujer, por corriente que fuese, le sentarían muy bien. Eligió entre ellas, tocando con los dedos los pequeños cuellos almidonados. La que tenía un diseño de peonías era un poco diáfana; la de ranas era demasiado grande para él en la parte del pecho y además estaba manchada. Era una mañana calurosa, y se secó con la manga el sudor del labio. Estaba como si tuviera el alma atrapada en una jaula de hierro: sentía el corazón latirle contra las costillas, y Lili se agitaba en su interior, despertándose y frotando su costado contra los barrotes del cuerpo de Einar.

Escogió una bata. Era blanca con conchas rosadas. El dobladillo le llegaba a la pantorrilla. El blanco y el rosa hacían un bonito contraste sobre su pierna, que ahora estaba atezada con tanto sol francés.

La cerradura no estaba echada. Einar pensó si debería cerrar la puerta con llave, pero sabía que Greta no entraría sin llamar antes. En una ocasión, cuando hacía poco que se habían casado, Greta entró sin llamar en el baño y sorprendió a Einar cantando una canción popular: «Érase una vez un viejo que vivía en un pantano...» La cosa, en sí, no tenía la menor importancia, eso bien lo sabía Einar: una joven esposa que sorprende a su marido cantando tan tranquilo mientras se baña. Desde la bañera,

Einar notó que el rostro de Greta se iba encendiendo de deseo.

—Sigue, sigue —le dijo su esposa acercándose a él.

Pero a Einar le faltaba aire a causa de lo desvalido y avergonzado que se sentía, y cruzó los huesudos brazos sobre su torso con las manos abiertas igual que hojas de parra. Greta se dio cuenta al fin de la situación que había creado, porque se fue del baño tras decirle:

—Perdona, lo siento, debí llamar.

Ahora Einar se desnudó de espaldas al espejo. En el cajón de la mesita de noche había un rollo de esparadrapo y tijeras. El esparadrapo estaba pegajoso y tenía la misma textura que un lienzo. Einar estiró un trozo y lo cortó en cinco partes. Pegó cada pedazo de esparadrapo por una punta en el borde de los pies de la cama, y luego, con los ojos cerrados y sintiendo que se deslizaba por el túnel de su alma, tiró hacia atrás de su pene y lo acomodó, pegándolo con el esparadrapo, hacia la parte posterior del escroto, en el hueco que se abría entre sus piernas.

La ropa interior estaba hecha con un tejido elástico que Einar estaba convencido de que era un invento norteamericano.

—No vale la pena gastar dinero en seda para cosas que sólo te vas a poner una o dos veces —había dicho Greta, al darle el paquete, y Einar se sintió demasiado violento para discutir.

La braga pantalón era plateada como la concha de las orejas de mar del biombo. El ligero era de algodón, bordeado de un encaje que parecía de papel. Tenía ocho ganchos de latón para sujetar las medias, mecanismo éste que Einar encontraba fascinadoramente complicado. Cuando los huesos de aguacate comenzaron a pudrirse en sus pañuelos de seda, Einar se acostumbró a utilizar como postizos esponjas marinas del Mediterráneo que colocaba en los someros huecos de la camisola.

Y, finalmente, se puso la bata.

Empezaba a pensar en la caja de maquillaje como si fuera una de sus paletas. Pinceladas en la frente. Pequeños retoques en los párpados. Mezcla de colores en las mejillas. Era justo como un cuadro, como el pincel que transforma el lienzo virgen en un paisaje invernal del Kattegat.

Las ropas y el maquillaje eran importantes, pero la verdadera transformación estaba en el descenso por aquel túnel interior tocando una especie de campanilla de cristal para despertar a Lili. A ella siempre le había gustado el tintineo del cristal. Y culminaba la transformación, la subida por el túnel, tirando de su húmeda mano y asegurándole que el ruidoso y brillante mundo que la esperaba a la salida era suyo, todo suyo.

Einar se sentó en la cama. Cerró los ojos. La calle estaba llena de las explosiones de los tubos de escape de los coches, que sonaban como disparos de rifle. El viento resonaba contra las puertas de las terrazas. Detrás de sus párpados Einar veía luces de colores estallando sobre el fondo negro, como los fuegos artificiales del sábado anterior sobre el puerto de Menton. Oía el lento latir de su corazón. Sentía el

esparadrapo pegajoso sujetándole el pene. Un leve estertor subió por la garganta de Einar. Jadeó al notar que en los brazos y el espino se le ponía la piel de gallina.

Un escalofrío, y ya era Lili. Einar se había ido. Lili estaba dispuesta a posar para Greta la mañana entera. Se pasearía luego por el muelle con Hans, protegiéndose los ojos del sol con la mano a modo de visera. Einar sólo sería una referencia en su conversación. «Añora mucho Bluetooth», diría Lili, para que todo el mundo lo oyese.

Y de nuevo eran dos. La nuez estaba hendida, la ostra había sido abierta.

Lili volvió al cuarto de estar.

—Gracias por venir tan pronto —dijo Greta.

Hablaba a Lili en voz baja y suave, como temiendo que se le rompiese en pedazos si alzaba demasiado el tono.

—Siéntate aquí —añadió mientras le mullía los almohadones del sofá—. Pon un brazo sobre el respaldo y mantén la cabeza vuelta hacia el biombo.

La sesión de pintura duró lo que quedaba de la mañana y buena parte de la tarde. Lili, en una esquina del sofá, miraba la escena de conchas de las orejas de mar —una aldea de pescadores, un poeta en una pagoda junto a un sauce— que mostraba el biombo chino. Empezó a sentir hambre, pero se dijo que mejor era no hacer caso. Si Greta no paraba de pintar, ella no pararía de posar. Lo hacía por Greta. Era un regalo, la única cosa que Lili podía darle. Tendría que ser paciente. Tendría que esperar a que Greta le dijese lo que tenía que hacer.

A la caída de la tarde, Hans y Lili salieron a pasear por las calles de Menton. Se paraban ante los tenderetes donde se vendía jabón de limón y figuritas talladas en madera de olivo y paquetes de higos confitados. Hablaban de Jutlandia, del cielo color pizarra y de la tierra pateada por los cerdos, de las familias que vivían en la misma tierra desde hacía cientos de años, y cuyos hijos se casaban incesantemente entre sí. Su sangre acababa espesándose hasta convertirse en fango. Muerto su padre, Hans era ahora barón de Axxgil, aunque no le gustaba el título.

—Por eso me fui de Dinamarca —dijo—. Allí la aristocracia está muerta. Si hubiese tenido una hermana, estoy seguro de que mi madre habría insistido en que me casase con ella.

—¿Estás casado?

—No.

—¿Y no te quieres casar?

—Hubo un tiempo en que sí. Había una chica con quien quería casarme.

—¿Y qué le pasó?

—Murió. Se ahogó en un río. —Luego añadió—: Justo delante de mí. —Hans compró a una vieja una lata de jaboncillos de mandarina—, pero eso pasó hace bastante tiempo, era casi un muchacho.

A Lili no se le ocurría nada que decir. Allí estaba, en plena calle que apestaba a

orina, vestida con una bata de andar por casa y en compañía de Hans.

—¿Y tú por qué no te has casado? —preguntó él a su vez—. Parece que una chica como tú debería estar casada, y a la cabeza de un caladero.

—No me apetece nada ponerme a la cabeza de un caladero —Lili levantó la vista al cielo. Qué liso e inmenso parecía, sin una nube, aunque no era tan azul como el de Dinamarca. Sobre Lili y Hans lucía el sol—. Todavía tiene que pasar un tiempo para que me sienta dispuesta a casarme. Pero quiero hacerlo en su momento.

Hans se paró delante de una tienda cuyo mostrador daba a la calle y compró a Lili una botella de aceite de naranja.

—Pues no creas que te queda tanto tiempo, después de todo —le dijo—. ¿Cuántos años tienes?

¿Cuántos años tenía Lili? Era más joven que Einar, que ya casi tenía treinta y cinco. Cuando Lili apareció en escena y Einar se retiró, se perdieron años: años que habían arrugado la frente y hundido los hombros de Einar, años que lo habían sumido en silenciosa resignación. En Lili, en cambio, lo primero que se notaba era su fresca y juvenil elasticidad. Y lo segundo su curiosidad, expresada con voz muy suave. En cuanto a lo tercero, como Greta misma solía decir, era su olor: un olor de chica que todavía no se ha amargado.

—Pues...

—La verdad, no pareces de esas chicas que tienen reparos a la hora de decir su edad —dijo Hans.

—No lo soy —respondió Lili—. Tengo veinticuatro años.

Hans asintió. Éste era el primer dato que Lili inventaba acerca de sí misma, y pensó que se sentiría culpable por haber mentado. Pero no, todo lo contrario, se sintió un poco más libre, como si hubiese, por fin, admitido una verdad incómoda. Lili tenía veinticuatro años, ciertamente no era tan mayor como Einar. De haberse atribuido la edad de éste, Hans, sin duda, habría pensado que era una extraña farsante.

Hans pagó al dependiente. La botella era cuadrada y parda, y el corcho no era mayor que la punta del dedo meñique de Lili. Ésta trató de sacarlo, pero sin conseguirlo.

—¿Me ayudas? —le dijo a Hans.

—No eres tan torpe, chica —le respondió—, anda, prueba otra vez.

Y Lili probó, y esta vez el pequeño corcho saltó y el aroma a naranja se elevó hasta su nariz y le hizo pensar en Greta.

—¿Cómo es que no te recuerdo de cuando era niño? —le preguntó Hans.

—Es que te fuiste de Bluetooth cuando era muy pequeña.

—Sí, me imagino que ésa es la razón. Pero Einar nunca me dijo que tenía una primita pequeña tan bonita.

Cuando Lili volvió al apartamento, encontró a Greta todavía en el cuarto de estar.

—Deseaba que volvieras —le dijo—. Es que quiero pintar un poco más esta noche.

Greta llevó a Lili, que todavía tenía en las manos los paquetes de jabón y aceite de naranja, hacia el sofá. La puso allí de modo que estuviese apoyada contra los almohadones y con los dedos abiertos en abanico sobre la cabeza, mirando hacia el biombo chino.

—Estoy cansada —dijo Lili.

—Pues duérmete —contestó Greta, cuya bata de pintar estaba manchada de rosas y platas—, descansa la cabeza sobre el brazo. Yo voy a seguir pintando un poco más.

La tarde siguiente, Hans recogió a Lili a la puerta del apartamento. Como la vez anterior, fueron dando un paseo por las calles angostas que se esparcían en torno a la colina de Saint Michel, y luego bajaron al puerto, donde contemplaron a dos pescadores que estaban seleccionando una redada de erizos de mar. A fines de agosto hacía mucho calor en Menton, y el aire era húmedo e inmóvil. Lili pensó que hacía mucho más calor allí que el año anterior en Copenhague. Y como nunca había tenido que sufrir tal calor —aquél, después de todo, era el primer verano que pasaba fuera de Dinamarca—, encontraba el tiempo agotador. Sentía que la bata que llevaba puesta se le pegaba a la espalda. Estaba al lado de Hans, mirando la red cargada de erizos. Sus cuerpos estaban tan juntos, que creyó sentir su mano sobre su brazo, que ardía al sol. ¿Era su mano, o alguna otra cosa? ¿Una simple brisa cálida, quizá?

Dos niños gitanos, un chico y una chica, se les acercaron y trataron de venderles un pequeño elefante tallado.

—Marfil auténtico —decían señalando los colmillos del elefante—, una ganga para ustedes.

Los niños eran pequeños y tenían círculos oscuros en torno a los ojos, y miraban a Lili de una forma que la hacía sentirse en peligro.

—Vámonos —le dijo a Hans, que apoyó una mano en su espalda para apartarla de allí—, me parece que tengo que echarme un poco.

Pero cuando Lili volvió a casa, Greta estaba esperándola. La hizo sentarse muy tiesa en el sofá, delante del caballete.

—Estate quieta, todavía no he terminado —le dijo.

Al día siguiente, Hans llevó a Lili a la cornisa de Villefranche. Su coche, un Targa Florio de ruedas radiales, hacía saltar la gravilla al agua.

—¡La próxima vez hazme el favor de no dejar a Einar en Dinamarca! —le gritó; su voz era la misma de cuando era un muchacho—. ¡Hasta el pobre Einar tiene derecho a unas vacaciones!

El viento cálido azotaba el rostro de Lili, que a la caída de la tarde se sintió de nuevo mareada. Hans tuvo que pedir una habitación en el Hôtel de l'Univers para que la pobre pudiese descansar un rato.

—Te espero abajo tomando café y un anisete —le dijo echándose para atrás el sombrero.

Más tarde, cuando Lili bajó del cuarto, encontró a Hans en el Restaurant de la Régence, al lado del vestíbulo del hotel. Acababa de despertarse y se sentía aún

confusa, por lo que se limitó a decir:

—La verdad es que hay veces en las que no sé lo que me pasa.

En otra excursión de un día, Hans llevó a Lili en coche a Niza para comprar cuadros en los tenderetes de antigüedades.

—¿Por qué no quiere Greta venir con nosotros? —le preguntó.

—Es que está demasiado ocupada pintando, supongo —le respondió Lili—. No conozco a nadie que trabaje tanto como ella. Trabaja más que Einar. Un día acabará siendo famosa, ya verás.

Lili sentía los ojos de Hans fijos en ella mientras hablaba, y le pareció curioso que un hombre como él prestase tanta atención a sus opiniones. En uno de los tenderetes, cuya propietaria tenía bozo en la barbilla, Lili encontró un retrato ovalado de los que suelen ponerse en los nichos de los cementerios; representaba a un joven cuyas mejillas eran de un color muy curioso, y tenía los ojos cerrados. Lo compró por quince francos, y Hans, inmediatamente, se lo compró a su vez a ella por treinta. Entonces le preguntó:

—¿Te sientes bien hoy?

Todos los días, antes de salir con Hans, Lili posaba para Greta en el sofá. Cogía un libro sobre pájaros de Francia, o se ponía a Eduardo IV en el regazo, porque si tenía las manos vacías se le agitaban nerviosamente. Excepto por el ruido que llegaba de las calles, el apartamento estaba silencioso, y el tictac del reloj de la repisa era tan débil que, una vez por lo menos cada tarde, Lili sentía la necesidad de levantarse para cerciorarse de que tenía cuerda. Y entonces se asomaba a la baranda de la terraza a esperar que Hans acudiese a la cita. Éste había cogido la costumbre de gritar desde la terraza:

—¡Lili, venga, date prisa, baja!

Y ella, entonces, bajaba corriendo los siete tramos de escalera de azulejos, demasiado impaciente para esperar a que subiese el ascensor.

Pero, antes de que llegase Hans, Greta solía dar una palmada y decir:

—¡Eso es! ¡Mantén la cara así, esto es justo lo que quería! Lili esperando. Esperando a Hans.

Un día, Lili y Hans estaban en la terraza de un café al pie de los escalones de Saint Michel. Cinco o seis niños gitanos muy sucios fueron a su mesa a venderles tarjetas postales, fotos de las playas de la Côte coloreadas a mano. Hans compró una colección de ellas para Lili.

El aire era espeso, y el sol quemaba a Lili en el cuello. La cerveza se estaba volviendo pardusca en su vaso. Aquella semana de salir todas las tardes con Hans había hecho que Lili se llenara de nuevas expectativas, y se preguntaba qué pensaría de ella. Habían paseado juntos y la había cogido del brazo. Hans, el de la risita irónica y las holgadas camisas de hilo, el de la piel atezada cada vez más oscura a causa del sol de agosto, el antaño apodado Valnød, había conocido a Lili sin reconocer en ella a Einar. Hans no veía a Einar desde que ambos eran muchachos. Era

Lili, no Einar, quien había sentido las ásperas puntas de sus dedos contra su piel.

—Me alegro muchísimo de haberte conocido —le dijo Lili.

—También yo.

—Y de que podamos conocernos mejor de esta manera.

Hans asintió. Estaba mirando la colección de tarjetas postales. Seleccionaba las que le gustaban más: la del Casino Municipal, la del bosquecillo de naranjos al pie de una colina, y se las pasaba a Lili.

—Eres una chica estupenda, Lili. Algún día harás muy feliz a un hombre.

Hans debió de darse cuenta en aquel momento de lo que Lili sentía, porque dejó el cigarrillo y las tarjetas y dijo:

—Dime, Lili, ¿has pensado, quizá, que... nosotros? Pues, entonces, lo siento de veras, pero es que soy demasiado viejo para ti. Me he convertido en un viejo demasiado atrabiliario para una persona como tú.

Hans se puso a hablarle de la chica a la que había amado y perdido. Le contó que su madre le había dicho que no volviera nunca más a Bluetooth cuando Ingrid —esto había sido hacía muchos años— quedó embarazada. Se instalaron en París, enfrente del Panteón, en un piso de paredes empapeladas. Ella era muy delgada, excepto por su vientre, que crecía cada vez más, y tenía los brazos pecosos. Una tarde de agosto como ésta, dijo Hans señalando al cielo, estaban los dos bañándose en un río con un lecho de rocas blancas y moteado de hojas amarillentas. Ingrid se metió en el agua con los brazos extendidos para no perder el equilibrio. Hans la contemplaba desde la orilla mientras comía un poco de jamón. Y, de pronto, el tobillo de Ingrid cedió, gritó, y la corriente se la llevó.

—No pude llegar hasta ella a tiempo —dijo Hans.

Aparte de esta tragedia, su vida había sido buena.

—Porque me fui de Dinamarca —le dijo—. Allí la vida es demasiado ordenada y precisa para mí. Demasiado cómoda.

Eso mismo decía a veces Greta, cuando no podía pintar y sus amigos los invitaban a cenar: «Demasiado cómoda y apacible para pintar», decía agitando sus brazaletes de plata, «demasiado cómoda y apacible para ser libre».

—Y ahora llevo tanto tiempo viviendo solo, que no estoy muy seguro de que pudiera casarme. Estoy demasiado apegado a mis rutinas, eso es lo que me pasa —concluyó Hans.

—¿Nunca se te ha ocurrido pensar que el matrimonio es algo único, a lo que todos deberíamos aspirar como lo más importante de nuestra vida, que te hace sentirte más completo que vivir solo?

—No creo que siempre sea así.

—Yo pienso que sí. El matrimonio es como una tercera persona —dijo Lili—. Crea a alguien más, por así decirlo; se deja de ser sólo dos personas.

—Ya, pero eso no es siempre lo mejor —dijo Hans—. Por cierto, ¿de dónde has sacado esas ideas?

Justo en ese momento, un súbito impulso hizo que Lili alargara la mano para coger el bolso. Sólo encontró el vacío respaldo de hierro de la silla.

—Me han robado el bolso —dijo en voz tan baja que Hans levantó la frente y se la quedó mirando.

—¿Cómo dices?

—Me han robado el bolso —repitió Lili.

—¡Los gitanos! —exclamó Hans levantándose de un salto.

El café estaba en una placita en la que convergían seis callejas, Hans echó a correr por una de ellas, hasta que se dio cuenta de que allí no había gitanos, luego fue por otra, con el rostro enrojecido.

—Vamos a la policía —acabó por decir, y dejó unos francos sobre la mesa.

Advirtió a otra mujer que había allí, cuyo bolso de cuerda colgaba del respaldo de su silla. Cogió a Lili de la mano. Debió de notar que estaba muy pálida, porque la besó suavemente en una mejilla.

Lo único que llevaba Lili en su bolso era un poco de dinero y una barra de labios. Era de Greta, de cuero de cabrito, con asas grandes. Aparte de la barra de labios, unos pocos vestidos, dos pares de zapatos, sus camisolas y algo de ropa interior, no tenía nada. Estaba libre de posesiones, y esto era parte del atractivo de los primeros días de la vida de Lili, que podía ir y venir como quisiera, sin que nada pudiese preocuparla más que el viento que la acariciaba.

La comisaría de policía estaba en una plaza cuyo centro tenía un jardincillo en el que crecían naranjos. El sol vespertino se reflejaba en sus ventanas delanteras, y Lili oía el ruido que hacían los tenderos al cerrar sus establecimientos. Se dio cuenta de que con el bolso habían desaparecido también sus gafas de sol, una curiosa montura de lentes de quita y pon que el padre de Greta le había enviado desde California. Greta se enfadaría si los perdía, y la acusaría de no haber prestado atención a la gente que pasaba junto a ella. Justo entonces, precisamente cuando llegaban a la entrada de la comisaría, donde una familia de gatos abandonados se revolcaba al sol, Lili se dio cuenta de que no podía denunciar el robo del bolso. Se paró en seco.

No tenía documentación, no tenía pasaporte. ¿Cómo no se le había ocurrido nunca a ella, ni a nadie, pensar en eso? Por no tener, no tenía ni siquiera apellido.

—Mejor será dejarlo —dijo—, era un bolso viejo, no valía nada.

—Pues entonces te quedarás sin él.

—Pero es que no vale la pena —dijo ella—, y Greta me está esperando. Acabo de darme cuenta de que voy a llegar tarde. Estoy segura de que me está esperando. Quería pintar esta tarde.

—Se hará cargo.

—Hay algo que me dice que quiere verme cuanto antes —dijo Lili—. Tengo una sensación muy rara de que es así.

—Venga, entremos —dijo Hans, que cogió a Lili por la muñeca y tiró de ella haciéndole subir el primer peldaño. Todavía se sentía juguetero, de una manera más

bien paternal. Volvió a tirar de ella, y entonces Lili sintió un leve dolor, como el que le causaría un apretón de manos excesivamente fuerte.

Y justo entonces, sin saber por qué, algo hizo que los dos miraran la delantera del vestido de Lili, y allí vieron, creciendo en la tela con su diseño de conchas, una mancha redonda de sangre, una mancha tan roja, que casi era negra. Iba creciendo de la misma manera que crecen los círculos en torno a una piedra arrojada a un estanque.

—Lili, ¿te has hecho daño?

—No, no, estoy bien —dijo—, no me pasa nada. Pero tengo que irme a casa. Tengo que volver con Greta.

Lili sentía que estaba encogiéndose, hundiéndose en el túnel, de regreso a su madriguera.

—Déjame que te ayude. ¿Cómo puedo ayudarte?

A medida que iban pasando los segundos, Hans parecía alejarse; su voz sonaba como si estuviera viajando por una tubería de hierro. Era como en el baile del Ayuntamiento: la sangre era espesa, pesada, pero Lili no sentía nada. No sabía de dónde podía salir aquella sangre. Estaba alarmada y desconcertada, como un niño que hubiese matado a un animal por descuido. Una voz interior la apremiaba: «¡Date prisa!». Era una vocecita frenética, llena de pánico y al mismo tiempo de deleite, pues el pequeño drama que estaba ocurriendo aquella tarde de agosto en Menton la llenaba de temor, pero también de placer. Lili dejó a Hans en la escalera de acceso a la comisaría, volvió tres esquinas rápidamente, y se alejó de él como se habían alejado de ella los niños gitanos mientras la mancha de sangre seguía agrandándose, tan aterradoramente como una enfermedad.

El nuevo estilo de Greta consistía en pintar al pastel utilizando una gama reducida de colores, sobre todo, amarillos, rosas acaramelados y azules pálidos. Seguía pintando únicamente retratos. Todavía usaba las pinturas de siempre, las que venían en tarros de cristal, con tapones poco de fiar, elaboradas por la empresa de Munich. Pero mientras que sus cuadros anteriores eran serios, directos y formales, sus nuevos cuadros, debido a su ligereza y a su color, parecían, según dijo en una ocasión Lili, como de arropo. Eran cuadros grandes, y describían minuciosamente su tema, el cual, ahora, era casi siempre Lili: Lili al aire libre, o en un campo de amapolas, o contra el fondo de las colinas provenzales.

Mientras pintaba, Greta no pensaba en nada, o en cosas que le parecía que carecían de importancia; sentía que su cerebro y sus pensamientos eran tan ligeros como los colores que mezclaba en su paleta. Esto le recordaba la sensación de ir conduciendo bajo el sol, como si pintar consistiese en seguir adelante ciegamente, pero de buena fe. En sus mejores días, el éxtasis la embargaba mientras giraba de la caja de pinturas al lienzo, y era como si una luz blanca lo ocultase todo, excepto su imaginación. Cuando el cuadro le salía bien, cuando las pinceladas captaban la curva exacta de la cabeza de Lili o la profundidad de sus ojos oscuros, Greta oía mentalmente un susurro como de hojas que le recordaba la pértiga de bambú al golpear las naranjas de los naranjales de su padre. Pintar bien era como recolectar fruta: el bello, denso golpe de la naranja contra la tierra fértil de California. A pesar de todo, Greta se sintió sorprendida por la buena acogida que tuvieron aquel otoño en Copenhague sus retratos de Lili. Rasmussen se ofreció a colgarlos en su galería durante dos semanas en octubre. El tríptico original, *Lili tres veces*, se vendió inmediatamente, después de una breve disputa entre un sueco que llevaba guantes de piel de cerdo de color púrpura y un joven profesor de la Real Academia. Y su retrato de Lili durmiendo en un sofá se vendió por más de doscientas cincuenta coronas; no era tanto como se pagaba por los cuadros de Einar, pero, aun así, percibía mucho más de lo que había cobrado hasta entonces.

—Debo ver a Lili a diario —le dijo Greta a Einar.

Necesitaba cada vez más a menudo la presencia de Lili. Greta siempre había madrugado mucho, ya estaba en pie antes del primer aviso del *ferry* o de los primeros ruidos de la calle. Aquel otoño hubo mañanas en las que se despertó antes incluso, cuando el apartamento todavía estaba tan oscuro que no podía ver lo que había a su alrededor. Se sentaba en la cama, con Einar, todavía dormido, a su lado y Eduardo IV a sus pies. Estaba todavía medio atrapada en las garras del sueño y se preguntaba, mirando en derredor: «Pero ¿dónde está Lili?» Y luego, enseguida, saltaba de la cama y se ponía a buscarla por el apartamento. ¿Dónde podía haberse metido Lili?, seguía

preguntándose una y otra vez levantando las lonas que cubrían los caballetes y las pilas de lienzos y abriendo las puertas del armario ropero de fresno. Y sólo cuando abría la puerta de la calle, mientras sus labios repetían nerviosos la misma pregunta, comenzaba a salir plenamente su mente de las neblinas del sueño.

Una mañana de ese otoño, Greta y Einar estaban en el apartamento. Era la primera vez desde abril que habían tenido que encender fuego en el cuarto de estar. La estufa era de las de tres pisos, tres cajas negras de hierro una encima de la otra, sostenidas por cuatro patas. Greta tenía la cerilla encendida sobre el papel que asomaba en su interior entre los leños secos de abedul. La llama no tardó en roer rápidamente la corteza.

—Pero es que Lili no puede venir a diario —protestó Einar—. Creo que no te haces cargo de lo difícil que es hacer desaparecer al pobre Einar para que aparezca Lili. Es demasiado pedirle que lo haga cada día. —Einar decía esto mientras ponía a Eduardo IV un jersey de gruesa lana que les había hecho la mujer del marinero—. Mira, me encanta. Me encanta Lili, créeme. Pero es muy duro.

—Necesito pintar a Lili todos los días —dijo Greta—, tienes que ayudarme.

Y entonces Einar hizo una cosa extraña: cruzó el estudio de dos zancadas y dio a Greta un beso en el cuello. Einar tenía —o eso pensaba Greta— la frialdad danesa; ya no recordaba la última vez que su marido la había besado en ninguna parte de su cuerpo, excepto en la boca, y ya entrada la noche, cuando todo estaba negro como el carbón y lo único que se oía en la calle era el ruido que hacía de vez en cuando algún vociferante borracho, o las llamadas a la puerta del doctor Møller.

Einar había vuelto a sangrar. Había estado bien desde el incidente de Menton, pero un buen día tuvo que llevarse el pañuelo a la nariz. Greta miró la mancha de sangre que empapaba el algodón al recordar los últimos meses de su vida con Teddy Cross.

Pero la hemorragia se fue tan repentinamente como había venido, y sin dejar otra huella que las ventanillas rojas de la nariz de Einar.

Las cosas volvieron a su curso normal hasta una noche de la semana anterior, cuando la primera helada comenzaba a blanquear los alféizares de las ventanas. Greta y Einar estaban cenando tranquilamente. Ella hacía esbozos en su cuaderno de dibujo cuando no se llevaba el tenedor lleno de arenque a la boca, y Einar, sentado con indolencia, removía su café con una cucharilla; soñaba despierto, o eso le parecía a Greta, que, al levantar la vista del cuaderno, en el que había dibujado un esbozo de su próximo cuadro, Lili junto a un mayo, vio, de pronto, que el rostro de su marido se quedaba pálido, sin color, y que su postura se hacía más rígida. Einar se levantó de pronto, pidió excusas y se fue. Pero dejó una pequeña mancha roja en la silla.

Durante los dos días siguientes, Greta trató de preguntar acerca de la causa de su hemorragia y del órgano que la producía, pero, cada vez que lo hacía, Einar apartaba la vista, lleno de vergüenza. Era casi como si Greta estuviese abofeteándole con su pregunta y su mejilla se resintiese del golpe. Estaba claro para Greta que Einar trataba

de ocultarle que sangraba y se limpiaba a escondidas con viejos trapos cogidos del estudio que luego tiraba al canal. Pero ella lo sabía. Lo sabía por el olor que despedía, húmedo, como de turba. Lo sabía porque tenía calambres en el estómago. Lo sabía porque los trapos empapados en sangre aparecían a la mañana siguiente pegados a los pilares de piedra del puente del canal.

Una mañana Greta fue a la oficina de correos para llamar por teléfono sin que Einar la oyese. Cuando volvió al estudio, encontró a Lili echada sobre un canapé color cereza que habían tomado prestado del departamento de utillería del Teatro Real. También el camisón que llevaba era prestado; una soprano a punto de retirarse, cuya garganta era vieja y azulada y de temblorosos tendones, lo había usado para cantar en el papel de Desdémona. A Greta le parecía que Lili nunca tenía la menor idea de su aspecto. De tenerla, no estaría echada así, con las piernas abiertas, los dos pies en el suelo y los tobillos torcidos, como si estuviese borracha. Con la boca abierta y la lengua en los labios, una morfinómana. A Greta, sin embargo, le gustó la escena, aunque no la hubiese preparado ella. Einar había pasado la noche anterior en vela, con calambres en el estómago y Greta temía una hemorragia.

—He pedido hora para ti —le dijo Greta.

—¿Para qué?

Lili comenzó a respirar entrecortadamente, y sus pechos subían y bajaban.

—Para que te vea un médico.

Lili se incorporó. Parecía alarmada. Fue ésa una de las pocas veces en que Greta pudo ver a Einar asomado al rostro de Lili: de pronto aparecieron en su labio superior las sombras azuladas del bozo.

—¡Pero si no me pasa nada! —dijo Lili.

—No he dicho que te pase nada —Greta se acercó al canapé y se puso a atar las cintas de satén de las mangas de Lili—, pero has estado enferma —añadió tras meter las manos en los bolsillos de su bata de pintar, donde guardaba los lápices mordisqueados, la foto de Teddy Cross entre las olas de la playa de Santa Monica, un pedazo del vestido ensangrentado que llevaba Lili cuando volvió al apartamento de Menton pronunciando el nombre de Hans entre sollozos—. Lo que me preocupa son esas hemorragias.

Greta observó el rostro de Lili: parecía estar retorciéndose de vergüenza. Pero ella sabía que tenía razón al hablarle así.

—Tenemos que averiguar por qué sangras. Si no estarás forzando algo en tu organismo al... —comenzó, pero se estremeció y un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Se preguntó qué estaba ocurriendo en su vida matrimonial, al tiempo que tiraba de las cintas del cuello del camisón. Quería a su marido, y quería a Lili—. ¡Oh, Einar!

—Einar no está aquí —dijo Lili.

—Pues hazme el favor de decirle que se reúna conmigo en la Estación Central para coger el tren de las once y cuatro minutos que va a Rungsted —dijo entonces

Greta—. Ahora tengo que ir a la tienda de artículos de pintura.

Fue al armario de fresno a buscar una bufanda.

—¿Y qué pasa si Einar no vuelve a tiempo? —preguntó Lili—. ¿Qué pasa si no puedo encontrarlo antes de esa hora?

—Volverá —dijo Greta, y añadió—: ¿Has visto mi bufanda, la azul con borde dorado?

Lili se miró el regazo:

—Creo que no.

—Pues estaba en el armario; en mi cajón. ¿La cogiste tú?

—Me parece que la dejé en el Café Axel —dijo Lili—. Seguro que me la han guardado. Voy ahora mismo por ella. —Y añadió—: Greta. Lo siento. No te cogí ninguna otra cosa. No toqué ninguna otra cosa.

Greta sintió crecer la irritación en lo más hondo de su ser. «Algo pasa aquí que no tiene ninguna gracia», se dijo, pero enseguida desechó tal idea. No, no iba a dejar que su matrimonio se fuese al garete porque le hubiesen cogido una bufanda de su armario. Además, ¿no le había dicho a Lili que podía coger lo que quisiese? ¿No quería, más que cualquier otra cosa, complacer a Lili?

—No, quédate aquí —dijo Greta—, pero hazme el favor de cerciorarte de que Einar no pierda el tren.

Las paredes del Café Axel estaban amarillas a causa del humo del tabaco. Los estudiantes de la Real Academia iban allí a comer *rikadeller* y beber cerveza de barril, que costaban la mitad de su precio habitual entre las cuatro y las seis de la tarde. Cuando era estudiante, Greta solía sentarse a una mesa que había junto a la puerta y dibujaba en un cuaderno que apoyaba en el regazo.

Si entraba algún amigo y le preguntaba qué estaba dibujando, cerraba el cuaderno y le decía:

—Nada, una cosa para el profesor Wegener.

Greta preguntó al camarero si había encontrado una bufanda azul.

—Mi prima piensa que la dejó aquí —añadió.

—¿Quién es su prima? —preguntó el camarero mientras se secaba las manos con un paño de cocina.

—Una chica pequeña, quiero decir que no es no tan alta como yo. Y tímida.

Greta hizo una pausa. Era difícil describir a Lili, pensar en ella flotando sola por el mundo, con el cuello revoloteante blanco y los ojos pardos fijos en apuestas desconocidos. Las ventanillas de la nariz de Greta se agitaron.

—¿Se refiere a Lili? —preguntó el camarero.

Greta asintió.

—Simpática chica. Se sienta allí, junto a la puerta. Seguro que ya lo sabe usted, pero los chicos se vuelven locos por atraer su atención. Lili se toma una cerveza con uno de ellos y luego, cuando el chaval vuelve la cabeza, desaparece. Sí, se dejó la bufanda aquí.

Se la dio, y Greta se la anudó en torno a la cabeza. Captó, inmediatamente, el tenue olor a leche y menta.

Fuera, en la calle, el aire era húmedo, y profunda y salinamente frío. Greta había perdido el bronceado estival, y tenía grietas en las manos. Pensó en lo bella que estaba Pasadena en octubre, con las montañas de San Gabriel, desnudas y parduscas, en segundo término, y las buganvillas trepando por las chimeneas.

En la Estación Central resonaban los ecos de pasos apresurados. Las palomas se aglomeraban encima de la amplia marquesina, y sus excrementos calizos resbalaban por las rojizas vigas de roble. Greta le compró una bolsita de caramelos de menta a un vendedor de periódicos y dulces cuyos clientes dejaban el suelo lleno de papeles de envolver.

Cuando Einar apareció ante las taquillas, parecía perdido. Tenía las mejillas enrojecidas de tanto frotárselas y el pelo reluciente de tónico capilar. Había corrido, y se secaba la frente con impaciencia. Sólo cuando lo veía en medio de la gente Greta se daba perfecta cuenta de lo bajito que era: su cabeza apenas llegaba a la altura del pecho de cualquier otro hombre. En tales ocasiones tendía a verlo aún más bajo, y se decía con absoluta convicción, al contemplar sus muñecas huesudas y su trasero pequeño y curvo, que era prácticamente un niño.

Einar levantó la vista para mirar a las palomas, como si aquella fuese la primera vez que entrase en la Estación Central. Tímidamente, preguntó la hora a una chica joven que llevaba delantal.

Algo en Greta se serenó. Fue hacia Einar y le besó. Le enderezó las solapas.

—Aquí tienes tu billete —le dijo, entregándole un sobre—, y dentro está la dirección del médico que quiero que te vea.

—Antes tengo que decirte una cosa —dijo Einar—. Quiero que me digas que estás segura de que no me pasa nada.

Dijo esto meciéndose sobre los talones.

—Por supuesto que estoy convencida de que no tienes nada —dijo Greta agitando las manos en el aire—. Pero, así y todo, quiero que te vea el médico.

—¿Por qué?

—Por Lili.

—Pobre chica... —dijo Einar.

—Si quieres que Lili se quede, con nosotros, quiero decir, tienes que hablar de ella con un médico.

La gente que volvía de realizar sus compras, mujeres en su mayoría, les daba codazos al pasar o los rozaba con sus bolsas de malla repletas de queso y arenques.

Greta se preguntó por qué seguía hablando de Lili como si fuera una tercera persona en su casa. Lo hacía porque temía que Einar se derrumbase —veía mentalmente cómo caían sus delgados huesos hasta formar un pequeño montón— si admitía, por lo menos de viva voz, que Lili no era más que su marido vestido de mujer. Pero, en cualquier caso, ésa era la pura verdad.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Einar. El borde enrojecido de sus párpados produjo tal impresión a Greta, que casi apartó la vista.

—Quiero a Lili tanto como tú, más que a... —Greta se interrumpió—. Creo que el médico puede ayudarla.

—¿Cómo? ¿Cómo puede ayudar a Lili alguien que no sea ni tú ni yo?

—Espera a ver lo que dice el médico.

Einar trató de encontrar un argumento final:

—No quiero ir. Lili no me dejaría ir.

Greta se irguió y levantó la cabeza.

—Pero yo quiero que vayas —dijo—, y soy tu mujer, Einar. —Lo puso de cara a la vía ocho y le dio un empujoncito con la mano en la parte inferior de la espalda para que echara a andar—. ¡Venga, vete ya! —exclamó mientras él avanzaba con paso cansino pisando los envoltorios de caramelo, pasaba frente al chaval que vendía periódicos y golosinas y se perdía en medio de la gente que volvía de hacer la compra. Al final, su cabeza no se distinguía de la del resto del gentío, formado, sobre todo, por mujeres. Mujeres que habían estado atareadas realizando encargos en Copenhague, mujeres embarazadas, mujeres de pechos colgantes, al revés que Einar, cuyas tetillas parecían crecer y afirmarse. Mujeres que algún día —Greta estaba convencida de ello—, al ver a Einar en medio de una multitud, sólo verían a otra mujer como ellas.

Einar se sentó junto a la ventana, y el sol del mediodía trazaba juguetonas curvas en su regazo. El tren pasaba por delante de casas con tejados rojos, en cuyos patios había ropa tendida y niños que los saludaban con la mano, una anciana que estaba sentada enfrente de él, con las manos cogidas al asa de su bolso, le ofreció un caramelo de menta de un envoltorio cilíndrico de papel de plata.

—¿Va usted a Helsingør?

—No, a Rungsted.

—Como yo. —La mujer llevaba el pelo blanco recogido en una bolsa de encaje, y los lóbulos de sus orejas eran gruesos y largos—. ¿Tiene amigos allí?

—No, una visita.

—¿Con un médico?

Einar asintió, y la anciana dijo:

—Ya.

Se tiró de la chaqueta de punto.

—¿En el instituto de radiología? —preguntó.

—Creo que sí —dijo Einar—, fue mi mujer la que concertó la visita.

Abrió el sobre que le había dado Greta. Dentro había una tarjeta de color crudo con una nota que Lili había escrito la semana anterior: «A veces me siento como cogida en una trampa. ¿Te sientes así alguna vez? ¿Es consecuencia de algo que llevo dentro de mí? ¿Es consecuencia del ambiente de Copenhague? Besos.»

—Su tarjeta pone doctor Hexler —dijo la anciana—. En el reverso figura la dirección del doctor Hexler. Me coge de camino. Será un placer acompañarlo hasta allí. Hay quien dice que el suyo es el mejor instituto de radiología de Dinamarca. —La mujer apretó su bolsa contra el pecho—. Hay quien dice que es capaz de curar casi cualquier cosa que se presente.

Einar dio las gracias a la anciana y se retrepó en su asiento. Por la ventana del compartimiento entraba el calor del sol. Había pensado no acudir a aquella visita. Cuando Greta le dijo que se reuniese con ella en la Estación Central, sintió un arrebato de furia y una imagen apareció en su mente: la de Greta, con la barbilla sobresaliendo entre la muchedumbre, esperando en vano su llegada a la estación. Pensó en desafiar su cólera y no presentarse a la cita. Y se imaginó la altiva barbilla bajando más y más a medida que pasaban los minutos, y las horas, y estaba cada vez más claro que Einar no iba a aparecer por allí. Greta acabaría por volver sola a casa con paso torpón y desamparado, abriría la puerta del apartamento de la Casa de las Viudas y le encontraría esperándola sentado a la mesa. Einar, entonces, diría: «Es que no quiero ver al médico», y ella estaría un momento en silencio y luego contestaría: «Bueno, pues muy bien.»

—Ya hemos llegado —dijo la anciana—, recoja sus cosas.

Las calles de Rungsted estaban cubiertas de rojos conos cerosos caídos de los tejos. Aquella mañana había llovido, y el aire estaba húmedo y olía a tierra y plantas. La anciana aspiraba hondamente aquel olor. Andaba a buen paso, moviendo mucho las caderas bajo la falda.

—No se ponga nervioso —le dijo.

—No lo estoy.

—No tiene nada de particular estar nervioso.

Entraron en una calle de casas emplazadas tras tapias bajas provistas de cancelas de hierro. Un coche descapotable pasó junto a ellos, con el motor crepitante. El que lo conducía, un hombre cubierto con una gorra de golf de cuero, saludó a la anciana al pasar.

—Bueno, aquí es —dijo su acompañante cuando llegaron a una esquina situada enfrente del puerto, y le señaló un edificio azul tan poco notable que muy bien hubiese podido ser una panificadora. La andana apretó el brazo de Einar justo bajo el sobaco, luego se levantó el cuello y se dirigió hacia el mar.

Einar tuvo que esperar en la sala de consultas del doctor Hexler durante casi una hora. La mitad de la estancia parecía una salita, con alfombra y un sofá grande y estanterías con libros y una gran planta sobre un trípode. La otra mitad tenía el suelo de goma, una mesa acolchada, frascos de cristal llenos de líquidos de colores claros y una gran lámpara sobre una pequeña plataforma con ruedas.

El doctor Hexler entró, por fin, y le dijo:

—¿No le dijo la enfermera que se desnudase?

Tenía la barbilla larga, con una hendedura lo bastante honda para meter por ella una moneda. Su pelo era plateado, y cuando se sentó en la silla que había enfrente de la de Einar puso al descubierto un par de calcetines escoceses de rombos. La mujer del tren le había dicho que el doctor Hexler era igualmente conocido por su rosaleta, que se extendía ante la clínica y había sido podada para el invierno.

—¿Va mal su matrimonio? —dijo el médico—. ¿Es ésa la causa de su visita?

—Bueno, yo no diría que va mal.

—¿Cuánto tiempo llevan casados?

—Seis años —dijo Einar.

Recordó la boda, en la iglesia de Saint Alban, en el parque; el joven diácono que los casó era inglés, y esa mañana se había cortado al afeitarse. Les dijo, con una voz tan tenue como el aire que entraba flotando por las ventanas de cristal rosado para caer en el regazo de los invitados:

—Ésta es una boda especial, veo aquí algo especial. Dentro de diez años los dos serán personas fuera de lo corriente.

—¿Tienen hijos? —preguntó el doctor Hexler.

—No.

—¿Por qué no?

—Pues la verdad es que no lo sé.

—Ustedes hacen el amor, ¿no? —El rostro del doctor Hexler estaba serio, y Einar se lo imaginó en su rosaleta, poniendo aquella misma cara, al descubrir de pronto, con gran pesar, que una plaga de insectos se comía los pétalos de sus rosas—. Quiero decir si copulan ustedes con regularidad.

Para entonces Einar ya se había quedado en calzoncillos. El montón de ropa sobre la silla parecía algo deprimente, sobre todo, por las mangas blancas de la camisa, que colgaban lacias de la cintura de los pantalones. El doctor Hexler le hizo señas de que se sentase en el sofá. Dio orden a la enfermera —a través de un tubo flexible que terminaba en una especie de embudo— de que trajera café y unas almendras confitadas.

—¿Eyacula usted? —siguió preguntando.

Era como si se estuviesen levantando muros de indignidad en torno a Einar. Cada insulto, primero de Greta y ahora del doctor Hexler, era un ladrillo más de ofensa que aumentaba la altura del muro.

—Bueno, a veces —contestó.

—Vaya, muy bien. —El doctor Hexler pasó una hoja de su cuadernito de notas, y luego añadió—: Su esposa dice que le gusta vestirse de mujer.

—¿Es eso lo que le dijo?

En aquel momento entró en el cuarto la enfermera, una mujer de pelo rojo crespo. Dejó sobre la mesa el café y las almendras, y preguntó a Einar:

—¿Azúcar?

—La señora Wegener me habló de una chica —prosiguió el doctor Hexler—, una chica que se llama Lili.

—Dispense, señor Wegener —dijo la enfermera—, ¿quiere que le eche azúcar?

—No, sin azúcar —respondió Einar, y ella sirvió el café al doctor Hexler y se fue.

—Señor Wegener, soy un especialista. Prácticamente, no hay dolencia que no haya tratado. Si se siente cohibido o violento, tenga en cuenta que yo no lo estoy.

Einar, sin saber por qué, sintió la súbita necesidad de creer que el doctor Hexler lo comprendería; que si le hablaba del túnel que conducía a la guarida de Lili, si le confiaba que Lili no era realmente él, sino otra persona, se limitaría a golpearse los labios con el lápiz y decir: «Ah, sí, claro, no hay por qué preocuparse, he visto casos así.»

Einar comenzó a hablar:

—A veces tengo la sensación de que me es necesario ir en busca de Lili. —Había llegado a pensar que esto era una especie de hambre. No hambre como la que se siente una hora antes de las comidas, sino, más bien, como la que se siente cuando se llevan varios días sin comer, cuando se tiene el estómago vacío y sólo preocupa cuándo llegará la comida, si es que llega. Había ocasiones en que esa sensación era tan intensa, que Einar incluso se mareaba—. A veces pierdo el aliento —prosiguió— cuando me pongo a pensar en ella.

—¿Y adónde va a buscarla? —preguntó el doctor Hexler; sus gruesas lentes agrandaban sus ojos hasta hacerlos parecer huevos en conserva en un frasco de aceite.

—A mi propio interior.

—¿Y siempre la encuentra allí?

—Sí, siempre.

—¿Qué pensaría si le dijese ahora que tiene que dejar de vestirse de Lili?

Al decir esto, el doctor Hexler se inclinó hacia él, sin levantarse de la silla.

—¿Piensa que debo hacerlo, doctor? ¿Piensa que hago daño a alguien vistiéndome de Lili?

De pronto, Einar se sintió empujarse vestido tan sólo con los calzoncillos; la hendidura entre los dos almohadones parecía a punto de tragarse. Le hubiera gustado tomar un poco más de café, pero se sentía incapaz de alargar el brazo hasta la mesa para coger la cafetera.

El doctor Hexler encendió la lámpara, cuyo cuenco plateado se llenó de una intensa luz blanca.

—Vamos a examinarle un poco —dijo. Se levantó y apretó un momento el hombro de Einar con la mano.

—Haga el favor de levantarse —añadió, y le acercó la lámpara, cuyas ruedas temblaban. El médico la apuntó al estómago de Einar. Las pocas pecas que tenía en torno al ombligo parecían ahora sorprendentemente pardas, y sus pocos pelos negros le recordaron el polvillo que a veces se amontona en los rincones.

—¿Siente algo cuando hago esto? —dijo a continuación el doctor Hexler apretando el estómago de Einar con la mano.

—No.

—¿Y esto?

—No.

—¿Y aquí?

—No.

—Ya.

El doctor Hexler estaba sentado enfrente de Einar, en un taburete de acero. Más que ninguna otra cosa, lo que deseaba era que el médico declarase que a él y a Lili no les pasaba nada, que su cuerpo compartido no era una anomalía, ni más ni menos que un dedo del pie sin uña, o que la barbilla del propio doctor Hexler, tan hendida que parecía posible meter una llave en ella.

—¿Y aquí? —preguntó el médico señalando la entrepierna de Einar con una espátula—. ¿Puedo echarle una ojeada?

Cuando Einar se bajó los calzoncillos, el rostro del doctor Hexler se paró; lo único que se movía entonces de él eran las ventanillas de la nariz.

—Pues todo parece estar en su sitio —dijo—. Puede volvérselos a subir. Da la impresión de estar bien de salud. ¿No hay ninguna otra cosa que quiera decirme?

El día anterior, precisamente, había tenido que ponerse un trapo en los

calzoncillos. ¿Le habría contado Greta al doctor Hexler que tenía hemorragias? Einar se sentía acorralado.

—Sí, bueno —comenzó—, hay algo que me gustaría decirle.

Cuando le contó lo de las hemorragias, los hombros del doctor Hexler se contrajeron hasta convertirse casi en una giba.

—Sí, su mujer me dijo algo de esto. ¿Había algo en la sangre? ¿Coágulos?

—No, no creo.

Otro ladrillo de indignidad que ponían en el muro que levantaban en torno a él. Lo único que se le ocurrió a Einar para mitigar su vergüenza fue cerrar los ojos.

—Bueno, llegó el momento de los rayos X —dijo el doctor Hexler. Pareció sorprendido cuando Einar le dijo que era la primera vez que se sometía a ellos—. Si tiene algo malo —añadió—, nos lo mostrará, y también es posible que le quite ese deseo.

Por la forma de levantar las cejas por encima de las gafas, Einar dedujo que el doctor Hexler se sentía orgulloso de la tecnología de su clínica. Se puso a hablar de los rayos gamma y del radio natural que emanaban de las sales de radio.

—La radiación ionizante —dijo— está resultando ser la cura milagrosa para todo. Actúa contra las úlceras, cuero cabelludo, y, ciertamente, contra la impotencia. Se está convirtiendo en el tratamiento de elección.

—¿Y qué me hará?

—Pues mirar en su interior —dijo el doctor. Y luego, como ofendido, añadió—: Lo curará.

—¿De veras necesito que me curen?

Pero el doctor Hexler ya estaba enviando órdenes por su embudo.

Cuando todo estuvo listo, un hombre muy delgado, con una nuez muy visible, fue a buscar a Einar al despacho del doctor Hexler. Era Vlademar, el ayudante del médico, y condujo a Einar a una habitación cuyas paredes eran de azulejos y cuyo suelo estaba inclinado hacia un rincón, donde había un desagüe cubierto por una rejilla metálica. De la camilla con ruedas que había en el centro de la habitación colgaban cintas de lona blanca, cuyas hebillas relucían a la luz.

—Vamos a sujetarle con ellas —dijo Vlademar. Einar preguntó si era verdaderamente necesario, y la respuesta de Vlademar fue un gruñido, mientras su nuez subía rápidamente garganta arriba.

La máquina de rayos X tenía forma de ele mayúscula invertida, y exteriormente era de metal pintado de color verde pálido. Se proyectaba por encima de la camilla, y su lente, que parecía un gran ojo pardusco, apuntaba a una zona entre el ombligo y la ingle de Einar. Había en la habitación una ventana de cristal negro, detrás de la cual se imaginó que el doctor Hexler estaría dando instrucciones a Vlademar, que era quien manejaba las palancas del aparato. Se le ocurrió, a medida que las luces de la habitación iban atenuándose y la máquina tosía y luego zumbaba, y su revestimiento metálico vibraba ligeramente, que aquello no iba a ser más que el comienzo de una

larga serie de médicos y pruebas. Sin saber por qué, estaba convencido de que los rayos X no descubrirían nada, y de que el doctor Hexler le haría nuevas pruebas o le mandaría a un segundo especialista, o a más de uno. Sin embargo, le daba igual, al menos de momento, porque cualquier cosa valía la pena si era por Greta o por Lili.

Imaginaba que la luz de los rayos X sería dorada y moteada, pero resultó ser invisible, y no sentía nada. Al principio pensó que era porque la máquina no funcionaba. Casi se incorporó y preguntó:

—¿Es que pasa algo?

Y entonces la máquina de rayos X pasó a otra marcha, y su zumbido adquirió una octava más de potencia. El abollado revestimiento metálico de color verde aumentó su vibración. De pronto, Einar se preguntó si no tenía una sensación rara en el estómago, pero no estaba seguro. Mentalmente, vio un estómago lleno de gusanos de luz cogidos del pantano de Bluetooth. Luego se preguntó si sentía calor y un leve mareo, o eran imaginaciones suyas. Se incorporó cuanto pudo, pero no se vio nada raro en el estómago, que parecía grisáceo en la habitación en penumbra.

—Por favor, estese quieto —dijo el doctor Hexler por su embudo—, échese bien de espaldas.

Pero no ocurría nada, o eso, al menos, le parecía a Einar. La máquina hacía ahora mucho ruido, y por el abdomen de Einar se esparció una sensación de vacío: no estaba seguro de si había en él algo caliente o no. Luego creyó sentir un comienzo de quemadura, pero, cuando volvió a mirar, su estómago seguía exactamente igual que antes.

—Estese quieto, señor Wegener —volvió a resonar la voz del doctor Hexler—, esto es importante.

Einar no sabía cuánto tiempo llevaba funcionando la máquina. ¿Habían pasado dos minutos o veinte? ¿Cuándo terminaría aquello? La habitación se oscureció más todavía, ahora estaba casi del todo negra, y un anillo de luz amarilla se proyectaba en torno a la lente pardusca. Einar estaba aburrido, y, de pronto, se sintió soñoliento. Trató de volver a mirarse el estómago, pero sus codos se negaron a moverse para levantarle. Sentía la cabeza como una pelota de plomo que tuviese pegada al cuello. En la garganta sintió el sabor del café del desayuno.

—Intente dormir, señor Wegener —dijo Hexler.

Ahora la máquina hacía más ruido todavía, y Einar sintió algo caliente que le oprimía el estómago.

Y entonces tuvo la impresión de que la cosa no iba bien. Abrió los ojos. Justo el tiempo suficiente para ver a alguien que inclinaba su frente contra el cristal negro de la ventana, luego vio otra frente más, apoyada también contra el cristal, en el que dejaba una mancha grasienta. Si estuviese Greta aquí, pensó Einar, soñoliento, me quitaría las cintas y me llevaría a casa. Y daría patadas a la máquina hasta hacerla parar. Sacudió la habitación un estruendo de metal vapuleado, pero Einar no conseguía abrir los ojos para averiguar lo que estaba pasando. Si Greta estuviese aquí,

gritaría a Hexler que desconectase de una vez el condenado aparato. Si Greta estuviese aquí..., pero Einar no consiguió terminar su pensamiento, porque se había quedado dormido. Pero no dormía; de hecho, estaba más allá del sueño.

Mientras la máquina de rayos X del doctor Hexler continuaba retumbando, Greta apretaba su frente contra la ventana de cristal negro. Quizás había hecho mal; quizá, después de todo, su marido no necesitaba ver a un médico. Se preguntaba si no habría sido mejor hacer caso de sus protestas.

Al otro lado del cristal, Einar estaba echado, bien sujeto con cintas de lona. Estaba muy bello, con los ojos cerrados, y su piel era de un suave gris a través del cristal. La nariz se elevaba como un pequeño montículo en medio de su rostro.

—¿Seguro que está cómodo? —le preguntó Greta al doctor Hexler.

—Sí, aunque tal vez sienta alguna leve molestia.

Le había preocupado que Einar estuviese apartándose de ella. A veces la inquietaba pensar que Einar nunca tenía celos cuando algún hombre, por la calle, paseaba su mirada sobre sus pechos; sólo hacía algún comentario sobre esa clase de cosas cuando iba vestido de Lili, y entonces solía decir: «Qué suerte tienes, chica.»

Cuando habló con el doctor Hexler, la semana anterior, éste dijo que cabía la posibilidad de que Einar tuviese un tumor en la pelvis, que podría ser la causa tanto de su infertilidad como de su confusa masculinidad.

—Nunca lo he visto, pero he leído sobre ello. Puede pasar inadvertido y manifestarse solamente mediante una conducta poco normal.

Una parte de Greta quería creer que esa teoría era correcta. Una parte de ella quería creer que un pequeño escalpelo curvado como una hoz extirparía limpiamente un tumor de superficie moteada como una naranja sanguina y consistencia de caqui, y entonces Einar, sin más, volvería a la normalidad y su matrimonio iría sobre ruedas.

Al otro lado de la ventana se oyó un ruido metálico, pero el doctor Hexler dijo:

—Todo está en orden.

Einar se agitaba y apretaba las piernas contra las cintas. Tan tensas estaban éstas, que Greta temió que pudieran romperse y el cuerpo de Einar saliera disparado por la estancia.

—¿Falta mucho? —preguntó a Hexler—. ¿Está seguro de que todo saldrá bien?

Se pasó los dedos por las puntas de su cabello, y pensó al mismo tiempo que le disgustaba enormemente su aspereza y que si le ocurría alguna cosa a Einar, no iba a saber qué hacer.

—El tratamiento con rayos X lleva su tiempo —dijo Vlademar.

—¿Le hace daño? Da la impresión de que le duele.

—No, ni mucho menos —dijo el doctor Hexler—. Quizá le quede una ligera quemadura superficial, o una ulceración, pero nada más.

—Se sentirá un poco mareado —añadió Vlademar.

—El tratamiento le hará mucho bien —aseguró el doctor Hexler.

El médico tenía un rostro tranquilo, con pobladas pestañas negras que parecían aletear sobre los ojos. Tartamudeaba un poco la primera sílaba de cada frase, pero su voz estaba llena de autoridad. Después de todo, a su clínica acudían los hombres más ricos de Dinamarca, hombres cuya tripa sobresalía por encima del cinturón, y que tan obsesionados estaban por atender a sus fábricas de zapatos de goma, o de tintes minerales, o de superfosfatos, o de cemento Portland, que habían perdido el control sobre lo que les colgaba por debajo del cinturón.

—Aunque su marido tenga al demonio dentro —dijo Vlademar—, yo se lo sacaré.

—Eso es lo bueno que tienen los rayos X —dijo entonces Hexler—, que consumen lo malo y conservan lo bueno. No creo una exageración decir que son milagrosos.

Los dos hombres sonrieron, y sus dientes se reflejaron en el cristal negro; Greta sintió algo así como un leve remordimiento en el pecho.

Cuando hubieron terminado, Vlademar llevó a Einar a una habitación con dos pequeñas ventanas y un biombo plegable sobre ruedas. Allí durmió durante una hora mientras Greta dibujaba. Dibujó a Lili dormida en la cama del instituto. ¿Qué pasaría si los rayos X encontraban un tumor y el doctor Hexler lo extirpaba? ¿No volvería nunca más a ver a Lili en el rostro de Einar, en sus labios, en las pálidas venillas verdes que surcaban la parte inferior de sus muñecas como los ríos de un mapa? Se había puesto en contacto con el doctor Hexler, en primer lugar, porque quería tranquilizar a Einar. Entonces se le ocurrió preguntarse si no sería a sí misma a quien quería tranquilizar. No, en primer lugar había telefoneado a Hexler desde la pequeña cabina telefónica que había junto a correos porque sabía que tenía que hacer algo por Einar. ¿No era acaso responsabilidad suya cerciorarse de que recibiría los cuidados necesarios? Greta se había prometido que su marido no se le escaparía de las manos, como le había ocurrido con Teddy Cross. Recordó la sangre que manaba de la nariz de Einar y empapaba la pechera del vestido de Lili.

Einar se agitó en la cama, gimiendo. Estaba pálido, y la piel de las mejillas le colgaba flácida. Greta le puso un paño caliente sobre la frente. Una parte de su ser quería que Hexler ordenase a Einar vivir libremente como Lili y emplearse como dependienta en los grandes almacenes Fonnesbech's. Otra parte de su ser, en cambio, quería estar casada con el hombre más enemigo de las convenciones sociales del mundo. Siempre la había irritado el que la gente diese por supuesto que sólo porque se había casado debía llevar una vida convencional.

«Estoy segura de que serás tan feliz como tus padres», le había escrito una prima de Newport Beach después de su boda con Einar, y a Greta le costaba mucho esfuerzo no reventar de irritación contra ella cuando lo recordaba. «Pero yo no soy como ellos», se dijo al tiempo que rompía la carta de su prima y la tiraba a la estufa. «Nosotros no somos como ellos.» Esto ocurrió mucho antes de que Lili hiciese su aparición en escena, pero incluso entonces Greta sabía que se había casado con un

hombre que la llevaría por caminos distintos de todos los que conocía. Eso era lo que había visto también al principio en Teddy, aunque en este caso debía reconocer que no fue así. Pero Einar era distinto. Era extraño. Casi no pertenecía a este mundo. Y la mayor parte de los días Greta tenía la sensación de que ella tampoco era de este mundo.

Bajo una de las ventanas, los rosales desnudos del doctor Hexler temblaban al viento. La otra daba al mar. Había nubes negras en el cielo, oscuras y densas, que parecían manchas de tinta sobre el agua. Una lancha pesquera luchaba por volver al puerto. Pero la cuestión era, ¿cómo vivir con un hombre que a veces quería vivir como una mujer? Bueno, no voy a permitir que una cosa así me desconcierte, se dijo Greta, con el cuaderno de apuntes sobre el regazo. Greta y Einar harían lo que mejor les pareciese. Nadie podría impedirles vivir como quisieran. A lo mejor tenían que trasladarse a algún lugar donde no les conociese nadie. Donde nada hablase de ellos: sin chismorreos, sin apellidos, sin una reputación previamente establecida. Nada, excepto sus cuadros y el suave murmullo de la voz de Lili.

«Estoy dispuesta a lo que sea», se dijo Greta. No sabía con quién, a qué o dónde, pero siempre estaba dispuesta.

Einar volvió a agitarse en la cama, esforzándose por levantar la cabeza. La lámpara que había sobre él iluminaba su rostro con una luz amarillenta, y sus mejillas parecían hundidas. Hasta aquella misma mañana había tenido un aspecto estupendo, se dijo Greta. Pero al punto se preguntó si había prestado la debida atención a su marido durante los últimos meses. A lo mejor alguna enfermedad lo corroía y ella no se había dado cuenta hasta entonces. Había estado muy ocupada pintando y vendiendo sus obras, escribiendo a Hans, en París, para arreglar una nueva visita de Lili, para que le buscara un apartamento en un ático del Marais con dos claraboyas, una para Einar y otra para ella... Con tanto ajetreo, tal vez no había advertido en el rostro de su marido el aviso de que ocurría algo grave. Pensó en Teddy Cross.

—Greta —dijo Einar—, ¿estoy bien?

—Lo estarás. Descansa.

—¿Qué me ha pasado?

—Nada, una sesión muy fuerte de rayos X. Nada que deba preocuparte.

Einar apoyó el rostro sobre la almohada. Se durmió de nuevo. Ahí estaba el marido de Greta. Con su fina piel y su cabeza pequeña de sienes suavemente hundidas, casi como de niño. Con la nariz respirando anhelante. Con su olor a talco y a trementina. Y con la piel en torno a los ojos roja y casi febril.

Greta le cambió el paño que tenía en la frente.

Cuando llegó el doctor Hexler, Greta dijo:

—Por fin.

Salieron los dos al pasillo.

—¿Está bien Einar?

—Estará mejor mañana, y mejor todavía pasado. —Greta creyó ver cierta

preocupación en las arrugas que tenía el doctor Hexler en torno a la boca—. Los rayos X no muestran nada.

—¿No hay tumor?

—Nada.

—Entonces, ¿qué tiene? —preguntó Greta.

—En términos de salud física, nada en absoluto.

—¿Y las hemorragias?

—Eso es difícil decirlo con seguridad, pero, probablemente, se trata de una simple cuestión de higiene alimentaria. Debe evitar tragarse los huesos de fruta y las espinas del pescado.

—¿De verdad piensa que eso es todo? —Greta dio un paso atrás—. ¿De veras piensa que Einar está completamente sano, doctor Hexler?

—Su salud es normal. Ahora bien, ¿es un hombre normal? No, en absoluto. Su marido no está bien.

—¿Y qué puedo hacer?

—¿Tiene usted cerradura en su guardarropa, para impedir que su marido coja su ropa?

—No, claro que no.

—Pues debería ponerla lo antes posible.

—¿Y de qué serviría eso? Aparte de que Einar tiene sus propios vestidos.

—Pues tírelos inmediatamente. No debería animarle a hacer esas cosas, señora Wegener. Si piensa que usted lo encuentra bien, podría creer que es normal eso de fingirse Lili. —El doctor Hexler hizo una pausa—. Y entonces no habrá esperanza para él. ¿No le ha inducido usted a vestirse de mujer, verdad? Espero, por su bien, que no le haya dicho que aprueba su conducta.

Esto era lo que más temía Greta, que, de alguna forma, la aparición de Lili pudiera ser culpa suya. Que hubiese perjudicado a su marido de un modo u otro. Las paredes del pasillo eran de un amarillo oscuro y estaban arañadas. Junto a Greta había un retrato del doctor Hexler, un retrato como los que ella solía pintar.

Un día, sólo unas pocas semanas antes, Greta había recibido una llamada telefónica de Rasmussen para decirle que Lili había estado en su galería.

—Naturalmente, la reconocí enseguida por sus cuadros —dijo Rasmussen—, pero noté en ella algo que no me pareció normal. Parecía débil, o sedienta.

Rasmussen dijo que había ofrecido a Lili una silla y que inmediatamente, se quedó dormida, con una plateada burbuja de saliva en los labios. Poco después entró en la galería la baronesa Haggard, seguida por su chófer egipcio. La baronesa se consideraba a sí misma el miembro más abierto y al día de la aristocracia y no pudo menos que captar la ironía —el «modernismo», como dijo ella— de encontrarse con la modelo de los cuadros durmiendo delante de las obras que la reproducían. En la galería retumbó el ruido que hizo el suave cuero de los guantes de la baronesa al aplaudir «aquel momento sublime». Había expuestos cinco cuadros, pintados en

medio del calor del pasado agosto en el Sur de Francia; los cinco parecían iluminados por detrás por el sol lento y reptante de Menton. Y los cinco mostraban a Lili exactamente como estaba en aquel momento, dormida en la silla: inerme, íntima, exótica de volumen y elegancia, con su gran nariz y sus rodillas huesudas, sus párpados aceitosos, su rostro reluciente.

—La baronesa compró los cinco —informó Rasmussen a Greta—, y Lili permaneció dormida durante toda la transacción. Greta, dime, ¿le pasa algo a Lili? ¿No será que la haces trasnochar demasiado? Cuida bien de ella, Greta, te conviene.

—¿De veras que no le preocupa a usted lo de las hemorragias? —preguntó Greta al doctor Hexler—, ¿en absoluto?

—No tanto como su ilusión de ser una mujer —dijo el médico—. Ni siquiera los rayos X son capaces de curar eso. ¿Quiere que hable con Einar? ¿Puedo decirle que se está haciendo daño a sí mismo?

—Pero ¿es verdad que se lo está haciendo? —preguntó Greta—. ¿De veras?

—Naturalmente que sí. Espero que esté usted de acuerdo conmigo, señora Wegener. Espero que piense usted, como yo, que, si no para de hacer eso, tendremos que tomar medidas más radicales. Que un hombre como su marido no puede seguir llevando ese tipo de vida, porque para él no es vida. Sin duda, Dinamarca es un país muy tolerante, pero aquí no es de tolerancia de lo que estamos hablando, sino de cordura, ¿no le parece, señora Wegener? ¿No está de acuerdo en que en los deseos de su marido hay algo que no es cuerdo? ¿Qué usted y yo, como ciudadanos responsables que somos, no podemos dejar que su marido vaya por ahí, como si tal cosa, disfrazado de Lili? Ni siquiera en Copenhague. Ni siquiera de vez en cuando. Ni siquiera bajo su supervisión directa. Espero que esté usted de acuerdo conmigo en que debemos hacer todo cuanto esté en nuestras manos para quitar de su cabeza esa especie de demonio, porque eso es lo que es, ¿no está usted de acuerdo conmigo, señora Wegener? Un demonio, ¿no está usted de acuerdo?

Y, justo entonces, Greta, que tenía treinta años y era californiana, y que podía contar hasta tres casos en los que había estado a punto de matarse como consecuencia de accidentes —el segundo, por ejemplo, cuando estaba haciendo la vertical sobre una mano apoyada en una baranda de teca del *Frederik VIII*, que era el barco que llevó a su familia por primera vez a Dinamarca, cuando tenía diez años—, se dio cuenta de que el doctor Hexler sabía muy poco, si es que sabía algo. «Me he equivocado», se dijo, y justo en aquel momento oyó gemir a Einar en la cama, detrás del biombo plegable.

Segunda parte

Paris, 1929

Justo a la salida del boulevard de Sebastopol, al norte de las Halles Centrales, había una calleja que tenía dos manzanas de longitud. Antes se la llamaba rue du Poivre, porque allí había prosperado, hasta que quebró, un almacén de pimienta. Luego se la llamó rue des Semaines, cuando había allí un hotel frecuentado por soldados que estaban de permiso. Por aquel entonces se la conocía, por lo menos popularmente, porque la placa azul con las letras blancas había desaparecido, por el nombre de rue de la Nuit. Los edificios de esa calle eran negros, con hollín en los alféizares, sobre las abandonadas farolas de gas, en el interior del urinario público, en el toldo desgarrado del estanco, en el que también podía adquirirse aguardiente y contratar los servicios de algunas mujeres. Las puertas de esa calle tenían números, pero no rótulos. Nadie, excepto el dueño del estanco, que llevaba un bigote rojo en el que quedaban atrapadas las migas de su *brioche* del desayuno, parecía vivir en esa calle o hacer allí negocios del tipo que fuese, legales o no. El número veintidós era una puerta con ventanillo de cristal de burbujas y un vestíbulo que apestaba como el urinario lleno de hollín. En la cima de la escalera, otra puerta, ésta con evidentes señales de haber recibido numerosas patadas, y más allá un mostrador con una mujer que se llamaba, o al menos eso decía, Madame Jasmin-Carton, y su gata sin rabo, Sophie.

Madame Jasmin-Carton era una mujer gorda, relativamente joven todavía. En los antebrazos le crecía una tupida pelambre parda, en la que se enganchaban a veces sus pulseras de cadenilla de oro. En una ocasión le dijo a Einar que una de sus chicas se había escapado para casarse con un príncipe griego, y había dejado como recuerdo a Madame Jasmin-Carton la gata sin rabo. También le contó que, a lo largo de los años, entre los visitantes de sus *salles de plaisir* habían figurado, además de embajadores, un primer ministro y una docena larga de condes.

Por cinco francos, Madame Jasmin-Carton entregaba a Einar una llave encadenada a una bola de latón. Esa llave le daba acceso a la *salle* número 3, una habitación estrecha con un sillón tapizado de lana verde, una papelería de alambre que siempre había sido cuidadosamente vaciada y dos ventanitas con las negras cortinillas bajadas. En el techo había una bombilla que iluminaba el sillón tapizado de verde. Un fuerte hedor a amoníaco no podía ocultar cierto olorcillo salado, acre y pegajoso.

Ya corría el mes de mayo: dos días soleados y cálidos por cada día frío. La estrecha habitación siempre estaba fría. En invierno Einar se sentaba en el sillón tapizado de verde con el abrigo puesto y miraba el vapor de su respiración. Todavía no había ido a casa de Madame Jasmin-Carton lo suficiente para saberlo, pero se imaginaba que en agosto las paredes deslustradas del cuarto —ya amarillas a fuerza de tabaco, y con manchas— sudarían por sí solas.

Einar se quitó el chaquetón, que tenía bolsillos de parche y un cinturón con trabillas a la última moda. Se lo había comprado Greta, que era quien le compraba casi toda la ropa; excepto, naturalmente, la de Lili: los vestidos de cintura baja, con el pañuelo para la cabeza haciendo juego, los guantes de cabritilla que le llegaban hasta más arriba del codo y tenían hebillas de perla, los zapatos con cierre de piedra falsa en los tobillos. Esas cosas era Lili quien se las compraba. Einar tenía en un tarro de mermelada la asignación semanal de Lili, y ésta se la gastaba en un par o tres de días: su mano hurgaba en el fondo del tarro hasta coger el último céntimo. El dinero de Lili: ésa era la entrada en el dietario en que Einar planificaba sus gastos. Volvía del revés los bolsillos de sus pantalones de gabardina para encontrar algún franco más que darle. Si no encontraba ninguno, Lili no tenía más remedio que ir corriendo a ver a Greta, que, cuando se trataba de ella, no parecía conocer más que dos palabras: «Sí» y «Más».

Einar subió la negra cortinilla de una de las ventanas de la pequeña habitación. Detrás del sucio cristal vio a una chica con mallas y medias negras que apoyaba un pie en una silla de madera. Estaba bailando, aunque no se oía ninguna música. Había otra ventanita abierta, en la que se veía la cara de un hombre cuya nariz grasienta se apretaba contra el cristal hasta quedar blanca. Su aliento dejaba una mancha como de niebla. La chica parecía consciente de la presencia de Einar y del otro hombre; antes de quitarse una prenda, miraba a su alrededor, aunque no directamente a los dos rostros achatados, y bajaba la barbilla.

Se quitó lentamente de sus brazos carnosos un par de guantes parecidos a los de Lili. La chica no era guapa: pelo negro, electrizado y seco, mandíbula caballuna, caderas demasiado anchas, tórax demasiado estrecho. Pero Einar encontraba algo encantador en su recato y en el hecho de que colocó los guantes primero, luego las mallas, y, por último, las medias encima del respaldo de la silla, como si supiese que iba a necesitarlas otra vez.

No tardó en quedar desnuda, excepto los zapatos. Comenzó a bailar con más energía, con los dedos de los pies hacia delante y las manos también extendidas. Echó hacia atrás la cabeza mostrando la tráquea, de un blanco azulado, tensa contra la piel.

Desde hacía casi seis meses Einar visitaba la casa de Madame Jasmin-Carton por las tardes, cuando Greta iba a entrevistarse con algún coleccionista o con alguno de los editores de las revistas *La Vie Parisienne* o *L'Illustration*, que le encargaban ilustraciones para sus artículos. Pero Einar no iba a la casa de Madame Jasmin-Carton por la misma razón que los demás hombres que la frecuentaban y apretaban la nariz contra las ventanitas, con la lengua como un erizo de mar contra el cristal del escaparate de una pescadería. Sólo le interesaba ver a las chicas desnudarse y bailar, estudiar la curva y el peso de sus pechos, observar sus muslos, de un blanco increíble y trémulos, como la nata de un cuenco de leche hervida, abrirse y cerrarse elásticamente; casi podía oír a través del cristal grasiento de la ventanita el ruido que hacían al cerrarse de golpe. También le gustaba ver ¡a parte inferior de sus

antebrazos, donde las venas, cálidas de vergüenza y resentimiento, fluían verdosamente; y la carne que se les hinchaba debajo del ombligo, la parte de la mujer que a él le hacía pensar en una almohada puesta sobre el vientre. Einar visitaba a Madame Jasmin-Carton para ver mujeres de cerca, para comprobar cómo se ensamblaban sus cuerpos hasta formar una mujer. Para ver de qué manera la chica del pelo negro electrizado se las arreglaba para mantener la barbilla bajada mientras se cogía distraídamente con ambas manos aquellos pechos de amplias areolas que parecían flanes. Y cómo la chica que venía detrás, una rubia con un cuerpo de alambre, daba la vuelta a la habitación con los puños contra las caderas, que eran muy huesudas. O cómo la misma chica del martes pasado, a quien Einar nunca había visto hasta entonces, abría los pecosos muslos y mostraba sus genitales. Los muslos se volvían a cerrar enseguida, y entonces se ponía a bailar violentamente, con el cuello muy sudado, mientras la imagen rosada de su sexo ardía en los ojos de Einar, incluso cuando los cerraba y trataba de olvidar quién era o dónde estaba. E incluso más tarde, cuando estaba echado junto a Greta, tratando de dormir mientras la lámpara de la mesilla de noche de su mujer ardía y su lápiz de mina gruesa dibujaba en su cuaderno de apuntes que contenía, uno tras otro, todos los dibujos de Lili que habían jalonado su carrera.

Einar y Greta vivían entonces en el Marais. Se habían ido de Copenhague hacía cosa de tres años. La idea había sido de Greta. Un día llegó una carta a la Casa de las Viudas, y Einar recordaba que Greta la leyó rápidamente y luego, levantando la tapa de la estufa de hierro, la dejó caer en su interior. También recordaba la breve luz amarilla que vomitó la estufa al tiempo que devoraba la carta. Luego, Greta le dijo a Einar que Hans quería que se mudasen a París.

—Opina —añadió—, y estoy de acuerdo con él, que eso sería lo mejor.

—Pero ¿por qué quemaste su carta? —preguntó Einar.

—Pues porque no quería que la viese Lili. No me gustaría que se entere de que Hans quiere volverla a ver.

Alquilaron un apartamento en una casa de piedra que estaba en la rue Vieille du Temple. El apartamento estaba en el cuarto piso, el último de la casa, y tenía claraboyas que taladraban el empinado tejado y ventanas que daban a la calle. La parte trasera daba al patio, donde, durante el verano, crecían geranios en macetas asomadas a las ventanas y sujetas a los alféizares y la ropa tendida se secaba al aire. La casa estaba justo al lado del Hôtel de Rohan, cuya entrada salía, curva, a la acera y tenía dos grandes puertas negras. La calle era estrecha, pero el alcantarillado funcionaba bien cuando llovía. La rue Vieille du Temple cortaba en dos el Marais con sus grandes *hôtels* reciclados para edificios del gobierno o para almacenes de importadores de tejidos y sus tiendas judías, donde Einar y Greta compraban frutas secas y emparedados los domingos, cuando todo lo demás estaba cerrado.

El apartamento tenía dos estudios: el de Einar, con unos pocos paisajes de pantanos y páramos colocados en caballetes demasiado grandes para ellos, y el de Greta, con sus cuadros de Lili, vendidos antes de que la pintura tuviese tiempo de secarse, y un manchón en la pared, eternamente húmedo y espeso, donde probaba sus colores hasta que estaban justo como quería: el castaño para el pelo de Lili, que se había vuelto color miel después de un baño en el mar de agosto; el rojo purpúreo del sonrojo que nacía en torno al comienzo de su cuello; el blanco plateado de la parte anterior de sus codos. Ambos estudios estaban cubiertos con alfombras turcas. A veces, Greta se quedaba dormida en el suyo a altas horas de la noche, demasiado fatigada para dirigirse a la cama que ambos compartían en la pequeña habitación que había al fondo del apartamento, donde reinaba una oscuridad que a Einar le hacía sentirse como si estuviese dentro de un capullo. En el dormitorio, con la luz apagada, la oscuridad era tal que Einar ni siquiera veía su propia mano puesta delante de los ojos. Esto le gustaba, y se quedaba echado allí hasta la aurora, cuando rechinaba la polea de la cuerda de tender la ropa y alguno de sus vecinos se disponía a colgar en ella otra tanda de prendas húmedas.

En las mañanas de verano Lili se levantaba y cogía el autobús hasta los Bains du Pont-Solférino, en el quai des Tuilleries. La piscina tenía una hilera de casetas para mudarse de ropa que estaban hechas de lona listada y eran como tiendas altas y estrechas. Dentro de la suya, Lili organizaba cuidadosamente todo lo que debía cubrir bajo el faldellín de volantes de su bañador para que quedase como ella pensaba que era decente. Desde que se habían ido de Dinamarca, su cuerpo había cambiado, y ahora sus pechos eran carnosos, con los músculos suavizados, y lo bastante grandes para llenar las pequeñas copas de su traje de baño. El gorro de baño de goma, que olía a neumático, echaba su cabellera hacia atrás y le tensaba las mejillas de un modo que almendraba sus ojos y alargaba su boca, lo que le daba un aire exótico. Llevaba en el bolso un espejito de mano, y en la caseta de lona, en las mañanas de verano, se miraba cuidadosamente, moviendo el espejito sobre cada centímetro de piel hasta que la encargada de la piscina golpeaba la lona y preguntaba si mademoiselle necesitaba ayuda.

Tras este examen, se zambullía en la piscina. Durante media hora hacía largos, con la cabeza por encima del agua y moviendo hombros y brazos acompasadamente como las aspas de un molino; otras mujeres —porque aquella piscina, como el salón de té donde a veces Lili tomaba una taza de café y un *croissant*, estaba reservada exclusivamente a las señoras— se acercaban al borde de la piscina para observar a la pequeña Lili, tan graciosa, de brazos tan largos, tan, como ellas se decían entre sí, chascando la lengua, *puissante*.

Le gustaba sobremanera nadar con la cabeza por encima de la superficie del agua, como un patito, mientras las demás señoras, con sus trajes de baño de lana, la observaban con una mezcla de indiferencia e intrigado chismorreo, y luego auparse de la piscina con las yemas de los dedos arrugados a causa de la inmersión en el agua

y pasarse la toalla por el cuerpo para secarse envuelta en la brillante luz que se reflejaba en las aguas onduladas del Sena. Mientras se secaba contemplaba el tráfico de la orilla opuesta del río y se decía que todo aquello era posible solamente porque Greta y ella habían tomado la decisión de irse de Dinamarca. Y se decía, en las mañanas de verano, en el borde de la piscina llena de agua del Sena, que ahora era libre. París la había liberado. Greta la había liberado. Einar, pensaba Lili, se alejaba cada vez más de ella. Einar estaba liberándola. Un escalofrío le recorría la húmeda espina dorsal y se le extendía por los hombros.

En la caseta, después de devolver la toalla rosa a la encargada, Lili se quitaba el traje de baño, y ocurría a menudo que aquella exaltación y aquellas expectativas de futuro se desvanecían, al mismo tiempo que soltaba un gemido al descubrir allá abajo, entre sus muslos blancos, que tenían la piel de gallina, cierto adminículo pequeño y arrugado. Era tan horroroso, que Lili cerraba violenta, sonoramente los muslos, para ocultarlo a su vista, y entonces oía el ruido que hacían las rodillas al chocar. Era un chasquido sofocado, como de dos címbalos envueltos en fieltro que chocasen en pleno crescendo, y esto les traía inmediatamente a la memoria, tanto a Lili como a Einar, a una chica que bailaba con una terrible expresión de resentimiento en el salón de Madame Jasmin-Carton y tenía la costumbre de cerrar las rodillas con tal brusquedad que se oía el entrechocar de los huesos incluso a través del sucio cristal.

Así volvía a la vida Einar, un danés bajito, en una caseta de la mejor piscina de señoras de París. Al principio se sentía confuso y su rostro se reflejaba inexpresivo en el espejito de mano. No recordaba dónde estaba ni reconocía el ruido de los chapuzones de las mujeres que seguían en la piscina. La única ropa que colgaba de la percha era un sencillo vestido color marrón con un cinturón. Había también allí unos zapatos negros de tacón alto. Y un bolso con unas cuantas monedas y una barra de labios. Y un chal de gasa con un estampado de peras. Era un hombre, se decía Einar de pronto, pero, si quería volver a su apartamento, no le quedaba más remedio que ponerse aquella ropa de mujer. Y entonces se fijaba en la doble ristra de cuentas de ámbar danés que su abuela había llevado al cuello toda su vida, incluso cuando trabajaba la tierra, y que hacían un ruido tintineante al inclinarse la anciana para tapar con la azada la boca de una madriguera de zorro rojo. La abuela se las había dado a Greta, que odiaba el ámbar, y ésta se las había pasado a Einar, quien, a su vez, se las dio a una chica llamada Lili.

Así le llegaba el recuerdo: fragmentario, espoleado por las cuentas de ámbar o por el golpe de las manos del encargado contra la puerta de lona para preguntar si mademoiselle necesitaba ayuda. Einar se ponía el vestido marrón y los zapatos de tacón alto como Dios le daba a entender, ardiendo de vergüenza al ceñirse el cinturón, pues no tenía ni idea de los mil pequeños detalles de la vestimenta femenina. En el bolso no había más que unos pocos francos, y sabía muy bien que no iba a tener más hasta dentro de unos días. Pero, así y todo, decidía coger un taxi para volver al

apartamento por la incomodidad tremenda que le suponía andar con aquella vestimenta por las calles de París. El chal colgaba del respaldo de la silla, casi revoloteando en torno a él, y Einar no acababa de atreverse a anudárselo a la cabeza y echárselo en torno al cuello, porque le daba la impresión de que aquel pedazo de gasa con un diseño de peras lo iba a estrangular. No pertenecía a él, sino a otra persona.

Y así era como Einar salía de la piscina de señoras vestido con la ropa de Lili, con el gorro de baño de goma todavía en la cabeza, dejaba un franco en la mano, siempre extendida, de la encargada, y se deslizaba, como el patito sobre la superficie del agua, sin hacer caso del susurrado chismorreó de las señoras francesas que se quedaban allí hasta que llegase la hora de volver a casa para vigilar a sus criadas mientras daban de comer a los niños. Para entonces Einar, desgarrado y avergonzado con la ropa de Lili, ya estaba de vuelta en el apartamento, junto a Greta, que, en el transcurso de la mañana, había preparado su caballete y esbozado los trazos esenciales de un nuevo retrato de Lili.

Un día de comienzos de mayo, Einar estaba sentado en la plaza des Vosges, en un banco situado bajo unos árboles. El viento levantaba el surtidor de la fuente, y el agua caía a sus pies y mojaba la grava color arena que se extendía en torno a él. Por la mañana Lili había ido a la piscina y por la tarde Einar había vuelto a la casa de Madame Jasmin-Carton para contemplar, a través del pequeño cristal oscuro, a un hombre y una mujer haciendo el amor en el suelo. Esto le había costado el triple de la entrada corriente; Madame Jasmin-Carton llevaba un mes anunciando el nuevo espectáculo en unas tarjetas que ponía en la pared sobre las ventanillas destinadas a los mirones. Esas tarjetas, que informaban de la celebración pública de un acto tan privado con letra cuidadosamente escrita, recordaron a Einar las notitas que solían usar Lili y Greta para comunicarse en los primeros días de aquélla en Dinamarca, como si en el aire cortante y sonoro de Copenhague hubiese algo que no pudiese soportar las palabras secretas que las dos se tenían que decir.

El hombre, poco más que un adolescente, era alto, y tan delgado, que se le podían contar las costillas; tenía la piel entre blanca y azulada, y los ojos azules, como adormilados. Se quitó rápidamente el traje barato de sarga, y luego ayudó a la mujer, que era mayor que él, a desnudarse. Einar nunca había visto a un hombre, excepto a sí mismo, excitado sexualmente, con el erecto pene apuntando como la punta de una lanza. El pene del joven tenía la punta roja, y parecía viscoso y escocido. La mujer se lo metió con indiferencia, y justo en ese momento pareció recordar algo, pues puso cara de éxtasis. Los dos se agitaron durante unos minutos en el suelo de la pequeña habitación semicircular sumida en la penumbra, mientras, apretados contra el cristal de todas las ventanillas, se veían los rostros de hombres lo bastante viejos para ser abuelos del joven. Éste terminó muy pronto, y su semen describió finalmente un rápido arco que terminó en el rostro contraído de la mujer. El chico se levantó y

saludó. Se fue de la estancia llevándose el traje de sarga bajo el brazo. Y entonces, al bajar la vista, Einar descubrió en su entrepierna una mancha que desprendía un olorcillo salado, como si se le hubiese volcado encima un vasito de agua de mar. Y entonces tuvo clara conciencia de algo que, seguramente, su subconsciente siempre había sabido: deseaba que aquel joven hiciese lo mismo con Lili. Que la besase justo antes de que su pecho enrojeciese y su boca se contrajese de placer porque estaba a punto de eyacular.

Después de esto, Einar fue a sentarse al banco de la place des Vosges. Se desabotonó el abrigo para dejar que su entrepierna, que había limpiado en el lavabo de Madame Jasmin-Carton, se secase al aire libre. Había niños jugando en torno a la fuente, salpicándose y empujando aros por los caminos de grava, y una niña hacía una cometa de papel en forma de murciélago. Las niñeras hablaban en voz alta por encima de sus cochecitos, aparcados en círculo. Einar apartó la vista de ellas, molesto por la mancha que aún se le notaba en la entrepierna. El sol había calentado el agua de la piscina aquella mañana, pero ahora se escondía de vez en cuando tras las nubes. Entonces el parque se volvía repentinamente grisáceo, y los niños parecían convertirse en simples calcomanías de sí mismos. La mancha de la entrepierna de Einar no acababa de secarse. La lana húmeda le recordaba a los perros de la granja de Bluetooth, cuando volvían calados hasta los huesos tras una jornada dedicada a cazar ranas. Estaban mojados e irascibles, tenían el pelaje apelmazado, y parecía que nunca acabarían de perder aquel olor a humedad.

La niñita de la cometa soltó de pronto un grito. La cuerda se le había escapado de entre los dedos y la cometa se balanceaba en el cielo. Ella la seguía corriendo con la mano extendida, y el lazo que le sujetaba el pelo le golpeaba las orejas. Su niñera le gritó que parase. La mujer parecía enfadada, y su enrojecido rostro presagiaba tormenta. La cometa empezó a caer a trompicones hacia el suelo, y el negro papel se agitaba dentro del marco. Finalmente, cayó a los pies de Einar.

La niñera recogió la cometa del suelo con rapidez al mismo tiempo que soltaba un bufido. Después cogió a la niña, a la que llamó Martine, por la muñeca y se la llevó junto al cochecito, teniéndola bien sujeta a su lado. Las otras niñeras seguían bajo un grupo de árboles, cogiendo sus cochecitos por el manillar. Cuando Martine y su niñera se unieron a ellas, todas miraron a Einar por encima del hombro con ojos recelosos. Luego se alejaron juntas, al son de los chirridos de las ruedas.

Fue entonces cuando Einar se dio cuenta de que algo tenía que cambiar. Se había convertido en uno de esos individuos a quienes las niñeras temen en el parque. Era un hombre que tenía manchas sospechosas en el pantalón.

Estaban en mayo de 1929, y Einar se dio a sí mismo un año, exactamente, de plazo. El parque se hallaba sumido en la penumbra, con el sol escondido tras las nubes. Los árboles, cuyas hojas se agitaban temblorosas, transmitían una sensación de frío. El viento seguía levantando el agua del surtidor y arrojándola sobre el guijo. Si dentro de un año, exactamente, Lili y Einar no habían resuelto sus problemas,

Einar volvería a aquel lugar y se mataría.

Esto le hizo erguirse. No podía seguir soportando el caos que era su vida. Greta conservaba una pistola plateada de sus días californianos. A veces, la había llevado escondida en la liga. Volvería al parque con ella y, en la noche negra de mayo, la apoyaría contra su sien y apretaría el gatillo.

Oyó pasos que se acercaban y levantó la vista de su regazo. Era Martine, que parecía asustada, pero decidida. Dejó de correr y se le acercó poco a poco, con las suaves manos extendidas. Entre Einar y Martine estaba la cola de la cometa, convertida ahora en un montón de guiñapos de papel cogidos a una cuerda. Martine deseaba recogerla, y, por la sonrisita que asomaba a su rostro ceñudo, Einar se dio cuenta de que quería ser su amiga. Se inclinó, cogió la cola y rompió a reír, con el rostro súbitamente animado. Le hizo una inclinación y le dijo: «*Merci!*», y Einar sintió que todo cuanto sabía de sí mismo se volvía súbitamente inteligible: el delantal de algodón ceñido a la cintura, su cabeza entre las manos jóvenes de Greta, Lili con sus zapatos amarillo mostaza en la Casa de las Viudas, Lili bañándose aquella misma mañana en la piscina. Einar y Lili eran una sola persona, pero ya era hora de que se dividiesen en dos. Tenía un año de plazo.

—¡Martine!, ¡Martine! —gritó la niñera, y los zapatos de hebilla de la niña apisonaron rápidamente el guijo.

Un año, se dijo Einar, y entonces, de nuevo, por encima del hombro, Martine volvió a decirle, con voz alegre: «*Merci!*», expresión que acompañó con un ademán para despedirse, mientras Einar y Lili, al unísono, le decían adiós con la mano.

Tras tres años en París, Greta trabajaba más que en cualquier época de su vida. Por las mañanas, mientras Lili iba de compras o se bañaba en la piscina, se dedicaba a hacer ilustraciones para revistas. Un redactor de *La Vie Parisienne* la llamaba casi todas las semanas con la voz llena de pánico para pedirle urgentemente un dibujo de la última representación de *Carmen* en la Opera, o para ilustrar un artículo sobre una exposición de huesos de dinosaurio en el Grand Palais. La verdad era que Greta no tenía necesidad de aceptar esa clase de trabajos, como se decía a sí misma. Su firma llevaba un par de años apareciendo en las revistas, lo que le había dado cierto renombre, pero el redactor insistía por teléfono en la necesidad que tenía de esos dibujos. Y Greta, con el auricular encajado entre la barbilla y el hombro, a veces contemplando a Lili mientras salía del apartamento, decía para sí: «¿Por qué no?» Así que le contestaba que sí, que haría el dibujo, y que sí, que lo tendría a la mañana siguiente, de modo que se tenía que poner inmediatamente manos a la obra. Colgaba el auricular y corría a la ventana para ver a Lili, que avanzaba a paso rápido, envuelta por la luz del día, camino del mercado de Buci, con el abrigo de primavera de color rosa reluciente contra el fondo gris de la triste calle mojada por la lluvia.

El verdadero trabajo de Greta no comenzaba hasta el regreso de Lili. Entonces le preparaba una taza de té, le decía: «Venga, siéntate aquí», y la colocaba en un taburete, o junto a una palmera plantada en un tiesto, y le ponía la taza de té entre las manos, porque Lili, no importaba el tiempo que hiciese, siempre volvía al apartamento temblando de frío. Greta temía que contrajese una tuberculosis a causa de su creciente delgadez, pero no había forma de conseguir que comiese más. Las hemorragias se repetían a menudo, como mucho, separadas por un par de meses, y las anunciaba un lento goteo de espesa sangre nasal por su labio superior. Entonces Lili tenía que pasarse unos días en la cama, como si toda su energía estuviese concentrada en aquellas gotas carmesí. Greta había llevado a Einar a que lo visitaran varios médicos franceses, pero en cuanto éstos empezaban a hacerle preguntas («¿Hay alguna otra cosa que debería saber sobre su marido?»), Greta se daba cuenta de que ninguno de ellos iba a tener más soluciones para el problema de Einar que las que ya tuvo en su momento el doctor Hexler. Greta se desasosegaba viendo a Lili pasándose los días en la cama y manchando las sábanas, que luego ella tendría que meter en el incinerador que había detrás del apartamento. Pero al cabo de unos días la hemorragia cesaba con la misma rapidez con que había comenzado. «¡Qué pesado es tener que pasarse una semana en la cama!», era todo el comentario de Lili al tiempo que se levantaba y tiraba la almohada al suelo.

Si hubiese llevado la cuenta, Greta hubiese sido consciente de que para entonces ya había pintado más de cien retratos de Lili: Lili en la piscina, Lili invitada a una

boda, Lili mirando zanahorias en el mercado. Pero la mayor parte de ellos eran de Lili en medio de un paisaje, o en un bosquecillo de olivos, o en un páramo, o contra la línea azul del Kattegat. Y siempre los ojos pardos y enormes velados por los párpados, y la delicada curva de sus cejas depiladas, y el pelo abierto en torno a la oreja para mostrar un pendiente de ámbar colgando contra el cuello.

Einar, por su parte, ya no pintaba.

—Es que cada vez me cuesta más imaginarme un pantano —decía desde su estudio, donde sus lienzos y sus colores estaban cuidadosamente guardados.

Por pura costumbre seguía encargando frascos de pintura a Munich, aun cuando los mejores colores se vendían al otro lado del río, en la tienda de Sennelier, cuyo dependiente tenía a su lado a una gata que parecía permanentemente preñada. Greta aborrecía a aquel animal, cuyo vientre hinchado casi rozaba el suelo, pero le gustaba charlar con el dependiente, un hombre llamado Du Brui, que solía decir, mientras su barbita a lo Van Dyke se agitaba enloquecidamente, que Greta era su clienta más importante. «¡Y hay quien dice que las señoras son incapaces de pintar!», añadía al salir Greta de la tienda con una caja de frascos de pintura envueltos en papel de periódico, mientras la gata gemía como si estuviese a punto de parir.

El apartamento de la rue Vieille du Temple tenía una estancia central lo bastante grande para una mesa larga y dos butacas para leer junto a la chimenea de gas. Había en ese cuarto una otomana de terciopelo rojo, grande y redonda, de cuyo centro salía una columna tapizada, semejante a las que se ven en las zapaterías. Había también una mecedora de roble, con un almohadón de cuero pardo, traída de Pasadena. Greta se había acostumbrado a llamar al apartamento «la casita». La verdad era que no parecía precisamente una casita californiana, con sus techos de vigas desbastadas sólo por la parte inferior y las *portes-fenêtres* con cerrojos de cobre que separaban las habitaciones. Pero, por alguna razón, a Greta le recordaba la casita a orillas del Arroyo Seco donde ella y Teddy Cross habían vivido después de irse de Bakersfield. La luz del sol que entraba a raudales desde el musgoso patio de ladrillo ayudaba a Teddy a levantarse cada mañana con la idea para crear una nueva vasija con su torno de alfarero, o con una insólita combinación de colores para algún vidriado. Cuando vivían allí, Teddy trabajaba mucho y estaba lleno de inspiración. Había un aguacate en el patio trasero que producía más frutos verdes de los que ellos dos podían comer o incluso regalar. «Me gustaría ser como este aguacate», solía decir Teddy, «produciendo sin parar». Y ahora, en París, Greta se imaginaba a sí misma como el aguacate aquel. Los retratos de Lili seguían saliendo de su pincel constantemente, sin parar.

Durante un tiempo, Greta lamentó que Einar hubiese renunciado a su carrera. Muchos de sus paisajes colgaban ahora en el apartamento, desde el techo hasta el suelo, y eran un constante, y a veces triste, recuerdo de sus vidas invertidas. Por lo menos, eso pensaba Greta. Einar, por su parte, nunca confesaba que echaba de menos su antigua vida de pintor. Ella, sin embargo, lo sentía por él, y le resultaba difícil

comprender cómo era posible que una persona que había pasado su vida entera creando pudiese parar, así, de pronto. Se decía que su antigua energía, su necesidad de atacar constantemente el lienzo con nuevas ideas y temores, se había transferido ahora a Lili.

Al cabo de un año de su llegada a París, Hans había comenzado a vender los retratos de Lili. Gracias a sus ilustraciones para revistas, el nombre de Greta comenzaba a sonar en París, en los cafés del boulevard Saint-Germain, en los salones donde artistas y escritores yacían sobre pieles de cebra bebiendo licores destilados de ciruelas amarillas. Además, en París había muchísimos norteamericanos, siempre fijándose unos en otros y hablando unos de otros de esa manera tan típica de ellos. Greta trataba de evitarlos, de no frecuentar el círculo que solía reunirse por las noches en el número 27 de la rue de Fleurus. Le infundían recelo, y ellos recelaban de ella, como Greta sabía muy bien. No quería compartir sus noches, dedicadas al chismorreó, al calor de la lumbre, sobre quién era o no era verdaderamente moderno. Y sabía que en esos círculos de ingenio y jactancia no había sitio para Einar o Lili.

Pero la demanda de retratos de Lili continuaba, y, justo cuando comenzaba a pensar que no iba a poder seguir satisfaciéndola, Greta tuvo una brillante idea. Estaba pintando a Lili en un campo de alfalfa en la Dinamarca rural. Para ello, Lili tenía que posar de pie en medio del estudio con los puños contra las caderas. La parte de retrato de esos cuadros le salía bastante fácilmente a Greta, pero tenía que usar de su fantasía para imaginarse la luz plana del verano danés cayendo sobre el rostro de su modelo. Menos mal que el fondo del campo, con la hierba crecida detrás de la figura femenina, no le interesaba demasiado. Pintar debidamente la hierba, y los laguitos del fondo, llevaría a Greta varios días: primero, la pintura del horizonte tendría que secarse, luego los lagos, luego la primera capa de hierba, luego la segunda, y, finalmente, la tercera.

—¿Por qué no me terminas tú éste? —preguntó Greta un día a Einar.

Estaban en mayo de 1929, y Einar había permanecido fuera de casa toda la tarde. Al volver al apartamento, dijo haberla pasado sentado en la place des Vosges.

—Viendo a los niños jugar con sus cometas.

Parecía muy delgado con su traje de paño y su abrigo bajo el brazo.

—¿Va bien todo? —preguntó Greta mientras se aflojaba la corbata e iba a hacerse una taza de té.

Greta le había notado en los hombros una profunda tristeza, una melancolía más negra que nunca hasta entonces. Le colgaban, se dijo, como un ceño fruncido. Había sentido fría y sin vida la mano de Einar entre las suyas.

—Me empieza a costar mucho satisfacer la demanda —le dijo—, ¿por qué no me echas una mano y me pintas los fondos de estos cuadros? Sabes mucho mejor que yo qué aspecto tiene un campo de alfalfa, después de todo.

Con Eduardo IV en el regazo, Einar meditó esta proposición. Tenía la camisa arrugada, y junto a él, en la mesa, había una fuente con peras.

—¿Crees que podría? —preguntó.

Lo condujo a su estudio y le mostró el retrato a medio terminar.

—Pienso que debería haber un laguito en el horizonte —dijo.

Einar contempló el cuadro a medio terminar. Lo miraba inexpresivo, como si no reconociese el rostro de la chica. Luego, lentamente, una luz de comprensión comenzó a iluminarle los ojos, a aclararle la frente.

—Le faltan unas cuantas cosas —dijo al cabo—. Un lago, sin duda, y un sauce a la orilla de un arroyo. Y, posiblemente, también una granja. Muy lejos, en el horizonte, sólo un manchón pardo, de modo que no se distinga bien lo que es. Pero que pueda tomarse por una granja.

Se pasó despierto la mayor parte de la noche trabajando en el cuadro, manchándose la camisa y los pantalones. A Greta le gustó mucho verle ocupado de nuevo, y comenzó a pensar en otros cuadros que podría compartir con Einar. Incluso si ello significaba pasar menos tardes con Lili, deseaba que estuviese ocupado. Mientras se preparaba para meterse en la cama, Greta le oía trabajar en su estudio, oía el ruido que hacían los frascos de pintura. Se sentía impaciente por llamar a Hans por la mañana para decirle que Einar volvía a pintar. Y que había encontrado la manera de producir aún más cuadros de Lili. Y que no se imaginaba quién iba a ayudarle a conseguirlo. El recuerdo de Hans en la Estación del Norte, hacía ya más de tres años volvió a su memoria. El día en que llegaron a París sin otra cosa que unas pocas direcciones apuntadas en sus respectivas agendas, los estaba esperando en la estación; su abrigo de pelo de camello parecía una columna leonada en medio de aquel mar de inquieta ropa negra.

—Aquí estaréis muy bien —aseguró a Greta antes de besarla en la mejilla.

Rodeó el cuello de Einar con las manos y lo besó en la frente. Más tarde los llevó en su coche a un hotel situado en la orilla izquierda, a pocas manzanas de distancia de la Escuela de Bellas Artes. Más tarde se despidió besándolos. Greta recordaba lo desconcertada que se había sentido al ver que Hans los recibía con los brazos abiertos para irse luego tan rápidamente. Vio desaparecer su cabeza por la puerta del hotel. Einar debió de sentirse igual de decepcionado, o más aún.

—¿Piensas que a lo mejor Hans no quería que viniéramos? —preguntó.

Eso mismo estaba pensando Greta, pero recordó a Einar lo ocupado que estaba Hans. La verdad era que había notado en éste un fuerte rechazo, sobre todo en su actitud, tan altiva y dura como si fuese una de las columnas que sostenían el techo de la estación.

Einar dijo entonces:

—¿Piensas que a lo mejor somos demasiado daneses para su gusto, demasiado provincianos?

Y Greta, que estaba contemplando a su marido, de ojos tan pardos como los pantanos de su tierra y cuyos dedos temblorosos acariciaban a Eduardo IV en su regazo, replicó:

—Eso lo será él, no nosotros.

En el hotel alquilaron dos habitaciones, decoradas en rojo, una con una alcoba con cortinas. El mozo que subió el equipaje les dijo con orgullo que Oscar Wilde había pasado allí sus últimas semanas.

—Murió en esa alcoba —añadió la propietaria del hotel señalándola con la barbilla.

A Greta no le impresionó este detalle histórico. Y le pareció demasiado deprimente para comentárselo a Einar. Vivieron varios meses en las dos habitaciones, mientras buscaban un apartamento. Al cabo de unos pocos días, el hotel se les volvió insoportable, con su papel de pared arrugado y sus manchas de herrumbre en el lavabo, pero como Einar insistía en pagar el alojamiento, no podían mudarse al Hotel del Rin ni al Eduardo VII, por ser demasiado caros.

—No tenemos ninguna necesidad de pasar privaciones —había dicho Greta cuando le proponía a su marido mudarse a un lugar más céntrico, donde tuviesen una buena vista e incluso un servicio de habitaciones decente, que les sirviese un café a media tarde si así lo deseaban.

—¿Realmente pasas privaciones aquí? —dijo entonces Einar, lo que indujo a Greta a no insistir. Sabía por experiencia que siempre que viajaban surgían entre ellos situaciones conflictivas.

Había una estufa en un rincón y en ella preparaba Greta sus cafés. Dormían en la alcoba, en una cama que se hundía en el centro, apoyada en una pared tan delgada que podían oír todos los ruidos procedentes de la habitación contigua. Einar instaló su caballete en la alcoba. Greta usaba la otra habitación, y sentía un gran alivio cuando se cerraba la puerta y se quedaba a solas. Lo malo era que no podía pintar sin la presencia de Lili.

Apenas llevaban un mes en París, cuando Greta dijo:

—Quisiera celebrar con Lili que estamos aquí.

Al decir esto, vio que las pupilas de Einar se agrandaban, llenas de terror, para volverse a contraer inmediatamente. Lili todavía no había hecho su aparición en París.

Lili era una de las razones por las que se habían ido de Copenhague. Después de la visita al doctor Hexler, éste les escribió. Greta abrió la carta y leyó que el médico amenazaba con denunciar a Einar y Lili a las autoridades sanitarias. «Su esposo podría convertirse en un peligro para la sociedad.» Greta se imaginó al doctor Hexler dictando la carta a la enfermera pelirroja a través del tubo terminado en un embudo. Aquella carta, tan cargada de implicaciones —que, además de ella, otras personas podrían estar interesadas en decidir el futuro de Lili—, la trastornó profundamente. Justo en aquel momento, Einar, que había ido a visitar a Anna, entró en la Casa de las Viudas. Greta tiró la carta a la estufa, presa de un impulso incontenible.

—Hans ha escrito —le dijo a su marido cuando éste abrió la puerta del apartamento—. Cree que deberíamos trasladarnos a París. —Y, sin darle tiempo a

contestar, añadió—: Nos marchamos inmediatamente.

Cuando Lili llegó a París, llamó a la puerta de la habitación de Greta. Ahora tenía el pelo más largo y más oscuro, con la reluciente pátina de los muebles de caoba, y se lo echaba hacia atrás con dos peinetas adornadas con perlitas. Llevaba un vestido que Greta nunca le había visto hasta entonces. Era de seda púrpura, con un cuello escotado que descendía hasta el comienzo de unos pequeños pechos.

—¿Te has comprado un vestido nuevo? —preguntó Greta.

Esta pregunta, por alguna razón incomprensible, hizo sonrojarse a Lili, pues en su garganta y su pecho apareció de pronto una nube roja. A Greta la llenaron de curiosidad aquellos incipientes senos de Lili, y se preguntó cómo se las habría arreglado Einar para conseguir semejante efecto. ¿Era acaso su pecho masculino lo bastante maleable para hincharse bajo la presión de una faja tubular y producir así un par de senos?

Fueron al Palais Garnier para oír el *Fausto*, y Greta se dio cuenta inmediatamente de que los hombres se fijaban en Lili al verla subir, como flotando, las escaleras de barandilla dorada.

—El hombre ese de pelo negro te está mirando. Si no nos comportamos con seriedad, vendrá a hablarnos.

Sus asientos estaban junto a los de una pareja que acababa de volver de California.

—Doce meses en Los Ángeles —comentó el hombre—, mi mujer tuvo que arrancarme de allí.

Dijo que habían ido a Pasadena el día de Año Nuevo para ver el Torneo de las Rosas.

—Hasta las crines de los caballos estaban sembradas de flores —explicó la mujer.

Entonces empezó la ópera, y Greta se dispuso a escucharla. Encontraba difícil concentrar su atención en el doctor Fausto, que estaba muy pesaroso en su oscuro laboratorio, teniendo a Lili a su derecha y a su izquierda a un hombre que acababa de pasar junto a la casa de su familia en el Orange Grove Boulevard. La pierna le picaba ligeramente; sin darse cuenta de lo que hacía, se puso a frotarse el hueso de la muñeca. Tenía el presentimiento de que aquella noche era el inicio de algo importante. ¿Qué era lo que Carlisle solía decir de ella? Ah, sí, que no era posible parar a la vieja Greta una vez que se decidía a ponerse en marcha. Nadie, lo que se dice nadie, podía pararla.

En el descanso, Lili y la mujer del vecino de Greta se excusaron y se alejaron. El hombre, que era de mediana edad y llevaba barba, se inclinó hacia Greta y le preguntó:

—¿Podría verme más tarde con su prima?

Pero Greta no le concedió a Lili. De la misma manera que tampoco se concedería más tarde a sí misma la satisfacción de sus propios anhelos, sobre todo porque apenas podía identificarlos. Cuando aún vivían en el hotel de Oscar Wilde, Hans recogía a

veces a Greta en el oscuro vestíbulo y la llevaba a su oficina de la rue de Rivoli. Había accedido a interesarse por la carrera de Greta. Pero, en el momento de cruzar el Pont Neuf, Hans le ponía una mano en la espalda y le decía:

—Me imagino que no tengo necesidad de decirte lo guapa que eres.

La primera vez que ocurrió esto, Greta le apartó bruscamente la mano, pensando que se la habría puesto allí sin darse cuenta. Pero luego, una semana más tarde, volvió a ocurrir lo mismo. Y la cosa volvió a repetirse. A la cuarta vez, Greta se dijo que no podía permitir que Hans la tocara de aquella manera. ¿De lo contrario cómo volver a mirar a Einar a los ojos?, se preguntaba mientras Hans le acariciaba la espina dorsal al cruzar juntos el río. Yendo así con Hans, Greta no sentía nada, ni por dentro ni por fuera, sólo aquella mano apoyada contra su espalda. Le recordaba que su marido llevaba mucho tiempo sin tocarla.

Siguieron andando así camino de la oficina de Hans. Entraron en el estudio sin ventanas que había detrás del despacho principal, donde Hans guardaba los archivadores en los que estaban los nombres de las personas que quería que Greta conociese. Abrió una carpeta y fue mostrándole con el dedo los nombres de los protectores de las artes que conocía:

—Deberías escribir a éste..., y a éste..., pero a éste, por el contrario, más vale que le evites.

En pie junto a Hans, Greta creyó sentir la presión de un dedo contra su brazo, pero esto no era posible, porque Hans sostenía la carpeta abierta con ambas manos. Creyó volver a sentir su contacto, esta vez contra la espalda, pero, no, tampoco podía ser, Hans no había soltado todavía la carpeta.

—¿Piensas que las cosas nos irán bien aquí? —preguntó Greta.

Una sonrisa hendió los labios de Hans:

—¿Qué quieres decir?

—A Einar y a mí, aquí, en París. ¿Piensas que las cosas nos irán bien?

La sonrisa desapareció.

—Sí, por supuesto, os tenéis el uno al otro —dijo. Y añadió—: Pero no olvides que también me tienes a mí.

El rostro de Hans se inclinaba ahora casi imperceptiblemente hacia ella. Había algo entre ellos, y no era la carpeta, sino alguna otra cosa. No se dijeron nada.

«Pero Hans no puede ser para mí», se dijo Greta. «Si hay alguien que debiera tener a Hans, es Lili.»

Aunque hacía fresco en el estudio, Greta de pronto se sintió acalorada y como pegajosa, igual que si una húmeda película de suciedad la cubriese por entero. ¿Habría hecho acaso algo irremediablemente malo?

—Me gustaría que fueses mi marchante —dijo Greta—, me gustaría que te encargases de mis cuadros.

—Pero sólo me ocupo de maestros antiguos y de cuadros del siglo XIX.

—Pues a lo mejor ha llegado el momento de que te ocupes de un pintor moderno.

—Pero es que eso no tendría sentido —dijo Hans, y añadió—: Escucha, Greta, hay una cosa que quiero decirte.

Al decir esto, Hans se le acercó, con la carpeta todavía en la mano. La luz en el cuarto era de un gris plomizo, y Hans parecía un adolescente que todavía no se ha acostumbrado a un nuevo cuerpo, demasiado grande para él.

—No digas nada hasta que aceptes ser mi marchante.

Maquinalmente, Greta pasó al otro lado de la mesa. Ahora los separaba su tablero, lleno de papeles. Greta quería que Hans la abrazara, y, al mismo tiempo, quería irse de allí corriendo y cruzar el Pont Neuf de vuelta al cuarto del hotel.

—Te lo plantearé a mi manera —añadió Greta mientras se frotaba la somera cicatriz de la mejilla—: te estoy dando la oportunidad de ser mi marchante. Si te niegas, estoy convencida de que un día te arrepentirás.

—¿Y cómo me arrepentiré?

—Pues te arrepentirás porque te dirás: pude tener a Greta. Greta Wegener pudo ser mía.

—Pero no te rechazo —dijo Hans—. ¿Es que no lo entiendes?

Greta lo entendía muy bien. O, por lo menos, creía entender perfectamente las intenciones de Hans. Lo que no acababa de entender era lo que le estaba sucediendo a ella. ¿Por qué no rechazaba a Hans por mostrarse tan atrevido? ¿Por qué no le recordaba ahora mismo, allí mismo, lo mucho que tal conducta heriría a Einar? ¿Por qué no acababa de decidirse siquiera a pronunciar el nombre de Einar?

—¿De acuerdo, entonces? —dijo ella.

—¿En qué?

—¿Estás dispuesto a representarme, o tengo que irme de aquí ahora mismo?

—Anda, Greta, sé razonable.

—Pienso que lo estoy siendo. Ésta es la respuesta más razonable que se me ocurre.

Los dos estaban en pie, apoyándose cada uno en su extremo de la mesa. Los montones de documentos estaban sujetos por pisapapeles de bronce en forma de ranas. En todas partes se leía el nombre de Hans: en los papeles, por doquier. Hans Axxgil. Hans Axxgil. Hans Axxgil. Esto recordó a Greta cuando era pequeña y tenía que practicar la escritura: Greta, Greta, Greta.

—Bueno, de acuerdo —dijo, por fin, Hans.

—¿En qué?

—Pues en eso, en representarte, en ser tu agente.

Greta no supo qué decir en aquel momento. Le dio las gracias y recogió sus cosas. Le ofreció la mano:

—Pienso que lo que corresponde ahora es un apretón de manos —dijo.

Se estrecharon las manos, y Greta sintió la suya como perdida en la de Hans, casi como cogida en una trampa; pero enseguida se la soltó.

—Tráeme algunos cuadros la semana que viene —le dijo Hans.

—Muy bien, la semana que viene.

Y Greta salió a la estancia delantera de la oficina de Hans, donde la luz del sol y los ruidos de la ciudad entraban a raudales por las ventanas, y donde un empleado escribía rápidamente a máquina.

El olor de la sangre despertó a Einar. Saltó de la cama, poniendo cuidado en no despertar a Greta. Ésta parecía inquieta, y por la expresión de su rostro parecía estar teniendo una pesadilla. La sangre salía de la ingle de Einar, un cálido hilo que manaba lentamente. Una burbuja sanguinolenta le colgaba de la nariz. Se había despertado transformado en Lili.

En el dormitorio de invitados la aurora caía de lleno sobre el armario ropero de fresno. Greta había destinado la parte superior del armario para la ropa de Lili. Pero los cajones del fondo seguían siendo suyos, y estaban cerrados con llave. En el espejo, Lili vio reflejarse su nariz ensangrentada y la mancha de sangre del camisón. En eso era distinta de Greta. La sangre no la preocupaba nada, porque se iba como había venido. Lili se limitaba a acostarse hasta que terminaba la hemorragia, igual que cuando tenía un resfriado. Para ella, la sangre, formaba parte de todo aquello, se dijo mientras se ajustaba la falda en torno a las caderas y se cepillaba bien el pelo. Estaban en junio, y había pasado un mes desde que Einar decidiera, en el banco del parque, que su vida y la de Lili tendrían que ir cada una por su lado. Y Lili sentía esto como una amenaza, como si el tiempo hubiera dejado de ser infinito.

En el mercado de Buci se secaba ya el rocío. Había filas y filas de vendedores, cada uno con su tenderete protegido por un tejado de zinc. Los vendedores estaban colocando sus mercancías: había mesas cubiertas de porcelana rajada, escritorios sin asas, percheros de ropa usada o procedente de restos de serie. Una mujer no vendía más que dados de marfil. Un hombre tenía una colección de zapatillas de *ballet* que le costaba mucho colocar. Había una mujer que vendía bonitas faldas y blusas; aparentaba unos cuarenta años, llevaba el grisáceo cabello muy corto y tenía los dientes delanteros picados. Se llamaba Madame Le Bon, y había nacido en Argelia. Con el paso de los años, Madame Le Bon había llegado a conocer el gusto de Lili y buscaba para ella en los talleres de confección que saldaban faldas de fieltro y blusas blancas con el cuello ornamentado. Madame Le Bon sabía el número que calzaba Lili y tenía presente que no se ponía zapatos que dejasen al descubierto su dedo sin uña. Le proporcionaba camisolas estrechas, adaptadas a su pecho y anticuados corsés con ballenas que la ayudaban a resolver el problema pectoral. Sabía que a Lili le gustaban los pendientes con lágrimas de cristal, y, para el invierno, los manguitos de piel de conejo.

Lili estaba mirando el perchero de Madame Le Bon cuando se fijó en un joven de frente amplia que hojeaba los libros ilustrados del tenderete contiguo. Llevaba un abrigo ligero en el brazo y tenía a sus pies una maleta de lona. Daba la impresión de que todo su peso descansase sobre uno solo de sus pies. No parecía interesado en los libros ilustrados, y los hojeaba mirando de vez en cuando a Lili. Los ojos de ambos se

encontraron dos veces; en la segunda ocasión, él le sonrió.

Lili le volvió la espalda y se puso una falda de cuadros contra la cintura para ver si le sentaba bien.

—Esa es bonita —le dijo Madame Le Bon, que estaba sentada en su silla. Había improvisado un probador colgando sábanas a una cuerda de tender la ropa—, pruébesela —añadió, y levantó una sábana.

Dentro del probador el sol relucía a través de las sábanas. La falda le sentaba bien, y fuera Lili oyó una voz extranjera preguntar a Madame Le Bon si vendía ropa de hombre.

—No, no hay nada para usted, lo siento. Sólo para su mujer.

El extranjero se echó a reír. Lili oyó el ruido que hacían las perchas al ser empujadas perchero abajo.

Cuando Lili salió del probador, el hombre estaba doblando y desdoblando las chaquetas de lana que había en una mesa. Tocaba los botones perlados y miraba los puños para ver si estaban raídos.

—Tiene usted cosas bonitas —dijo, y sonrió, primero a Madame Le Bon y luego a Lili.

Tenía los ojos azules y grandes, y en el hoyuelo de cada mejilla había una o dos marcas de viruela. Era alto, y su loción de afeitar se notaba en la brisa. Lili, cerrando los ojos, se lo imaginó echándose el tónico amarillo en el hueco de la mano y restregándose luego por la cara y la garganta. Era como si ya le conociese.

Madame Le Bon apuntó la venta de la falda en su libro de cuentas. El hombre dejó la chaqueta de lana y se acercó a Lili; cojeaba ligeramente.

—Dispéñeme —le dijo, hablando francés despacio—, mademoiselle. —Se le acercó más—. Me acabo de fijar...

Pero Lili no quería hablar con él; todavía no, por lo menos. Cogió la bolsa donde estaba la falda, dio las gracias a Madame Le Bon y se escurrió por detrás del probador para salir ante el tenderete siguiente, donde un hombre calvo vendía muñecas de porcelana de segunda mano.

Cuando Lili volvió a casa, Greta iba de un lado para otro por el apartamento con un trapo húmedo en la mano. Carlisle llegaba aquella mañana para hacerles una visita estival. El apartamento necesitaba una buena limpieza, pues las motas de polvo volaban por doquier, y había telarañas en los rincones. Greta había rehusado tener asistenta.

—No la necesito —decía mientras limpiaba el polvo con manos enguantadas—, no soy de esas mujeres que necesitan asistenta.

Pero eso no era cierto, la necesitaba.

—Estará aquí antes de una hora —dijo Greta. Llevaba un vestido pardo de lana, que la ceñía de manera atractiva—. ¿Vas a recibirle vestido de Lili? —preguntó.

—Sí, pensé que sí.

—Mira, pienso que Carlisle no debería conocer a Lili al llegar. Primero debería

conocer a Einar.

Greta tenía razón, y sin embargo había algo en Einar que quería que Lili fuese la primera en conocer a Carlisle, como si Lili fuera su mejor mitad. Colgó la falda de cuadros en el armario ropero y se desnudó hasta quedarse en ropa interior. Era de seda color gris ostra, y muy suave. Al andar hacía un ligero frufú. Einar no quería cambiarse la ropa interior de seda por calzoncillos y camiseta de lana, que le picaban y en los días de verano parecían acumular el calor hasta hacerle sentirse incómodo. Además, no quería ver a Lili doblada y guardada en el armario ropero, no le gustaba nada que desapareciera así. Cuando cerraba los ojos, ella era lo único que veía, no le era posible imaginarse a sí mismo.

Se puso un traje y salió del apartamento.

—¿Adónde vas? —le preguntó Greta—. Carlisle estará aquí de un momento a otro.

El cielo estaba despejado. Largas sombras frescas se extendían desde los edificios que flanqueaban la calle. La basura de la cuneta estaba húmeda. Einar se sentía solo, y se preguntó si habría jamás alguien en el mundo que llegase a conocerlo. El viento barría la calle, y Einar lo sentía como si le pasase entre las costillas.

Fue hasta la corta calle que pasaba al norte de Les Halles. No había mucha gente, sólo se veía al dueño del estanco, que estaba apoyado contra el marco de su puerta; una mujer gorda esperaba el autobús, y un hombre pasó con un traje que le iba muy estrecho y el bombín bien encajado en la cabeza.

Al entrar en el portal del número 22 vio un chal manchado de vino caído sobre la escalera que conducía a la puerta de Madame Jasmin-Carton.

—Temprano viene hoy —le dijo la propietaria, que acariciaba a su gato.

Tendió a Einar la llave de la sala número tres, la que ocupaba habitualmente. El sillón estaba tapizado de lana verde. La papelera de alambre siempre estaba vacía, para dar la falsa ilusión de que nadie más usaba nunca aquella estancia. Y las dos ventanillas que había en lados opuestos tenían las persianas bajadas. Einar siempre subía la de la derecha. Tiraba del tenso cordón y la persiana se enrollaba con un ruido seco. Ya había perdido la cuenta de las veces que se había sentado en aquel sillón verde y su aliento empañaba la ventana mientras una chica, mostrando sus genitales, bailaba al otro lado del cristal. Aquello se había convertido en una costumbre casi diaria, como bañarse en los *bains* o dar un paseo hasta la esquina de la rue Étienne-Marcel para recoger la correspondencia en Correos, que en su mayor parte era siempre para Greta. Madame Jasmin-Carton siempre le cobraba cinco francos; Einar nunca se atrevió a pedirle que le hiciese un descuento por su asiduidad, en parte, porque no estaba demasiado seguro de que se lo haría. Pero se le permitía permanecer en la sala número tres todo el tiempo que quisiese, y a veces se quedaba sentado en el sillón verde durante medio día. Incluso había dormido allí. En una ocasión llevó consigo una *baguette*, una manzana y un poco de queso gruyère y comió al mediodía, mientras una mujer con un vientre que le colgaba como un saco de arena daba

vueltas, bailando, en torno a un caballo de balancín.

Pero Einar nunca había tocado la persiana de la otra ventana. Esto se debía a que sabía lo que vería tras el cristal. Y algo en lo más íntimo de su ser le decía que, si levantaba la persiana de la ventana de la izquierda, ya nunca más volvería a tocar la otra.

Aquel día, sin embargo, se sentía como si no hubiera más que una ventana en la sala número tres, y fuera la de la izquierda. De modo que tiró de la persiana, que subió con un golpecito seco, y miró.

Al otro lado del cristal había una habitación pintada de negro, con suelo de tablas separadas en las juntas. También había una cajita, igualmente pintada de negro, sobre la que un chico joven había apoyado un pie. Sus piernas eran peludas, y recordaron a Einar los brazos de Madame Jasmin-Carton. Era un chico de altura normal, un poco blando hacia la cintura y con el pecho liso. Le colgaba la lengua de la boca y tenía las manos apoyadas en las caderas. Las mecía de un modo que agitaba su erecto pene. De su sonrisa, Einar dedujo que aquel chico estaba enamorado de sí mismo.

Perdió la noción del tiempo que llevaba mirando al chico, que se contoneaba sobre sus pies y cuyo pene crecía y menguaba como una palanca que subiese y bajase. Einar no recordaba haberse levantado del sillón para apretar la nariz contra el cristal, pero así es como se dio cuenta de repente que estaba. Tampoco recordaba haberse desabrochado los pantalones, pero se le habían caído hasta los tobillos. No sabía cuándo se había quitado la chaqueta, la corbata y la camisa, pero esas prendas estaban a su lado, en un montón, sobre el sillón verde.

Otras ventanillas, además de la suya, daban al cuarto donde estaba el chico. Y en una de ellas, justo enfrente de Einar, había un hombre que sonreía gozoso; Einar apenas distinguía su rostro, sólo aquella ardiente sonrisa que daba la impresión de brillar con luz propia. Al hombre parecía gustarle el chico tanto como a él, a juzgar por el ardor de su sonrisa. Por fin, al cabo de unos minutos de mirar fijamente aquel rostro, Einar consiguió verle los ojos. Le parecieron azules, y ya no estaban clavados en el chico, que ahora tenía el pene en una mano mientras con la otra se acariciaba un pezón, sino en él. El hombre abrió aún más los labios, y el ardor de su sonrisa se intensificó.

Einar se quitó los pantalones y los dejó sobre el sillón verde. Ahora era mitad Einar mitad Lili. Un hombre con las bragas color gris ostra de Lili, y con la camisola de Lili, que le colgaba delicadamente de los hombros. Einar captó un tenue reflejo de sí mismo en el cristal de la ventana. Le sorprendió no sentirse extravagante o ridículo, sino, simplemente —era la primera vez que usaba tal palabra para definir a Lili—, bonita. Lili ahora se sentía relajada; sus hombros blancos y desnudos se reflejaban en el cristal, y también el bonito hoyuelo que tenía en la base de la garganta. Encontraba la cosa más natural del mundo que un hombre estuviese mirándola vestida sólo con ropa interior, y con las tiras de la camisola colgándole de los hombros. Algo parecía

haberse levantado de repente dentro de Einar, igual que la persiana de la ventanilla, y le permitía ver, más claramente que nunca, que no era más que una máscara. Con sólo quitarse los pantalones y la corbata a rayas, que era un regalo de Greta por su último cumpleaños, aparecía Lili. Era algo que sabía desde hacía mucho tiempo. A Einar le quedaban once meses. Su año de plazo iba pasando. Hacía calor en aquella habitación, y reflejada en la ventana vio la frente de Lili húmeda de sudor, una reluciente media luna.

El bailarín seguía, al parecer, sin darse cuenta de que le observaban Einar y el otro hombre. Tenía los ojos cerrados, sus caderas se mecían, matas de pelo negro le asomaban por los sobacos. El hombre que estaba al otro extremo de la habitación seguía mirándolo, su sonrisa era cada vez más amplia. La luz cambió de pronto, y Einar vio que sus ojos se habían vuelto casi dorados.

En pie junto a la ventanilla, Einar comenzó a acariciarse las tetillas a través de la camisola. Tenía los pezones duros, y le dolían. Mientras se los acariciaba, sintió que todo su cuerpo temblaba como un flan. Las rodillas parecían incapaces de sostenerlo, y el sudor le corría por la espalda. Se apartó de la ventanilla para que el hombre pudiera ver mejor sus caderas enfundadas en seda, para que le viera las piernas, tan suaves como peludas eran las del chico. Einar quería que el hombre viese el cuerpo de Lili. Se apartó lo suficiente para que pudiese verlo entero, aunque él, desde aquel punto de la sala número tres, ya no podía ver al hombre. Le daba igual. Y así estuvo Einar varios minutos, acariciándose las tetillas, voluptuoso, ante la ventanilla, imitando los movimientos que había visto hacer a las chicas que bailaban al otro lado del cristal de la derecha durante los meses en que las había observado.

Cuando Einar se acercó más a la ventanilla y miró al cuarto contiguo, tanto el hombre como el muchacho ya se habían ido. Inmediatamente, se sintió violento. ¿Cómo había caído tan bajo, hasta el punto de mostrar su cuerpo, de tan extraña forma, la camisola que cubría su suave pecho liso masculino, su entrepierna, pálida y suave, casi plateada bajo la luz, a una pareja de extraños? Se sentó en el sillón, sobre el montón de ropa, y levantó las rodillas contra el pecho.

Y entonces se oyó un pequeño golpe contra la puerta, luego un segundo. Y luego un tercero.

—¿Quién es? —preguntó Einar.

—Soy yo. —Era una voz de hombre.

Einar no dijo nada y siguió quieto en su sillón. Aquello era lo que siempre había deseado más que ninguna otra cosa en el mundo, sin atreverse jamás a confesárselo a sí mismo.

Y entonces dieron otros dos golpes a la puerta. Einar tenía la boca seca; el corazón parecía ir a salirse del pecho. Quería que el hombre que llamaba se sintiese bienvenido. Silencioso, en su sillón, Einar deseaba que el hombre estuviese seguro de que todo iba a pedir de boca.

Pero no ocurrió nada, y Einar se dijo que la oportunidad de..., de lo que fuera, se

había esfumado.

Y entonces el hombre abrió la puerta y la volvió a cerrar rápidamente. Se quedó de pie, con la espalda apoyada contra ella, jadeante. Era aproximadamente de la misma edad que Einar, pero canoso en las sienes, patilludo. Tenía la piel oscura y la nariz larga. Llevaba un abrigo negro, abotonado hasta la garganta. Despedía un olorcillo salado. Einar siguió sentado, como estaba, con el hombre a dos o tres palmos de él. El desconocido hizo un gesto con la cabeza, como saludándolo, y Einar se llevó la mano a la frente.

El hombre sonrió. Sus dientes parecían cortantes, angulosos. Daba la impresión de tener más dientes que la mayoría de los hombres. Se diría que la parte inferior de su rostro constaba únicamente de dientes.

—Me gustas mucho —dijo el hombre.

Einar se retrepó en el sillón. Al hombre pareció gustarle lo que veía. Se desabotonó el abrigo y lo abrió. Debajo llevaba un traje cruzado a rayas. El nudo de su corbata tenía forma de diamante. Su aspecto era serio y formal, excepto por un detalle: llevaba la bragueta abierta, y por ella asomaba la punta de su pene.

Dio un paso hacia Einar. Luego, otro. La cabeza de su pene sobresalía ahora del prepucio. Olía a sal, y Einar se puso a pensar de pronto en las playas de Jutlandia, de Skagen, donde su madre fue depositada en el mar en una red de pescar bien limpia de agallas. El pene del hombre ya estaba a sólo unos pocos centímetros de la boca de Einar, y éste cerró los ojos. Por su cabeza pasó una confusión de imágenes: la posada de la bahía, con su tejado de algas, los bloques de turba apilados junto a las turberas, el pedrusco blanco moteado de mica, Hans levantando el pelo imaginario de su cuello, para atar el delantal.

La boca de Einar se abrió. Creía notar ya un sabor amargo y caliente, y justo cuando sacó la lengua y el hombre dio el paso final hacia él, justo cuando comprendió que Lili iba a quedarse definitivamente y él tendría que desaparecer muy pronto, justo entonces, sonaron fuertes golpes en la puerta; los daba Madame Jasmin-Carton, que decía a gritos que los dos tenían que salir de allí inmediatamente, que chillaba, muy irritada, llena de repulsión, mientras su gato maullaba tan violentamente como su dueña, igual que si alguien acabase de darle un pisotón en el rabo que había perdido hacia ya tantísimo tiempo.

Se iniciaba ya la tarde cuando Einar salió de la casa de Madame Jasmin-Carton. Ésta le había dado menos de un minuto para vestirse como pudo y abandonar su casa para siempre. Y allí estaba, en la calle, con la ropa arrugada, la camisa fuera de los pantalones y la corbata en la mano. El dueño del estanco, que estaba apoyado contra su puerta, rascándose el bigote, lo miró al pasar. No había nadie más en la calle. Einar había abrigado la esperanza de que el hombre estaría esperándole a la puerta de la casa de Madame Jasmin-Carton, y entonces podrían ir al pequeño bar que había a la vuelta de la esquina, a tomarse un café, o tal vez una botella de vino tinto. Pero no, no estaba allí, sólo se veía al dueño del estanco y un perrito castaño.

Einar entró en el urinario público, cuyas paredes de metal olían a humedad. Allí se ajustó debidamente la ropa y se anudó la corbata. El perrito castaño siguió a Einar, y le ladró en tono suplicante.

Hacía meses que Einar quería ir a la Biblioteca Nacional; entonces, finalmente, se puso en camino. La biblioteca ocupaba una manzana y estaba limitada por la rue Vivienne, la rue Colbert, la rue de Richelieu y la rue des Petits-Champs. Hans había avalado a Einar para que le concedieran el carné de lector. La sala de lectura, con cientos de asientos, tenía un mostrador en el centro, donde Einar tuvo que rellenar un formulario personal para indicar el motivo de su visita: *investigar sobre una chica perdida*. También escribió en unas hojitas de papel el título de los libros que quería. La bibliotecaria que estaba sentada tras el mostrador tenía una suave pelusa en las mejillas y llevaba un broche de concha para sujetarse el flequillo. Se llamaba Anne-Marie, y hablaba tan bajo que Einar tuvo que inclinarse hacia ella hasta captar su aliento, que olía a cacahuete. Cuando Einar le pasó las hojitas de papel con los títulos de media docena de libros científicos sobre problemas sexuales, la chica se sonrojó, pero enseguida, sin más, se dispuso a cumplir con su deber.

Einar se sentó a una de las largas mesas de lectura. Un estudiante, a pocas sillas de distancia de él, levantó la mirada de sus notas para echarle una ojeada, luego volvió a su trabajo. La sala estaba fría, y la luz de la lámpara hacía brillar miríadas de motas de polvo. La larga mesa estaba llena de arañazos. Cada vez que alguien volvía una página, el ruido que hacía parecía llenar la estancia. Einar temía tener un aspecto sospechoso, por acudir allí a su edad, llevar los pantalones arrugados y exhalar un evidente y pegajoso olor a sudor. ¿No sería mejor que fuese al cuarto de aseo y se acicalase un poco ante el espejo?

Anne-Marie le trajo personalmente los libros a la mesa y lo único que dijo fue:

—Hoy cerramos a las cuatro.

Einar pasó la mano sobre los libros. Tres estaban en alemán, dos en francés, y el último procedía de Norteamérica. El más reciente se llamaba *Indeterminación sexual*, había sido publicado en Viena y era obra del profesor Johann Hoffmann. El profesor Hoffmann había realizado experimentos con conejillos de Indias y ratas. En uno de ellos, consiguió implantar y hacer crecer en una rata que había sido macho glándulas mamarias lo suficientemente abundantes para dar de mamar a toda la camada de una rata hembra. «Sin embargo», escribía el profesor Hoffmann, «no me fue posible conseguir que quedase embarazada.»

Einar levantó la vista del libro. El estudiante se había quedado dormido sobre su cuaderno de notas. Anne-Marie estaba ocupada cargando un carrito con libros. Einar se vio mentalmente como una rata que había sido macho. En su cabeza una rata hacía girar, incansable, una de esas ruedas que se les ponen en las jaulas para que jueguen. La rata no podía parar. Era demasiado tarde. El experimento tenía que continuar. ¿Qué era eso que siempre estaba repitiendo Greta? Ah, sí, que lo peor que se puede hacer en este mundo es rendirse. Y lo decía gesticulando en el aire con las manos,

mientras en sus muñecas tintineaban los brazaletes de plata. Siempre estaba repitiendo eso, y añadiendo: «Einar, Einar, ¿cuándo vas a aprender?»

Einar pensó en la promesa que se había hecho a sí mismo en el parque el mes anterior: algo tenía que cambiar. Mayo había pasado, corría junio, y los meses se convertían muy pronto en años. Hacía más de cuatro que Lili había nacido en el baúl de laca.

A las cuatro en punto Anne-Marie hizo sonar una campanilla de cobre.

—¡Hagan el favor de dejar los libros sobre la mesa! —anunció.

Para despertar al estudiante tuvo que darle un golpe en el hombro. Con Einar se limitó a apretar los labios hasta que se le pusieron blancos y dirigirle un movimiento de despedida con la cabeza.

—Gracias —dijo Einar—, no tiene idea de lo útil que me ha sido venir aquí.

La bibliotecaria volvió a sonrojarse, y luego, con una leve sonrisa, le preguntó:

—¿Quiere que le reserve los libros? ¿Los necesitará mañana?

Su mano, que era pálida, y no mayor que una estrella de mar, cayó suavemente sobre el brazo de Einar.

—Sé de algunos libros más sobre el tema —añadió—, se los reservaré para mañana, podrían ser lo que está buscando. —Hizo una pausa—. Bueno, quiero decir, si es eso lo que necesita.

Greta vio con gran preocupación que Carlisle arrastraba el pie por la grava de las Tullerías. Todas las noches se bañaba la pierna hasta la rodilla en una tina con sales de Epsom y vino blanco; era un bálsamo inventado por su compañero de habitación en Stanford, que se había establecido como cirujano en La Jolla. Carlisle se había hecho arquitecto, y construía casas en los naranjales de Pasadena, que estaban siendo urbanizados. Eran casas pequeñas, levantadas para los maestros de la Escuela Politécnica de Pasadena y el Internado Femenino de Westridge, para los policías, para los inmigrantes de Indiana e Illinois que abrían comercios y talleres de Colorado Street. Carlisle enviaba fotos de sus urbanizaciones a Greta, que, a veces, soñaba con tener una de aquellas casitas, con un porche con persianas en el que dormir en verano y ventanas sombreadas por camelias. No era que se imaginase a sí misma instalada definitivamente en una de ellas, sólo que, en ocasiones, soñaba despierta.

El rostro de Carlisle era bello y largo; tenía el cabello rubio, al igual que Greta, pero algo más oscuro que el de ésta, y no tan lacio. Seguía soltero, y pasaba sus ratos de ocio sentado ante su mesa de trabajo o leyendo en su mecedora a la luz de una lámpara de pantalla verde. Había chicas en su vida, informaba Carlisle a Greta en las cartas que le enviaba, chicas que se sentaban a su mesa en el Valley Hunt Club, o que trabajaban como ayudantes con él, pero ninguna de ellas era realmente importante. «Puedo esperar», escribía Carlisle, y Greta se decía, sentada al sol de la ventana con la carta en la mano: «También yo.»

El dormitorio de invitados de la casita tenía una cama de hierro y las paredes estaban tapizadas de papel repujado. Había una lámpara con una pantalla de la que colgaba una puntilla que, en opinión de Greta no daba suficiente luz. En la charcutería de la esquina le habían prestado una tina de zinc para que Carlisle se diera el balsámico baño de vino blanco y sales de Epsom; normalmente, esa tina contenía gansos muertos, cuyo largo cuello asomaba por el borde.

Por las mañanas Carlisle se tomaba su café con un *croissant* en la larga mesa del comedor de la casita, y su pierna mala sobresalía del pantalón del pijama, yerta como una barra de hierro. Al principio, Einar escapaba silenciosamente del apartamento en cuanto el tirador de la puerta de Carlisle empezaba a girar. Einar sentía timidez ante Carlisle, como Greta notó enseguida. Solía andar de puntillas al pasar por delante de la puerta de su habitación, como para evitar la posibilidad de verse los dos en el recibidor, bajo la lámpara de cuenco de cristal. A la hora de cenar, los hombros de Einar se encogían, como si le doliese mucho tratar de pensar en algo que decir. Greta se preguntaba si no habría habido algún incidente entre ellos, alguna palabra dura, algún insulto, incluso. Parecía como si entre ellos se interrumpiese algo invisible, un obstáculo que ella, por mucho que se esforzaba, no podía comprender, al menos

todavía.

En una ocasión, Carlisle invitó a Einar a visitar un baño turco en la rue des Mathurins. No era como los Bains du Pont-Solférino, a plena luz del sol, junto al Sena. Era, más bien, una piscina para hombres en un gimnasio con el aire empapado de vapor y azulejos de mármol y lánguidas palmeras en tiestos chinos. Cuando Einar y Carlisle volvieron del baño, Einar inmediatamente se encerró en su habitación.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Greta a su hermano.

—Nada, simplemente, que dijo que no se quería bañar. Dijo que no sabía que había que bañarse desnudo. Pero ¿es que no ha estado nunca en un baño turco?

—Bueno, son cosas de daneses —dijo Greta, aunque sabía perfectamente que lo que decía no era verdad.

«Al contrario», pensó, «los daneses encuentran buena cualquier excusa para desnudarse en público.»

Poco después de la llegada de Carlisle, Hans fue a verlos una mañana para echar una ojeada a los últimos cuadros de Greta. Ésta le enseñó dos: en el primero, Lili, grande y plana, estaba en la playa de Bornholm, y en el segundo, junto a una camelia roja en flor. Einar había pintado el fondo marino del primero, trabajando en él tenaz y cuidadosamente y reflejando la marea de un color azul pálido. La camelia, sin embargo, no había acabado de salirle, porque no tenía costumbre de pintar las rugosas flores rojas y los capullos relucientes y tensos como bellotas. Greta había aceptado un encargo de *Vogue* —una ilustración de los abrigos con forro de piel de zorro que se llevarían el próximo invierno—, de modo que sólo podía dar los últimos toques al cuadro de la camelia durante la noche. Se había pasado tres noches en claro, pintando con gran delicadeza los pétalos de cada flor, con un matiz de amarillo en el centro de cada una, mientras Einar y Carlisle dormían y el único ruido que se oía en su estudio era algún que otro suspiro de Eduardo IV.

Terminó, por fin, el cuadro apenas unas horas antes de que llegase Hans para verlo.

—Todavía está húmedo —le dijo mientras le servía café, lo que hizo acto seguido con Carlisle y con Einar, que acababa de salir del baño y tenía todavía húmedas las puntas del pelo.

—Es bueno —dijo Hans, que miraba el cuadro de la camelia—, muy oriental. Esto es lo que gusta ahora. ¿Por qué no pruebas a pintarla con un kimono bordado?

—Es que no quiero dar a Lili un aire vulgar —dijo Greta.

—¡No, eso no! —exclamó Einar, pero tan bajo, que Greta no sabía si lo habrían oído los demás.

—No es eso lo que quise decir —explicó Hans.

Hans llevaba un traje claro de verano, y estaba sentado con las piernas cruzadas; tamborileaba con los dedos sobre la mesa. Carlisle estaba echado en la otomana de terciopelo, y Einar sentado en la mecedora. Era la primera vez que los tres hombres coincidían, y los ojos de Greta iban continuamente de uno a otro. Miraba a su

hermano, con la pierna mala sobre el almohadón de terciopelo, a su marido, con las puntas húmedas del pelo pegadas al cuello, y a Hans. Pensó que era una persona distinta con cada uno de ellos. Como si preparase contestaciones distintas para cada uno, y a lo mejor, se dijo, era así, en efecto. Se preguntó si ellos, por su parte, estaban convencidos de conocerla a fondo. Quizá se equivocase, pero tenía la impresión de que cada uno de aquellos hombres esperaba una cosa distinta de ella.

Hans, respetando sus deseos, había dejado de interesarse sentimentalmente por ella y limitaba sus esfuerzos a la venta de sus cuadros. Había ocasiones en las que los dos estaban juntos, en la habitación trasera de la oficina de Hans, o en su estudio, mientras Lili salía a sus cosas, y entonces Greta sentía los ojos de Hans fijos en ella. Pero cuando él volvía la espalda, Greta no podía menos de fijarse en sus hombros anchos, en el pelo rubio que se le desbordaba sobre el cuello. De sobras sabía Greta lo que sentía su corazón, pero no tenía más remedio que renunciar a ello. «No, ni hablar, mientras Einar siga...» Y tenía la sensación de que unas garras desgarraban su pecho con un ruido sordo. De Lili aún cabía esperar que se dejara llevar por los apasionados arrebatos de su corazón, se decía. Pero no de ella, ya no, y menos en aquellos momentos, con el estudio lleno de retratos sin terminar, con los encargos de ilustraciones para revistas acumulándose, con su marido débil de cuerpo y confuso de mente, con su hermano que aparecía de pronto en París y decía, sin más explicaciones: «He venido a echar una mano», y con Hans sentado a la larga mesa del comedor, con sus largos dedos tamborileando sobre la superficie de pino, esperando a que la camelia en flor se secase, esperando a que le trajesen otra taza de café, esperando a que Greta pintase un cuadro de Lili en kimono, esperando, paciente, a que Greta acabase cayendo de una vez en sus brazos.

Así era la atmósfera que la rodeaba en su casita, cuando Greta salió de ella una tarde aquel verano. Hacía calor, y los humos negros del tráfico colgaban pesadamente en el aire. El sol brillaba deslucido en un cielo neblinoso, y cubría la ciudad de tonos mate. Los edificios parecían blandos, como queso caliente. Las mujeres iban con pañuelos en la mano para secarse el sudor de la garganta.

En el metro hacía más calor todavía, la baranda estaba pegajosa. Estaban en junio, y ella y Einar no iban a comenzar sus vacaciones en Menton hasta dentro de varias semanas. Greta se preguntaba si le sería posible hacer que las cosas cambiasen aquel verano, y justo en este momento entró el metro, rechinando en sus rieles, y se detuvo.

Greta salió a la superficie en la estación de Passy, donde el aire era más fresco. Soplabla la brisa, y el aire olía a hierba segada y al frescor de una fuente. Oyó el ruido de una pelota de tenis al caer sobre arcilla. También oyó el ruido de alguien que estaba vapuleando una alfombra.

La casa de apartamentos era un antiguo palacete de granito amarillo con rejería de cobre. Tenía una calzada semicircular manchada de gasolina, y un macizo de rosales bien podados. La puerta principal era de cristal y hierro forjado. Arriba había una terraza con la puerta abierta, en la que revoloteaba una cortina. Greta oyó una risa de

mujer, seguida por otra de hombre.

Anna tenía alquilado un apartamento en el segundo piso. Tenía que cantar *Carmen* tres noches en el Palais Garnier; después de la función cenaba a medianoche algo de cangrejo frío en Prunier's. Últimamente había comenzado a jurar que nunca más volvería a Copenhague.

—Es demasiado tranquila para mi gusto —decía con un puño apoyado en el pecho.

Anna abrió la puerta. Su pelo rubio estaba recogido, tirante, en un moño en la nuca. La grasa se acumulaba en su cuello formando arrugas en su piel que parecían oscuras cicatrices separadas por delgadas vetas blancas. Llevaba un grueso anillo de rubíes, cuyo diseño reproducía una explosión estelar. Era famosa en el mundo de la ópera; jovencitos delgados con los ojos profundamente hundidos en las cuencas le enviaban piedras preciosas, ramos de flores y tarjetas escritas con letra nerviosa.

El cuarto de estar era pequeño, con un sofá de patas doradas en el que había un almohadón tapizado a juego. Había un fino jarrón con trigidias de capullos venosos y verdes. Una doncella con uniforme negro servía limonada y anisette. Un hombre, alto y con el abrigo puesto, lo que le daba un aspecto insólito, estaba en pie junto a una silla.

—Este señor es el profesor Bolk —dijo Anna.

—Me lo imaginaba —respondió Greta—. ¿Tiene usted frío?

—Profesor Alfred Bolk —dijo el hombre, tendiéndole la mano—. No sé por qué será, pero el hecho es que siempre tengo un poco de frío—. De hecho, sus hombros temblaban ligeramente dentro del abrigo.

Sus ojos eran de color azul oscuro y estaban moteados de oro. Llevaba el cabello, rubio oscuro, como la buena madera, peinado hacia atrás con fijador, de modo que se le rizaba ligeramente en el cogote. Su corbata era de seda azul, con el nudo grueso y un alfiler de diamante. Llevaba las tarjetas de visita en una cajita de plata. Era de Dresde, donde dirigía la Clínica Municipal de Mujeres.

La doncella sirvió al profesor Bolk café solo con hielo.

—No me sienta bien la limonada —explicó mientras se llevaba el vaso a la boca.

De la terraza llegaba la brisa, y Greta se sentó en el sofá junto al profesor. Éste sonrió cortésmente, con los hombros erguidos. Greta se dijo que esperaba a que fuese él quien hiciese las preguntas, pero, de pronto, sintió que tenía necesidad de hablar de Lili y de Einar.

—Quisiera hablarle de mi marido —comenzó.

—Sí, tengo entendido que hay una chica llamada Lili.

O sea, que lo sabía. Al principio, Greta no supo qué decir. Sí, eso, ¿cómo empezar? ¿Había comenzado realmente todo aquel día, hacía cuatro años, cuando pidió a Einar que se probase los zapatos de Anna? ¿O había algo más?

—Está convencido de que realmente es una mujer —dijo.

El profesor Bolk dio un respingo, e inmediatamente le indicó con la cabeza que

prosiguiera.

—Y, si quiere que le diga la verdad —prosiguió Greta—, estoy de acuerdo con él.

A continuación describió los vestidos de manga corta y los zapatos amarillo mostaza y la camisola hecha de encargo. Habló de las salidas de Einar a los Bains du Pont-Solférino, y de sus razzias de compras en el rastrillo de la rue du Bac. Habló también de Henrik y de Hans, y de unos pocos hombres por quienes el corazón de Lili había latido con fuerza hasta reventar finalmente en medio de congoja y frustración. Y terminó diciendo:

—Lili es muy guapa, sin duda.

—Esos hombres..., Hans, por ejemplo..., dígame, ¿hay algo más que debería saber?

—No, la verdad es que no.

Greta, al decir esto, pensó en Hans, que probablemente estaría en aquel preciso momento colgando el retrato de Lili junto a la camelia en flor en su galería. No era que ocurriese con mucha frecuencia, pero nada la decepcionaba más que Hans, de pie en su estudio, y frotándose la barbilla con los dedos, le rechazase un cuadro: «No es lo bastante bueno», decía dos o tres veces al año, lo que dejaba a Greta desconcertada e incapaz de moverse, de acompañarlo hasta la puerta. A veces, cuando el mundo estaba en silencio, Greta se preguntaba si valía la pena sufrir tan contundentes decepciones.

Había sido idea de Anna recurrir al doctor Bolk.

—¿No crees que debería consultar su caso? —le dijo un día. Ella y Greta habían entrado en una tienda de marcos cerca de la calle donde estaba el hotel en que murió Oscar Wilde. Allí había cajones con marcos antiguos, algunos de ellos muy pesados. Los marcos estaban polvorientos, y les manchaban las faldas. Y, de pronto, añadió—: Einar me tiene preocupada.

—Ya te conté lo que nos pasó con Hexler en Dinamarca —dijo Greta—. No sé si podría soportar que lo viese otro médico. Quizás acabase con él.

—¿No te tiene inquieta su mal aspecto, lo delgado que se ha quedado? A veces me da la impresión de que es como si no existiera.

Greta también lo había pensado. Sí, lo cierto era que Einar estaba pálido y tenía finas ojeras azules. Su piel estaba volviéndose como transparente. Greta se había dado cuenta de esto, pero no le había preocupado. Le pasaba lo mismo que con las hemorragias, que volvían irregularmente desde hacía ya más de cuatro años. Se había acostumbrado a vivir con él y con aquellas transformaciones. Sí, era como si Einar estuviera en permanente estado de mutación, como si todos aquellos cambios —la misteriosa sangre, las mejillas cóncavas, los anhelos insatisfechos— no fuesen a cesar nunca, no fueran a tener jamás fin. Aunque, bien mirado, ¿no era cierto que todo el mundo cambiaba?, ¿no era cierto que todo el mundo estaba transformándose continuamente en algo nuevo? En un cajón cuya tapa estaba sujeta con una cadena, Greta encontró el marco perfecto, con el borde pintado en oro, para su último retrato

de Lili.

—Pero si conoces a alguien —le dijo a Anna—, si sabes de algún médico, quizá fuese buena idea que yo hablase con él. Quizá sirviese de algo, ¿no te parece?

El profesor Bolk dijo:

—Me gustaría examinar a su marido.

Esto hizo pensar a Greta en el doctor Hexler y su ruidosa máquina de rayos X. Se preguntó si Einar accedería a ir con ella a que lo viese otro médico. El profesor Bolk terminó su café y sacó un pequeño bloc de notas del bolsillo.

—No creo que su marido esté loco —dijo—. Estoy seguro de que otros médicos le dirán que lo está. Pero yo no opino así.

En el cuarto de estar de Anna había un retrato de Lili, sentada en un banco de un parque. Detrás de ella había dos hombres hablando, ambos con el sombrero en la mano. El cuadro colgaba sobre una mesita llena de fotos enmarcadas de Anna, con peluca y ropa de escena, abrazando a sus amigos después de funciones. Greta había pintado la escena del parque el año anterior, cuando Lili aparecía por la casita y se quedaba allí tres semanas para desaparecer enseguida durante otras seis, y cuando Greta estaba aprendiendo a trabajar y a vivir cada vez más sin su marido. Durante una temporada, el año anterior, cuando Einar rehusaba hablar con ella excepto caracterizado de Lili, Greta había llegado a pensar que se había vuelto loco. Tenía aire, en ocasiones, como de estar en trance: los ojos se le volvían tan oscuros que lo único que veía Greta en ellos era su reflejo.

—He conocido a otro hombre como él —dijo el profesor Bolk—. Un cobrador de tranvía. Un hombre joven, bastante apuesto, guapo incluso, esbelto, pálido, naturalmente, un poco amanerado al andar. Nervioso, pero también es verdad que, en su situación, no es de extrañar. Vino a verme, y lo primero que noté en él, ¿cómo no notar lo?, fue que tenía pechos más grandes que muchas adolescentes. Para cuando vino a verme a mí ya había comenzado a llamarse a sí mismo Sieglinde. Era extraño. Un día vino a la clínica y pidió por favor que lo visitaran. Los demás médicos dijeron que no se podía admitir a un hombre en la Clínica Municipal de Mujeres. Se negaron a examinarlo. Pero yo accedí, y una tarde, nunca lo olvidaré, descubrí que aquel chico era al mismo tiempo varón y hembra.

Greta pensó lo que esto podía querer decir, pensó en el terrible espectáculo de lo que tenía que ser vivir sin vida, como la carne inútil que cuelga entre las piernas de los hombres que son muy viejos.

—¿Y qué le dijo? —preguntó.

La brisa levantó las cortinas y se oyó ruido de chicos jugando al tenis, hasta que su madre los llamó a casa.

—Pues que podía ayudarle. Que podía ayudarle a elegir.

Una parte de Greta quería preguntar: «¿Elegir qué?» E inmediatamente supo y al tiempo no supo la respuesta. Porque ni siquiera Greta, que poco antes se decía a sí misma: «¡Ay, si por lo menos Einar supiese lo que quiere ser...!», porque ni siquiera

Greta era capaz de imaginar que fuese posible una auténtica elección en un caso así. Sentada en el sofá de patas doradas pensaba en Einar, que, en algunos aspectos, ya no existía. Era como si alguien —sí, alguien— hubiera elegido ya por él.

—¿Y qué le pasó a ese hombre? —preguntó entonces Anna.

—Pues que dijo que quería ser mujer. Dijo que lo único que quería era ser amado por un hombre. Estaba dispuesto a hacer lo que fuese con tal de conseguirlo. Vino a mi consulta con un sombrero de fieltro y un vestido verde. Pero recuerdo que llevaba un reloj de bolsillo, como un hombre; lo recuerdo porque durante nuestra conversación lo sacaba y no hacía más que mirarlo, diciendo que tenía prisa porque ahora tenía que partir sus días en dos, pues por las mañanas vivía como mujer y por las tardes como hombre.

»Esto pasó hace muchos años, cuando yo todavía era un joven cirujano. Técnicamente, sabía muy bien lo que podía hacer por él, pero hasta entonces nunca había llevado a cabo una operación quirúrgica tan compleja, de modo que me pasé un mes leyendo por las noches textos médicos, y presencié amputaciones, y estudié suturas. Cada vez que había que extraerle el útero a una mujer en la clínica, iba al anfiteatro a presenciar la operación, y luego lo estudiaba en el laboratorio. Finalmente, un día, cuando me sentí dispuesto, le dije a Sieglinde que quería programar la operación.

»Para entonces ya había perdido mucho peso, y estaba bastante débil. Seguramente, tenía demasiado miedo para comer. Pero accedió a permitirme hacer la prueba. Se echó a llorar cuando le dije que me sentía capaz de hacerlo. Me dijo que lloraba porque se sentía como si estuviese matando a alguien. “Sacrificando a alguien”, eso fue exactamente, lo que dijo.

»Fijé la operación para un jueves por la mañana, e iba a tener lugar en el quirófano grande; mucha gente me dijo que quería asistir a ella. Y también unos cuantos médicos de la clínica Pirna. Sabía que si tenía éxito habría hecho algo extraordinario, algo que nadie hasta entonces había soñado siquiera. ¿Quién encontraba posible el paso de hombre a mujer? ¿Quién iba a arriesgar su carrera probando una cosa que parecía como salida de un mito? Bueno, pues yo lo iba a intentar.

El profesor Bolk se agitó en el interior de su abrigo.

—Pero entonces, llegado el jueves por la mañana, la enfermera fue a la habitación de Sieglinde y no la encontró allí: se había ido. Había dejado sus cosas, su sombrero de fieltro, su reloj de bolsillo, su vestido verde, en una palabra, todo. Pero se había ido.

El profesor Bolk apuró su café.

Y Greta apuró su limonada y Anna se levantó para llamar a la muchacha («*Les boissons*», con voz apremiante). Greta observó atentamente al profesor, cuya rodilla izquierda se balanceaba sobre la derecha. Esta vez se dijo que estaba segura de haber acertado: el profesor Bolk no era un Hexler. Era como ella, se dijo. Y sabía ver las

cosas. No necesitaba pensarlo; la decisión llegó a ella acompañada como un golpe en la cabeza, por un súbito resplandor en la parte trasera de los ojos. Esto la sobresaltó, y se agitó ligeramente en su asiento. Greta, que, en una ocasión, en el sur de Francia, casi se había matado con Einar al perder accidentalmente el control de su coche y lanzarlo contra un talud moteado de mimosas que crecían entre las rocas, pensó: «Tengo que llevar a Lili a Dresde. Debemos trasladarnos allí.»

Al día siguiente, la bibliotecaria entregó un nuevo lote de libros a Einar. Libros con títulos como *Los sexos*, *El hombre normal y el hombre anormal*, *Estudio científico de la inmoralidad sexual* y *La crisis sexual*, este último publicado en Dresde veinte años antes. La mayor parte de ellos exponían teorías acerca de la diferenciación sexual basadas en hipótesis y en experimentos fortuitos con ratas de laboratorio. En uno de ellos Einar leyó el caso de un hombre, un aristócrata bávaro, que había nacido con pene y vagina. Su caso tenía algo —la confusión que sufrió de niño, el desprecio de sus padres, su inútil búsqueda de un lugar en el mundo— que hizo a Einar cerrar los ojos y pensar: «Sí, ya sé.» Había un capítulo sobre el mito de Hermes y Afrodita. El libro explicaba la patología sexual, y algo que se llamaba indeterminación sexual. En cierto modo, Einar se dio cuenta de que tenía relación con lo que le pasaba. Reconocía la dualidad, la falta de identificación completa con un sexo concreto. Al leer el caso del bávaro, sintió en el pecho como un lejano eco.

Algunos de aquellos libros eran antiguos, del siglo anterior, con el lomo polvoriento. Sus páginas hacían un ruido tan crujiente, que Einar tuvo miedo de que los estudiantes levantasen la vista de sus libros en la larga mesa de lectura y, al fijarse en la expresión de miedo y alivio que había en su rostro, lo tomaran por un perverso.

Anne-Marie ponía los libros delante de Einar en un atril cuya inclinación facilitaba la lectura. Le dejó un cordoncillo de cuentas de plomo forradas de fieltro para mantener abierta la página mientras tomaba notas en su agenda de tapas de peltre.

Las mesas eran largas y tenían arañazos, y recordaban a Einar los mostradores donde las pescaderas de Copenhague limpiaban el pescado en el mercado de Gammel Strand. Delante de Einar había suficiente espacio para tener abiertos varios libros al mismo tiempo, y pronto empezó a considerar que sus páginas de color arena formaban una especie de baluarte protector a su alrededor. Y esto mismo sentía al leerlos durante aquellas mañanas en que se escabullía del apartamento: era como si cada frase sobre varones y hembras fuese a protegerlo a partir del año siguiente, cuando todo, como se había prometido a sí mismo, cambiase definitivamente.

Sus lecturas acabaron convenciéndolo de que también él tenía órganos femeninos. Escondidos en la cavidad de su cuerpo estaban los órganos de Lili, los que provocaban aquellas hemorragias y hacían que se sintiese mujer. Al principio le resultaba difícil creerlo, pero, al fin y al cabo, la idea de que el suyo no era un problema mental, sino físico, acabó pareciéndole más lógica cada vez. Se imaginaba un útero escondido detrás de sus testículos. Se imaginaba unos pechos atrapados en su caja torácica como en una trampa.

Einar se pasó una semana entera en la sala de lectura, y todos los días había un momento en el que se sentía tan abrumado por lo que estaba descubriendo, que descansaba la cabeza sobre los brazos y se echaba a llorar suavemente.

Si se quedaba adormilado, Anne-Marie, con su manecita blanca, le daba un golpecito en el hombro para que volviese a su trabajo.

—Es mediodía —le decía.

Y él, por un segundo, se sentía lleno de confusión.

—¿Mediodía?

—Sí, sí, mediodía.

Carlisle había cogido la costumbre de proponer a Einar que se viesen por las tardes.

—¿Nos vemos al mediodía? —solía decirle por las mañanas cuando Einar salía por la puerta principal, embargado por la emoción de lo que estaría esperándole en la biblioteca.

—No sé si podré ir —le decía a menudo Einar.

—¿Por qué? —intervenía Greta.

Carlisle se guardaba muy mucho de invitar también a su hermana. En una ocasión le dijo a Einar que, incluso cuando ambos eran niños, se negaba a acompañarlo, al mismo tiempo que ponía cara de aburrimiento, cuando le proponía, por ejemplo, que fuesen al campo de tiro con arco que había en el Arroyo Seco.

—Siempre estaba demasiado ocupada para explorar —le explicó Carlisle—, siempre estaba leyendo a Dickens, o escribiendo poesía, o pintando escenas de San Gabriel, o retratándose. Pero nunca me enseñaba lo que pintaba. Si le pedía que me mostrase alguna de sus acuarelas, se ponía colorada y se cruzaba de brazos.

De modo que a Carlisle no le quedaba otro recurso que Einar. Le costó mucho llegar a ganarse su confianza. Había algo en los ojos azules de Carlisle, más claros que los de su hermana, que daba la impresión a Einar de que era capaz de leerle los pensamientos. Le resultaba difícil estar mucho rato con su cuñado.

Carlisle compró un coche, un Alfa Romeo Sport Spider. Era rojo, con llantas radiadas y una caja roja de herramientas sujeta bajo el estribo del lado del conductor. Le gustaba conducirlo con la capota de lona plegada. El tablero de instrumentos era negro, con seis esferas y una pequeña asa plateada a la que Einar se asía cuando Carlisle giraba a toda velocidad. El chasis era de acero, y, cuando Carlisle conducía su Spider por París, Einar sentía el calor del motor a través de las suelas de sus zapatos.

—De veras, deberías fiarte más de la gente —le dijo Carlisle un día en que iban los dos en el coche, al tiempo que pasaba amigablemente la mano de la palanca de cambio a la rodilla de Einar. Se dirigían a un club de tenis situado en Auteuil. El estadio estaba junto al Bois de Boulogne y tenía una tribuna de cemento que se levantaba entre los álamos. Estaba ya muy entrada la mañana, y el sol colgaba lacio y mate en el cielo de un azul blanquecino. Las banderas que jalonaban el borde superior

de la tribuna pendían lacias de sus mástiles. Se entraba al club por puertas de hierro, y unos empleados con chaquetas deportivas verdes y sombreros de paja cogían las entradas y las rompían por la mitad.

Un empleado condujo a Einar y a Carlisle a un pequeño palco pintado de verde. Había en él cuatro sillas de mimbre, cada una de ellas con su almohadón a rayas. El palco estaba a la altura de una de las líneas de saque de la pista, que era de arcilla apisonada, tan roja como el lápiz de labios que Lili había comprado en cierta ocasión en el departamento de cosméticos de Fonnesbech's.

En la pista dos mujeres estaban preparándose para jugar. Una era de Lyon; llevaba una larga falda blanca plisada, y corría por la pista como un barco de vela. La otra era norteamericana, una chica de Nueva York, según informaba el programa; era alta y atezada, y llevaba el pelo tan corto y reluciente como el gorro de cuero de un aviador.

—Nadie piensa que pueda ganar —dijo Carlisle, refiriéndose a la norteamericana. Se había llevado la mano a la frente para protegerse del sol. Su mandíbula era exactamente igual que la de Greta: cuadrada, un poco larga, rematada por buenos dientes. Y también tenían igual la piel un poco atezada después de una hora de sol, y un poco áspera en la garganta. Era una garganta que Einar solía besar apasionadamente por la noche. Eso era lo que más le gustaba de Greta, más incluso que besarla en la boca: apretar con sus labios el largo cuello y sorber suavemente, lamiéndolo en pequeños círculos, mordiéndolo, perforando con la lengua una pequeña cavidad surcada de venillas.

—Me gustaría ir a California algún día —dijo Einar.

El partido había comenzado, iniciado por la norteamericana, que lanzó la pelota alta, y Einar casi pudo ver los músculos de sus hombros moverse al levantar la raqueta. Greta solía decir que el ruido de las pelotas de tenis al surcar el aire le recordaba el de las naranjas al caer al suelo; a Einar le hacía pensar en el viento meciendo la alfalfa que crecía detrás de la casita de ladrillo.

—¿Habla de eso Greta alguna vez? —preguntó Carlisle—. Quiero decir de volver a California.

—Bueno, le he oído decir a menudo que tendrían que cambiar muchas cosas para que se decidiese a volver.

Greta le había dicho en una ocasión que ni él ni ella encajarían en aquel ambiente, en Pasadena, donde los rumores circulaban por todo el valle tan rápidamente como surcaban la brisa los grajos.

—No es un sitio para ti ni para mí —le aseguró.

—¿Qué quería decir con eso? —preguntó Carlisle.

—Bueno, ya conoces a Greta. No le gusta que hablen de ella.

—A veces sí, y mucho.

La chica norteamericana ganó el primer juego. Su última jugada apenas había levantado la pelota por encima de la red, y acto seguido cayó engañosamente al suelo.

—¿Has pensado alguna vez en venir a hacernos una visita? —preguntó Carlisle

—. A California, quiero decir. Por ejemplo, ¿venir un invierno a pintar? —Estaba abanicándose con el programa, y tenía la pierna estirada—. Podrías pintar los eucaliptos y los cipreses, o alguno de los naranjales. Te gustaría.

—Sin Greta, no —respondió Einar.

Y Carlisle, que en algunas cosas se parecía mucho a Greta y en otras era completamente distinto, le preguntó:

—¿Por qué no?

Einar cruzó las piernas, y al levantar el pie apartó la silla de mimbre que tenía delante. La chica de Lyon cruzaba la pista, con la falda tirante, para devolver una jugada de la ladina norteamericana.

La pelota, blanca y sucia, volvió victoriosamente al campo enemigo. El público, que era elegante, y llevaba sombrero y olía colectivamente a lavanda y lima, prorrumpió en vítores.

Carlisle se volvió a Einar. Sonreía y aplaudía y su frente estaba empezando a sudar. Y, de pronto, cuando el estadio volvió de nuevo a quedar silencioso para permitir a la chica de Lyon seguir jugando en paz, añadió:

—Sé lo de Lili.

Einar captaba el olor de la arcilla, su recio aroma polvoriento, y sentía el viento que soplaba entre los álamos.

—No entiendo lo que...

Pero Carlisle le interrumpió. Apoyó los codos en las rodillas y se quedó mirando a la pista mientras le hablaba de las cartas que Greta le había escrito durante el año anterior. Recibía una cada semana, y eran muy gruesas: media docena de hojas de papel fino cubiertas con la escritura apretada de su hermana; Greta escribía con auténtica furia, y no dejaba márgenes en la hoja, los renglones la llenaban de un extremo a otro.

«Tenemos un huésped, se llama Lili», escribió por primera vez alrededor de un año antes. «Es una chica que ha llegado de los pantanos de Dinamarca, y a quien hemos alojado en nuestra casa.»

Las cartas comentaban que Lili recorría París, y que le gustaba agacharse a dar de comer a las palomas en el parque, mientras su falda se ahuecaba en torno a ella sobre el guijo del camino. Las cartas decían que Lili se pasaba las horas muertas sentada en el taburete del estudio de Greta de la rue Vieille du Temple, con el rostro iluminado por la luz que entraba por la ventana. Las cartas llegaban casi cada semana, y siempre le hacían un resumen de lo que le había ocurrido a Lili durante los últimos siete días. Nunca mencionaban a Einar, y cuando Carlisle escribía a su vez, preguntando: «¿Qué tal está Einar?», o diciendo: «Recuerdos a Einar», y, en una ocasión: «¿No se cumple hoy vuestro décimo aniversario de casados?», Greta nunca le respondía.

Un día, unos seis meses después de haberse establecido la costumbre de las cartas semanales, llegó al buzón de Carlisle un sobre muy poco abultado. Carlisle recordaba la fecha, le dijo a Einar, porque las lluvias de enero llevaban una semana cayendo y la

pierna le dolía como si acabase de atropellársela el coche de caballos. Fue a su buzón con el bastón en una mano y el paraguas en la otra. En el sobre se corrió la tinta, y lo abrió en el recibidor de su casa, que era oscuro y estaba enzocalado con roble de Pasadena.

«Einar me deja», comenzaba la carta de Greta, «tienes razón, después de diez años juntos, me abandona.»

Lo primero que se le ocurrió, fue coger el coche para ir a la oficina de correos de Colorado Street y enviar un telegrama. Se puso el impermeable mientras leía el resto de la carta, y entonces comenzó a comprender lo que realmente quería decir Greta.

Al día siguiente llegó otra carta, y luego, al siguiente, otra. Y así tuvo Carlisle casi una entrega diaria de las andanzas de Lili. Las páginas de esas cartas estaban tan apretadas de escritura como las anteriores, pero ahora tenían también pequeños dibujos de un rostro de chica entre los párrafos: Lili con un sombrero adornado con violetas secas; Lili leyendo *Le Monde*; Lili mirando al cielo con los ojos muy abiertos.

—Y entonces Greta empezó a mandarme por correo bocetos de su cuaderno de apuntes. Estudios que hacía para sus retratos de Lili. Me envió uno en un limonar. Y otro en un banquete de boda. —Carlisle se calló mientras la chica norteamericana servía la pelota—. Son bellos. Es bella, Einar.

—Entonces, estás enterado.

—No tardé mucho en comprenderlo —prosiguió Carlisle—. Aunque, claro, no entiendo demasiado de estas cosas. —Un pajarito pardusco se posó en la baranda del palco y se puso a picotear buscando semillas—. Pero me gustaría ayudaros, me gustaría conocer a Lili, aunque sólo sea para ver si puedo hacer algo. Ésa es la manera de hacer las cosas de Greta, enviar dibujos y cartas. Nunca te pedirá ayuda directamente. Pero te aseguro que necesita ayuda. Y te aseguro que cree que tú necesitas ayuda, más de la que ella te puede proporcionar. —Hizo una pausa, y añadió—: Para ella es duro. No debes olvidar que para ella es tan duro como para ti.

—¿Eso te dijo?

—No, Greta nunca diría una cosa así. Pero me he dado cuenta.

Einar y Carlisle se pusieron a mirar el juego. El día era cálido, y las chicas se secaban el rostro con sendas toallas.

—¿Has consultado a algún médico? —preguntó Carlisle.

Einar le habló del doctor Hexler, y sólo con mencionar su nombre le volvieron las náuseas y sintió una especie de contracción en el vientre.

—No sé, la verdad, por qué no vas a que te vea un médico —dijo Carlisle—. ¿No crees que debieras contarle a alguno cómo te sientes y lo que piensas? Te voy a llevar al médico. He estado mirando nombres, y me parece que he dado con uno que podría serte útil. Serte útil, quiero decir, para resolver tu problema de una vez para siempre. No te preocupes, Einar. Tengo una idea.

Y he aquí lo que más recordó después Einar de aquel diálogo: las largas piernas

de Carlisle, vistas por el rabillo del ojo; la pierna mala estaba ahora en un ángulo forzado. Y la chica norteamericana, en la pista de tenis, sudando cada vez más, con un manchón de humedad creciendo en su blusa justo debajo de los pechos. Y su rostro, que era oscuro y corriente; y su cabeza, que era grande; y sus brazos, que eran largos, y que había algo en ella que parecía extrañamente fuera de lugar. Por ejemplo, una venilla que palpitaba en su antebrazo. O la sombra que tenía sobre el labio. Y que el público se volvía contra ella, cada vez más, a medida que incrementaba sus ataques contra la chica rubia de Lyon. Se diría que el mundo entero estaba contra ella, todo el mundo, menos Carlisle, que se inclinó hacia Einar y le dijo:

—¿No te gustaría que ganase? ¿No sería más divertido que ganase ella?

Lo primero que hizo Carlisle fue llevar a Einar a ver al doctor McBride, un psiquiatra norteamericano relacionado con la embajada, con consulta en la rue de Tilsit, no lejos de la oficina de pasaportes. El doctor McBride tenía una abundante mata de pelo negro y la piel atezada, y llevaba un bigote negro y gris. Tenía la garganta y el estómago gruesos, y su camisa blanca estaba tan almidonada, que parecía rígida como el cartón. Era de Boston, y en la entrevista que tuvo con Einar se llamó a sí mismo todo el tiempo «irlandés moreno». Cuando sonreía se le notaba un relámpago de oro en la boca.

La consulta del doctor McBride parecía más de abogado que de médico. Su mesa de trabajo estaba cubierta de cuero verde. Había una hilera de estanterías con libros que cubría la pared entera, y otra de archivadores de roble. Junto a la ventana había un diccionario médico abierto sobre un atril. Mientras Einar le hablaba sobre Lili, el médico permaneció sentado, con el rostro inexpresivo, bajándose y subiéndose las gafas por la nariz. Cuando sonaba el teléfono, el doctor McBride hacía caso omiso de los timbrazos y decía a Einar que siguiese hablando.

—¿Cuál ha sido el período de tiempo más largo que ha vivido como Lili? —preguntó.

—Algo más de un mes —dijo Einar—. El invierno pasado Lili estuvo mucho tiempo aquí.

Einar pensó en el invierno anterior, cuando con mucha frecuencia se iba a la cama sin tener la menor idea de si al despertarse sería Einar o Lili. En una ocasión, Greta y Lili sufrieron un atraco a la salida de la Opera. El ladrón, armado con un cuchillo, era un hombrecillo mal vestido, y su arma, a la luz de la luna invernal, no parecía demasiado peligrosa. Pero la blandió ante los rostros de ambas mujeres y les exigió lo que llevaban encima. Llevaba varios días sin afeitarse y no hacía más que patear el suelo y decir: «¡Hablo en serio, mademoiselles, no piensen que estoy de broma!» Cuando Lili hizo ademán de entregarle su monedero, Greta trató de cogerla por la muñeca y dijo: «¡No, Lili, no se lo des!» Pero el hombre se apoderó de él y se abalanzó sobre Greta, que gritó: «¡No, no, no!» Greta echó a correr calle abajo, hacia

la Opera, que parecía dorada en la noche. Lili, entre tanto, siguió contra la pared, con el ladrón ante ella. Éste volvió a patear la acera con fuerza, y parecía estar preguntándose qué haría a continuación. Greta estaba ya a una manzana de distancia cuando dio media vuelta. Lili sólo alcanzó a verle la silueta: los puños contra los hombros, los pies separados. Y de pronto comenzó a acercarse a Lili y al ladrón, que sonrió nerviosamente. «¡Está loca!», dijo, pateando la acera. Bajó la punta del cuchillo al suelo y, de pronto, echó a correr, alejándose de Greta.

—¿Piensa en Einar cuando es Lili? —le preguntó el médico.

—No, nunca.

—¿Y piensa en Lili cuando es Einar?

—Sí.

—¿Y qué es lo que piensa?

El médico abrió la pluma estilográfica y la puso sobre una hoja de papel en blanco.

—La mayor parte del tiempo pienso qué pensaría ella en mi lugar —dijo Einar.

Explicó que, por ejemplo, si estaba comiendo un pastel de manzana espolvoreado de canela, se preguntaba si no sería buena idea guardar un pedazo para Lili. Si estaba discutiendo con el carnicero, que tenía la costumbre de apretar el dedo gordo contra la balanza, se preguntaba si Lili discutiría también en un caso así; enseguida llegaba a la conclusión de que nunca haría una cosa así con un hombre como el carnicero, que era delgado y apuesto, y tenía el pelo rubio y lo llevaba muy corto y, entonces, cortaba la discusión inmediatamente, le pedía excusas y le decía que siguiese envolviéndole el cordero.

El doctor McBride se subió las gafas nariz arriba.

Carlisle estaba esperando en un café que había al otro lado de la calle. Einar se lo imaginó en aquel momento leyendo su Baedeker y cogiendo el lápiz que llevaba detrás de la oreja para subrayar algún lugar que convenía visitar. Seguramente, estaría terminando su café y consultando el reloj.

—¿Y qué siente acerca de los hombres? —preguntó el doctor McBride—. ¿Los odia?

—¿Que si odio a los hombres?

—Sí.

—Por supuesto que no.

—Pero lo natural sería que los odiase.

—Pues no los odio.

—¿Y Lili? ¿Qué siente Lili acerca de los hombres?

—No los odia.

El doctor McBride se sirvió agua de una jarra de plata.

—¿Le gustan los hombres?

—No sé si entiendo bien lo que quiere decir.

El médico tomó un sorbito de agua. Einar vio la huella que sus labios dejaron en

el borde del vaso, y, de pronto, sintió sed.

—¿Ha besado Lili a algún hombre?

Einar trataba de dar con la manera de pedir un vaso de agua, pero le parecía imposible. Se dijo que quizá lo mejor sería levantarse sin más y servirse uno, pero esto también le pareció imposible. De modo que se limitó a seguir sentado, sintiéndose como un niño pequeño, en la silla para las visitas del consultorio del doctor McBride, tapizada con una tela de lana amarilla que le hacía cosquillas.

—Señor Wegener, si se lo pregunto es solamente...

—Sí —dijo entonces Einar—, sí, Lili ha besado a un hombre.

—¿Y le gustó?

—Eso tendría que preguntárselo a ella.

—Pensaba que era a ella a quien estaba preguntándoselo.

—¿Tengo aspecto de ser Lili? —preguntó Einar—. ¿Le parezco una mujer?

—La verdad es que no.

—Bueno, pues, entonces...

El teléfono del doctor McBride sonó de pronto y los dos se quedaron mirando el negro auricular, que temblaba con cada timbrazo. Finalmente, se calló.

—Me temo que es usted homosexual —dijo al fin el doctor McBride, y cerró su pluma estilográfica con un pequeño clic.

—Me parece que no comprende usted la situación.

—No es usted la primera persona a quien le ocurre —prosiguió el doctor McBride.

—Pero es que no soy homosexual. Ése no es mi problema. Lo que me pasa es que hay otra persona que vive dentro de mí —dijo Einar levantándose—. Una chica que se llama Lili.

—Créame que se me parte el corazón —añadió McBride— cuando no me queda más remedio que decirles a las personas como usted que no puedo hacer nada por ayudarlas. Como irlandés moreno que soy, encuentro esta situación muy triste. —Tomó un sorbo de su vaso de agua, en cuyo borde quedó la huella de sus labios; luego se levantó y rodeó la mesa hasta llegar a la parte delantera. Apoyó una mano en el hombro de Einar y, mientras lo acompañaba a la puerta, le dijo—: Mi único consejo es que se refrene. Va a tener que pasarse la vida luchando contra sus deseos. Haga caso omiso de ellos, señor Wegener. Si no lo hace..., bueno, pues estará siempre solo.

Einar se reunió con Carlisle en el café. Sabía que el doctor McBride no tenía razón. Hacía algún tiempo, Einar habría creído al médico y se habría marchado de su consulta lleno de un tremendo pesar. Pero ya no era así. Por eso le explicó a Carlisle que la visita había sido una pérdida de tiempo.

—Nadie parece capaz de comprenderme —le dijo—. La verdad es que no le veo sentido a todo esto.

—En eso no tienes razón —protestó Carlisle—. Lo que tenemos que hacer es dar

con el médico adecuado. Eso es todo. Resulta que el doctor McBride no comprende tu problema. Bueno, ¿y qué? No quiere eso decir que vayas a tener que rendirte.

—¿Por qué haces esto?

—Porque es evidente que no eres feliz.

—Sí, es verdad, pero ¿por qué?

—Por Greta.

Unos días más tarde, Carlisle llevó a Einar al *Établissement Hydrothérapique*, un hospital conocido por su especialización en enfermedades nerviosas. El hospital estaba en la parte de Meudon, escondido de la carretera tras un bosquecillo de sicómoros. A la puerta había un empleado, que metió la cara en el coche y preguntó a quién querían ver.

—Al doctor Christophe Mai —dijo Carlisle.

El empleado los miró y se mordió el labio. Les tendió una tablilla con sujetapapeles para que firmasen la entrada.

El hospital era un edificio nuevo, una gran caja de cemento y cristal. Estaba sombreado por más sicómoros y árboles con el tronco lleno de cicatrices. Las ventanas estaban protegidas por rejas de acero en el piso bajo, y sus candados relucían al sol.

Tuvieron que firmar otro impreso en el vestíbulo y otro más cuando llegaron, por fin, al despacho del doctor Mai. Una enfermera con el cabello canoso y rizado les dijo que esperasen un momento en una habitacioncita que, una vez cerrada la puerta, parecía un remanso de paz.

—No le dije a Greta adonde íbamos hoy —dijo Carlisle.

Unos pocos días antes, Einar había oído a los dos hermanos hablar de él. «No necesita ver a un psiquiatra», decía Greta, cuya voz llegaba a oídos de Einar a través de la rendija de la puerta, «además, pienso que sé de alguien que le puede ayudar, y no es psiquiatra. Es alguien que verdaderamente puede hacer algo por él.» Luego su voz se hizo más baja, y Einar dejó de oírla.

El despacho del doctor Mai era de color castaño y olía a cigarrillos. Einar oía el ruido de pasos al otro lado de la puerta. Había algo tan desagradable en el ambiente de aquel hospital que Einar tuvo la sensación de que aquél era el lugar donde le correspondía estar. En la alfombra parda se notaban huellas de camillas, y Einar comenzó a imaginarse sujeto con correas a una de ellas que le llevaría a las partes más recónditas del hospital, de las que ya no volvería a salir nunca más.

—¿Piensas de veras que el doctor Mai me puede ayudar?

—Espero que sí, pero ya veremos. —Carlisle llevaba una chaqueta deportiva de lino rayado, pantalones muy bien planchados y corbata amarilla. Einar admiró su optimismo, la manera como permanecía sentado con aire esperanzado vestido con sus ropas de verano—. Por lo menos, tenemos que probar.

Einar se dijo que Carlisle tenía razón. No podía seguir viviendo así mucho tiempo más. Buena parte de la musculatura de su cuerpo había desaparecido durante los

últimos seis meses. El doctor McBride le había pesado, y cuando Einar vio los pequeños pesos negros deslizarse hacia la izquierda, se dijo que ya no podía pesar mucho más que cuando era un muchacho. Einar había empezado a notarse un color extraño en la piel: era un gris azulenco, como el del cielo al amanecer, como si su sangre estuviera, de alguna manera, circulando más despacio. Y notaba también una debilidad que le hacía perder el mundo de vista en cuanto corría unos pasos, o cuando le sorprendía un ruido súbito y cortante, como el frenazo inesperado de un automóvil. Y la hemorragia, que Einar solía temer y al mismo tiempo desear. Cuando notaba su primer aviso, en el labio o entre las piernas, se sentía mareado. Aunque nadie se lo había dicho, sabía que era consecuencia de que por dentro era mujer. Lo había leído: los órganos femeninos ocultos del hermafrodita sangran de forma irregular, como a modo de protesta.

El doctor Mai resultó ser una persona agradable. Tenía el pelo oscuro y llevaba una corbata amarilla que era curiosamente parecida a la de Carlisle. Los dos lo notaron y se rieron. Y luego, el doctor Mai llevó a Einar a una pequeña habitación.

Era una habitación con azulejos y una ventana que daba al parque plantado de sicómoros a través de una reja de hierro. El doctor Mai descorrió una pesada cortina verde y dejó al descubierto una camilla.

—Haga el favor de sentarse —le dijo mientras cogía una tablilla con sujetapapeles de la mesa— y explicarme las causas de su visita.

Estaba apoyado contra un armario acristalado, con la tablilla sujetapapeles contra el pecho, y asentía a medida que Einar le iba explicando el problema de Lili. En una o dos ocasiones, el doctor Mai se ajustó el nudo de la corbata. De vez en cuando tomaba alguna nota.

—La verdad es que no sé qué tipo de ayuda necesito —dijo Einar—, pero me doy cuenta de que no me va a ser posible seguir viviendo mucho tiempo así.

—¿Cómo?

—Pues así, sin saber quién soy en realidad.

En este punto el doctor Mai dio por concluida la entrevista. Se excusó y salió, dejando a Einar echado sobre la camilla acolchada con los pies meciéndose en el aire. Fuera, en el parque, una enfermera acompañaba a un joven que vestía pijama a rayas y llevaba la bata abierta. El joven tenía barba, y al andar mostraba cierta fragilidad, como si no pudiera andar sin la ayuda de la enfermera, cuyo delantal le llegaba a los pies.

Cuando volvió el doctor Mai, le dijo:

—Muchas gracias por su visita.

Y, sin más, le estrechó la mano y lo condujo adonde esperaba Carlisle.

De vuelta a París, Carlisle y Einar pasaron bastante tiempo sin decirse nada. Einar observaba la mano de Carlisle en la palanca de cambios, y éste tenía la vista fija en la carretera. Finalmente, dijo:

—El médico ese quería ingresarte en el hospital.

—¿Por qué?

—Por esquizofrenia.

—¡Pero eso no es posible! —exclamó Einar. Miró a Carlisle, que seguía con los ojos fijos en el tráfico. Delante de él iba un camión, y cada vez que topaba con un bache, levantaba una nube de gravilla que llegaba hasta la capota del coche de Carlisle—. ¿Cómo se puede pensar que yo sea esquizofrénico? —insistió Einar.

—Quería que le firmase la solicitud para ingresarte inmediatamente.

—Pero eso es un disparate. No soy esquizofrénico.

—Le dije que la cosa no era urgente.

—Tú no crees que sea esquizofrénico, ¿verdad? Es una idea completamente absurda.

—No, no, claro que no. Pero cuando lo explicas tú..., cuando tú explicas a Lili, suena como si pensases que sois dos personas, dos personas distintas.

—¡Pero es que lo somos!

Caía la tarde y el tráfico avanzaba con lentitud porque había sido atropellado un pastor alemán; el animal yacía en medio de la calle, y los coches tenían que sortear su cadáver al pasar. A pesar de estar muerto, parecía no tener heridas, y su cabeza descansaba sobre el bordillo de granito de una rotonda.

—Y Greta, ¿qué piensa de todo esto? ¿Cree que estoy loco?

Pasaron junto al pastor alemán, y el tráfico recuperó la fluidez.

—No, en absoluto —dijo Carlisle—. Greta es quien cree más en Lili.

—¿Debería escuchar al doctor Mai? ¿Piensas que acaso sería mejor que me tratase una temporada?

—Tendrás que pensarlo —dijo Carlisle, cuya mano asía la negra empuñadura del cambio de marchas, y Einar se dijo que Carlisle parecía querer decirle algo. Entre el viento y los humos de los vehículos, resultaba difícil hablar. El tráfico era intenso en el centro de la ciudad, y Einar miraba a Carlisle, como tratando de inducirle a decir lo que pensaba. Dime lo que piensas, hubiese querido decirle Einar, pero no se atrevió. Algo se interponía entre ambos, pero enseguida se encontraron en el Marais, delante del apartamento, y ese algo pasó, y el motor del Spider se paró, y Carlisle dijo:

—No le digas a Greta dónde hemos estado.

Cansado, Einar se fue a la cama después de la cena, y Greta se le unió antes de que se durmiera.

—Es muy temprano para ti —le comentó.

—Es que estoy cansada. He pasado las últimas noches trabajando. Esta semana he entregado media docena de dibujos. Eso sin contar el retrato de Lili en la marea baja. —Y añadió—: Pintaste el fondo maravillosamente, no sabes lo contenta que estuve. Y Hans también lo comentó. Quería decírtelo.

Einar sentía a su lado su largo cuerpo cálido bajo la sábana. Su rodilla le tocaba la pierna, y su puño estaba sobre su pecho. A eso se reducía su intimidad por aquel entonces, pero, hasta cierto punto, era más profunda incluso que en las noches de los

primeros tiempos de su matrimonio en que Greta le quitaba la corbata y le desabrochaba el cinturón, y sus dedos, curvados como las garras de un pequeño animal, le hacían cosquillas en el pecho, su rodilla oprimía la suya despreocupadamente, sentía su cálido aliento en su rostro y su cabello parecía una cepa que creciera en su cuello.

—¿Piensas que me estoy volviendo loco? —le preguntó Einar.

Greta se incorporó bruscamente en la cama:

—¿Loco? ¿Quién te ha dicho eso?

—No, nadie, pero dime, ¿lo piensas?

—¡Eso es lo más estúpido que he oído en mi vida! ¿Quién te ha dicho esas cosas? ¿No habrá sido Carlisle?

—No. Es sólo que, francamente, no sé qué me pasa.

—¡Pero si eso no es verdad! —dijo Greta—. Sabemos muy bien qué te pasa. En tu interior vive Lili. En tu alma vive una joven muy guapa que se llama Lili. Es así de sencillo. No tiene nada que ver con estar loco.

—Era sólo que me preguntaba qué pensarías tú de mí.

—Pues te lo voy a decir: pienso que eres el hombre más valiente que he conocido en mi vida, y ahora duérmete.

Y su puño se cerró con más fuerza, y su cabello volvió a parecer una cepa que creciera en su cuello y su rodilla se apartó de él.

Transcurrió una semana. Einar pasó un día limpiando su estudio; apiló todos sus viejos cuadros en un rincón, contento de quitárselos de en medio. Le gustaba pintar el fondo de los cuadros de Greta, pero no echaba de menos crear algo propio. A veces, cuando pensaba en la carrera a la que había renunciado, se sentía como si hubiese acabado de una vez con una tarea tediosa. Y al pensar en sus numerosos cuadros — tantos pantanos oscuros, tantas turberas bajo la tormenta— no sentía nada. La posibilidad misma de tener una idea nueva le agotaba, la mera posibilidad de imaginar y luego esbozar una nueva escena. Era otra persona, no él, quien había pintado aquellos pequeños paisajes, se decía. ¿Y qué era lo que solía decir a sus estudiantes en la Academia? Ah, sí: Si eres capaz de vivir sin pintar, pues nada, adelante, porque es una vida mucho más sencilla.

Ahora Einar se despertaba tarde y se levantaba fatigado. Todas las mañanas se prometía que aquel día iba a ser Einar, pero cuando iba al armario ropero a vestirse, era como enfrentarse de pronto con el vestuario de un antepasado, guardado en el desván.

Lo más frecuente era que del dormitorio saliese Lili y fuese derecha a sentarse en el taburete del estudio de Greta. Encogía los hombros y se ponía a jugar con el chal que tenía en el regazo, o bien volvía las espaldas a Greta, que estaba pintando otro retrato, y miraba por la ventana, calle abajo, a la espera de Hans o de Carlisle.

Al cabo de unos días, Carlisle le propuso ir a ver al doctor Buson, un joven miembro del equipo de una clínica psiquiátrica de Auteuil.

—¿Cómo has dado con él? —le preguntó Einar. En sólo seis semanas Carlisle parecía desenvolverse mejor en París que Einar en tres años. Por ejemplo, llevaba repartidas dos cajas de tarjetas de visita, y ya había recibido invitaciones para pasar fines de semana en aristocráticas residencias de Versalles y Saint-Malo. Había un sastre en la rue de la Paix que ya se sabía de memoria las medidas de sus camisas.

Carlisle estaba conduciendo a Einar a la clínica del doctor Buson, y Einar sentía el calor del motor a través del suelo metálico.

—Fue Hans quien me dio su nombre —dijo Carlisle.

—¿Hans?

—Sí, le telefoneé. Le expliqué que un amigo mío tenía necesidad de ver a un médico. No dije quién era.

—Pero ¿y si...?

—Nada, no pasará nada, ya verás —dijo Carlisle—, pero, aunque pasase, ¿qué? Sois viejos amigos, ¿no?

En aquel instante, con su rubia cabellera revoloteándole en torno a la cabeza, Carlisle parecía más hermano gemelo de Greta que nunca; se echó el pelo detrás de las orejas.

—Hans me preguntó por ti —prosiguió Carlisle—. Dijo que nota que hay algo que no va bien. Dijo que te vio un día andando por el quai du Louvre, camino del Sena, y casi no te reconoció. —La mano de Carlisle jugueteaba con el contacto del limpiaparabrisas, y Einar esperaba que de un momento a otro soltase el botón y le cayese de nuevo sobre la rodilla—. Dijo que pasaste por su lado sin reconocerle —añadió—. Dijo que te llamó, pero seguiste andando.

Aquello no parecía posible.

—¿Pasé junto a Hans sin verlo? —dijo Einar, y entonces vio reflejado en el cristal de la ventanilla un esbozo tan tenue de su rostro, que daba la sensación de que estaba a punto de desaparecer de allí.

Oyó a Carlisle decirle:

—Quizá sería mejor que se lo dijese. Se haría cargo.

El doctor Buson, que parecía tener la misma edad que Einar, era de origen ginebrino. Tenía el pelo negro, corto y tieso, y su rostro era delgado, con una larga nariz. Tenía la costumbre de volver la cabeza a la izquierda al hablar, como si no estuviese seguro de si su siguiente frase iba a ser o no una pregunta. Buson recibió Carlisle y a Einar en una pequeña estancia blanca con una silla sobre la que colgaba la pantalla plateada de una lámpara clínica. Había un carrito con ruedas cuya superficie superior estaba cubierta con un paño verde. Sobre el paño había una docena de tijeras de distintos tamaños dispuestas en abanico. En la pared había un dibujo en sección del cerebro humano.

Esta vez Carlisle entró con Einar. Sin saber por qué, Einar se sentía empequeñecido en compañía de su cuñado, como si éste fuese su padre y quien tuviese que hacer las preguntas y dar las respuestas. Junto a él, apenas se sentía capaz

de hablar. La ventana daba a un patio enlosado, oscurecido por la lluvia, y Einar se puso a mirar a una pareja de enfermeras que lo cruzaba a todo correr.

El doctor Buson estaba explicando cómo trataba a la gente que se sentía confusa acerca de su identidad.

—Habitualmente, lo que necesitan es una sensación de paz en sus vidas —decía—, y esto quiere decir que tienen que escoger.

Carlisle tomaba notas, y Einar encontró de pronto notable que su cuñado hubiese llegado de California para ayudarlo, como si éste fuese el proyecto más importante de su vida. No tenía ninguna necesidad de hacerlo, como muy bien sabía. Carlisle no tenía que esforzarse por comprender. Fuera, en el patio, una de las enfermeras resbaló sobre las losas húmedas, y cuando su compañera la ayudó a levantarse, le enseñó la palma de la mano ensangrentada.

—En cierto modo, diría que la gente que viene a que le visite tiene bastante suerte —prosiguió el doctor Buson. Se había sentado en un taburete de acero que se podía levantar y bajar haciéndolo girar. Llevaba pantalones negros bajo la bata blanca, y calcetines de seda también negra—. Mis pacientes tienen suerte porque les pregunto: «¿Quién quiere ser?», y son ellos los que tienen que elegir. No es nada fácil. Pero ¿no es cierto que todos deseáramos que alguien nos preguntase quién nos gustaría ser? ¿Y que nos ofreciese una mínima posibilidad de conseguirlo?

—Naturalmente —dijo Carlisle, que asintió mientras escribía algo en su bloc de notas.

Einar se sintió afortunado de tener a su lado a Carlisle, que le llevaba de médico en médico y después de cada fracaso volvía a ponerse al volante y le decía, animoso: «Anda, no te preocupes, que daremos con un médico capaz de ayudarte.» Se sentía tranquilo, aunque hubiese preferido que fuese Greta la que tratase de ayudarlo.

—Y esto nos lleva a mi técnica operatoria —siguió diciendo el doctor Buson—. Se trata de una intervención completamente nueva, y que me llena de entusiasmo porque es muy prometedora.

—¿Y en qué consiste? —preguntó Einar.

—Bueno, no se inquiete demasiado cuando se lo explique, porque la verdad es que parece más complicada de lo que realmente es. Parece, al oírla explicar, muy radical, pero la verdad es que no lo es. Se trata de una cirugía bastante sencilla, que funciona con gente que tiene problemas de conducta. Y los resultados son mucho mejores que con cualquier otro tratamiento de los que conozco.

—¿Y piensa que funcionaría en una persona como yo?

—Estoy convencido de ello —dijo el doctor Buson—. Se llama lobotomía.

—¿Y eso qué es?

—Es un sencillo procedimiento quirúrgico para cortar nervios en la parte frontal del cerebro.

—¿Cirugía cerebral?

—Sí, y no es complicada. No tengo necesidad de abrir el cráneo. No. Eso es lo

que tiene de bueno. Lo único que tengo que hacer es abrir unos pocos agujeros en la frente del paciente, justo aquí... y aquí. —El doctor Buson tocó las sienes de Einar, y luego le tocó también un punto, de la nariz—. Y una vez que he abierto los agujeros puedo intervenir y cortar parte de las fibras nerviosas, las que controlan su personalidad.

—Pero ¿cómo sabe cuáles son las que la controlan?

—Bueno, eso es precisamente lo que he descubierto hace poco. ¿No lo ha leído en los periódicos?

—Fue un amigo quien nos recomendó venir a verle —dijo Carlisle.

—Bueno, seguramente, ha leído los artículos. La prensa se ha ocupado bastante de este asunto.

—Pero ¿es seguro? —se decidió a preguntar Carlisle.

—Es tan seguro como muchas otras cosas. Escuche, ya sé que lo que digo suena muy fuerte. Pero sé de un hombre que vino a verme porque creía que era cinco personas, no sólo dos, y yo intervine en su cerebro y se lo arreglé.

—¿Y qué tal se encuentra ahora?

—Vive con su madre. Está muy tranquilo, y se siente muy feliz. Fue su madre la que lo trajo aquí, su madre.

—Pero ¿qué me ocurriría?

—Ingresaría en el hospital. Y lo prepararía para la operación. Es importante que esté descansado y que su cuerpo no esté débil. Ingresaría en el hospital y le haría recuperar la fuerza necesaria antes de llevarlo al quirófano. La operación es rápida. Y luego descansaría. La intervención propiamente dicha sólo dura unas pocas horas. Y luego tardaría usted cosa de dos semanas en recibir el alta.

—¿Y adónde iría después? —preguntó Einar.

—Ah, pensaba que eso ya lo sabía. —El doctor Buson alargó el pie y tocó con él el carrito de ruedas—. Antes de comenzar tendría que decidir unas cuantas cosas, porque no será el mismo después de terminada la operación.

—¿Es realmente así de sencillo? —preguntó Carlisle.

—Suele serlo.

—Pero ¿quién sería yo después de todo eso? —preguntó entonces Einar.

—Eso —dijo el doctor Buson— es algo que no puedo predecir. Tendremos que esperar a ver.

Einar oía ruido de zuecos contra las losas del patio. La lluvia había arreciado, y ahora golpeaba las ventanas. El doctor Buson hizo girar su taburete de acero. Y Carlisle seguía tomando notas en su bloc. Fuera, la enfermera que se había herido en la mano había vuelto a salir al patio por una puerta sobre la que había una ventana ovalada. Ahora llevaba la mano vendada. Iba riendo con su colega, y dos chicas — apenas tendrían veinte años, y lo más probable era que fuesen simples auxiliares— cruzaron corriendo el patio hacia el lado opuesto, donde había otra puerta, también con una ventana ovalada encima, pero ésta tenía detrás una luz que la hacía brillar

como si fuese de oro y estaba moteada de lluvia.

Cuando Greta se vio con el profesor Bolk por segunda vez, a comienzos del otoño de 1929, llegó a la cita con una lista de preguntas escritas en un bloc de espiral de alambre. París estaba ahora gris, y los árboles se despojaban de sus hojas. Las mujeres salían a la calle poniéndose los guantes sobre los nudillos y los hombres iban con los hombros encogidos, como para protegerse las orejas.

Se encontraron en un café de la rue Saint-Antoine, y se sentaron a una mesa junto a una ventana desde la cual Greta podía ver a la gente que emergía de las profundidades del metro y ponía mala cara a causa del mal tiempo. El profesor Bolk estaba esperándola cuando llegó y ya había apurado su tacita de expreso. Pareció descontento porque llegaba tarde, y Greta se excusó profusamente, alegando un cuadro que no podía dejar, y el teléfono, que no hacía más que llamar, mientras el profesor, impasible, se limpiaba la parte interior de la uña del dedo gordo con una navajita de acero inoxidable.

Era apuesto y bien parecido, pensó Greta, con el rostro largo y la barbilla con hoyuelos como la parte inferior de una manzana. Las rodillas no le cabían del todo debajo de la mesa, que era redonda y tenía el tablero de mármol manchado y agrietado, áspero como si fuese pizarra. Lo ceñía una tira de cobre, y Greta, que había apoyado el brazo en el tablero para inclinar el tronco hacia el profesor para hablar con él sin ser oída, se sentía incómoda, porque se le clavaba en la carne.

—Puedo ayudar a su marido —decía en aquel momento el profesor Bolk.

Tenía a sus pies un maletín con cierre dorado y asas redondas, y Greta se preguntó si la cosa podía ser tan sencilla que bastase con que el profesor Bolk se presentase a la puerta de la casita con aquel maletín negro y se pasase unas pocas horas a solas con Einar. Se dijo que no podía ser así, pero ojalá lo fuese, de la misma manera que había deseado a veces que bastase con que Carlisle se frotase la pierna mala con menta para que se curase, o que para acabar con la enfermedad de Teddy Cross fuese suficiente que se sentase al sol el tiempo necesario para que su calor la quemase y saliese de sus huesos en forma de humo.

—Pero ya no será su marido cuando acabe mi tratamiento —prosiguió el profesor Bolk, y entonces cogió su maletín y lo abrió.

Sacó de él un libro encuadernado a la holandesa con las tapas de papel verde jaspeado; tenía la piel del lomo agrietada y gastada como el asiento de viejo sillón de lectura.

El profesor Bolk encontró la página que buscaba y alzó la vista. Sus ojos se encontraron con los de Greta, lo que provocó un agitado latido en el pecho de ésta. En la página ahora abierta había un diagrama del cuerpo de un hombre mostrando el esqueleto y los órganos en medio de una tupida red de líneas paralelas y cruzadas que

hicieron pensar a Greta en los mapas del Baedeker de «París y sus alrededores» que Carlisle llevaba siempre conmigo. El hombre del diagrama representaba al varón adulto típico, explicó el profesor Bolk; tenía los brazos abiertos y los órganos genitales le colgaban como uvas de una vid. La página tenía una punta doblada y estaba manchada con marcas de lápiz.

—Como puede ver —dijo el profesor Bolk—, la pelvis masculina es una cavidad. Los órganos sexuales cuelgan fuera. En su interior no hay casi nada, excepto los intestinos, que pueden ser dispuestos de otra manera si es necesario.

Greta pidió otro café. De repente, sintió deseos de comerse un plato de naranjas desgajadas; algo le había hecho acordarse de Pasadena.

—Siento curiosidad por ver la pelvis de su marido —dijo el profesor Bolk.

Greta pensó que era una curiosa manera de decirlo, aunque el profesor Bolk le caía bien y se sentía cada vez más identificada con él a medida que le iba hablando de sus estudios. Se había preparado en Viena y en Berlín, en el Hospital de la Charité, donde se fue uno de los pocos estudiantes que se especializaron en cirugía y en psicología. Durante la guerra, siendo un joven cirujano cuyas piernas todavía crecían y cuya voz no había alcanzado aún su actual tono de bajo profundo, amputó más de quinientos miembros, si incluía entre ellos los dedos que tuvo que cortar para tratar de salvar una mano medio destruida por una granada cuyo percutor funcionó antes de lo predicho por el capitán. Bolk había operado en tiendas de campaña cuyas puertas de lona temblaban agitadas por el viento que levantaban las bombas, sacrificando piernas para salvar a hombres. Y todo ello a la luz de una cerilla. Los enfermeros sacaban de las ambulancias a los heridos, algunos con el abdomen abierto, y los trasladaban en camillas hasta dejarlos caer, medio muertos, sobre la mesa de operaciones del profesor Bolk, todavía húmeda de la sangre de su paciente anterior. La primera vez que Bolk hubo de recibir a un herido en tales condiciones, con el centro del cuerpo reducido a un cuenco abierto lleno de tripas, no sabía qué hacer. Pero el hombre se estaba muriendo, y sus ojos giraban en sus cuencas suplicándole que le ayudase. Los tanques de gas hilarante estaban casi vacíos, y no había manera de anestesiar por completo al pobre desgraciado. Así pues, lo que hizo Bolk fue extender una gasa sobre el rostro del joven y ponerse manos a la obra.

Era invierno; y el granizo golpeaba fuertemente la tienda, las linternas se estaban apagando y los cadáveres se amontonaban como troncos. Bolk decidió que si conseguía poner en orden los intestinos de su paciente —pues el hígado y los riñones estaban bien— quizá consiguiera salvarlo, aun cuando era evidente que nunca podría volver a defecar debidamente. Las mangas de Bolk rezumaban sangre y durante una hora no levantó la gasa del rostro del muchacho porque, aun cuando éste estaba inconsciente a causa del dolor, Bolk se dijo que no podría resistir la angustia que aleteaba en sus párpados. Bolk suturó con todo cuidado sus heridas, a pesar de que apenas podía ver lo que estaba haciendo. De muchacho, Bolk había despellejado cerdos, y el interior de aquel soldado no difería mucho del de un cerdo macho: era

cálido, pegajoso y denso, como meter el brazo en un puchero lleno de cocido.

A medida que iba cayendo la noche y el bombardeo cedía, aunque la lluvia helada había arreciado, Bolk fue estirando la piel que le quedaba al soldado para cubrir con ella la herida. Había allí una enfermera con el delantal empapado en sangre, se llamaba Fräulein Schäpers, y el herido al que había estado atendiendo acababa de vomitarle encima el contenido de sus intestinos antes de morir. Apenas tardó un minuto en limpiarse la cara y luego fue a ayudar a Bolk. Entre los dos estiraron la piel del soldado desde justo debajo del esternón hasta las tiras que le colgaban sobre la pelvis. Fräulein Schäpers tenía bien junta la carne del herido mientras Bolk pasaba un cordel algo más grueso que un cordón de zapato por los bordes de su piel y tiraba de ellos con todas sus fuerzas hasta ponerla tan tensa como los asientos de lona de los taburetes plegables que había en la tienda provista de una estufa con una larga chimenea, que les servía de cantina.

El joven sobrevivió a la operación, por lo menos lo bastante como para ser llevado a una ambulancia con estantes para colocar a los heridos, unos estantes que recordaban a Bolk los de los camiones tahona que se estacionaban en los alrededores del Mercado de los Gendarmes y donde compraba cada día la hogaza de pan que era toda su cena cuando no era más que un estudiante pobre decidido a convertirse en un médico que sería la admiración de Alemania entera.

—Quinientos miembros y quinientas vidas —le dijo el profesor Bolk a Greta en el café de la rue Saint-Antoine—. Dicen de mí que salvé quinientas vidas, aunque la verdad es que no estoy seguro del todo.

Fuera, las hojas cubrían el escalón superior de la entrada del metro, y la gente resbalaba al pisarlas, aunque todo el mundo conseguía agarrarse a tiempo a la barandilla de cobre verde. Greta contemplaba la escena temerosa de que alguien cayera y se arañara la mano, o algo peor; aunque ella no quería ver aquella escena, estaba segura de que acabaría ocurriendo.

—¿Cuándo puedo ver a su marido? —preguntó el profesor Bolk.

Greta recordó a Einar en la escalinata de la Academia Real de Bellas Artes; incluso a aquella edad —ya era, al fin y al cabo, todo un profesor— Einar parecía un muchacho justo al borde de la pubertad, y seguía pareciéndolo la mañana en que, al levantar el brazo para lavarse el pelo, descubriría el primer cabello rubio castaño de Lili. Físicamente, nunca había estado del todo bien, y ella lo sabía. Ahora se daba cuenta de que eso nunca le había importado en absoluto. Quizás fuera buena idea que el profesor Bolk volviese solo a Dresde, se dijo Greta, jugando con la cucharilla en la taza de café. De pronto, se preguntó a quién quería más, si a Einar o a Teddy Cross, y se dijo que no importaba, aunque sabía que no era cierto. Le hubiese gustado aclarar esta cuestión y quedar en paz consigo misma una vez obtenida la respuesta, pero lo cierto es que no acababa de decidirse. Y entonces pensó en Lili: el bonito hueso en la parte superior de su espina dorsal; su delicada manera de mover las manos, como si estuviera a punto de dejarlas caer sobre las teclas de un piano; su voz susurrante

como la brisa que flotaba entre los pétalos que parecían de papel de las amapolas que llenaban los planteles de los invernaderos de Pasadena en el invierno; sus blancos tobillos cruzados y quietos. ¿A quién quería más?, volvió a preguntarse, y entonces el profesor Bolk carraspeó y su nuez se le subió por la garganta, y dijo, como si no le cupiera la menor duda de ello:

—Así pues, las veré, a usted y a Lili, en Dresde.

Pero Greta no podía llevar a Einar a Dresde. Al menos, por el momento. Había muchas razones: entre otras, la exposición privada de sus últimos cuadros, todos los cuales mostraban a Lili echada sobre una mesa, con las manos cruzadas sobre el vientre y los ojos cerrados, como si estuviera muerta. Los cuadros, que eran pequeños, del tamaño de un folio, colgaban en el vestíbulo del palacete de una condesa que vivía a poca distancia no sólo del mejor atelier de París sino también de la mejor botica, cuyo dueño era especialista en máscaras de barro normando y tintes para el cabello en los que utilizaba zumo de lima y extracto puro de Pasadena que Greta le daba a cambio de artículos cosméticos como la máquina para limpiar la piel de espinillas que Lili necesitaba cada vez con más frecuencia.

Los cuadros, ocho en total, se vendieron en una sola tarde a gente cuyos chóferes estaban esperando frente a la casa ante la puerta abierta de limusinas descapotables. El zócalo de nogal del vestíbulo reflejaba la luz del sol de comienzos de otoño. La exposición la había organizado Hans, que dijo a todos los periodistas que conocía que iba a ser la más importante de toda la *rentrée*. Llevaba un alfiler con un ópalo en el ojal de la chaqueta de su traje, y apretaba la mano de Greta cada vez que se descolgaba un cuadro de las paredes del vestíbulo, que estaban rematadas con molduras que parecían gruesos marcos de cuadro cubiertas por un siglo de pintura. Y Greta, a pesar del constante flujo de dinero a su cuenta en el Banco de Crédito Agrícola, sentía que los ojos se le alegraban cada vez que veía abrirse las chequeras de piel y las plumas firmaban los talones.

Ésta era una razón por la cual no podía llevar a Einar a Dresde inmediatamente. Otra era Carlisle, que tenía pensado pasar las Navidades en París. Greta sabía perfectamente que Carlisle era como ella, por lo menos en un sentido: la energía con que persistía en los proyectos que requerían solución. Ella, por ejemplo, siempre terminaba los cuadros que había empezado, aunque, y esto también era cierto, muchos de ellos —sobre todo en sus primeros años de Dinamarca— no le habían salido nada bien. ¡Dios mío, si pudiera volver ahora a Copenhague en la noche más negra y arrancar de las paredes de las oficinas de la *Vesterbrogade* y la *Nørre Farimagsgade* aquellos terribles retratos que había pintado siendo muy joven y estando muy insegura de lo que realmente quería hacer, de lo que quería conseguir! Pensaba, por ejemplo, en un retrato muy serio del señor I. Glückstadt, el financiero que estaba detrás de la Compañía Comercial del Lejano Oriente y el Puerto Franco de

Copenhague; le había aplicado purpurina plateada para reproducir su canosa cabellera; y su mano derecha, que sostenía una pluma, no era más que un simple cuadrado, un manchón difuso de pintura color carne.

Y sabía también que ella y Carlisle compartían la necesidad de no cejar nunca en su trabajo; dentro de sus cuerpos, que eran casi idénticos, había la misma exigencia por terminar lo que iniciaban. Un día Carlisle volvió a la casita con unas noticias que forzaron a Greta a dejar el pincel en la taza de trementina y sentarse en la otomana para escucharle.

—He acompañado a Einar a la consulta de varios médicos —comenzó Carlisle.

Tanto conducir su descapotable había dado color a las mejillas de Carlisle, y su rostro era ahora más agraciado que nunca, al menos, por lo que ella podía recordar. Cuando cerraba los ojos y escuchaba la voz de su hermano, que era plana y precisa, casi llegaba a pensar que se trataba de una grabación de su propia voz.

Carlisle le contó las visitas que habían hecho, lo inútiles que habían sido, las humillaciones que había tenido que soportar Einar.

—Tiene más aguante que la mayoría de los hombres —dijo Carlisle, y Greta, al oírlo, pensó: «Sí, ya lo sé.»— Pero hay un médico —prosiguió Carlisle—, el doctor Buson, que piensa que le puede ayudar, porque ya ha tratado este tipo de casos. Gente que cree que es... —Al llegar aquí la voz de Carlisle se quebró, cosa que nunca le ocurría a la de Greta—. Vamos, que se creen que son más de una persona.

Carlisle explicó a Greta lo que era la lobotomía, los pequeños taladros que el doctor Buson tenía dispuestos en un carrito con ruedas. Tal y como él lo explicaba, aquello no era más complicado que espantar una mosca.

—Pienso que es eso lo que Einar necesita —concluyó Carlisle.

—Pues es una lástima, porque yo también le he encontrado médico —dijo Greta.

Greta había preparado café, e iba a servirlo. Fue a por nata a la cocina, pero se había acabado, y algo en su interior se sublevó, como cuando era una niña pequeña en la mansión de Pasadena y una de las doncellas japonesas le fallaba y no le llevaba los dátiles confitados que le había prometido; tuvo que contenerse para no dar una patadita. Le molestaba comportarse como una niña mal criada, pero a veces no lo podía evitar.

—Piensa que puede ayudar a Einar a cambiar —prosiguió Greta, tras excusarse por no tener nata.

Iba a añadir: «Lo que pasa es que no sirvo para llevar una casa y pintar al mismo tiempo, por mucho que me diga que sí, que puedo con todo», pero llegó a la conclusión de que parecería falsa, o deseosa de que la consolasen, o algo por el estilo que no sabía muy bien qué podría ser, y de pronto se sintió acalorada bajo la larga falda y la blusa, que le apretaba los brazos, y se preguntó por qué razón estaba hablando de su marido con su hermano, y qué tenía que ver Carlisle en aquel asunto.

Pero se contuvo y no dijo nada.

—Pero es que el doctor Buson piensa que puede ayudar a Einar —insistió Carlisle

—. ¿Dice lo mismo tu médico? ¿Te dijo algo sobre los pequeños orificios en la frente?

—El profesor Bolk dice que puede convertir a Einar en una mujer —dijo Greta—, y no mentalmente, sino físicamente.

—Pero ¿cómo?

—Por medio de la cirugía —explicó Greta—. Hay tres clases de tratamiento que el profesor quiere poner a prueba.

—Me parece que no lo entiendo.

—Pues fíate de mí.

—Naturalmente que me fío de ti. Pero ¿de qué tratamiento me hablas?

—Cirugía transformadora.

—¿Has hablado de esto con Einar?

—No, todavía no —dijo ella.

—Pues a mí me suena muy arriesgado.

—Ni más ni menos que lo que propones tú.

Carlisle se había echado en la otomana de terciopelo, con las piernas levantadas. A Greta le gustaba tenerle con ellos, que le llenase las horas matinales durante las que Lili dormía, que estuviese con ella mientras Lili salía a sus cosas y a bañarse. Se decía que, en cierto modo, ella misma había pedido ayuda a Carlisle sin decírselo con palabras.

—Mira —le dijo—, no le voy a dejar que vaya a ver a Buson, porque a lo mejor vuelve convertido en una criatura, quién sabe si hasta en un niño de pecho.

—Quien tiene que decidirlo es Einar —replicó Carlisle—. Es mayor de edad, y él debe elegir.

Así era Carlisle, siempre razonable, a veces demasiado pragmático para Greta. Ésta bebió un sorbo de café. ¡Qué poco le gustaba tomarlo solo!

—Sí, la cosa depende de Einar —dijo. Y añadió—: Naturalmente.

Lo cual era otra de las razones por las que todavía no podía llevar a Einar a Dresde. Tendría que esperar un día en que ella estuviese libre de preocupaciones profesionales y Einar se sintiese contento tras una visita de Lili que no hubiese sido dolorosa, sino gozosa: que hubiese terminado con un juego victorioso de badminton en el jardín que había detrás del apartamento de Anna, o con una velada de cine en el Gaumont-Palace; sólo después de un día así podría explicarle las nuevas posibilidades que habían surgido para resolver el problema que representaba la existencia de Lili. Claro que no sería fácil. Temía que Carlisle lo hubiese convencido de la habilidad y la pericia del doctor Buson, de las posibilidades de la lobotomía, que a ella le parecía espantosa y cruel. Jamás permitiría a Einar someterse a una lobotomía ni a nada parecido, pero Carlisle tenía razón: era él quien tenía que tomar la decisión. Tendría que conseguir que compartiese su convicción de que Bolk era capaz de resolver su problema, el problema que había definido su matrimonio y al mismo tiempo lo había destruido, de manera más definitiva cualquier otro médico.

Bolk ya había vuelto a Dresde, de modo que tendría que encargarse sola de convencer a Einar: echarse el pelo detrás de las orejas, coger su mano entre las suyas y explicarle la esperanza, la alegre esperanza que le esperaba en Dresde.

Y aún había otra razón por la que Greta vacilaba en llevar a Einar a Dresde.

En marzo de 1918 ya habían terminado las lluvias invernales, y Pasadena había reverdecido; estaba tan verde como el Buda de jade que Akiko tenía en su cuarto del tercer piso de la mansión de los Waud. Hacía ya dos años largos que ella y Teddy habían enterrado al pequeño Carlisle en los campos de fresas de Bakersfield y se habían vuelto a instalar en Pasadena, entristecidos y, como solía repetir la señora Waud al tiempo que jugueteaba con sus anillos, marcados para toda la vida.

Pero, por lo menos, las lluvias habían cesado, y Pasadena reverdecía: el césped de los jardines sembraba una lisa capa de fieltro verde, en los macizos de boca de dragón crecían sus flores rosadas y blancas, y las amapolas moteaban el suelo. En los naranjales, los árboles parecían llevar néveas chaquetas de flores blancas. Para Greta, las raíces de los naranjos eran como codos que salían del suelo húmedo; tenían el color mate de la carne y el grosor exacto de un brazo humano. Las lluvias habían reblandecido el terreno y favorecido la proliferación de lombrices de tierra, que, con su piel entre gris y azul, recordaban a Greta la materia que había expelido al nacer el pequeño Carlisle. Nunca olvidaría el color agusanado del cordón umbilical, retorcido como un sacacorchos, ni la mucosidad azulenta que sellaba los ojos del pequeño, ni el relucir de sus propios fluidos, que lo cubrían como si estuviese envuelto en una fina y grasienta sábana protectora, una sábana diseñada por su propio organismo femenino merced a una sabiduría que nadie le había enseñado.

Greta pensaba todo esto en primavera, mientras cuidaba de los naranjales en ausencia de su padre. Acababa de pasar revista a las plantaciones en su coche de parabrisas abatible que la había llevado por aquel terreno embarrado. Había supervisado las cuadrillas de trabajadores, en su mayor parte adolescentes, llegados de Tecate y de Tucson, contratados para cortar las porciones de planta destinadas a los injertos. Debajo de un árbol cuya fruta caía prematuramente, Greta vio un nido de lombrices en medio de un terrón. Y esto le trajo a la memoria a Teddy y su tos. Durante casi un año sus pulmones habían esputado sin cesar, y de noche empapaba las sábanas de un sudor tan frío, que, al principio, pensaba que su marido había derramado un vaso de agua en la cama. Al sonido de la primera tos, que se le había deslizado agoraramente garganta arriba como una pelota de cristal roto, Greta había propuesto consultar a un médico. Cada vez que tosía, ella levantaba el auricular del teléfono para llamar al doctor Richardson, un hombre de cabeza redonda que procedía de Carolina del Norte. Pero Teddy se resistía:

—No me pasa nada, no quiero que me visite ningún médico.

Greta volvía a dejar el auricular en su soporte y se limitaba a decir:

—Bueno, pues muy bien.

No tenía más que esperar a que Teddy se fuese de la casa para hacer

tranquilamente la llamada. Cada vez que Teddy tosía y se llevaba el pañuelo —que ella planchaba con una plancha negra de hierro— a la boca, Greta echaba una ojeada de reojo para ver si había expulsado algo con la tos. A veces el pañuelo estaba seco, y ella se limitaba a suspirar. Pero en otras ocasiones había flema y un líquido espeso y blanquecino que salía de la boca de Teddy. Y luego, más y más, hasta que escupía un grueso grumo de sangre. Era Greta, y no Akiko, quien lavaba la ropa interior de Teddy, incluyendo sus pañuelos, y por eso podía saber exactamente cuánta sangre escupía. Tenía que cambiarle las sábanas todas las noches, y empapar los pañuelos, y, a veces, también las camisas, en tinas de lejía, cuyo áspero olor a cloro le hacía cosquillas en las ventanillas de la nariz y le escocía los ojos. La sangre no se quitaba con facilidad, y tenía que frotar y frotar hasta despellejarse los dedos, tratando de liberar los pañuelos de sus manchas, los cuales recordaban a Greta los trapos que usaba para limpiar sus caballetes cuando pintaba, cosa que, ahora, instalados como estaban en la casita en Pasadena, ya no hacía nunca. Pero, no obstante la tos y la sangre, cada vez que Greta cogía el teléfono, Teddy siempre decía lo mismo:

—No pienso ver a ningún médico, por Dios bendito, porque no estoy enfermo.

En un par de ocasiones, Greta se las compuso para que el doctor Richardson acudiera a la casita. Teddy le recibía en la solana.

—Ya sabe cómo son las mujeres —le decía Teddy, cuyo flequillo le caía sobre los ojos—, siempre inquietándose por nada. Pero, la pura verdad, doctor, no tengo lo que se dice absolutamente nada.

—Bueno, pues, entonces, ¿qué me dices de tu tos? —le interrumpía Greta.

—Nada, es la tos propia de los agricultores. Si tú hubieras crecido en el campo, como yo, también la tendrías —decía, riéndose, y su risa se contagiaba al doctor Richardson y a Greta, por más que ésta no veía nada gracioso en la forma de comportarse de Teddy.

—Probablemente no sea nada —decía el doctor Richardson—, pero ¿le importaría que echase una ojeada?

—La verdad es que sí, que me importaría.

La solana estaba pavimentada de azulejos que el propio Teddy había hecho en su estudio. Eran de color entre naranja y ámbar. En invierno eran demasiado fríos para pisarlos descalzo, o incluso con calcetines.

—Bueno, ya me llamarán si creen que tienen necesidad de mí —decía el doctor Richardson, y cogía su maletín y se marchaba.

Greta, que deseaba, por encima de todo, ser una buena esposa, y no quería que su marido, cuando estaba con sus amigos, se riese de ella y comentase lo aprensiva y dominante que se mostraba, se echaba el pelo para atrás, hasta que le cubría las orejas, y decía:

—De acuerdo. Si no quieres que te vea Richardson, lo mejor será que te cuides lo que se dice mucho.

La razón de que para Greta aquella primavera, la de 1918, fuese la más verde de

todas las que recordaba, era que la habitación de Teddy en el sanatorio donde había tenido que ingresar al fin tenía una vista del Arroyo Seco y de los Montes de San Gabriel; se sentaba en una silla junto a la ventana y contemplaba aquel paisaje verde mientras Teddy dormía. El sanatorio era un edificio de estuco color canela, con un campanario, situado al borde de un acantilado sobre el arroyo. Un camino flanqueado por rosales daba la vuelta a la finca. Las habitaciones eran romboidales y tenían ventanas orientadas al sur y al norte. La cama de Teddy era de hierro pintado de blanco, y todas las mañanas una enfermera entraba para sentarlo en una mecedora, y luego enrollaba su colchón de rayas azules sobre el somier a los pies de la cama, donde quedaba igual que un enorme brazo relleno.

Teddy se había pasado la mayor parte del invierno en el sanatorio, y en lugar de mejorar parecía ir empeorando semana tras semana. Tenía las mejillas hundidas y los ojos como empapados en algo que parecía leche cortada. Greta llegaba por la mañana e inmediatamente le limpiaba los ojos con el borde de su falda. Luego lo peinaba; su cabello había quedado reducido a casi nada, apenas unas cuantas hebras sueltas. Había mañanas en las que la fiebre le subía tanto que se le humedecía la frente, y, sin embargo, estaba demasiado débil para levantar el brazo y secársela. En más de una ocasión, Greta llegaba y lo encontraba en su mecedora, junto a la ventana, recibiendo de lleno la luz del sol, ardiendo en fiebre y envuelto en su bata de franela, que la enfermera le había atado en torno a la delgada cintura. Por la forma como contraía la cara, Greta se daba cuenta de que Teddy estaba tratando de levantar el brazo para pasarse la manga de franela de la bata por la frente; el sudor le goteaba de la barbilla como si acabase de pasar bajo un chaparrón. Pero entonces corría el mes de marzo, y las lluvias del invierno ya habían pasado, y todo Pasadena parecía de jade verde; y en lugar de que la clara luz del sol limpiase de tuberculosis los pulmones y la médula de Teddy, lo que hacía era incendiarlo, prenderle fuego, de modo que antes incluso de las diez de la mañana, y de la llegada del primero de los vasos de zumo de naranjas chinas que le servían cada día, Teddy ya estaba desmayado bajo el peso de la fiebre.

Para abril Teddy dormía cada vez más. Greta se sentaba en la mecedora, cuyo acolchado blanco empezaba a desgastarse por los brazos, mientras él permanecía tumbado de lado en la cama. A veces se agitaba en sueños, y los muelles del somier rechinaban; ese ruido le sonaba como un quejido de los huesos de su marido, rellenos de tuberculosis igual que un pastel está relleno de nata. El médico que lo visitaba, el doctor Hightower, llevaba una bata blanca encima de un traje marrón barato. Teddy seguía negándose a que lo visitara el doctor Richardson, que no sólo había tratado a todos los miembros de la familia Waud en Pasadena, sino también a las familias de Henrietta y de Margaret y de Dottie Anne.

—Con el doctor Hightower me basta —solía decir—, no necesito un médico que esté de moda.

—Pero ¿qué quiere decir eso de un médico que esté de moda? —le decía Greta, que en el momento mismo de levantarle la voz se arrepentía de haberlo hecho.

Greta no quería contradecir a Teddy; y, sobre todo, no quería herirlo diciéndole que sabía lo que le convenía mejor que él. Así era como pensaba comportarse en aquel asunto, de modo que toleraba cortésmente la presencia del doctor Hightower cuando realizaba sus visitas diarias. El médico siempre tenía prisa, y con frecuencia no llevaba los papeles que debía en el sobre color beige que le asomaba siempre bajo el brazo. Era un hombre larguirucho, con el pelo de un rubio sucio, como café muy claro. Procedía de Chicago, y había algo en las puntas de sus extremidades —de su nariz, de sus orejas, de sus dedos nudosos— que daba la impresión de que estaban medio congeladas.

—¿Qué tal se siente hoy? —solía preguntar el doctor Hightower.

—Un poco mejor —decía Teddy, que tal vez se lo creía de verdad, o tal vez no consideraba conveniente responder cualquier otra cosa.

El doctor Hightower asentía entonces y comprobaba algo en un diagrama que traía entre sus papeles. Greta se excusaba diciendo que tenía que hacer una llamada a la casa desde la que se dirigían los naranjales, donde se esperaba de un momento a otro a un contingente de peones procedentes de Tecate. Y con el teléfono, en la habitación de las enfermeras, bien apretado contra la oreja, llamaba a Richardson y le decía solamente: «Está cada vez peor.»

La madre de Greta solía visitar a Teddy por las tardes, cuando éste se sentía mejor. Greta y Teddy permanecían sentados en silencio mientras la señora Waud hablaba y hablaba sobre la conveniencia de abrir la casa de la playa de Del Mar, o sobre el telegrama del padre de Greta, que les informaba, más entusiasta que los periódicos, sobre el inminente fin de la guerra. Greta esperaba en silencio que su madre interviniese de la única forma que hubiese sido eficaz: descubriendo la cama y forzando a Teddy a bajarse de ella para tomar un baño caliente de sales minerales y llevándole a los labios una taza de té reforzado con *bourbon* y por último animándolo diciéndole: «¡Bueno, hale, y ahora a ponerte bien se ha dicho!». Cuando menos, eso es lo que Greta esperaba de todo corazón que hiciese. Pero la señora Waud nunca lo hacía. Lo que hacía era dejar a Teddy en manos de Greta. Se ponía los guantes al final de la visita y luego besaba a Teddy en la frente a través de la máscara y se limitaba a decir:

—La próxima vez que venga, quiero verte levantado.

Entrecerraba los ojos y miraba a Greta. En el pasillo, fuera de la estancia, la señora Waud se quitaba la máscara y decía:

—Cerciórate de que le den el mejor cuidado posible, Greta.

—No quiere que lo trate Richardson.

—Pues es quien debería tratarlo.

Y Greta entonces telefoneaba a Richardson, para darle las últimas noticias del estado de Teddy.

—Sí, ya sé —respondía Richardson—, he consultado con el doctor Hightower. Si quiere que le diga la verdad, no sé si me sería posible hacer algo por él. Tendremos

que esperar a ver cómo evoluciona.

Cuando Carlisle llegó de visita de Stanford, llevó a Greta aparte y le dijo:

—Oye, no me gusta nada el tal Hightower, ¿de dónde es?

Ella entonces le explicó que Hightower había sido asignado a Teddy por el sanatorio, pero Carlisle la interrumpió:

—Posiblemente sea éste el momento de traer a Richardson.

—Lo he intentado.

—¿Puedo hacer algo?

Greta lo pensó. Oía toser a Teddy al otro lado de la puerta. Los muelles del somier temblaban. Se oyó un resuello, como si le faltara aliento.

—Tengo que pensarlo. Seguro que puedes hacer algo. Pero déjame pensarlo.

—Te haces cargo de la gravedad de la situación, ¿no? —dijo Carlisle cogiéndola de la mano.

—Pero Teddy es fuerte —le respondió Greta.

A la caída de la tarde, cuando Carlisle ya se había ido y el sol desaparecía detrás de las colinas y las sombras purpúreas se extendían como sábanas sobre los cañones de Pasadena, Greta cogió la mano fría de Teddy: el pulso, en la parte inferior de la muñeca, era débil, y al principio no conseguía notarlo. Pero sí, estaba allí, tenue, lento.

—Teddy —le llamó—, Teddy, ¿me oyes?

—Sí.

—¿Te duele?

—Sí.

—¿Te sientes algo mejor hoy?

—No. Me temo que hoy estoy peor. Peor que nunca.

—Pero mejorarás, Teddy. Mira, hazme un favor, he llamado a Richardson, y vendrá mañana. Haz el favor de dejarle que te visite. Eso es lo único que te pido. Es buen médico. Me salvó siendo pequeña, cuando tenía la viruela. No sabes lo alta que tenía la fiebre, y todos, hasta Carlisle, me daban por muerta, pero, mira, aquí me tienes ahora, tan fuerte como cualquiera. Lo único que me quedó de la enfermedad fue esta pequeña cicatriz.

—Greta, querida —dijo Teddy, con los tendones de la garganta temblorosos—. Me estoy muriendo, querida. Eso tú lo sabes, ¿no? No voy a mejorar.

Y, a decir verdad, ella no se había dado cuenta de eso hasta aquel preciso momento. Pero era cierto. Teddy se estaba muriendo, estaba más cerca de la muerte que de la vida: tenía los brazos delgados y flojos, con la carne color amarillo, los ojos infectados, los pulmones como esponjas, tan empapados de sangre y esputo que se habrían hundido sin remedio en el fondo del océano Pacífico. Y sus huesos eran lo peor de todo, porque estaban también empapados: un fuego vivo y húmedo se los corroía. Greta pensó en el dolor que tenía que estar sufriendo Teddy, sin quejarse nunca. Casi la mató la sola idea de que su marido padeciese de aquella manera.

—Lo siento —dijo Teddy.

—¿Qué es lo que sientes?

—Dejarte.

—¡Pero no me vas a dejar!

—Y también siento pedirte lo que quiero que hagas —añadió.

—¿Qué quieres que haga? ¿De qué estás hablando?

Greta sintió un golpe de pánico que se le extendía por la espalda. La habitación estaba calurosa a causa de los efluvios de la enfermedad. Pensó que quizá debería abrir una ventana, para que el pobre Teddy respirara un poco de aire fresco.

—¿Me ayudarás?

—¿A qué?

Greta no comprendía lo que quería decir Teddy, y se preguntó si debería llamar a Richardson y decirle que estaba delirando. Mala señal, diría el médico, gravemente, desde el otro extremo de la línea telefónica.

—Coge esa almohada..., la de goma. Pónmela sobre la cara, sólo un momento. No hará falta mucho tiempo.

Greta se quedó inmóvil. Ahora comprendía. Una última petición de su marido, a quien ella quería complacer más que ninguna otra cosa en este mundo. Más que ninguna otra cosa, deseaba que Teddy se fuese de este mundo enamorado de ella, y que su último recuerdo de ella estuviese lleno de gratitud. En la mecedora había una almohada de goma, y Teddy estaba tratando de levantar la mano para señalársela.

—Pónmela contra la cara sólo unos minutos, un minuto o dos —dijo—. Así será más fácil.

—¡Oh, Teddy! —protestó Greta—. No puedo hacerlo. El doctor Richardson vendrá mañana. Espera hasta entonces. Deja que te eche una ojeada. A lo mejor sabe cómo curarte. Procura resistir hasta entonces. ¡Deja de hablar de la almohada! ¡Por favor, deja de señalarme la almohada!

El sudor le corría por la espalda y formaba una mancha en la blusa, bajo los pechos. Se sentía como si tuviese fiebre, y sentía las sienes y la frente sudorosas.

Abrió la ventana y aspiró el aire fresco. La almohada era negra, con gruesos rebordes, y olía como una llanta de goma. Teddy seguía señalándola.

—Sí —dijo—, tráela aquí.

Greta la tocó; la goma era gruesa, como la de las botellas para agua caliente. Estaba lacia, llena de aire sólo hasta la mitad.

—Greta, querida mía..., una última cosa. Apriétamela contra la cara. Ya no puedo resistir más.

Greta cogió la almohada y se la abrazó contra los pechos. Sintió un intenso olor a goma. No podía hacerlo. ¡Qué forma más horrible de morir, debajo de aquel objeto maloliente, sintiendo los pulmones llenos de aquel olor a goma justo antes de morir! Peor que lo que de veras iba a acabar con él, se dijo mientras tocaba el borde elástico de la almohada. Peor aún que cualquier cosa que pudiese imaginar. No, no podía

hacerlo, y tiró la almohada por la ventana. Cayó en el Arroyo Seco, como un cuervo herido.

Teddy abrió los labios, la lengua salió de entre ellos. Estaba tratando de decir algo, pero el esfuerzo pudo con él, y se quedó dormido.

Greta se le acercó y le puso la palma de la mano en la boca. El aliento de Teddy no era más fuerte que el aire que mueve una mariposa al volar. A medida que oscurecía, las salas del sanatorio iban quedando en silencio. Los grajos hicieron un último vuelo ante la ventana de Teddy, y Greta le cogió la mano húmeda. Ya no podía mirarle, y tenía la cabeza vuelta hacia la ventana abierta, por la que veía cómo el Arroyo Seco se convertía en un pozo negro. Las Montañas de San Gabriel se fueron volviendo negras siluetas de algo grande, algo negro y sin rostro que se levantaba sobre el valle donde vivían los Waud entre cañones y naranjales, y donde Greta contenía el aliento hasta que pensó que se iba a asfixiar. Y cuando, por fin, no tuvo más remedio que abrir la boca para respirar y se secó las lágrimas con el puño, soltó la mano de Teddy. Volvió a poner la palma bajo su nariz, y entonces, en plena noche ya, se dio cuenta de que, por un esfuerzo de su propia voluntad, Teddy Cross se había ido para siempre.

Tercera parte

Dresde, 1930

El tren de Einar entró en Alemania. Se detuvo en un campo pardusco, cuyo terreno removido estaba plateado por la escarcha. Fuera el sol era débil en el cielo de enero, y los abedules que enmarcaban el campo se encogían contra el viento. Lo único que veía Einar eran campos y más campos que se perdían en el cielo gris. No había nada más. Nada, excepto un tractor diesel perdido en medio del invierno, cuyo asiento de metal rojo temblaba sobre sus muelles.

La policía de fronteras comprobaba los pasaportes en el tren. Einar oía a los agentes en el compartimiento contiguo; sus botas resonaban pesadamente contra la alfombra. Hablaban rápidamente, pero su voz parecía aburrida. Se oía el tenue quejido de una voz de mujer explicando su documentación, y uno de los policías, que repetía: «*Nein, nein, nein.*»

En el compartimiento de Einar entraron dos agentes, y él sintió cierta agitación en el pecho, como si fuese culpable de algo. Los policías eran jóvenes y altos, y sus hombros quedaban muy ceñidos en los uniformes, que a Einar le parecieron incómodamente rígidos. Tenían los rostros relucientes bajo las viseras de las gorras, tan relucientes como los botones de latón de sus puños, Einar pensó de pronto que aquellos policías, que acababan apenas de salir de la juventud, estaban hechos también de latón: eran igual de dorados, relucientes y fríos. Y tenían un olor como metálico, probablemente por la crema de afeitar, tal vez suministro del Gobierno. Uno de los policías se había mordido las uñas hasta no dejar casi nada de ellas, y su compañero tenía los nudillos arañados.

Inmediatamente le dio la impresión de que aquellos policías estaban decepcionados con él, como si, pasara lo que pasase, fuera incapaz de causarles la menor complicación. El que tenía las uñas mordidas le pidió el pasaporte, y en cuanto vio que era danés perdió incluso el poco interés que parecía sentir. Lo abrió mirando a su compañero. Ninguno de los dos agentes, que respiraban por la boca, se molestó en comprobar la información que daba el documento, ni tampoco en levantar a la luz la fotografía, sacada hacía mucho tiempo en un estudio fotográfico que olía a moho, situado cerca de la Torre Redonda, para compararla con el rostro de Einar. Ninguno de ellos dijo nada. El primero tiró el pasaporte al regazo de Einar, y el segundo, cuyos ojos se entrecerraron para fijarse mejor en él, se dio un golpecito en la tripa; los botones de cobre de sus puños temblaron, y Einar casi esperó que resonasen como campanillas. Y, sin más, se fueron.

Algo después, el tren volvió a tomar velocidad, y la tarde transcurrió mientras recorría los campos de Alemania, donde, en la primavera, hileras y más hileras de plantas de colza brotarían llenando el suelo de flores de un amarillo deslumbrante y el aire de un intenso, aunque no desagradable, olor a materia en descomposición.

El resto del viaje careció de incidentes. Greta le había preguntado si quería que fuese con él. Einar pensó que la había ofendido al decirle que no.

—Pero ¿por qué no? —le preguntó.

Estaban en la sala de estar de la casita, y Einar no contestó. Le resultaba duro decirlo, pero pensaba que no iba a tener el valor de lanzarse a aquella aventura si estaba en compañía de Greta, porque ésta le recordaría demasiado su vida anterior en común. Los dos, se repetía Einar, habían sido felices. Habían estado enamorados. Y si ella lo acompañaba, temía no sentirse capaz de acudir a la cita que tenía concertada con el profesor Bolk. Quizás, de haber ido juntos, le hubiese propuesto cambiar de tren en Francfort y dirigirse hacia el sur, de nuevo a Menton, donde la reluciente luz del sol y el mar eran capaces de hacer que todo pareciese menos complicado. Mientras le decía: «No, iré solo», casi sentía el olor de los limoneros del parque que se extendía delante del Casino Municipal. También era posible que, de haber ido con Greta, a medio camino hubiese decidido huir para dirigirse, junto con ella, a Bluetooth, donde ahora una familia que no era la suya vivía en la granja y trabajaba los campos, a fin de enseñarle la que había sido su habitación, con la cama con el colchón de pluma cada día más delgado y junto a la cual, en la pared había dibujos de Hans y Einar dormidos sobre una roca, y la cocina con la mesa de patas desconchadas, debajo de la cual se escondía Einar cuando su padre le decía a su abuela: «Tráeme más té, si no quieres que me muera.»

Antes de irse de París, Carlisle le había preguntado si se daba cuenta cabal de lo que le esperaba.

—¿Eres plenamente consciente de lo que Bolk se propone hacer contigo?

La verdad era que Einar no conocía los detalles. Sabía que Bolk iba a transformarlo, pero le costaba muchísimo trabajo imaginarse cómo. Habría una serie de intervenciones quirúrgicas, eso era evidente. Le extirparían el sexo, que cada vez más le parecía un inútil parásito, una oscura verruga.

—Sigo pensando que quizás sería mejor que te tratase Buson —insistía Carlisle.

Pero Einar se mostraba firme en preferir el plan de Greta; de noche, cuando todo el mundo estaba dormido, menos ellos dos, quietos bajo las sábanas, enlazados por el dedo meñique, Greta seguía siendo la persona de quien más se fiaba en este mundo.

—Déjame que te acompañe —insistió Greta, una vez más, mientras cogía la mano de Einar y se la llevaba al pecho—, no deberías pasar por todo eso tú solo.

—Pero es que únicamente puedo enfrentarme con ello si estoy solo. Si no... —Hizo una pausa—. Si no, me sentiré demasiado avergonzado.

De modo que Einar hizo el viaje solo. Veía su reflejo en la ventanilla. Tenía el rostro pálido y delgado en torno a la nariz. Le recordaba el de un ermitaño que llevase muchos años sin mirar por la ventana de su choza para ver qué había más allá.

Enfrente, sobre el asiento, estaba el *Frankfurter Zeitung*, que había dejado al levantarse para bajar del tren una señora que llevaba una criatura. En el periódico aparecía la nota necrológica de un hombre que había ganado una fortuna haciendo

cemento. Venía la foto del personaje, cuya boca estaba torcida en una mueca triste. Había algo patético en aquel rostro, quizá la grasa que hinchaba su barbilla y le daba un aire infantil.

Einar se retrepó en su asiento y observó su reflejo en el cristal de la ventanilla. A medida que caía la tarde, ese reflejo se volvía más sombrío y anguloso, de modo que para cuando se hizo de noche ya no reconocía su propio rostro en el cristal. Y entonces el reflejo desapareció, y fuera no se veía otra cosa que el distante pestañear de alguna aldea, mientras seguía sentado en la oscuridad.

No sabrían por dónde comenzar con su nota necrológica, se dijo. Greta escribiría el borrador y lo llevaría personalmente a la oficina del periódico. Quizás los jóvenes reporteros rubios de decreciente cabellera del *Nationaltidende* lo tomarían como base. Cogerían el borrador de Greta, lo reharían y publicarían una nota necrológica llena de errores.

Mientras escuchaba el traqueteo del tren bajo sus pies, se puso a pensar en cómo debería comenzar su nota necrológica:

Nació en un páramo. Era una niñita nacida envuelta en un cuerpo de niño en un páramo. Einar Wegener nunca se lo había dicho a nadie, pero su primer recuerdo era la luz del sol entrando por el calado del vestido de verano de su abuela. Las mangas holgadas y caladas se alargaban hacia la cuna para cogerlo en brazos. Y recordaba haber pensado —bueno, no pensado, sentido— que la intensa luz del sol que penetraba por aquel calado iba a rodearlo para siempre, igual que si fuera otro de los elementos esenciales para la vida, como el agua, la luz, el calor. Él llevaba puesto su vestido de bautismo. El encaje, bordado por las tías de su madre muerta, diestras encajeras, colgaba en torno a él. Le colgaba hasta cubrirle los pies, y esto recordaría más tarde a Einar las colgaduras de encaje que lucían las casas de los aristócratas daneses: el algodón teñido de azul caía hasta el suelo de la sala y se abría en abanico por las tablas de un suelo bien encerado por una doncella huesuda. En la casa donde había nacido Hans había muchas colgaduras de ese tipo, y la baronesa Axxil solía chascar la lengua —la lengua más fina que Einar había visto en su vida, y casi bífida— contra el paladar cada vez que la niña envuelta en un cuerpo de niño que había nacido en un páramo se acercaba a ellas para tocarlas.

La nota necrológica omitiría esta parte. También omitiría que Einar, borracho de cerveza Tuborg, orinó en el canal la noche que vendió su primer cuadro. Era un joven pintor que vivía en Copenhague, y sus pantalones de *tweed* le iban anchos, de modo que tuvo que hacerse otro agujero en el cinturón con un clavo y un martillito para que no se le cayeran. Estudiaba con una beca en la Academia Real de Bellas Artes; nadie esperaba de él que pintase en serio, sólo que aprendiese una o dos tretas sobre fondos y primeros términos y luego volviera a sus páramos, donde podría pintar los aleros de los ayuntamientos del norte de Jutlandia con escenas que representasen al dios nórdico Odín. Pero un buen día, a primera hora de una tarde de primavera, cuando el aire aún se cristalizaba en sus pulmones, un hombre envuelto en una capa pasó por la

Academia. Los cuadros de los estudiantes estaban colgados en el vestíbulo y por la pared de la escalinata de barandilla blanca donde, años más tarde, Greta cogería la cabeza de Einar entre las manos y se enamoraría de él. El pequeño paisaje del sombrío páramo que había pintado Einar estaba entre los cuadros allí colgados, en un marco purpurina que había pagado con el dinero que ganaba sometiéndose a experimentos médicos en el Hospital Municipal.

El hombre de la capa hablaba bajo, y se corrió enseguida por la Academia la voz de que era un marchante de París. Llevaba un sombrero de ala ancha adornado con una cinta de cuero y los estudiantes apenas le veían los ojos. Tenía un pequeño bigote rizado que le caía a ambos lados de la boca y dejaba tras de sí un tenue olor a papel de periódico, igual que un automóvil deja el humo de su escape. El director en funciones de la Academia, el señor Rump, se presentó al extranjero, y le llevó por las salas de la Academia, cuyos suelos eran grises y estaban sin barnizar; los limpiaban niñas huérfanas que aún no habían llegado a la pubertad. Rump trató de detener al extranjero ante los cuadros pintados por sus discípulos favoritos, chicas de pelo ondulado y pechos redondos como manzanas y chicos de muslos como jamones. Pero el hombre de la capa, de quien se decía, aunque nadie lo pudo confirmar luego, que había dicho: «Tengo olfato para el talento», rehusó dejarse convencer por las frasecitas del señor Rump. El extranjero meneó la cabeza con un gesto de aprobación ante el cuadro del ratón y el queso que había pintado Gertrude Grubbe, una chica cuyas cejas eran tan amarillas y vellosas que casi se diría que dos plumas de canario habían caído sobre su rostro. Se detuvo también ante la escena que mostraba a una mujer vendiendo un salmón, pintada por Sophus Brandes, un chico cuyo padre había sido asesinado en un *ferry* camino de Rusia por haber sonreído salazmente a la novia adolescente del asesino. Y, por último, el hombre de la capa se paró ante el sombrío paisaje del páramo de Einar. Representaba una escena nocturna, los robles y los sauces eran apenas sombras y el suelo parecía oscuro y resbaladizo como el aceite. En una esquina, junto a un pedrusco moteado de mica, había un perrito blanco, dormido a pesar del frío que evidentemente hacía. El día anterior, sin ir más allá, el señor Rump había declarado que aquel cuadro era «demasiado oscuro para la escuela danesa», y lo había colgado en uno de los peores lugares de la pared, junto al cuartucho donde las huérfanas guardaban sus escobas y se ponían los vestidos delantal sin mangas que el señor Rump las obligaba a llevar en la Academia.

—Éste es bueno —dijo el hombre, y se llevó la mano a la capa y sacó una cartera hecha, según se rumoreó, de piel de lagarto.

—¿Cómo se llama el pintor? —preguntó.

—Einar Wegener —dijo el señor Rump, cuyo rostro estaba tiñéndose del color cálido y reluciente de la cólera.

El extranjero le entregó cien coronas y descolgó el cuadro de la pared. Todos cuantos se encontraban en la Academia cerraron entonces los ojos, incrédulos y atónitos. Todos ellos, tanto el señor Rump como sus discípulos, que habían vigilado

la escena por las rendijas de las puertas de las clases, las administrativas, con sus blusas holgadas, y las chicas huérfanas, que tramaban en secreto un plan que luego no les salió bien y que consistía en tirar al señor Rump por una de las ventanas de la Academia. Y, en último lugar, también Einar Wegener, que estaba en aquel momento en la escalera, exactamente donde Greta le besaría más tarde. Y es que todo el incidente había sido tan extraño que la Academia en pleno, incrédula, quedó atónita y cerró los ojos al mismo tiempo, todos y cada uno de sus miembros, ya fuesen artistas o no, a la vez que meneaban colectivamente la cabeza. Y cuando volvieron a abrir los ojos, repuestos del susto, el sol pasaba ya por las espiras de Copenhague y llenaba los cristales de las ventanas de la Academia y el hombre de la capa se había ido.

La nota necrológica omitiría también ese día. Y la tarde de agosto que había pasado con Greta. Ocurrió antes de que se casasen, poco después del fin de la guerra. Greta había vuelto a Copenhague hacía sólo un mes. Se presentó ante la puerta del despacho de Einar en la Academia con un sombrero adornado con dalias, y cuando abrió, le dijo: «¡Venga, vamos!» Llevaban sin verse desde que se marchó a California, poco antes de comenzar la guerra. Einar dijo: «¡Hola, qué tal!», y ella se limitó a encogerse de hombros y decir: «¿Aquí o en California?»

Greta lo sacó sin más de la Academia y lo llevó a Kongens Nytorv, donde el tráfico se agitaba en torno a la estatua ecuestre de Cristián V. Delante del Teatro Real había un soldado alemán al que le faltaba una pierna; tenía el gorro cuartelero en el pavimento, para que le echasen monedas. Greta cogió a Einar por el brazo. No dijo más que: «¡Oh!» Dio limosna al soldado y le preguntó su nombre, pero el pobre hombre estaba tan neurótico por lo que había pasado en la guerra, que no la entendió.

—No me imaginaba esto —dijo Greta, cuando echaron a andar de nuevo—. Desde California la guerra parecía otra cosa.

Atajaron por la esquina de Kongens Have, donde los setos de boj necesitaban un poco de poda y los niños corrían escapándose de sus madres y jóvenes parejas estaban echadas en el césped sobre mantas de cuadros, deseosas de que el resto del mundo se fuese de allí de una vez y las dejase a solas. Greta no le dijo adónde iban, y Einar había decidido no preguntar. El día era luminoso y cálido, y las ventanas a lo largo de la Kronprinsessegade estaban abiertas; las cortinas caladas se agitaban mecidas por la brisa. Pasó un carro y Greta cogió a Einar por el brazo y le dijo:

—No digas nada.

Pero a Einar le latía violentamente el corazón, porque la chica que lo había besado en la escalinata de la Academia estaba de nuevo a su lado; había vuelto a su vida tan bruscamente como se había alejado de ella cinco años antes. Durante esos cinco años Einar recordó a Greta de vez en cuando como se recuerda un sueño turbador y fascinante. Durante la guerra había soñado a veces con ella en California. Pero, fundamentalmente, era su imagen corriendo por las salas de la Academia con sus pinceles bajo el brazo, con sus regatones metálicos reluciendo al sol, la que había persistido en su memoria durante el transcurso de la guerra. Greta era la estudiante

más ocupada que había conocido en su vida, siempre yendo a bailes y a espectáculos y siempre lista para ponerse a trabajar, aunque ello supusiese quedarse hasta tarde, hasta la hora nocturna en que la mayor parte de la gente lo que quiere es tomarse una copa e irse a dormir. Cuando pensaba en la mujer ideal, su pensamiento se dirigía cada vez más hacia Greta. Era más alta que cualquier otra, y mucho más activa. Recordaba un día en que levantó la vista de su mesa de trabajo, en su despacho, para mirar por la ventana, y la vio corriendo por entre el tupido tráfico que giraba en torno a Kongens Nytorv, con su falda gris azulada como un arado entre las ruedas y los parachoques de los carruajes y los automóviles, cuyos conductores no paraban de llamarle la atención a gritos y bocinazos. Y la veía agitando alegremente una mano y diciendo: «¿Qué más da?» Porque, ciertamente, Greta sólo se preocupaba por lo que le parecía importante, y a medida que Einar fue convirtiéndose en un hombre cada vez más silencioso y solitario, convencido de que siempre sería un inadaptado, de que para él sólo existiría la pintura, comenzó a pensar, también con creciente insistencia, en la mujer ideal. Y esa mujer ideal era Greta.

Y, un buen día, de pronto, Greta reapareció en su despacho una cálida tarde de agosto, y ahora le estaba guiando por las calles de Copenhague, bajo las ventanas abiertas de la Kronprinsessegade, donde se oían los gritos de los niños, listos ya para sus vacaciones de verano, y el gañido de los perritos falderos, de diminutas patitas, que pedían que los llevaran a dar un paseo.

Cuando llegaron a la calle donde vivía Greta, ésta le dijo:

—Camina agachado, para que no te vean.

Einar no entendió lo que quería decir con esto, pero ella le cogió la mano y los dos avanzaron procurando que los vehículos aparcados los ocultaran, calle abajo. La noche anterior había llovido y los bordillos de las aceras estaban húmedos, y el sol, contra las húmedas llantas de los coches, traía a la nariz un olor a goma caliente, un olor, por cierto, que luego recordaría cuando Carlisle lo llevaba en coche por París el verano en el que ellos —todos ellos— estaban planeando el futuro de Lili. Greta le guió de coche en coche, como cuando se trata de evitar el fuego enemigo. Siguieron así calle abajo; por la calle de Copenhague donde vivía el señor Janssen, propietario de una fábrica de guantes en la que un incendio había matado a cuarenta y siete mujeres encogidas sobre sus máquinas de coser de pedal; por la calle donde vivía la condesa Haxen, que, a los ochenta y ocho años de edad, tenía la mayor colección de tazas de té de todo el norte de Europa, una colección tan vasta, que ni siquiera *ella* tenía inconveniente, cuando le daba un ataque de ira, en tirar una de sus tazas contra la pared; por la calle donde vivía la familia Hansen, con sus hijas gemelas, las cuales eran tan rubias y bellas por duplicado, que sus padres estaban constantemente aterrados ante la posibilidad de que las raptasen; bajaron hacia la casa blanca de puerta azul y maceteros en las ventanas llenos de geranios que eran tan rojos como la sangre de las gallinas y cuyo aroma llegaba hasta el otro lado de la calle, amargo, intenso, un poco pesado. Era la casa donde había vivido el padre de Greta durante la

guerra; ahora que la contienda había terminado, volvía a Pasadena.

Medio ocultos por un lujoso automóvil, Greta y Einar observaron a los hombres de la mudanza, que bajaban los cajones por los escalones y los metían en el camión que esperaba. Einar y Greta olían los geranios y la paja de la mudanza y el sudor de los hombres que levantaban el pesado embalaje donde estaba la cama de dosel de Greta.

—Mi padre se va —dijo Greta.

—¿Y tú también?

—No, yo no, yo me quedo aquí, por mi cuenta. ¿No lo ves?

—¿Qué es lo que tengo que ver?

—Pues que por fin soy libre.

Pero Einar no lo veía, por lo menos, en aquel preciso momento. No veía que Greta necesitaba estar sola en Dinamarca, sin parientes en toda Europa, para poder convertirse en la mujer que quería ser. Necesitaba poner todo un océano y todo un continente entre su familia y ella para sentirse capaz, por fin, de respirar tranquila. Einar no veía que ésa era otra de las características insolentemente norteamericanas de Greta; la ardiente necesidad de romper con todo y empezar de nuevo. Desde luego, a él nunca le habría pasado por la cabeza comportarse de ese modo.

Y ésta era otra parte de su vida que la nota necrológica escrita por el *Nationaltidende* tendría que omitir. Los que la escribieran no sabrían de dónde sacar tales ideas. Y, como la mayor parte de los periodistas, aquellos jóvenes reporteros de decreciente cabellera rubia no se molestarían en comprobar sus fuentes. Falta de tiempo. Einar Wegener estaba desintegrándose. Sólo Greta recordaría de veras la vida que había llevado.

Aquella nota necrológica que no se escribiría nunca debería seguir así:

Hubo un día, el verano pasado, en el que Lili despertó en su habitación de la casita y se sintió insoportablemente acalorada. Era agosto. Por primera vez desde su boda, Greta y Einar decidieron no pasar sus vacaciones en Menton. Más que nada, a causa de la salud de Einar, que no estaba bien. Las hemorragias. La pérdida de peso. Los ojos, cada vez más hundidos en sus cuencas. Y, a veces, el no poder mantener erguida la cabeza en la mesa. Nadie sabía qué hacer. Nadie sabía lo que Einar quería que se hiciese. Y Lili despertó aquella mañana sintiéndose acalorada, cuando los humos de los camiones que descargaban en la charcutería de la esquina se levantaban hasta entrar por la ventana abierta y le llenaban la cara de hollín. Lili estaba echada en la cama, preguntándose si se levantaría en todo el día. Y la mañana pasaba, y ella miraba fijamente el yeso algo desconchado del techo y los pétalos blancos de la moldura del centro que había alrededor de la lámpara y le servían de soporte.

Y entonces oyó voces en la puerta de la calle. Un hombre, y luego otro. Eran Hans y Carlisle. Escuchó mientras los dos hablaban con Greta, aunque la voz de ésta no se oía, de modo que lo único que llegó a sus oídos fue lo que decían los hombres. Sus voces rasposas hicieron pensar a Lili en una garganta con barba de tres días.

Seguramente, Lili se quedó dormida, porque lo siguiente que notó fue que el sol entraba ahora en el cuarto por un ángulo distinto, por encima de los verdes tejados de cobre del otro lado ríe la calle, donde un halcón había hecho su nido. Pero Hans y Carlisle seguían hablando. Y luego los oyó junto a la puerta, y luego dentro de la habitación, a cuya puerta Lili llevaba tiempo pensando ponerle un cerrojo, pero nunca se animaba a hacerlo. Los vio entrar, y le pareció más un recuerdo que algo que estuviese sucediendo realmente. Los dos decían:

—Venga, levántate.

Y añadían:

—Pequeña Lili.

Ella sentía que le tiraban de los brazos, y también estos tirones eran más un recuerdo que algo que estuviese sucediendo. Uno de ellos le llevó una taza de leche a la boca. Otro le pasó un vestido por la cabeza. La llevaron al armario ropero de fresno en busca de un par de zapatos, y entonces le dio el sol de lleno y sintió que la piel se le encendía. Hans y Carlisle debieron de notarlo, pues enseguida le buscaron una sombrilla, una sombrilla de papel con varillas de bambú, y la abrieron inmediatamente.

En algún vehículo, la llevaron hasta las Tullerías, y una vez allí siguieron a pie. Enlazó sus codos a los de los dos hombres. Iban entre los álamos, bajo sombras ondulantes que le parecían grandes peces que estuviesen a punto de hender la superficie del agua y salir al aire libre. Hans trajo tres sillas plegables, y se sentaron al sol de la tarde mientras los niños pasaban ante ellos y los jóvenes amantes se paseaban y los hombres solitarios de ojos voraces se iban a su parte del parque, cerca de l'Orangerie. Lili pensó en la última vez que había estado sola en el parque; unas pocas semanas antes había ido allí a dar un paseo, y dos muchachitos pasaron ante ella, y uno le dijo: «*Lesbienne*.» Los muchachitos en cuestión tendrían diez u once años, tenían bozo rubio en las mejillas y sus pantalones cortos mostraban casi la totalidad de sus muslos lampiños, y, a pesar de todo, esos muchachitos tan monos habían conseguido lanzarle algo muy cruel, y muy equivocado.

Lili se sentó en compañía de Hans y Carlisle y tenía calor con el vestido que le habían escogido: era uno de los vestidos de manga holgada con diseño de conchas que procedían del apartamento alquilado de Menton. Lili sabía que su vida con Einar había terminado. Lo único que quedaba por dilucidar era si podría llevar su propia vida en la persona de Lili. ¿O se acabaría todo y podría, por fin, descansar? ¿Se irían juntos Lili y Einar, dándose la mano? Huesos enterrados en el páramo.

Einar sabía que también esto se omitiría en su nota necrológica. Esa nota lo diría todo, todo, excepto la vida que había llevado. Y entonces el tren comenzó a perder velocidad, y Einar abrió los ojos, y se oyó una voz que llegaba del fondo del pasillo, gritando:

—¡Dresde! ¡Dresde!

Greta estaba sentada en la otomana de terciopelo. El pelo le caía sobre el rostro, y Eduardo IV estaba en su regazo, tembloroso. Con Einar en Dresde, Greta se sentía súbitamente incapaz de ponerse a trabajar. No podía pensar en otra cosa que en él en Alemania, camino del laboratorio del profesor Bolk. Se imaginaba a Lili perdida en las calles de Dresde y a Einar asustado sobre la camilla del profesor. Greta hubiese querido ir a Dresde con él, pero se opuso; dijo que aquello era algo que tenía que hacer solo, y ella no conseguía comprenderlo. Tres horas después del tren de Einar, salía otro para Dresde, y Greta había comprado el billete. Aparecería en la Clínica Municipal de Mujeres unas horas después que él, y entonces no podría hacer nada para quitársela de encima. Sabía muy bien que Lili deseaba que estuviese a su lado. Pero, mientras hacía las maletas y pensaba si podría dejar a Eduardo IV con Anna, Greta, de pronto, se detuvo. Einar le había pedido que no fuese; oía en su memoria sus palabras, cuidadosamente pensadas, y recordó lo difícil que le había resultado decirlas.

Greta era más vieja ahora. Cuando se miraba al espejo, notaba una tenue, bella línea a cada lado de la boca, dos líneas que le recordaban la entrada de una cueva: sabía que esto era un poco exagerado, pero lo cierto era que estaban ahí. Se había prometido a sí misma que no se inquietaría por líneas o por arrugas, o incluso por unos pocos pelos grises que le habían aparecido en las sienes como la pelusa que aparece cogida en una escoba. Pero se preocupaba, aunque le costase mucho reconocerlo. Lo que hacía era no ocuparse de esa preocupación, mientras pasaban los meses y los años y se convertía cada vez más en el típico artista norteamericano residente en el extranjero, y mientras California se alejaba más y más, como si el terrible terremoto predicho por un doctor en física en el campus sombreado de palmeras de Cal Tech ya hubiese tenido lugar y toda la costa del Pacífico del soleado estado hubiese empezado a desplazarse y Pasadena estuviese separándose de la tierra firme, como un barco perdido, como una isla perdida, convirtiéndose, cada vez más, en un mero recuerdo.

Con la excepción, naturalmente, de Carlisle, que, durante el otoño, había estado paseando cada vez más por París, embarrándose en la lluvia las vueltas de los pantalones. El dolor de su espinilla iba y venía con las nubes que llegaban del Atlántico. Él y Lili salían de la casita amparados en sus paraguas, y Lili envuelta además en su impermeable color rosa, que parecía tan pesado, que Greta se inquietaba temiendo que pudiese con ella. Greta y Carlisle habían discutido sobre la elección de médico de Einar, y Carlisle le dijo con toda claridad que pensaba que la suya era una elección equivocada: «Podría acabar arrepintiéndose de ello», le había dicho. Esto a Greta le dolía, y siguió sintiéndolo como una crítica durante todo el

otoño, mientras Carlisle cambiaba la compresa en la frente de Lili, o se sentaba en la cama de Lili para jugar al póquer con ella, o la acompañaba a la Ópera. «Siento mucho que no puedas venir con nosotros», decía Lili, con su vocecita. «¡No trabajes demasiado!»

A veces Greta se sentía agobiada por su trabajo, como si ella fuese la única persona en el mundo que trabajaba, mientras los demás iban de un lado para otro pasándolo bien. Como si todo hubiese acabado por descansar sobre sus hombros, y todo su pequeño mundo íntimo fuese a sufrir una implosión si ella paraba y bajaba la cabeza. Pensaba en Atlas, que sostenía el mundo él solo. Y, sin embargo, esto no era justo, porque no sólo lo sostenía ella, sino que también era ella quien lo había creado. Había días en que estaba agotada, y sentía deseos de decírselo a alguien, pero no tenía a quién, de modo que debía contentarse con hablar con Eduardo IV mientras éste comía su cuenco de pellejo de pollo y ternillas.

Bueno, tenía a Hans.

El día después de que Einar saliese para Alemania, Hans había ido a visitarla. Acababa de pasar por la barbería, y tenía el pelo del cuello algo erizado y la piel sonrosada en los lugares por donde le habían pasado la navaja. Le hablaba a Greta sobre su nueva idea para una exposición: quería conseguir el permiso de la directora de un colegio particular de chicas para colgar una serie de retratos de Lili en sus paredes; esta idea le gustaba a Hans, y se le notaba por su manera de reírse mientras tomaba café.

Durante aquellos dos últimos años Hans había salido con varias mujeres, como Greta sabía muy bien; entre otras, una actriz de Londres y la heredera de una fortuna basada en la mermelada. Hans ponía buen cuidado en no hablar a Greta de esas mujeres y evitaba mencionar con quién había pasado el fin de semana en Normandía. Pero a Einar se lo decía, y la noticia pasaba a Greta gracias a la voy sorprendida y jadeante de Lili: «¡Una actriz cuyo nombre está en todos los anuncios luminosos de Cambridge Circus!», le decía. «¿Verdad que es estupendo para Hans?» «Sí, desde luego, tiene que ser muy agradable para él», replicaba Greta.

—¿Dónde se ha metido Einar? —preguntó Hans al cabo de un rato.

—Se ha ido a Alemania, para atender a su salud.

—¿A Dresde?

—¿Acaso te lo dijo? —Greta paseó la vista por la habitación, y la detuvo unos instantes en sus caballetes, los cuadros apoyados contra las paredes y la mecedora—. Lili se fue con él. Esto está muy silencioso sin ellos.

—Naturalmente que se fue con él —dijo Hans. Con una rodilla en el suelo, estaba desplegando los últimos retratos de Lili—. Me lo contó todo.

—¿Qué te contó?

—Lo de Lili. Lo del médico de Dresde.

—Pero ¿de qué estás hablando?

—Anda, Greta, déjate de tonterías. ¿Es que crees que no estoy enterado de todo?

—Levantó la cara para mirarla—. ¿Por qué tenías miedo de contármelo?

Greta se apoyó contra la ventana. Fuera caía una lluvia gélida que tamborileaba levemente contra el cristal. En el estudio había media docena de retratos nuevos de Lili, una serie que la representaba en el momento de arreglarse para salir, y en todos los cuales lucía el collar de perlas que Greta le había dado. Esos cuadros mostraban el color rosa de las mejillas de Lili y los rojos procedentes de su caja de maquillaje, que destacaban aún más por el contraste con el blanco plateado de su carne. En esos cuadros Lili llevaba un vestido sin mangas con el escote redondo y el pelo rizado.

—¿Reconoces realmente a Einar en estos retratos?

—Ahora sí —dijo Hans—. Me lo contó el otoño pasado. Le costaba mucho decidir si ponerse en manos del doctor Buson o del profesor Bolk. Un buen día apareció en mi oficina y se metió en mi despacho privado. Estaba lloviendo y había una tremenda humedad, de modo que al principio no me di cuenta de que había estado llorando. Estaba blanco, más blanco incluso que Lili en tus cuadros. Temí que fuera a desmayarse. Parecía que le costaba respirar, y noté que le temblaba la garganta. Le pregunté qué le pasaba, y me lo contó todo.

—¿Y qué le dijiste?

—Pues que eso explicaba muchas cosas.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—La actitud de Einar, y la tuya.

—¿La mía? —dijo Greta.

—Sí, por qué has estado tan a la defensiva todos estos años, tan hermética. En cierto modo, lo considerabas también tu secreto, no sólo suyo.

—Bueno, es mi marido.

—Sí, y me hago cargo de que tiene que haber sido difícil para ti.

Hans se puso en pie. El barbero también le había afeitado, pero pasando por alto un grano que tenía en la mejilla.

—No tan difícil como para él. —Greta sintió que una ola de alivio recorría su cuerpo; por fin, Hans lo sabía todo. Ya no necesitaba emplear subterfugios con él, y comenzaba a sentirse más tranquila—. Bueno, vamos a ver, ¿qué piensas de nuestro secreto?

—Einar es así, ¿no? ¿Acaso puedo culparle por ser como es?

Hans se le acercó y la estrechó entre sus brazos. Greta olió el mentol de la loción para el afeitado, y el pelo de la nuca de Hans le hizo cosquillas en la muñeca.

—¿Piensas que he hecho bien mandándole a Bolk? —le preguntó—. ¿No crees que he cometido un error?

—No —dijo él—, probablemente es su única oportunidad.

Hans apoyó a Greta contra la ventana, mientras el tráfico hacía saltar silenciosamente el agua de los charcos en la calle mojada. Pero ella no podía dejarle estrecharla entre sus brazos; después de todo, era la mujer de Einar. Tenía que desasirse de él enseguida, tenía que mandar a Hans de vuelta a la oficina con los

cuadros. Una mano de Hans le apretaba la espalda, y la otra la cadera. Apoyaba la cabeza en su pecho, y cada vez que respiraba sus narices se inundaban de mentol. Cada vez que trataba de desasirse, sentía que la abandonaban las fuerzas. Si no podía estar con Einar, quería estar con Hans. Cerró los ojos y apretó la nariz contra su pecho, y, justo en el momento en que se sentía más relajada y comenzaba a suspirar y a sentir que los años de soledad se desprendían de ella como una cáscara hueca, oyó el ruido que hacía la llave de Carlisle al girar en la cerradura de la puerta de la calle.

Einar pagó al conductor cinco marcos y el taxi se alejó. Sus luces pasaron junto al esqueleto invernal de una azalea y barrieron la calle. Luego el camino privado semicircular quedó a oscuras, excepto por la luz del farol que colgaba sobre la puerta. Einar veía elevarse su aliento y sentía el frío metérsele por los pies. Junto a la puerta había un botón de goma negra, y esperó un poco antes de apretarlo. La humedad se agolpaba en torno a las letras de la placa de latón, que decía: CLÍNICA MUNICIPAL DE MUJERES DE DRESDE. Una segunda placa daba la lista de los médicos de la clínica: Doctor Jürgen Wilder, Doctor Peter Scheunemann, Doctor Karl Scherres, Profesor Doctor Alfred Bolk.

Einar apretó el timbre y esperó. Dentro no se oía nada. La clínica parecía más bien un palacete, y estaba emplazada en un barrio donde abundaban los abedules y verjas de hierro con puntas como de lanza. Se oían ruidos de un animal entre los arbustos, un gato o una rata que trataba de resguardarse del frío. Una cortina de niebla descendía, y Einar casi se olvidó de dónde estaba. Apoyó la cabeza contra la placa de latón y cerró los ojos.

Volvió a llamar. Esta vez oyó dentro una puerta, y una voz, tan lejana como el ruido del animal entre los arbustos.

Por fin se abrió la puerta y una mujer de aire eficiente, con falda gris y tirantes apretados contra los pechos, apareció en el vano y se le quedó mirando. Tenía el pelo plateado y cortado justo al nivel de la mandíbula, y los ojos también grises. Daba la impresión de ser una persona que dormía poco, como si la almohadilla de piel de su garganta mantuviese erecta su cabeza mientras el resto del mundo reposaba.

—Usted dirá.

—Soy Einar Wegener.

—¿Quién?

—Vengo a ver al profesor Bolk.

La mujer apretó las manos contra los pliegues de su falda.

—¿El profesor Bolk?

—¿Está aquí?

—Tendrá que telefonar mañana.

—¿Mañana?

Einar se sintió repentinamente acorralado.

—¿Piensa que su chica está aquí? —preguntó la mujer—. ¿Ha venido por eso?

—No entiendo lo que quiere decir —dijo Einar. Sentía los ojos de la mujer fijos en él, en la bolsa donde estaba la ropa de Lili—. ¿Tienen una habitación preparada para mí? —se oyó preguntar Einar como en sueños.

—Pero ésta es una clínica de mujeres...

—Sí, ya lo sé.

Dio media vuelta y salió a la oscura calle, donde esperó en una esquina iluminada por una lámpara de pantalla cónica que colgaba de un cable en medio del cruce. Finalmente, paró un taxi y era ya más alba que noche cuando Einar se pudo acomodar en el Hotel Horitzisch, cerca de la Estación Central, en la Ciudad Vieja. Las paredes del Horitzisch eran tan finas que dejaban pasar las negociaciones de la prostituta que ocupaba la habitación contigua, y el dibujo del papel que las cubría imitaba un emparrado de jardín. Durante la noche Einar dejó su ropa sobre el edredón. Oyó a un tren entrar en la estación, con las ruedas rechinando a lo largo de los raíles. Allí unas horas antes, bajo la marquesina de cristal negro, una mujer con un abrigo ribeteado de piel de conejo le había invitado a acompañarla a su casa, y sólo de pensar ahora en ella la cara se le encendía de vergüenza. Su voz y la de la puta de la habitación contigua comenzaban a llenar la cabeza de Einar, así como la imagen de sus bocas pintadas y las hendeduras de sus tenues faldas, que mostraban provocativamente la pierna. Einar cerró los ojos y temió por Lili.

Cuando volvió a la clínica, al día siguiente, el profesor Bolk no lo pudo recibir.

—El doctor le telefonará —le dijo la mujer, que resultó llamarse Frau Krebs y llevaba la misma falda gris.

Al oír esto, Einar, que estaba en el pórtico de la clínica, bajo la lámpara, rompió a llorar. El día no era más caluroso que la noche anterior, y comenzó a temblar cuando oyó crujir la grava del camino bajo sus pies. No tenía nada que hacer, de modo que se dedicó a dar vueltas por la ciudad, hambriento y a la vez sintiendo náuseas.

En el Mercado Viejo y las tiendas que lo rodeaban reinaba una gran animación, y la cafetería anexa a la farmacia Hermann Roche estaba llena de empleados de banca que almorzaban. Los edificios se hallaban cubiertos de hollín, más oscuro que el cielo, y los toldos tenían pintados los nombres de tiendas cuyas cajas registradoras de bronce estaban cada vez más ociosas a medida que la recesión económica se agudizaba: carl schneider, mari en apotheker, seidenhaus, renner kaufhaus, hermann roche drogerie. Los coches aparcaban en el centro de la plaza. Dos muchachos que llevaban sombrero de *tweed* y pantalones cortos, la piel de sus piernas, azules y cuarteada, se ocupaban de aparcarlos. Una mujer con rizos sujetos en lo alto de la cabeza se bajó de su sedán; iba embutida en un vestido azul, y la cuña de su estómago ponía a dura prueba la resistencia de los hilos que sujetaban los botones de su blusa. Los dos muchachos llevaron su coche a un estrecho espacio vacío y luego comenzaron a reírse y a contonearse, burlándose de la mujer, que se estaba pintando los labios, indiferente a su hilaridad.

El menor de ambos muchachos levantó la vista y al ver a Einar redobló sus risotadas. Parecían hermanos, tenían la nariz puntiaguda y la risa cruel. Einar se dio cuenta de que ya no estaban riéndose de la mujer gorda, que ahora iba entre el tráfico y cruzaba las vías del tranvía, camino de Hermann Roche, donde había una oferta a mitad de precio de elixir bucal Odol y pomada Schuppen. Se reían de él, del hombre

de rostro hundido y cuyo abrigo le golpeaba las piernas. Einar observaba a través del cristal del escaparate a la mujer gorda, que tocaba los latas de Odol. Le habría gustado ser ella, examinar cuidadosamente los precios de la pirámide de latas, y echar una de pomada Schuppen en el cesto. Einar se la imaginó conduciendo su sedán camino de su casa, en Loschwitz, y dejando sus compras en el armarito del cuarto de baño, al lado del lavabo.

Siguió andando por la ciudad, mirando los escaparates. Una sombrerería también hacía rebajas, y había una cola de mujeres a la puerta de la tienda. Un tendero de ultramarinos estaba colocando sobre la acera una caja de repollos. Y Einar se detuvo ante el escaparate de una tienda de cometas. Dentro había un hombre con las gafas en la punta de la nariz que estaba ocupado doblando varas en una mesa de trabajo. A su alrededor había distintos tipos de cometas. Una como una mariposa, otra como un molinete. Cometas en forma de dragón y cometas con alas de papel de plata, como peces voladores. Había una cometa que representaba un águila, y otra pequeña y negra con ojos saltones, como de murciélago.

Einar fue a la taquilla de la Semperoper y compró una entrada para *Fidelio*. Sabía que allí acudían homosexuales, y temió que la mujer que lo atendía desde el otro lado del cristal, casi opaco a causa de su aliento, lo tomase por uno de ellos. Era joven y bonita, de ojos verdes, y resultaba patente que no quería mirar a Einar mientras cogía con repugnancia el dinero que éste le pasaba por la rendija de la taquilla, como si algo de ella se resistiese a aceptarlo. Y, una vez más, Einar se sintió abrumado ante la evidencia de que el mundo no acababa de darse cuenta de quién era realmente.

Luego, Einar subió los cuarenta y un escalones que conducían a la terraza de Brühlsche, en la orilla derecha del Elba, que dominaba un amplio panorama del río. Había en ella árboles de copa cortada en dado, y la bordeaba una barandilla de hierro en la que se apoyaban los paseantes para observar el infinito arco del Elba. El viento soplaba siguiendo el curso fluvial, y Einar se subió el cuello del abrigo. Un hombre con un carrito vendía bocadillos de bratwurst y vasitos de sidra. Le dio uno a Einar y le escanció la sidra. Einar sostuvo como pudo el vaso sobre la rodilla y mordió un extremo del humeante bratwurst, de pellejo tenso y crujiente. Luego tomó un sorbo de sidra y cerró los ojos:

—¿Sabe cómo le llaman a esto? —le preguntó el hombre.

—¿A qué?

—A esta terraza. La llaman el balcón de Europa.

El hombre sonrió; le faltaban unos cuantos dientes. Estaba esperando a que Einar terminase la sidra para llevarse el vaso. Desde la terraza, al otro lado del río, se veían las torres cóncavas del Palacio Japonés, y más allá de éste los tejados de la Ciudad Nueva y los palacetes de jardines bien cuidados, y más allá los campos abiertos de Sajonia. Desde la terraza se diría que el mundo entero se abría, expectante, a los pies de Einar.

—¿Cuánto le debo? —preguntó Einar.

—Cincuenta pfennigs.

El río parecía entre pardusco y grisáceo, y el agua estaba picada. Einar entregó al hombre la moneda de aluminio y bronce.

Terminó de beber la sidra y devolvió el vaso al hombre, que lo limpió con el faldón de su camisa.

—Que usted lo pase bien, señor —le dijo mientras se marchaba tirando de su carrito.

Einar lo miró, y vio a sus espaldas las fachadas de piedra amarilla y los tejados verdes de cobre de los grandes edificios rococó de Dresde, una de las ciudades más bellas que había visto en su vida: el Albertinum, la iglesia de la Virgen con su cúpula, la Grünes Gewölbe, la elegante plaza que se extendía delante de la ópera, y pensó que era un hermoso telón de fondo para el hombrecillo que tiraba de su carrito de bratwurst. Sobre la ciudad el cielo era de peltre y amenazaba tormenta. Einar se sentía frío y cansado, y, al levantarse para irse de la terraza de Brühlsche, tuvo la impresión de que su pasado se separaba de él y se alejaba.

Pasaron otros dos días antes de que el profesor Bolk le enviase recado de que podía recibirlo, y Einar volvió a la Clínica Municipal de Mujeres una luminosa mañana en que las aceras de la ciudad estaban húmedas y relucientes. De día, la clínica parecía más grande, un palacete color crema con ventanas arqueadas y un reloj en el alero. Estaba emplazada en un pequeño parque lleno de robles, abedules, sauces y acebos.

Frau Krebs le hizo pasar; lo acompañó por un largo pasillo de suelo de caoba negro y bien encerado. Había puertas a ambos lados, y Einar levantó los ojos y se sintió violento a causa de la curiosidad que lo inducía a mirar en el interior de cada estancia. A un lado del pasillo todas las habitaciones eran soleadas y tenían camas gemelas junto a las ventanas, con los edredones esponjados como sacos de harina.

—Las chicas están ahora en el jardín de invierno —le dijo Frau Krebs.

En la nuca, justo debajo del pelo, tenía una marca de nacimiento que semejava los restos de un poco de mermelada de frambuesa.

La clínica, le informó Frau Krebs, que iba un paso por delante de él, tenía treinta y seis camas. Arriba estaban los departamentos de cirugía, medicina interna y ginecología. Le señaló un pabellón que había al otro lado del patio, con un letrero sobre la puerta que decía: PATOLOGÍA.

—El departamento de patología es nuestra última adquisición —le dijo, con orgullo, Frau Krebs—. Es allí donde el profesor Bolk tiene su laboratorio.

Era un edificio cuadrado de estuco amarillo que hizo pensar a Einar, aunque se avergonzó de ello, en la cicatriz de viruela de Greta.

Su primer encuentro con el profesor Bolk fue breve.

—He hablado con su mujer —comenzó el profesor.

Einar, que se sentía acalorado embutido en su traje y su camisa de cuello almidonado, que le apretaba, se tendió en la camilla. Frau Krebs entró en la

habitación; sus zapatos negros rechinaban al andar. Entregó al profesor una carpeta. Bolk llevaba gafas de montura de oro que reflejaban la luz del techo y ocultaban el color de sus ojos. Era alto, más joven de lo que había pensado Einar y bien parecido. En seguida comprendió por qué le había caído bien a Greta: sus manos eran tan ágiles, y su nuez tan ligera, que, cuando hablaba, Einar se quedaba como hipnotizado por los movimientos de las manos que cortaban el aire como pájaros y aterrizaban en la esquina de la mesa, donde sus papeles estaban clasificados en tres cajas de madera, y también por la punta de su nuez, que puntuaba sus frases como el pico persistente de un pájaro carpintero.

El profesor Bolk dijo a Einar que se desnudase y se subiese a la báscula. Apoyó con fría firmeza el estetoscopio contra su pecho.

—Tengo entendido que es usted pintor —dijo, y prosiguió—: Está usted muy delgado, señor Wegener.

—Es que casi no tengo apetito.

—¿Por qué? —el profesor, al decir esto, cogió un lápiz que llevaba en la oreja y tomó una nota en un papel de la carpeta.

—Pues no lo sé.

—¿No intenta comer, aunque no tenga hambre?

—A veces es difícil.

Einar recordó las náuseas del año anterior. Al despertarse en el apartamento lleno de sol, el estómago le dolía como si la noche anterior hubiera recibido una sesión de rayos X del doctor Hexler. Y se había acostumbrado a poner un orinal junto a la cama, que Greta vaciaba por las mañanas sin decir nunca una sola palabra de queja o lástima, limitándose a acariciarle suavemente en la frente.

El consultorio del profesor Bolk tenía azulejos verdes hasta la mitad de las paredes. En el espejo que había sobre el lavabo, Einar veía el verde reflejado en su rostro, y pensó, de pronto, que debía de ser la persona más enferma de la Clínica Municipal de Mujeres de Dresde, porque la mayor parte de las que acudían a ella no estaban enfermas, sino, más bien, deseosas de librarse de las consecuencias de una sola noche pasada con un apuesto muchacho a quien ya nunca más volverían a ver.

—Cuénteme lo que pinta —le dijo el profesor Bolk.

—Poca cosa, últimamente.

—¿Y eso por qué?

—A causa de Lili —se arriesgó a decir Einar.

Era la primera aparición de Lili en la conversación, y Einar se preguntó qué sabría de ella el profesor Bolk: ¿habría oído hablar de la bonita chica de cuello como un tallo de flor que estaba tratando de salir de la piel reseca y enferma de Einar?

—¿Le ha hablado su mujer de mis planes? —le preguntó el profesor.

Los azulejos verdes y la áspera luz que llegaba del techo teñían de color verde oliva el rostro del profesor Bolk; sus mejillas tenían el tono carnosos de la masa de pan. ¿Sería que la piel de Einar se había vuelto de veras ligeramente verde? Einar se

llevó las puntas de los dedos a las mejillas y notó que estaban empapadas de sudor.

—¿No le dijo lo que tengo intención de hacer?

Einar asintió.

—Me dijo que me va a convertir en Lili para siempre.

Esto no era lo único que le había dicho Greta. También le había dicho: «Esto o nada, Einar. Es tu única oportunidad.»

—¿Puede cenar conmigo esta noche en el Belvedere? —le dijo el profesor Bolk—. ¿Sabe dónde está? En la otra orilla del Elba, junto a la terraza de Brühlsche.

—Sé dónde está.

La mano del profesor Bolk, cuya palma estaba sorprendentemente húmeda, cayó sobre el hombro de Einar al mismo tiempo que le decía:

—Einar, escúcheme con atención. Le comprendo. Comprendo lo que usted quiere.

Cenaron juntos en el Belvedere. El vestíbulo del restaurante era blanco y dorado, y fuera, a través del pórtico, la niebla del atardecer se volvía de un fuerte azul sobre el Elba y los distantes altos de Loschwitz. En el comedor había grandes tiestos con palmeras, y en un pequeño escenario una orquestina tocaba las oberturas de Wagner.

Un camarero les trajo una botella de champán en una cubeta de plata con hielo.

—Esto no es una celebración —dijo el profesor Bolk mientras el camarero descorchaba la botella y un sonoro «¡pop!» llenaba el comedor, lo que provocó que en las mesas vecinas mujeres con el cuello envuelto en invernales terciopelos se volviesen a mirar.

—Pues a lo mejor debía serlo —dijo Einar, cuya voz se mezcló con el tenue ruido de los cuchillos de pescado que el camarero estaba poniéndoles en la mesa.

Einar se puso a pensar en Lili, a quien había tenido intención de enviar en su lugar a la cena del Belvedere.

El profesor Bolk abrió en canal su trucha con su cuchillo de pescado, separó a continuación el delgado pellejo y dejó al descubierto la carne rosada.

—Si quiere que le sea franco —dijo—, la primera vez que vi a una persona como usted no sabía muy bien a qué carta quedarme. Al principio pensaba que era un caso sin solución posible.

Einar casi se quedó sin aliento.

—¿O sea que ha tratado antes a personas como yo?

—¿No le contó su mujer la experiencia que tuve con otro hombre? —Y al decir esto se inclinó hacia Einar—. Otro hombre que estaba en el mismo caso que usted.

—No —dijo Einar—, no me dijo nada de eso.

—Se trata de un hombre al que quise ayudar —dijo entonces el profesor Bolk—, pero se escapó antes de que tuviese tiempo de comenzar. Tenía demasiado miedo a no poder soportarlo. Y la verdad es que lo comprendo.

Einar se quedó pensativo: ¿no poder soportar qué? Era evidente que el profesor lo consideraba más enterado de lo que estaba. Se puso a hablar del paciente anterior. Era

un hombre tan convencido de ser mujer, que había comenzado a llamarse a sí mismo Sieglinde Tannenhau, hasta cuando iba vestido de hombre. Era cobrador del tranvía que iba de Wolfnitz a Klotsche, e insistía en que le diesen el tratamiento de señorita. Ninguno de los pasajeros entendía la razón, se limitaban a mirar sorprendidos a aquel hombre de uniforme azul y corbata negra, sin comprender lo que quería decir.

—El caso es que el hombre desapareció la mañana en que iba a operarlo — explicó el profesor Bolk—, desapareció de su habitación de la clínica, y sin que Frau Krebs le viera, cosa de verdad difícil. Y no volvió. Regresó a su trabajo, en el tranvía, pero ahora iba vestido con la versión femenina del uniforme de cobrador, o sea, una falda azul oscuro con un cinturón de lona.

El camarero se acercó para llenarles las copas. Einar se daba cuenta de lo que quería decirle el profesor. La hoja curva del cuchillo de pescado reflejaba la luz del candelabro de la mesita que había a sus espaldas. Se dijo que lo suyo sería una especie de intercambio. Le cambiaría la carne esponjosa que le colgaba entre las piernas por alguna otra cosa.

Fuera, el Elba fluía oscuramente, y un barco de ruedas, lleno de luces, pasaba por debajo del puente de Augusto. El profesor Bolk dijo:

—Me gustaría empezar la semana próxima.

—¿La semana próxima? ¿No puede empezar antes?

—No, tendrá que ser la semana próxima. Quiero que ingrese en la clínica, descanse y gane algo de peso. Necesito que esté lo más fuerte posible. No podemos arriesgarnos a que haya infección.

—¿Una infección de qué? —preguntó Einar, pero entonces el camarero se acercó de nuevo a su mesa y con sus manos venosas la despejó de platos y de cuchillos de pescado y luego la limpió de migas con un cepillito de mango de plata.

Einar volvió en taxi al Horitzisch. La prostituta de la habitación contigua había salido, de modo que pudo dormir muy bien; sólo se agitaba un poco cada vez que algún tren entraba chirriando en la estación. Cuando se levantó, al amanecer, fue a bañarse al cuarto de baño que había pasillo abajo, que tenía la puerta rajada y carecía de calefacción. Se puso una falda marrón, la blusa blanca de cuello de encaje, una gruesa chaqueta de lana y un sombrerito ladeado en la cabeza. Su aliento empañaba el espejo, que mostraba su pálido rostro. Entraría en la clínica como Lili, y Lili era quien saldría de la clínica avanzada la primavera. Esto no era una decisión, sino la simple progresión de los acontecimientos. En el cuarto de baño del Hotel Horitzisch, entre el estridente rechinar de los trenes que entraban rugiendo en la estación, que se filtraba por las rendijas de la puerta, Einar Wegener cerró los ojos, y, cuando los abrió, era Lili.

Cuando llegó a la clínica, Frau Krebs rellenó los formularios de ingreso y le ordenó que se pusiese una de las batas blancas de la clínica, ceñidas a la cintura por un

cinturón de cuerda trenzada.

Frau Krebs, cuya cara estaba llena de capilares reventados, lo que daba a sus mejillas un color sonrosado, condujo a Lili a la parte trasera de la clínica, donde descansaría durante el resto de la semana. En el cuarto había una cama y un escabel de tubo metálico para reposar los pies. Frau Krebs descorrió la cortina amarilla de la ventana. La habitación daba a un pequeño parque que descendía hasta un campo que se extendía al borde del Elba. En invierno el río era color azul acero, y Lili vio a los marineros encogerse de frío en sus sobretodos en la cubierta de un carguero.

—Estará a gusto aquí —le dijo Frau Krebs.

En el cielo las nubes se movían, y de repente se abrió un claro entre ellas. Una columna de luz cayó sobre el Elba y dibujó en el agua, delante del carguero, un nítido círculo tan dorado como el collar que ceñía el cuello de Lili.

Frau Krebs carraspeó:

—El profesor Bolk me dijo que vendría —dijo—, pero se le olvidó darme su nombre. Muy propio de él.

—Lili.

—¿Lili qué?

En el cielo se abrió un gran boquete azul pálido al moverse otra nube, el río se iluminó y los marineros, envueltos en sus sobretodos, levantaron la vista. Lili pensó conteniendo el aliento, y dijo al cabo:

—Elbe. Lili Elbe.

Esa tarde Lili bajó a tomar el té al jardín de invierno. Se sentó en una silla metálica y no tardó en sentir el sol en su rostro a través del cristal. El día se había aclarado y ahora el cielo estaba azul. El sol había calentado la solana lo suficiente para empapar el aire del aroma húmedo de los helechos retorcidos y la hiedra que subía por las paredes. El jardín de invierno daba al Elba, y el viento que había despejado las nubes hacía cabrillear ahora al río. Las olitas recordaron a Lili el Kattegat y los cuadros que Einar había pintado del mar invernal. Años atrás, Lili solía sentarse en la silla de asiento de cuerda de la Casa de las Viudas y contemplaba interminablemente los cuadros de Einar. Los contemplaba con una sensación de lejanía, como si los hubiese pintado algún antepasado de quien se sintiese vagamente orgullosa.

Durante la semana, Lili se levantaba tarde; era como si cuanto más reposase, tanto más cansada se sintiese. Por las tardes bajaba a tomar té con tarta al jardín de invierno. Se sentaba en una silla metálica, con la taza de té en equilibrio sobre la rodilla, y saludaba tímidamente con la cabeza a las otras chicas, que se reunían allí para cotillear. De vez en cuando, alguna de ellas se echaba a reír tan alto que llamaba su atención: veía un círculo de chicas, chicas jóvenes, con el pelo bastante largo y los vientres prominentes, con distintos grados de hinchazón, bajo la bata de reglamento de la clínica, ceñida con un cinturón de cuerda trenzada. La mayor parte de las internas estaban en la clínica por esa razón, como Lili sabía muy bien; y las

observaba por el rabillo del ojo, pero no con desdén, sino con interés y anhelo, porque todas parecían conocerse entre sí, y ninguna de ellas, a juzgar por sus risas estridentes, tan fuertes que Lili temía que aquellos proyectiles cristalinos acabaran rompiendo los cristales de las ventanas, parecía inquietarse lo más mínimo por tener que pasarse los meses siguientes en la Clínica Municipal de Mujeres de Dresde. La clínica semejaba una sociedad, una sociedad a la que todavía no pertenecía. A lo mejor, algún día ingresaría en ella, se dijo Lili. Notaba el calor del sol en las rodillas y en las muñecas, y volvió estas últimas de modo que su parte inferior sintiese también el agradable calorcillo que empezaba a invadir todo su cuerpo.

Sabía que el profesor Bolk quería que engordase. Frau Krebs le traía por las tardes un plato de arroz con leche, en el que tenía el delicado detalle de esconder una almendra, según la costumbre danesa. La primera vez que Lili se llevó el pastoso arroz a la boca y encontró la almendra, levantó los ojos y dijo, en danés, olvidándose de donde estaba: «*Tak, tak.*»

El tercer día que pasó en la clínica, Lili estaba sentada en el jardín de invierno cuando notó los brotes verdes de los azafranes al otro lado de la pared de cristal. Eran brillantes y se movían mecidos por la brisa. Se destacaban contra el césped del fondo, pardusco y desigual, que Lili se imaginaba desenrollándose como una alfombra verde a lo largo de las semanas siguientes. El río era de color aceite aquel día, y su corriente fluía lenta y empujaba a un carguero de poco calado cuya cubierta estaba llena de toldos negros muy tensados con cables.

—¿Piensas que la primavera vendrá pronto?

—¿Cómo dices? —dijo Lili.

—Es que me fijé en que estabas contemplando los azafranes.

Una de las chicas había acercado su silla metálica a la de Lili y la había colocado de modo que las dos se podían mirar a través de la mesa de hierro fundido.

—A mí me parecen tempranos —dijo Lili.

—Este año no me extraña —dijo la chica, cuyo cabello, de un rubio oscuro le caía sobre los hombros y cuya nariz era respingona. Resultó llamarse Ursula, era huérfana y venía de Berlín. Aún no había cumplido los veinte años, y si había ido a parar a Dresde era a causa de la más tonta de las equivocaciones. «Estaba convencida de estar enamorada de él», le confesó más tarde.

El día después de conocerse, el sol era más fuerte todavía. Lili y Ursula, con jerséis de cuello alto y sombreros de piel con orejeras que les había prestado Frau Krebs, salieron a pasear por el parque. Bajaron por el camino que atravesaba el campo de azafranes, que se extendían por él como un sarpullido. Allá fuera, dominando el Elba, en medio de una brisa que era más violenta de lo que Lili había pensado mirando desde dentro del jardín de invierno, Ursula preguntó:

—¿Y tú, Lili, por qué estás aquí?

Lili sopesó la pregunta mordiéndose el labio y metiéndose las muñecas mangas adentro. Finalmente, dijo:

—Es que estoy mala por dentro.

Y Ursula, con su boca de labios prominentes, respondió:

—Ya, ya veo.

A partir de entonces, las dos chicas tomaban juntas el té con tarta todas las tardes. Cogían bombones de una de las muchas cajas que Ursula había sacado a escondidas en su último lugar de trabajo.

—Estos bombones son la causa de todas mis desdichas —dijo Ursula, que le mostró a Lili uno en forma de concha y al punto se lo metió en la boca.

Ursula le habló a Lili de la chocolatería que había en el paseo Unter den Linden, donde había trabajado, a la que los hombres más ricos de Berlín corrían a la hora del almuerzo, o a las cinco de la tarde, con los abrigos colgando sobre sus brazos, para comprar cajas de tres pisos de bombones, envueltas en papel de oro y atadas con cinta de satén.

—Seguramente, pensarás que es de uno de ellos de quien me enamoré —le dijo Ursula a Lili mientras ponía su taza en el platillo—, pero no fue así. Fue de un chico que estaba en el obrador mezclando la leche y el cacao molido y los sacos de nueces y la mantequilla en los tanques.

Eran tanques tan grandes, que los dos amantes se escondían en ellos cuando estaban vacíos. El chico se llamaba Jochen y tenía pecas desde la cabeza hasta los pies. Era de Cottbus, y había ido a Berlín a hacer fortuna, pero ahora trabajaba en aquellos tanques de acero inoxidable y con la hoja mezcladora, que, de no poner cuidado, podría cogerle la mano huesuda y darle cien vueltas en menos de un minuto. Pasaron cuatro meses sin que Ursula y Jochen se hablasen, pues las chicas, de uniforme rosa abotonado hasta el cuello, tenían prohibido hablar con los oficiales del obrador, donde el aire era caliente y olía a sudor y a chocolate dulciamargo, y estaba lleno de palabrotas que casi siempre se referían a las partes genitales de las chicas que trabajaban detrás de los mostradores de cristal situados en la delantera de la tienda. Así estaban las cosas cuando, un buen día, Ursula tuvo que ir al obrador a preguntar cuándo acabarían la siguiente partida de tabletas de chocolate con nueces, y Jochen, que entonces tenía diez y siete años, se echó el gorro sobre la nuca y le dijo:

—Hoy ya no hay chocolate con nueces. Dile a ese mamón que se puede ir a casa y pedir excusas a su mujer.

Y fue así como el corazón de Ursula se llenó de amor.

Lo demás, Lili se lo imaginó sin dificultad: el primer beso en el obrador; el suave revolcón en el tanque de acero inoxidable; la pasión en plena noche, cuando la chocolatería estaba silenciosa, cuando todas las hojas mezcladoras estaban inmóviles; los gemidos de amor.

Qué triste, pensó Lili, sentada en su silla metálica mientras el sol de la tarde caía sobre el Elba. En sólo cinco días ella y Ursula se habían hecho amigas. Y, a pesar de la difícil situación en que se hallaba ahora Ursula, Lili anhelaba que le pasase algo parecido. Sí, se decía, me pasará lo mismo: amor instantáneo; incontenible,

lamentable pasión.

A la mañana siguiente, el profesor Bolk apareció a la puerta de su habitación.

—Haga el favor de no comer nada hoy —le dijo a Lili—, ni siquiera nada con el té. Lo que se dice nada en absoluto. —Y añadió—: Mañana es el día.

—¿Está seguro? —preguntó Lili—. ¿No cambiará de idea?

—Tenemos apalabrado el quirófano. Los turnos de las enfermeras ya están asignados. Ha engordado usted. Sí, estoy seguro. Mañana es su día, Lili.

Y, sin más, se fue.

Lili bajó a desayunar al comedor, una sala de ventanas arqueadas y suelo de tablas de pino con un mostrador lleno de platos con fiambres y cestos de pan de semillas y una gran cafetera. Cogió su café y se lo llevó a una mesa que había en una esquina, y allí se sentó a solas. Con un cuchillo de untar mantequilla abrió la carta de Greta.

Querida Lili:

¿Qué tal estás en Dresde? ¿Y el profesor Bolk? Doy por supuesto que a estas alturas ya le habrás visto. Su reputación es impresionante. Es casi famoso, y, posiblemente, después de tu caso lo será por completo.

Aquí, en París, no pasa nada digno de mención. Trabajo mucho menos desde que te fuiste. Tú eres el tema ideal para pintar, y cuando no estás es difícil encontrar a nadie que tenga tu belleza. Hans estuvo aquí ayer. Le preocupa el mercado del arte. Dice que el dinero empieza a escasear, y no sólo aquí, sino en toda Europa. Pero eso a mí me tiene sin cuidado. Nunca me ha preocupado, y de sobra lo sabes. Se lo dije así a Hans, y él me contestó que para mí era fácil, porque Einar y yo siempre tendríamos algo que vender. No sé, la verdad, por qué dijo eso, pero supongo que sería verdad si Einar pintase todavía. ¿Has pensado en pintar alguna vez, Lili? Quizá debieses comprarte una cajita de acuarelas y un cuaderno de apuntes para entretenerte, porque allí el tiempo debe de pasar muy despacio para ti. Diga lo que diga la gente, Dresde no es París, de eso estoy segura.

Espero que estés a gusto. Eso es lo que más me preocupa. Me hubiese gustado ir contigo, pero me hago cargo de que hay cosas que uno debe hacer a solas. Dime, Lili, ¿no piensas a veces en cómo serán las cosas cuando todo esto haya terminado? ¡Qué libertad! Así es como lo veo yo. ¿También tú? Espero que sí. Y lo espero porque es como debería presentarse para ti la nueva situación. A mí, por lo menos, así es como se me presenta.

Escríbeme en cuanto puedas. Eduardo IV y yo te echamos de menos muchísimo. Él duerme en tu canapé. Yo, por mi parte, casi no duermo.

Si quieres que vaya, dímelo, puedo presentarme allí en veinticuatro horas.

Con todo mi amor,

GRETA

Lili se puso a pensar en su vida en la casita: el viejo cuarto de trabajo de Einar, ordenado y tal como él lo había dejado. La luz matinal entraba en el estudio de Greta. La otomana acolchada de terciopelo, hundida por el peso del apuesto Carlisle. Y Greta, con su bata de pintar, endurecida por una docena de manchas de pintura, y con el cabello cayéndole como una cascada de agua helada espalda abajo. Y Hans, tocando el claxon en la calle, repitiendo el nombre de Lili. Lili quería volver, pero eso, ahora, resultaba imposible.

Por la tarde volvió a ver a Ursula, que tenía las mejillas rojas de correr escaleras abajo.

—¡Me ha llegado carta de él! —dijo blandiendo el sobre—. ¡De Jochen!

—¿Cómo sabías dónde estabas?

—Es que le escribí. No pude remediarlo, Lili. Me derrumbé y le escribí y le dije cuánto le quería, y que todavía no era demasiado tarde. —Llevaba el pelo recogido en una cola y parecía más joven, con las mejillas rellenas y los hoyuelos gemelos—. ¿Qué piensas que me dirá?

—Pues averígualo —dijo Lili.

Ursula abrió el sobre y sus ojos comenzaron a recorrer la carta. Su sonrisa empezó a desaparecer casi imperceptiblemente, y para cuando volvió la página su boca era una especie de tenso frunce. Luego se pasó el revés de la mano bajo la nariz y dijo:

—Dice que a lo mejor viene a visitarme. Si consigue ahorrar suficiente dinero y que le den permiso en la chocolatería.

—¿Y tú quieres que venga?

—Pues, sí, pienso que sí. —Luego añadió—: No debo hacerme muchas ilusiones, sin embargo. A lo mejor le cuesta que le den permiso en la tienda. Pero dice que vendrá si tiene tiempo.

Durante varios minutos no se dijeron nada. Luego Ursula carraspeó y dijo:

—Tengo entendido que te van a operar.

Lili asintió. Se puso a fruncir la tela de su vestido.

—¿Y qué te van a hacer? ¿Quedarás bien? ¿Serás la misma cuando terminen contigo?

—Estaré mejor —dijo Lili—. El profesor Bolk va a hacer que me sienta mejor.

—¡El escalofriante Bolk! Espero que no te haga alguna barbaridad. Bolk el del Bisturí. Así es como lo llaman, por si no lo sabías. Siempre está dispuesto a abrirte en canal con su bisturí.

Por un segundo, Lili sintió miedo.

—Perdóname —dijo Ursula—, no quise asustarte. Ya sabes lo que son las chicas. No saben de lo que hablan.

—No te preocupes —le dijo Lili.

Luego, en su habitación, Lili se preparó para acostarse. Frau Krebs le había dado una pequeña píldora que parecía de cal.

—Para que duerma mejor —le dijo, y se mordió el labio.

Se lavó la cara en el lavabo con un paño color rosa. El maquillaje —el polvo naranja pálido, el rosado de su lápiz de labios, el pardo de la cera que usaba para las cejas— corrió por el lavabo y se diluyó en el agua. Cuando cogía el lápiz de cejas, de punta cerosa, con los dedos listos para trazar la línea, le llenaba el pecho una extraña sensación, como si estuviera reviviendo algo. Einar era artista, y Lili se preguntaba si esa sensación, una tensa agitación bajo las costillas, era lo que experimentaba al poner la punta del pincel sobre la áspera extensión de un lienzo nuevo. Se estremeció y sintió subirle garganta arriba el regusto de algo que no distaba mucho del arrepentimiento, pero tuvo que tragárselo inmediatamente, no sin esfuerzo, para que no se le escapase el somnífero.

A la mañana siguiente se sentía soñolienta y pesada. Llamaron a la puerta. Una enfermera con el pelo recogido en la cabeza sacó a Lili de debajo de las sábanas. Una silla de ruedas que parecía oler a alcohol y acero estaba esperando junto a su cama para llevársela. Apareció, lejano, el rostro del profesor Bolk, que le preguntó:

—¿Está bien? A ver, dejadme que me cerciore de que está bien.

Eso fue casi todo lo que quedó grabado en la mente de Lili aquella mañana. Se daba cuenta de que todavía era temprano y de que la llevaban en la silla de ruedas por el pasillo de la clínica antes de que el sol se levantase sobre los campos de colza al este de Dresde; sabía que las puertas de vaivén con ventanilla redonda se habían cerrado a sus espaldas antes de que la luz del alba tocase las piedras angulares de la terraza de Brühlsche, desde donde había mirado el Elba y la ciudad y toda Europa, y donde se había convencido a sí misma de que nunca más volvería a mirar hacia atrás.

Cuando despertó, vio una cortina amarilla de fieltro corrida frente una ventana. Enfrente había un armario ropero con una sola puerta con un espejo y una llave de la que pendía una borla de hilo azul; al principio pensó que sería el armario ropero de fresno, y entonces recordó, aunque eso le había ocurrido a otra persona, la tarde en que el padre de Einar lo encontró en el cuarto de su madre con un chal amarillo en la cabeza.

Lili estaba echada en una cama que tenía unos tubos metálicos en los pies, por lo que sintió como si mirase a través de una ventana con rejillas. El papel de la habitación tenía un diseño rosa y rojo de ramilletes de flores. En la esquina había una silla cubierta con una manta. Junto a la cama había una mesa de caoba cubierta con un tapete de encaje y una tacita con violetas. La mesa tenía un solo cajón, y Lili se preguntó si sus cosas estarían metidas en él. En el suelo había una alfombra de color tierra, gastada en algunos puntos.

Trató de incorporarse, pero un dolor pesado se extendió por el centro de su cuerpo, y volvió a dejarse caer sobre la almohada, que era dura y estaba rellena de plumas cuyos cañones se le clavaban en la piel. Hizo girar los ojos una y otra vez hasta que todo en torno a ella se volvió negro. Pensó en Greta, y se preguntó si estaría ahora en aquella habitación, en la esquina enfrente de la ventana, pero no tenía fuerzas para volver la cabeza y comprobarlo. No sabía lo que le había ocurrido, por lo menos, no lo sabía en aquel preciso momento, mientras el cloroformo todavía le hacía cosquillas en las ventanillas de la nariz. Sabía que estaba enferma, y al principio pensó que era un niño con el apéndice reventado en el hospital provincial de Jutlandia que tenía los pasillos de suelo de goma; eso había ocurrido cuando tenía diez años. Hans llegaría enseguida, aparecería en la puerta con un ramillete de florecillas silvestres. Pero eso carecía de sentido, porque Lili estaba pensando también en Greta, que era la esposa de Einar. Y esto la indujo a preguntarse, casi en voz alta: «¿Dónde está Einar?»

Pensó en todos ellos: en Greta, y en Hans, y en Carlisle, cuya voz, serena y persistente, resultaba efectiva para aclarar las cosas. Pensó en el asustado Einar, perdido en su traje holgado, separado de los demás, aparte, en cierto modo, siempre aparte. Levantó los párpados. En el techo había una bombilla rodeada de una reluciente pantalla. De ella partía un largo cable, y Lili se fijó en que llegaba hasta el lado de su cama, y en que su extremo estaba rematado por un botón color pardo. El botón yacía sobre la manta verde, y durante mucho tiempo Lili pensó soltar la mano, que tenía cogida la manta, y pulsar el botón pardo, y así apagar la luz. Se concentró en esta idea, el botón pardo era un pedazo de madera tallada como las que suele haber a lo largo del alambre de los ábacos. Finalmente, cuando Lili hizo un esfuerzo para soltar la mano, el dolor que le causó el esfuerzo de mover el cuerpo reventó en ella como una explosión de luz caliente. Su cabeza volvió a caer sobre la almohada, hundiéndose en ella, y las plumas de la almohada se concentraron contra su cráneo, y tuvo que cerrar los ojos. Unas horas antes, cuando apenas había despuntado la mañana, a manos del profesor Alfred Bolk, Einar Wegener había pasado de ser hombre a ser mujer: dos testículos fueron extraídos del envoltorio cercenado de su escroto. Y entonces Lili Elbe se sumió en la inconsciencia durante tres días y tres noches.

Greta no podía soportarlo. Se abotonaba la bata de pintar y se echaba el pelo para atrás con el peine de concha de carey y mezclaba los colores en sus cuencos de Knabstrup y se quedaba en pie ante el retrato a medio terminar de Lili, pero seguía sin saber cómo acabarlo. El cuadro —con la parte superior del cuerpo de Lili ya terminada y la parte inferior solamente delineada a lápiz— le parecía obra de otra persona. Se quedaba mirando el lienzo y lo único que sentía era que no se podía concentrar. Cualquier cosa la distraía. Bajo la puerta había una oferta de ingreso en una biblioteca ambulante. Eduardo IV bebía ruidosamente en su cuenco de agua. La puerta del estudio de Einar estaba abierta, y desde donde ella estaba se veía su sofá cama muy aseado, cubierto con un kilim rosa y rojo, y el orden y el vacío propios de las habitaciones donde ya no vive nadie. Una cómoda con los cajones vacíos: un armario ropero sin nada dentro, aparte de una sola percha solitaria colgando de la barra para trajes. Greta sentía una tremenda angustia en su corazón y sólo era capaz de pensar en Einar corriendo como un loco por Europa en un vagón de ferrocarril y llegando a Dresde de noche, con el pelo cubierto de rocío congelado y la dirección de la clínica bien apretada en el puño cerrado.

Había otra exposición de sus cuadros en la galería de Hans, y, por primera vez, no había asistido a la inauguración. Interiormente se sentía harta de todo aquello, aunque ponía buen cuidado en que Hans no se diese cuenta. ¡Qué falta de gratitud sería! ¡Qué petulancia! Greta, que cinco años antes no era nadie, y que aquella misma mañana había concedido una entrevista a un apuesto periodista de Niza, un joven de ojos medio cubiertos por largos párpados que la interrumpía para hacerle preguntas como: «¿Cuándo se dio cuenta de que era una gran pintora?» Sí, bueno, todo eso estaba muy bien, era estupendo, y en sólo cinco años, pero, así y todo, Greta se sentaba y se ponía a pensar: «Sí, es cierto que he hecho algo», pero ¿qué importaba? Estaba sola, y su marido y Lili estaban en Dresde, solos.

Más de una semana después de que Einar se fuera a Dresde, en un día lluvioso y sonoro de coches que resbalaban sobre el pavimento húmedo, Greta había visto a Hans en la galería. Estaba en la oficina trasera, y había un empleado sentado a la mesa de trabajo haciendo anotaciones en un libro de cuentas.

—No se vendieron todos —dijo Hans, refiriéndose a los cuadros de la exposición.

Uno de los cuadros de Greta, Lili en una caseta de los Bains du Pont-Solférino, estaba en el suelo, apoyado contra la mesa donde el empleado seguía tomando notas.

—Me habría gustado verte en la inauguración —siguió diciendo Hans—. ¿Te pasa algo? —Y añadió—: ¿Conoces a mi nuevo ayudante? Te presento a Monsieur Le Gal.

El nuevo empleado tenía el rostro estrecho y había algo en sus suaves ojos

castaños que le recordó a Einar. Pensó en Einar subiéndose a un tranvía en Dresde, y luego sentado con los ojos bajos y las manos cogidas en el regazo, y se estremeció. Pensó en sí misma, aunque no de manera explícita. ¡Dios mío, qué he hecho con mi marido!

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Hans.

Se acercó a Greta. El empleado nuevo tenía las gafas y el lápiz fijos en su tarea. Hans se situó junto a Greta. No se tocaban, pero ella sentía su presencia mientras contemplaba el cuadro: la sonrisa de Lili se extendía por todo el rostro, bajo el tenso gorro de baño. Los ojos de Lili, oscuros y vivos, insondables, o, al menos, eso parecían. Greta sintió algo en su brazo, pero cuando miró no vio nada, y Hans estaba ahora junto a la mesa donde trabajaba el empleado, con las manos en los bolsillos. ¿Sería que quería decirle algo?

Carlisle los había sorprendido en pleno abrazo aquella tarde de lluvia helada, cuando el cuello de Hans estaba sonrosado por haber ido al barbero. Ella no había oído el ruido de la llave hasta que era demasiado tarde, y hubo un largo, violento instante, en el que tanto Greta como Carlisle se quedaron sin saber qué hacer: ella con la cabeza contra el pecho de Hans, y él con una bufanda en torno al cuello y la mano sobre el tirador.

—Pensaba que no había nadie... —comenzó Carlisle.

Greta se apartó de Hans, que levantó las manos y comenzó a decir:

—No es lo que estás pensando...

—Será mejor que me vaya y vuelva más tarde —dijo Carlisle.

Y desapareció sin darles tiempo a decir nada más.

Más tarde, aquella misma noche, Greta se sentó al borde de su cama y, acariciándole la pierna a través de las mantas, le dijo:

—A veces pienso que Hans es mi único amigo.

Y Carlisle, que tenía el cuello del camisón abierto, replicó:

—Lo comprendo perfectamente. —Y añadió—: Greta, nadie te culpa de nada, si era eso lo que estabas pensando.

Entonces, en el despacho de Hans, mientras el empleado les daba al lápiz y a la regla, Greta dijo:

—Sigo sin recibir carta de Einar.

—¿Y estás preocupada?

—No debería estarlo, pero lo estoy.

—¿Por qué no vas a verlo?

—No quiere.

Greta vio a Hans apretar los labios. ¿Sentiría pena por ella? No le gustaría nada que fuese así.

—No es que me inquiete —dijo—, y, además, me hago cargo de que prefiriese ir solo.

—Greta... —dijo Hans.

—¿Qué?

—¿Por qué no vas a verlo?

—Es que no me quiere allí.

—Seguramente, le resultaba violento pedir tu ayuda.

—No, Einar no es así. Aparte de que no tenía por qué sentirse violento. Después de todo lo que ha pasado, no sé, la verdad, por qué iba a estarlo.

—Hazte cargo de lo mucho que ha tenido que sufrir. Es algo completamente nuevo en su experiencia.

—Pero, así y todo, ¿por qué no quería que fuese con él? No quería. Eso quedó completamente claro.

—Seguramente estaba asustado.

Ella se lo quedó mirando:

—¿Piensas que pudo ser eso?

El empleado encendió un cigarrillo; la cerilla sonó áspera contra el papel de lija de la caja. Una vez más, Greta deseó que Hans la cogiese en sus brazos, pero no se decidía a acercarse a él. Se irguió y pasó los dedos por los pliegues de su falda. Se daba cuenta de que la suya era una actitud anticuada, pero no acababa de decidirse a caer en sus brazos mientras siguiese siendo la esposa de Einar.

—Deberías ir a verlo —insistió Hans—. Si quieres, te acompaño, me gustaría ir contigo.

—No, no puedo ir.

—Sí que puedes.

—¿Y dejar mi trabajo?

—Tu trabajo puede esperar. O, mejor todavía, te llevas tu caballete contigo, y tus pinturas.

—¿De veras piensas que debería ir?

—Yo te acompaño —repitió Hans.

—No, eso no estaría bien.

—¿Y por qué no?

Sobre la mesa de trabajo del empleado había un ejemplar de *L'Echo de Paris*, abierto en una página donde había un artículo sobre su última exposición. Todavía no lo había leído, y un párrafo le saltó a los ojos, como si estuviera subrayado: «Con tantos cuadros sobre el mismo tema —la extraña muchacha llamada Lili—, Greta Wegener está empezando a ponerse pesada. Me gustaría que buscara una nueva modelo y adoptara un nuevo esquema de colorido. Siendo, como es, de California, cabe preguntarse por qué no recurre a los oros y los azules de su tierra natal. ¡A ver cuándo me pinta un cuadro del Pacífico y de los arroyos de California!»

—Si voy, iré sola —dijo Greta.

—Ahora hablas como Einar.

—Es que soy como él.

Guardaron silencio durante unos minutos, contemplando el cuadro y escuchando

el ruido de la lluvia y el tráfico. En París hacía frío, y todas las mañanas la humedad se le metía bajo la piel. Greta se dijo que el único lugar más gris y más húmedo aún tenía que ser Dresde. Ir a Dresde sería como meterse más profundamente en la caverna del invierno.

Hans repitió:

—Si puedo hacer algo por ti...

Y de nuevo se le acercó, y entonces ella sintió algo en el brazo, como una pluma que le rozase la piel. Sentía a Hans allí. A través de su grueso traje, sentía la suave pulsación de su calor. Y Hans le dijo:

—Greta.

—Tengo que irme.

—¿Piensas que ha llegado el momento...?

—De verdad que me tengo que ir —insistió Greta.

—Bueno, de acuerdo —dijo Hans. La ayudó a ponerse la gabardina y se la ajustó bien en los hombros—. Lo siento.

Y entonces el empleado dijo con voz ronca:

—¿Va a traernos más cuadros, señora Wegener? ¿Debo esperar un nuevo envío pronto?

—No, tardará.

Cuando estuvo de nuevo en la calle, donde los coches pasaban por la calzada helada y los paraguas cubrían la acera, Greta había decidido empaquetar su caballete y sus colores y comprar un billete para el próximo tren que saliera con destino a Dresde.

Lo que más le sorprendió a Greta de Dresde fue que la gente, en la calle, no levantaba la vista de los pies. Greta no estaba acostumbrada a que los ojos de la gente no se alzasen para recorrer su larga figura y saludarla. El primer día que pasó allí tuvo la impresión de haber desaparecido, de haberse perdido en lo más profundo de Europa, de haber quedado oculta para el mundo. Y esto le hizo sentir cierto miedo mientras la grava crepitaba bajo sus pies camino de la puerta de la Clínica Municipal de Mujeres de Dresde; sentía un temor irracional a que Einar se hubiese vuelto tan invisible como ella.

Al principio se produjo cierta confusión.

—Vengo a ver a la señorita Wegener —dijo Greta en el mostrador de recepción, donde Frau Krebs estaba fumando un cigarrillo, un Flacifa.

Pero el apellido Wegener no le decía nada a Frau Krebs. Frunció los labios y movió la cabeza, mientras su pelo, recortado le golpeaba la mandíbula. Greta insistió:

—Es delgada y de ojos oscuros. Tremendamente tímida. Una muchachita danesa.

—Ah, se refiere a Lili Elbe, ¿no?

Y Greta, que acababa de tener una visión del rostro de Einar elevándose con la luz

del sol al cruzar su tren el Elba por el puente de la Marienstrasse, dijo:

—Sí, justo, ¿está aquí?

En la habitación de Lili había un calentador portátil de gas cuyas llamas fluctuaban. La cortina amarilla estaba corrida, y las llamas del pequeño calentador arrojaban una sombra móvil sobre la cama. Greta apoyó la mano en el tubo metálico de reposar los pies. Lili estaba bajo la manta, con los brazos sobre ella. Dormía y respiraba por la nariz.

—Por favor, no la despierte —susurró Frau Krebs desde la puerta—, la operación fue muy dura.

—¿Cuándo fue?

—Hace tres días.

—¿Y cómo está?

—Eso no es fácil de decir —contestó Frau Krebs cruzándose de brazos.

El ambiente cálido de la habitación invitaba al sueño, y el silencio allí reinante le pareció poco natural a Greta. Se sentó en un rincón y se cubrió el regazo con una manta. Tenía frío y estaba cansada del viaje, y Frau Krebs la dejó allí, a solas con Lili.

Greta y Lili durmieron. Unas pocas horas más tarde, al despertarse, lo primero que pensó Greta fue que despertaba de un sueñecito en un porche de Pasadena. Y entonces vio a Lili, cuya cabeza se movía en la almohada y cuyos párpados comenzaban a agitarse.

—Por favor, no te preocupes por mí —dijo Lili.

Por fin podía ver Greta los ojos de Lili, cuyos párpados pestañeaban pesadamente para desprenderse del sueño cargado de sueños. Seguían siendo tan castaños y suaves como siempre. Lo único que quedaba en ella de su marido eran los ojos, a través de los cuales podía recordar toda la vida de Einar.

Se acercó a la cama y comenzó a acariciar la pierna de Lili por encima de la áspera manta de crin. El músculo de la pantorrilla le pareció más suave y blando, aunque quizá fuesen imaginaciones suyas, al igual que el aumento de volumen de sus pechos que creyó advertir bajo la manta.

—¿Sabes lo que me han hecho? —preguntó Lili.

Su rostro parecía más lleno en las mejillas y la garganta, tan lleno, que la punta de su nariz había desaparecido bajo una pequeña capa de carne. ¿Serían también imaginaciones suyas?

—Lo que habíamos comentado, nada más.

—¿Y ahora soy Lili? ¿Me he convertido en Lili Elbe?

—Siempre has sido Lili.

—Sí, bueno, pero si ahora me mirase allá abajo, ¿qué es lo que vería?

—No pienses en eso —dijo Greta—, eso no es lo único que te convierte en Lili.

—¿Salió bien la operación?

—Frau Krebs dice que sí.

—¿Qué aspecto tengo? Dime, Greta, ¿qué aspecto tengo?

—Muy bonita.

—¿Soy de veras una mujer ahora?

Una parte de Greta estaba ahora como anestesiada por la impresión. Su marido ya no existía. Y el mazazo que esto había representado la hacía sentirse como si el alma de Einar estuviese pasando a través de ella. Una vez más Greta Waud era viuda, y pensó en el ataúd de Teddy, con flores de vistosos colores sobre su tapa, hundiéndose en la tierra. Pero a Einar no iba a tener que enterrarlo. Lo había metido en un compartimiento tapizado de un tren que salía para Alemania, y ahora había desaparecido, como si el tren se hubiese lanzado contra la helada niebla de enero y se hubiese perdido en ella para siempre. Greta se dijo que si ahora llamase a Einar por su nombre, seguiría oyendo el eco, una y otra vez, durante el resto de su vida.

Se acercó más a Lili. Se sentía llena una vez más de la necesidad de estrecharla entre sus brazos, y le cogió la cabeza con las manos. Las venas de sus sienes latían ligeramente, y Greta se sentó en el borde de la cama con la húmeda cabeza de Lili entre las palmas de sus manos. Había una rendija en la cortina, y Greta pudo ver por ella una amplia extensión de césped de un verde primaveral que descendía hacia el Elba. El río fluía igual que una masa de nubes que corriese por el cielo. Al otro lado, dos muchachos con jerséis estaban botando una canoa.

—¡Hola! —dijo una voz que llegaba de la puerta. Era de una joven con la nariz un poco respingona—. Tú tienes que ser Greta.

Greta asintió y la chica entró sin hacer ruido. Llevaba la bata del hospital y calzaba zapatillas. Lili había vuelto a dormirse y el cuarto estaba casi a oscuras. En un rincón el calentador de gas emitía un leve silbido.

—Soy Ursula —dijo la chica—. Nos hemos hecho amigas —añadió señalando con la barbilla a Lili—. ¿Se pondrá bien?

—Espero que sí. Frau Krebs me explicó lo duro que ha sido para ella.

—Se ha pasado casi todo el tiempo durmiendo, pero la única vez que la he visto despierta parecía contenta —dijo Ursula.

—¿Cómo se sentía antes de la operación? ¿Estaba asustada?

—No, la verdad es que no. Está encantada con el profesor Bolk. Haría lo que fuese por él.

—Sí, es un buen médico —dijo Greta como en sueños.

Ursula llevaba una cajita envuelta en papel de plata con el nombre UNTER DEN LINDEN impreso en letras de fantasía. Se la tendió a Greta diciendo:

—¿Quieres hacerme el favor de dársela cuando despierte?

Greta dio las gracias a Ursula, y entonces notó la hinchazón de su vientre. Se distendía de forma insólita en la parte superior del abdomen, como una giba.

—Y tú ¿qué tal te encuentras? —le preguntó.

—¿Yo? Muy bien —dijo Ursula—. Más cansada cada día. Pero, bueno, eso era de esperar.

—¿Te tratan bien aquí?

—Frau Krebs es buena. Al principio parece severa, pero es buena. Y lo mismo las otras chicas. Pero Lili es mi favorita. ¡Qué simpática es! Siempre ocupándose de todos, menos de sí misma. —Y añadió—. Me ha hablado de ti. Te añoraba.

Por un instante, Greta se preguntó qué querría decir Ursula, pero lo dejó correr. No tenía importancia.

—¿Le dirás a Lili que he venido a verla? —dijo Ursula—. ¿Y le darás los bombones?

Greta tomó una habitación en el Bellevue. Por la noche, después de hacer compañía a Lili en la Clínica Municipal de Mujeres, trataba de pintar en su cuarto. Llegaba a sus ventanas la luz de los barcos carboneros de fondo plano. A veces las abría, y entonces oía el ruido monótono y estridente de las ruedas de paletas de algún barco turístico, el sonido profundo de los cargueros y el chasquido de algún tranvía en la plaza del Teatro.

Comenzó un retrato del profesor Bolk en un gran lienzo comprado en una tienda de la calle Alun. Llevó el lienzo enrollado bajo el brazo al Bellevue y tuvo que pasar por el puente de Augusto. Desde el puente, con sus balcones semicirculares, se veía casi todo Dresde: la terraza de Brühlsche con sus bancos recién pintados de verde; la cúpula de piedra de la iglesia de la Virgen, ennegrecida por el humo procedente de los vehículos de motor y de las fundiciones de Plousenscher Grund; la larga hilera de ventanas plateadas del palacio Zwinger. El viento que llegaba del río arrancó de pronto el lienzo enrollado de debajo del brazo de Greta, y ésta lo pudo coger justo a tiempo, antes de que se desenrollase como una vela sobre el puente. Aleteaba sobre el bajo muro de piedra mientras Greta luchaba por volver a enrollarlo cuando una mano cayó sobre su hombro y una voz conocida le dijo:

—¿Me permite que la ayude?

—Lo llevaba al hotel —dijo Greta, y el profesor Bolk cogió uno de los extremos del lienzo y lo enrolló como si fuese una persiana.

—Parece que planea pintar un cuadro grandioso —dijo.

Pero no era así. En aquel preciso instante no sabía lo que iba a pintar; lo único que tenía claro, era que no le parecía el momento oportuno para retratar a Lili.

—¿Puede acompañarme al hotel? —dijo Greta señalando al Bellevue, que se levantaba por encima del jardín plantado de castaños que tenía delante y parecía un robusto vigilante de playa tranquilamente sentado en su silla alta observando con arrogancia la playa del Elba.

—Me gustaría que me hablase de la operación —dijo Greta—. De las perspectivas que tiene Lili.

Greta había empezado a pensar que el profesor Bolk trataba de evitarla. Llevaba dos días en Dresde y no había contestado a ninguna de las preguntas que le había hecho llegar a través de Frau Krebs. Greta llegó a decir a Ursula que quería que el profesor Bolk la telefonease. Pero no se había puesto en contacto con ella.

Aprovechó, pues, la oportunidad de llevarlo a su *suite* del Bellevue. Se sentaron en sendas sillas junto a una ventana y tomaron un café que les trajo una doncella con cofia de encaje prendida al pelo con alfileres.

—La primera operación fue un éxito —comenzó el profesor Bolk—. Fue bastante sencilla. Y la incisión está cerrándose como esperaba.

Habló a Greta de la operación que había llevado a cabo en el quirófano donde una mañana, antes del alba, Einar se había convertido en Lili. Le explicó que las pruebas sistémicas —los análisis de sangre y de orina, y la evolución de la temperatura, que se le tomaba cada hora— demostraban que las heridas curaban bien. Una adecuada antisepsia protegía a Lili de cualquier infección.

—Lo que más me preocupa ahora es el dolor —dijo el profesor Bolk.

—¿Qué hace para remediarlo?

—Aplicarle una inyección diaria de morfina.

—¿No es peligroso?

—Muy poco. Durante las próximas semanas iremos reduciendo la dosis, pero hoy por hoy la necesita.

—Ya.

Ahora que tenía a Bolk a su lado, las inquietudes de Greta sobre su actitud para con ella se desvanecieron. Bolk no se diferenciaba en nada de la mayoría de los hombres ocupados e importantes; imposibles de localizar, pero, una vez que lo conseguías, te dedicaban toda su atención.

—Me preocupaban las hemorragias —prosiguió el profesor Bolk—. Lili no debía haber sangrado tanto. Llegué a pensar que tendría algo en alguno de los órganos abdominales.

—¿Qué, por ejemplo?

—No lo sabía. El bazo aplastado. Una perforación intestinal. Cualquier cosa era posible.

Se cruzó de piernas, y Greta sintió que el corazón le latía apresuradamente, lleno de miedo por Lili.

—Pero está bien, ¿no? No tengo motivos para estar inquieta por ella, ¿verdad?

—Tuve que operarla —dijo Bolk.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que le abrí el abdomen. Sabía que había algo que no iba bien. He intervenido las suficientes cavidades abdominales para darme cuenta de si presentan algún problema.

Por un instante, Greta cerró los ojos, y vio, en la parte posterior de sus párpados, un escalpelo dibujando una línea de sangre a lo largo del vientre de Lili. Tuvo que hacer un esfuerzo para apartar de su mente la imagen de las manos del profesor Bolk, ayudadas por las de Frau Krebs, separando los labios de la incisión.

—Era verdad que Einar era mujer, o, al menos, lo era en parte.

—Pero eso ya lo sabía —dijo Greta.

—No, me parece que no me entiende. —El profesor Bolk, al decir esto, cogió una de las pastas en forma de estrella de la bandejita que había dejado allí la doncella—. Es otra cosa. Algo realmente notable.

Sus ojos relucían de interés, y Greta se dio cuenta de que Bolk era de esos médicos que querían conseguir que algo —una enfermedad, un procedimiento quirúrgico— fuese bautizado con su nombre.

—En su abdomen —prosiguió Bolk—, y mezclado con el intestino, encontré algo. —Juntó las manos e hizo chasquear los nudillos—. Encontré un par de ovarios. Infradesarrollados, naturalmente. Pequeños, naturalmente. Pero estaban allí.

Ése fue el momento en el que Greta decidió que iba a retratar al profesor Bolk: la línea cuadrada de los hombros; sus brazos colgantes; su largo cuello que emergía de un cuello almidonado; la piel en torno a los ojos, arrugada y tierna. Greta se retrepó en su silla. En la *suite* contigua se alejaba una cantante de ópera, y Greta la oía cantar el papel de Erda en *Siegfried*: su voz, de gorjeante registro medio, subía y bajaba por el aire como un halcón de caza. Al principio, creyó que era Anna, pero eso era imposible, porque estaba en Copenhague, cantando en el Teatro Real por primera vez en varios años. Cuando Lili se sintiese mejor, se dijo Greta, le gustaría llevarla a la ópera, y se imaginó a las dos dándose la mano en la oscuridad de la Semperoper mientras Siegfried iba camino de la cima del monte donde dormía Brünnhilde rodeada de fuego.

—¿Y qué significa eso para ella? —preguntó Greta al fin—. ¿Son auténticos esos ovarios?

—Pues quiere decir que ahora estoy más seguro todavía de que la operación va a dar resultado —dijo Bolk, y añadió—. Estamos haciendo lo que había que hacer.

—¿De veras piensa, pues, que eso explica las hemorragias?

—Probablemente —dijo Bolk alzando la voz—, lo explica casi todo.

No, pensó Greta; ella sabía que los ovarios no podían explicarlo todo.

—Hay un proceso de injerto que quiero intentar —prosiguió el profesor Bolk—. Tejido de un par de ovarios sanos. Se ha hecho con testículos, y ha dado buenos resultados, pero nunca hasta ahora se ha intentado con órganos femeninos. Necesito un poco de tejido de un par de ovarios sanos y sobreponerlo a los de Lili. Sólo es cuestión de oportunidad. Cuestión de encontrar el par de ovarios apropiado.

—¿Tardará mucho tiempo en dar con ellos? ¿Está seguro de que puede hacerlo?

—No, no mucho. Ya tengo pensada una chica.

—¿De la clínica?

—Es una chica joven, de Berlín. Pensamos que estaba embarazada cuando llegó. Pero resulta que un tumor se ha apoderado de su estómago —Bolk se levantó para marcharse—. Ella eso no lo sabe, naturalmente. ¿De qué iba a servir decírselo ahora? Pero a nosotros podría sernos útil. Se podría llevar a cabo en cosa de un mes o así.

Cogió la mano de Greta, la apretó y se fue. Greta abrió su caja de pinturas de tapa doble y comenzó a poner en orden los tarros. Y entonces, a través de las paredes,

llegó a sus oídos la voz de la cantante de ópera, lenta y oscura, que escalaba sola las notas.

Varias semanas más tarde, Greta y Lili estaban sentadas en el jardín de la clínica. Los abedules y los sauces relucían de retoños. Los setos estaban todavía muy desiguales, pero los amargones ya habían crecido a lo largo del camino de ladrillo. Dos jardineros estaban cavando hoyos para plantar una hilera de cerezos, cuyas raíces estaban envueltas en sacos de arpillera. Los groselleros empezaban a echar hojas.

En el césped había un círculo de chicas embarazadas, sentadas sobre una manta de cuadros, trenzando briznas de hierba. Sus batas blancas, sueltas en los hombros, temblaban al viento. El reloj de la clínica daba el mediodía.

Una nube cambió de sitio, y su sombra oscureció el césped. Los cerezos recién plantados se agitaron al viento, y por la puerta de cristal de la clínica salió una figura. Greta no distinguía quién era. Era un hombre, y llevaba una bata blanca que se agitaba al viento como las banderolas que se veían en el barco turístico que navegaba en aquel momento por el Elba.

—Mira —dijo Lili—, es el profesor.

Mientras Bolk se les acercaba la nube volvió a cambiar de sitio. El rostro del profesor se animó al darle el sol en las gafas. Cuando llegó adonde estaban Greta y Lili, se arrodilló junto a ellas y dijo:

—Va a ser mañana.

—¿Qué? —preguntó Lili.

—Su próxima operación.

—¿Y por qué tan de repente?

—Porque ya tenemos listo el tejido de injerto. Debemos operar mañana.

Greta había contado a Lili en qué consistía aquella operación: el profesor Bolk quería introducir tejido ovárico en su abdomen.

—Pienso que todo irá según lo previsto —dijo el profesor.

A la luz del sol, la piel del rostro de Bolk era fina, y el color azul marino de sus venas se veía a través de ella. Greta se arrepintió de no haber permitido que Hans fuese a Dresde con ella. Habrían hablado de la situación, habría podido pedirle consejo. Se lo imaginaba pasándose los dedos abiertos ante la boca, como hacía siempre que tenía que resolver algo complicado. Greta se sintió repentinamente agotada.

—¿Y qué pasa si las cosas no salen bien? —preguntó.

—Esperaremos a que vuelva a presentarse otra oportunidad. Quiero trabajar con tejido de una chica joven.

—Todo esto es muy difícil de creer —dijo Lili.

No miraba ni a Greta ni a Bolk. Tenía los ojos fijos en el círculo de chicas sentadas en la manta.

Cuando el profesor Bolk se hubo ido, Lili meneó la cabeza.

—Todavía no me lo puedo creer —dijo, con los ojos fijos en las chicas—. Parece que va a conseguirlo, Greta, tal como me aseguraste. Me está convirtiendo en una chica. —El rostro de Lili estaba sereno, y tenía la punta de la nariz roja—. Y pienso —susurró— que quizás este hombre sea capaz de hacer verdaderos milagros.

Un golpe de brisa empujó el pelo de Greta sobre uno de sus hombros, y se puso a contemplar el pabellón de patología del profesor Bolk: las paredes de estuco, las ventanas protegidas por persianas, el pasillo acristalado que lo comunicaba con el resto de la clínica. Ella no tenía entrada allí, pero se imaginó el quirófano, la fría mesa de operaciones de acero y una balda de tarros llenos de formaldehído. La persiana de una de las ventanas estaba levantada, y, por un minuto, Greta vio la silueta de alguien que estaba trabajando en el laboratorio, con la cabeza inclinada sobre su tarea; y, luego, otra persona, toda ella una sombra negra, volvió a bajar la persiana, y el edificio de estuco se volvió amarillo a la luz del sol y quedó tan sin vida como antes.

—De modo —dijo Greta— que mañana es el día.

Y bajó la cabeza de Lili hasta depositarla sobre su regazo, y las dos cerraron los ojos y recibieron así el débil calor del sol. Escuchaban los grititos lejanos de las chicas sentadas en la manta, sobre el césped, y el salpicar lejano de las ruedas de paletas en el Elba. Greta pensó en Teddy Cross, a quien también ella, antaño, había creído capaz de hacer milagros. Por ejemplo, aquella vez, cuando lo de la pierna de Carlisle. Greta y Teddy sólo llevaban unos pocos meses casados y vivían en la casa española de Bakersfield; los primeros vientos cálidos comenzaban a soplar entre los bosquecillos de eucaliptos.

Greta estaba embarazada del niño que se iba a llamar Carlisle, y, como se sentía mal, se pasaba la vida tumbada en el sofá comprado en Gump's. Un día Carlisle llegó por la misma carretera en su Detroit de parachoques amarillos a hacerles una visita, y también a investigar posibles yacimientos de petróleo.

Los campos de fresas eran una alfombra verde aquella primavera, bordeados por el dorado mantecoso de las amapolas en las laderas de las colinas. Hombres de Los Angeles y de San Francisco habían comenzado a aparecer por Bakersfield porque se había corrido la voz de que podía haber petróleo debajo de aquella tierra. El granjero que vivía al sur de la casa de los padres de Teddy Cross había excavado un pozo con su azada, y había encontrado petróleo. Teddy estaba convencido de que en la tierra de sus padres también era posible encontrarlo, y Greta se preguntaba en secreto si Teddy sentía la necesidad de hacerse rico por un deseo inconfesado de estar en pie de igualdad con ella. Al atardecer, después de cuidar de Greta, Teddy se iba en furgoneta por la carretera llena de baches que conducía a la tierra de los Cross y perforaba bajo la larga sombra de un viejo roble. Para ello utilizaba una barrena con motor que se podía alargar mediante suplementos, y mientras el sol poniente hacía brillar los plateados enveses de las hojas de las fresas, horadaba la negra tierra.

Y entonces llegó Carlisle a Bakersfield. Cojeaba bastante, por lo que para andar se ayudaba con un par de muletas que le llegaban a los codos y tenían asideros acanalados de marfil tallado. Tenía otro par de muletas, de plata de ley, que la señora Waud sólo le permitía usar en ocasiones especiales. En su primera tarde en la casa española, mientras Greta estaba dormida, por lo que no se enteró de ello hasta más tarde, Teddy lo llevó en su furgoneta hasta la tierra de los Cross para ver el pozo.

—No me gustaría que se llevasen un desengaño —le dijo Teddy refiriéndose a sus padres, que estaban acurrucados en su modesta casita, en la que el viento se filtraba por las grietas entre las tablas de las paredes.

El pozo que había excavado tenía unos treinta centímetros de diámetro y estaba rodeado por una plataforma de madera. Entre él y Carlisle extrajeron una muestra de tierra con una lata atada a una cuerda. La examinaron, y los dos muchachos abrieron la boca. Teddy miró a Carlisle, como si esperase de él, sólo porque estudiaba en Stanford, que fuese capaz de deducir algo del examen de aquella lata de tierra negra.

—¿Crees que hay petróleo allá abajo? —preguntó finalmente Teddy.

Carlisle miró el nudoso roble en el extremo del campo de fresas, luego elevó la vista al cielo purpúreo y, al cabo, dijo:

—La verdad es que no estoy seguro del todo.

Pasaron allí cosa de media hora, en pie bajo el sol poniente, mientras el viento levantaba polvo y se lo arrojaba contra los tobillos. El cuenco del cielo iba perdiendo color y las estrellas comenzaban a relucir.

—Venga, vámonos —dijo Teddy.

Y Carlisle, que jamás había censurado a Teddy por lo que le había ocurrido a Greta, respondió:

—De acuerdo.

Teddy fue a la furgoneta, y Carlisle lo siguió, pero la contera de su muleta quedó cogida entre las tablas de la plataforma y, sin que pudiera evitarlo, su pierna mala se deslizó pozo abajo como una serpiente. Se habría echado a reír por el hecho de haber dado con sus huesos en el suelo de aquella manera tan ridícula, de no haber sido porque la pierna le dolía. Teddy le oyó gritar y volvió corriendo al pozo seco.

—¿Estás bien? ¿Puedes levantarte? —le dijo cuando estuvo a su lado.

Pero Carlisle no se podía levantar, tenía la pierna atrapada en el pozo. Teddy se puso a separar las tablas con una barra de hierro, y al soltarse crujían de un modo que resonaba por los campos. Los coyotes de las laderas de las colinas se pusieron a aullar como respuesta, y el negro silencio de la noche de Bakersfield pareció cobrar vida. Carlisle se quejaba, lloroso, en voz baja, con la cabeza apoyada en el hombro. Así pasó una hora hasta que Teddy, por fin, pudo liberarlo y dejar al descubierto la pierna, que estaba rota a la mitad de la espinilla. No sangraba, pero la piel estaba volviéndose más oscura que una ciruela. Teddy ayudó a Carlisle a subirse a la furgoneta, y luego lo llevó a través de la noche en dirección al oeste, cruzando el valle, mientras los campos cambiaban de fresa a lechuga de hoja roja, luego a viñedos

y, finalmente, a plantaciones de pacanas; después cruzaron las montañas y llegaron a Santa Barbara. Era ya casi media noche cuando un médico con monóculo examinó la pierna de Carlisle mientras una enfermera con el pelo rojo herrumbroso muy corto mojaba tiras de gasa en una cubeta de yeso. Luego, mucho más tarde, casi al amanecer, Teddy y Carlisle llegaron por fin al camino sombreado de bambúes que llevaba a la casa española. Estaban agotados, pero en casa.

Greta dormía todavía.

—No se ha despertado desde que se fueron ustedes —dijo Akiko, cuyos ojos eran tan negros como la piel magullada de la espinilla de Carlisle. Y cuando Greta despertó, estaba demasiado atontada a causa de las náuseas para notar el yeso que envolvía la pierna de Carlisle; que dejaba una huella polvorienta en el suelo al ser arrastrada. Greta notó las huellas de polvo, e incluso se dio cuenta de que se posaba en los almohadones de la otomana, que tenía que sacudir de vez en cuando, pero, como le solía ocurrir con todo lo que se relacionaba con las tareas domésticas, no sintió demasiado interés por él ni por averiguar su procedencia.

Sabía que Carlisle se había roto una pierna, pero apenas si se daba cuenta de ello.

—No es nada, estoy bien —había dicho Carlisle, y Greta no insistió, porque se sentía como si la hubiesen envenenado.

Miró la escayola y apartó la vista de ella. Y cuando llegó la canícula, y en los termómetros el mercurio marcó treinta y ocho grados centígrados, y Greta, finalmente, dio a luz, ya no había escayola en torno a la pierna de Carlisle. El niño estaba muerto, pero la pierna de Carlisle estaba más sana que nunca desde el día lejano en que el coche de caballos lo atropelló. Arrastraba todavía un poco el pie, pero ya no necesitaba muletas y podía entrar a buen paso en el cuarto de estar de la casa española, al que se llegaba bajando unos escalones, sin necesidad de apoyarse en la barandilla.

—Vaya, eso es lo único bueno que nos ha ocurrido en Bakersfield —decía después a veces Greta.

Durante el resto de su vida de casados, Greta pensó que Teddy Cross era un hombre capaz de hacer milagros, y cuando lo veía concentrado en sus pensamientos, con los labios apretados, le parecía que podía hacer cualquier cosa. Pero cuando Lili dijo eso mismo del profesor Bolk, Greta miró al Elba y contó los barcos, y luego contó las chicas que estaban sentadas en la manta, sobre el césped, y, al fin, dijo:

—Bueno, ya veremos.

Lili despertó chillando. No sabía cuánto tiempo había estado dormida, pero sentía la morfina en su cerebro y tenía los párpados demasiado pesados para poder abrirlos.

Sus chillidos eran agudos y penetrantes, y hasta la misma Lili sabía que retumbarían por los pasillos de la Clínica Municipal de Mujeres provocando escalofríos en la espina dorsal de las enfermeras y en la piel tensa del vientre de las embarazadas. Sentía un dolor inflamado en la parte inferior de su cuerpo. Si hubiese tenido fuerza para ello, habría levantado la cabeza para mirarse el vientre y ver si allí ardía acaso una hoguera que quemaba los huesos de su pelvis.

Sentía en sueños que levitaba por encima de la cama y contemplaba lo que tenía debajo: la pequeña Lili, cuyo cuerpo había sido creado a golpe de escalpelo por el profesor Bolk, yacía ahora sujeta bajo la manta, con los brazos abiertos y la parte inferior de las muñecas, de color verde pálido, al aire. Cuerdas de cáñamo cruzaban sus piernas, y de ellas colgaban sacos de arena que se balanceaban pesadamente junto a la cama. Había cuatro a cada lado, y cada uno de ellos pendía de una gruesa cuerda que pasaba sobre las espinillas de Lili y la sujetaba bien para evitar espasmos.

Una enfermera a la que Lili no reconoció entró apresuradamente en la habitación. Tenía los pechos grandes y era algo bigotuda.

—¿Necesita algo? —le preguntó a gritos mientras la reclinaba sobre las almohadas.

Era como si fuese otra persona la que chillaba. Por un momento, Lili pensó que a lo mejor era Einar el que estaba chillando: quizá su fantasma se le había metido dentro. Era éste un terrible pensamiento, y hundió la cabeza en las almohadas y cerró herméticamente los ojos. Pero seguía chillando, no podía parar; tenía los labios agrietados y llenos de costras en las comisuras, y sentía la lengua como una tira de cuero fina y reseca.

—¿Qué le pasa? —insistía en preguntar la enfermera, que no parecía demasiado preocupada. Llevaba un collar de cuentas de cristal que le iba pequeño. Lili la miró, y le miró la garganta, cuya mullida carne casi ocultaba el collar, y pensó que quizá ya la había visto antes. La línea de pelitos sobre su labio superior le parecía conocida, y también los pechos que tensaban su delantal.

—No debe moverse —le dijo la enfermera—, sólo conseguirá ponerlo peor. Trate de estarse muy quieta.

La enfermera le puso en la cara una máscara de goma verde. Por el rabillo del ojo la vio abrir una llave y soltar el éter. Entonces recordó que ya la habría visto antes. En otras ocasiones, al igual que en aquella, se había despertado gritando y la enfermera había entrado corriendo y le había puesto el termómetro mientras sus grandes pechos se cernían sobre ella. Luego había arreglado las cuerdas y la manta sobre sus

espinillas aprovechando que tenía el termómetro en la boca. Todo aquello ya había ocurrido antes. Sobre todo, lo de la máscara de goma verde, que encajaba muy bien sobre su boca y su nariz, como si una de las fábricas de plástico y goma que lanzaban sus apestosas humaredas a orillas del Elba la hubiese fabricado especialmente a su medida.

Pasaron varias semanas antes de que remitiese el dolor de Lili, pero llegó el día en que el profesor Bolk eliminó las dosis de éter. La enfermera, que se llamaba Hannah, desató los sacos de arena y dejó libres las piernas de Lili. Eran de color azul, y estaban demasiado delgadas para permitirle andar por el pasillo, pero, al menos, podía incorporarse y sentarse durante una hora o dos por las mañanas, antes de que le pusiesen la habitual inyección de morfina en el brazo, que era como la honda picadura de una avispa.

Hannah llevaba a Lili en una silla de ruedas al jardín de invierno, para que descansase, y la dejaba junto a la ventana, donde había un tiesto con un helecho. Estaban en mayo, y fuera los rododendros mostraban toda su lozanía. A lo largo del muro del laboratorio de Bolk, en los macizos de tierra y estiércol, los tulipanes se esforzaban por llegar hasta el sol.

Lili observaba el cotilleo de las chicas embarazadas sentadas en el césped. Desde el fin del invierno habían llegado varias nuevas. Siempre habría allí chicas nuevas, se dijo mientras bebía un sorbo de té; luego se arregló la manta sobre el regazo, que, bajo la bata azul del hospital, y bajo las capas de gasa y el vendaje empapado de yodo, estaba abierto y húmedo y en carne viva. Ursula ya no estaba en la clínica, y esto desconcertaba a Lili. Pero se sentía demasiado fatigada y demasiado drogada para indagar acerca de ello. En una ocasión había preguntado por Ursula a Frau Krebs y ésta se había limitado a ahuecarle las almohadas y decir:

—No te preocupes por ella, todo va muy bien ahora.

Greta sólo podía visitarla durante unas horas al principio de la tarde. Según una regulación impuesta por el profesor Bolk y aplicada severamente por la voz metálica de Frau Krebs, las visitas estaban prohibidas por las mañanas y al atardecer. Entonces las chicas ingresadas allí tenían que compartir su soledad, como si su estado y sus problemas estableciesen una camaradería que la gente de fuera no pudiese compartir con ellas. De modo que Greta iba a verla todos los días justo después del almuerzo, cuando los labios de Lili conservaban todavía un poco de sopa de patatas, y se quedaba hasta mediada la tarde, cuando las sombras comenzaban a alargarse y Lili a cabecear.

Lili esperaba con impaciencia que Greta entrase en el acristalado jardín de invierno. Con frecuencia le llevaba un gran ramo de flores —primero, junquillos, y luego, a medida que la primavera iba avanzando, dragoncillos y, finalmente, peonías rosadas— que ocultaba su cara al entrar por la puerta. Lili esperaba con paciencia en su silla de ruedas de mimbre escuchando el ruido de los zapatos de Greta sobre el suelo de azulejos. Las otras chicas hablaban bajo de Greta («¿Quién es esa americana

tan alta y de pelo tan bonito?»), y lo que decían de ella las voces etéreas de aquellas chicas cuyos pechos se llenaban día a día de leche, agradaba sobremanera a Lili.

—En cuanto te saquemos de aquí —le decía Greta tras sentarse en una tumbona, con los pies sobre el largo almohadón blanco— te voy a llevar derechita a Copenhague, y ya verás lo bien que lo vas a pasar allí.

Greta le prometía esto desde que llegó de París: el tren y el *ferry* de vuelta a Dinamarca; la reapertura del apartamento de la Casa de las Viudas, que llevaba años cerrado, y carta blanca para que se pasase las horas que quisiese en los probadores de los grandes almacenes Fønnesbech's.

—Pero ¿por qué no podemos ir ahora? —preguntaba Lili.

Ni una sola vez en cinco años habían vuelto a Copenhague. Tenía un vago recuerdo de Einar pidiendo a los mozos de la mudanza, con las mangas de la camisa remangadas hasta los codos, que tratasen con cuidado el cajón donde estaban sus cuadros sin enmarcar. Y recordaba también a Greta vaciando los cajones del armario ropero de fresno en un pequeño baúl con goznes de cuero que no había vuelto a ver.

—Todavía no puedes salir de aquí —le respondía Greta.

—¿Y por qué no?

—Un poquitín más de tiempo. Y entonces nos volvemos a casa.

Qué guapa estaba Greta, con su falda plisada y sus botas de tacón alto, sentada a su lado... Sabía que Greta nunca había querido a nadie tanto como a ella. Y ahora, ahora que hasta en los documentos oficiales constaba con el nombre de Lili Elbe, se sentía segura de que los sentimientos de Greta no iban a cambiar. Esto era lo que la ayudaba a seguir adelante, a soportar las largas noches solitarias del hospital, bajo la pesada manta, y los accesos de dolor que se introducían en ella a escondidas, como ladrones. Ella estaba en permanente transformación, pero Greta no, Greta no cambiaba.

El profesor Bolk iba a veces a verlas, y se quedaba de pie junto a ellas. Greta estaba con las piernas estiradas sobre la tumbona, y Lili sentada en la silla de ruedas.

—¿Por qué no se sienta con nosotras? —le decía Greta, y repetía su proposición tres o cuatro veces, pero el profesor nunca se quedaba lo bastante para tomar siquiera la taza de té que Lili le servía en cuanto lo veía venir.

—Parece que está dando resultado —dijo un día el profesor Bolk.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Greta.

—Mírela bien. ¿No tiene buen aspecto?

—Sí, desde luego, pero empieza a sentirse harta de todo esto —dijo Greta, que se había puesto en pie junto al profesor Bolk.

—Se está volviendo una señorita muy guapa —dijo él.

Lili los observaba. Sus piernas estaban cerca de su rostro, y la hacían sentirse como una niña.

—Ya lleva aquí más de tres meses —dijo Greta—, y empieza a pensar en la vida que hay fuera de esta clínica. Está impaciente por salir a...

—¡Hagan el favor de no hablar de mí como si no estuviese aquí! —la interrumpió Lili.

Esta airada interrupción le salió de la boca involuntariamente, igual que se le salía la comida en los días inmediatos a las operaciones, cuando estaba medio obnubilada por los calmantes.

—No lo hacíamos —dijo Greta arrodillándose. Y añadió—: Bueno, tienes razón. ¿Cómo te encuentras, Lili? Dime. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Estoy bien, excepto por el dolor, pero va mejorando. Frau Krebs y la enfermera Hannah dicen que acabará cediendo, y que entonces podré volver a casa.

Lili se enderezó en la silla de ruedas de mimbre. Apoyó las manos en los brazos y trató de levantarse.

—No te levantes —le dijo Greta—, espera a que estés en situación de poder hacerlo.

Lili lo intentó de nuevo, pero sus brazos no la obedecían. Se había vuelto como hueca, se sentía ingrávida, vaciada tanto por la enfermedad como por el escalpelo del cirujano.

—Pronto lo estaré —dijo cuando recuperó el aliento—, posiblemente, la semana próxima. Y nos vamos a Copenhague, profesor Bolk. ¿Le dijo Greta que nos volvemos a Copenhague?

—Sí, eso tengo entendido.

—Y nos vamos a nuestro antiguo apartamento de la Casa de las Viudas. Tendrá que venir a vernos. ¿Conoce Copenhague? Tenemos una vista maravillosa de la cúpula del Teatro Real, y si abre la ventana, podrá oler el puerto.

—Pero, Lili —dijo Greta—, la semana que viene todavía no estarás en situación de salir de aquí.

—Si sigo mejorando así, ¿por qué no? Mañana volveré a intentarlo. Mañana intentaré dar un paseíto por el jardín.

—Pero, Lili, ¿es que no se acuerda? —dijo el profesor apretándose los papeles contra el pecho—. Queda otra operación.

—¿Otra operación?

—Sólo una más —dijo Greta.

—¿Y por qué? ¿Es que no lo han hecho ya todo?

Lili no podía decir lo que estaba pensando: pero ¿es que no han restaurado ya mis ovarios y extraído mis gónadas? No, eso no podía decirlo. ¡Qué humillante resultaba hacerlo delante de otra persona, aunque fuese Greta!

—Sólo una última intervención —dijo el profesor Bolk—. Se trata de extirparle el...

Y Lili —que tenía exactamente la edad de su estado de ánimo de aquel momento, que era el fantasma de una muchacha, que no tenía edad ni envejecía, que tenía una ingenuidad adolescente que había borrado más de tres décadas de experiencia masculina, que todas las mañanas se cogía los pechos cada vez más turgentes como

una chica demasiado impaciente que pide al cielo que le llegue cuanto antes la primera menstruación— cerró los ojos llena de vergüenza. El profesor Bolk estaba informándola de que allá abajo, cubierto por la gasa y el vendaje enyodado que parecía aquella salsa aguada que Einar tenía que ingerir haciendo de tripas corazón durante la guerra, justo encima de su reciente herida, todavía en proceso de curación, quedaba aún un último cilindro de piel que pertenecía a Einar.

—Lo único que queda por hacer es extraer eso y remodelar la...

Lili no podía soportar oír los detalles, de modo que miró a Greta, que tenía un cuaderno de apuntes en el regazo; trataba de captar la expresión del rostro de Lili en aquel instante, y su mirada iba y venía de su modelo a la hoja de papel; cuando al fin sus ojos se encontraron con los de Lili, dejó el lápiz y dijo:

—Tiene razón. ¿No puede apresurar todo lo posible la próxima operación, profesor Bolk? ¿Por qué esperar?

—Es que no creo que esté preparada todavía. Aún no está lo bastante fuerte.

—Yo pienso que sí —dijo Greta.

Siguieron discutiendo, mientras Lili cerraba los ojos y se imaginaba a Einar adolescente sobre la roca cubierta de líquenes observando a Hans devolver el tiro con su raqueta de tenis. Pensó en la mano húmeda de Henrik en el Baile de los Artistas. Y en el calor de los ojos de Carlisle aquella brumosa mañana en que fueron al mercado a primera hora. Y en Greta, con los ojos estrechándose de concentración, mientras Lili posaba sobre el baúl laqueado.

—Hágalo ya —dijo Lili en voz baja.

El profesor Bolk y Greta se callaron.

—¿Qué es lo que acaba de decir? —preguntó el profesor.

—¿Dijiste algo? —añadió Greta.

—Sí, que, por favor, lo haga ya.

Fuera, en el césped, las chicas nuevas, a las que Lili no conocía, recogían sus libros y sus mantas y volvían a la clínica porque caía la tarde. La sombra de los sauces barría el césped de la Clínica Municipal de Mujeres, y más allá de donde estaban las chicas un conejo lo cruzó corriendo para esconderse en una mata de groselleros. La corriente del Elba sostenía los cargueros de fondo plano, y, al otro lado del río, el sol iluminaba los tejados de cobre de Dresde y la gran cúpula que parecía de plata de la iglesia de la Virgen.

Lili cerró los ojos y soñó, en algún lugar del futuro, que cruzaba la plaza del Kongens Nytorv, a la sombra de la estatua del rey Cristián V, y que la única persona en todo el mundo que se paraba a mirarla era un apuesto desconocido cuyo corazón lo forzaba a tomar la mano de Lili y declararle su amor.

Cuando Lili volvió a abrir los ojos, vio que Greta y el profesor estaban mirando hacia el extremo del jardín de invierno. En el vano de la puerta se veía la figura de un hombre alto. Se acercó a ellos, convertido en una silueta, con el abrigo sobre el brazo. Lili observó a Greta, que estaba contemplando al hombre. Greta se echó el pelo hacia

atrás, por encima de las orejas. Luego se puso un dedo sobre la cicatriz de la mejilla. Al cabo, se frotó las manos, haciendo tintinear los brazaletes, y exclamó, con voz velada por la emoción:

—¡Miren! —Y añadió—: ¡Es Hans!

Cuarta parte

Copenhague, 1931

Volvieron a la Casa de las Viudas, pero con el paso de los años el edificio se había deteriorado mucho. Mientras estuvieron en París, Greta había contratado a un hombre llamado Poulsen para que cuidase de él. Una vez al mes, le enviaba un cheque junto con una nota llena de instrucciones: «Revise los desagües del tejado.» O bien: «Compruebe los goznes de las ventanas.» Pero lo cierto era que Poulsen no cumplía ninguna de las instrucciones que se le daban y se limitaba a barrer el zaguán y sacar la basura. Cuando Greta y Hans llegaron a Copenhague, una mañana en que la nieve caía sobre los alféizares de la ciudad, Poulsen desapareció.

La fachada se había descolorido, y ahora era de un color rosa pálido. En los pisos superiores, los excrementos de las gaviotas cubrían los marcos de las ventanas. Faltaba un cristal en una ventana de un apartamento donde una mujer de más de noventa años había muerto en plena noche estrangulada por su propia sábana. Y las paredes del vano de las escaleras que conducían al ático estaban cubiertas de mugre.

Greta tardó unas pocas semanas en preparar el apartamento para Lili. Hans la ayudó contratando a los pintores y los enceradores.

—¿Ha pensado Lili alguna vez en la posibilidad de vivir sola? —preguntó Hans un día a Greta, y ésta, sorprendida, replicó:

—¿Cómo? ¿Vivir sin mí?

Poco a poco, Greta habitué a Lili a la vida de Copenhague. En las tardes en que caía aguanieve, Greta cogía a Lili de la mano y las dos se paseaban entre los setos, sin hojas en invierno, del Jardín Real. Lili arrastraba los pies y hundía la boca en el regazo lanoso de su bufanda. Las operaciones le habían dejado un dolor constante que surgía en cuanto los efectos de la morfina cedían. Y Greta le decía, sintiendo el pulso de la muñeca de Lili: «Tranquila, Lili, tranquila, cuando estés lista, dímelo.» Greta daba por supuesto que llegaría un día en el que Lili querría salir a la calle sola. Lo veía venir en el rostro de Lili, en su manera de fijarse en las chicas que iban apresuradamente por Kongens Nytorv con paquetes de panecillos en las manos todas las mañanas, chicas que eran lo bastante jóvenes para expresar esperanza en sus miradas. Greta lo oía en la voz de Lili cuando leía en voz alta los anuncios de bodas en el periódico. Y Greta temía que llegara ese día; a veces se preguntaba si habría accedido a todo aquel lío de operaciones de haberse dado cuenta desde el principio de que al final todo terminaría con la marcha de Lili de la Casa de las Viudas con una maleta en la mano. Había días, durante los primeros meses de su regreso a Copenhague, en los que Greta creía a veces que Lili podría crear una vida nueva para ellas dos en el ático de la Casa de las Viudas, y ninguna de los dos pasaría más de una tarde sola fuera de casa. A veces, cuando ella y Lili estaban sentadas junto a la estufa de hierro, llegaba a pensar que todos aquellos años de trastorno y evolución habían

terminado para siempre, y que ahora podrían pintar y vivir en paz, solas, y al mismo tiempo juntas. ¿No era ésta acaso la inacabable lucha de Greta? Una perpetua necesidad de sentirse libre y a solas, pero siempre querida y enamorada. «¿Piensas que acabaré enamorándome?», había comenzado a preguntar Lili a medida que la primavera volvía y los tonos grises desaparecían del puerto, y cedían el paso al azul. «¿Piensas que alguna vez me ocurrirá a mí también eso, encontrarme con el amor?»

Con la primavera de 1931 comenzó a hundirse el mercado, bajaron los cambios y empezó a extenderse la gran nube negra de la ruina, tanto económica como política y social. Los norteamericanos comenzaban a irse de Europa, según Greta leía en los periódicos. Vio a una norteamericana comprando un billete de ida en las oficinas del Deutscher Aero-Lloyd. Era una mujer que llevaba un cuello de castor y un niño apoyado contra la cadera. Los cuadros, por buenos que fuesen, podían pasarse eternidades en las paredes de las galerías sin que nadie los comprase. Era un mundo gris y deslucido para que Lili naciese a la vida, ya no era el de antes. Todas las mañanas, Greta despertaba a Lili, que a veces no se despertaba por sí misma. Greta cogía una falda de la percha y una blusa con botones de madera y un jersey con copos de nieve bordados en las muñecas. Ayudaba a Lili a vestirse y le servía el café con pan negro y salmón ahumado salpicado de eneldo. Hasta media mañana no se despertaba de veras, y seguía teniendo los ojos obnubilados por la morfina y la boca reseca. «Será que estaba cansada», solía decir, como pidiendo excusas, y Greta asentía y decía: «Eso no tiene nada de particular.»

Cuando Lili salía sola —de compras al mercado de pescado de Gammel Strand o a la clase de alfarería en la que Greta la había matriculado—, Greta intentaba pintar. Sólo hacía seis semanas, pero le parecía que llevaba más tiempo viviendo en el apartamento con su fantasmal olor a arenque. Algunas cosas eran las mismas: las sirenas de los ferrys que iban a Suecia y a Bornholm, y la luz del atardecer, que entraba por las ventanas, justo antes de que el sol se perdiese más allá de la ciudad, y subrayaba las siluetas de las torres de las iglesias. Sentada ante su caballete, Greta pensaba en Einar entonces y en Lili ahora, y cerraba los ojos y oía un campanilleo de recuerdos en su cabeza, pero enseguida lo reconocía: era la llamada de la lavandera cantonesa, que todavía recorría la calle avisando a los vecinos. Greta no se arrepentía de nada; al menos, eso creía.

Se les concedió el divorcio con una rapidez que alarmó a Greta. Era evidente que ya no podían vivir conyugalmente, ahora que ambas eran mujeres y Einar había sido enterrado en el ataúd de los recuerdos. Así y todo, los funcionarios, con sus corbatas negras y sus dedos nerviosos, sorprendieron a Greta al solucionar su petición de divorcio con una celeridad que no tenía nada de normal. Pensaba, casi estaba segura de ello, que su solicitud se perdería entre el papeleo de la Administración. Aun cuando no le gustaba reconocerlo, Greta era como tantas otras muchachas de Pasadena para quienes el divorcio era un fallo moral; o, para ser más exactos, lo que ocurría era que lo consideraba una prueba de falta de aquel duro espíritu que había

permitido la conquista del Oeste. Llegó a preocuparse, de una manera nada habitual en ella, por el qué dirán, por si la considerarían una mujer frívola y sin cabeza, como esas que de pronto piensan que se han equivocado de marido. Greta, desde luego, no tenía esa idea de sí misma. Solicitó con apremio un certificado de defunción a nombre de Einar Wegener, a lo cual no accedieron las autoridades, aun cuando todos los relacionados con el caso conocían la situación en la que se encontraba. Un funcionario muy narigudo, que llevaba un bigote blanco muy recortado, llegó a reconocer que lo que pedía Greta se ajustaba mucho a la verdad.

—Lo malo es que no puedo corregir la ley —dijo tras un montón de papeles que casi le llegaban al bigote.

—¡Pero si mi marido está muerto! —insistió Greta, y golpeó con el puño cerrado el mostrador que la separaba del recinto de los burócratas, con sus manguitos y sus ábacos y su mustio olor a tabaco y a virutas de lápiz.

—¡Habría que declararlo muerto! —repitió en su última visita a la oficina del registro civil, con voz ya menos enérgica.

Observándoles desde lo alto de aquella habitación de burócratas estaba colgado uno de sus cuadros antiguos: el señor Ole Skram, vestido de negro; había sido viceministro del gobierno real durante menos de un mes y famoso solamente por su notable y bien documentada muerte entre las cuerdas de un globo aerostático que se estrelló contra el suelo.

Pero todos los ruegos y alegatos de Greta fracasaron, de modo que, oficialmente, Einar Wegener desapareció, y su cadáver no fue encontrado.

—Lili tiene que vivir su vida —dijo un día Hans—, debería salir sola y hacerse sus propios amigos.

—Yo no le impido que lo haga.

Greta se había encontrado con Hans a la entrada de la Academia Real de Bellas Artes, bajo el arco. Corría el mes de abril y el viento, frío y salado, venía del este, del Báltico. Greta se había subido el cuello, para protegerse del viento. A su lado pasaban estudiantes enguantados.

—Y tú también —insistió Hans.

Greta no dijo nada, mientras el frío se le metía espina dorsal abajo. Ante ella veía el Kongens Nytorv. Delante de la estatua del rey Cristián V un chico con una bufanda azul que le colgaba hasta las rodillas estaba besando a una chica. Lo malo de Hans era que siempre le recordaba lo que no tenía. Le recordaba —cuando se sentaba en su silla de leer esperando a que volviese Lili, con el corazón agitado ante cada ruido falso que le llegaba desde la escalera— algo de lo que ella se había convencido a sí misma de que no necesitaba. ¿A qué tenía miedo?

—¿Te apetece venir conmigo a Helsingør mañana? —le propuso Hans.

—No creo que pueda.

El viento arreciaba y silbaba al pasar por el pórtico de la Academia, que tenía las paredes rayadas a causa del paso de camiones excesivamente anchos. Entraron y se

dirigieron a uno de los vestíbulos laterales, que tenía las tablas del suelo sin barnizar y las paredes de un verde suave, y una escalera con la barandilla pintada de blanco.

—¿Cuándo te convencerás de que Lili ya no es tuya?

—Nunca dije que lo fuese —dijo Greta, y añadió—: Estaba pensando en mi trabajo. No me resulta nada fácil prescindir de mi trabajo durante un día entero.

—¿Y eso cómo lo sabes?

Greta sintió de repente que acababa de perder algo. Era como si la crueldad del envejecer y del paso del tiempo la hubiera desposeído repentinamente de sus días de estudiante en la Academia; como si su pasado sólo hubiese seguido siendo suyo hasta aquel preciso instante.

—Einar está muerto —dijo como si hablara consigo misma.

—Pero Lili no lo está.

Tenía razón Hans. Al fin y al cabo, quedaba Lili, que, probablemente, entonces estaría barriendo el apartamento, con el rostro enmarcado en una hoja de ventana soleada. Lili, con sus bonitas muñecas huesudas y sus ojos que eran casi negros. El día anterior, sin ir más lejos, había dicho: «He estado pensando que debería buscarme un trabajo.»

—¿No te das cuenta de que estoy un poco triste? —dijo Greta.

—¿Y no te la das de que estoy deseando que me cuentes tus penas?

—Hans, tengo que irme.

Y fue entonces cuando se dio cuenta de que estaban al pie de la escalinata donde ella y Einar se habían besado por primera vez y se habían enamorado. La de la barandilla blanca y los escalones de madera desgastados por décadas de estudiantes retrasados, con los ejercicios a medio hacer, cogidos bajo el brazo. Las ventanas encristaladas estaban cerradas para no dejar pasar el frío. El vestíbulo estaba en silencio. ¿Adónde se habían ido todos aquellos estudiantes? Greta oyó una puerta cerrarse de golpe en alguna parte. Y entonces todo volvió a quedar en silencio, y algo imperceptible pasó de Hans a ella, y al otro lado de la ventana, en el patio, bajo la larga sombra de la Academia, el chico de la bufanda azul volvió a besar a su chica, una y otra vez, sin cesar.

Lili estaba sentada en la silla de asiento de cuerda, preguntándose si habría llegado el momento de contárselo a Greta. Lili veía por la ventana los mástiles de los barcos arenqueras que había en el canal. Detrás de ella, Greta estaba pintando un retrato de Lili vuelta de espaldas. Guardaba silencio mientras delineaba el cuadro, y lo único que oía Lili era el tintineo de sus brazaletes. En la ingle sentía aún restos de dolor, tan constante que había acabado por acostumbrarse a hacer caso omiso de él; tenía la parte interior del labio desgarrada a fuerza de mordérselo. El profesor Bolk le había prometido que ese dolor acabaría desapareciendo.

Pensó en las chicas de la clínica. El día antes de que el profesor Bolk diese de alta a Lili, había habido una pequeña fiesta en el jardín. Dos de las chicas pusieron una mesa de hierro fundido en el césped, y otra trajo de su habitación una primula en un cubretiesto decorado con conejitos pintados. Las chicas trataron de extender un mantel amarillo sobre la mesa, pero el viento no hacía más que levantarlo. Lili se sentó a la cabecera de la mesa, en una silla metálica, y miraba el mantel ondear mientras las chicas trataban de sujetarlo por las esquinas. La luz del sol se derramaba a través del tejido amarillo, llenaba los ojos de Lili y rebotaba contra el cubretiesto, que estaba en su regazo.

Frau Krebs dio a Lili una caja atada con una cinta.

—Es del profesor —le dijo—. Hubiese querido entregárselo personalmente, pero ha tenido que irse a Berlín. Al Hospital Saint Norbert, a hacer una operación. Me pidió que le dijese adiós de su parte.

La cinta estaba tirante, y Lili no la podía soltar, de modo que Frau Krebs sacó un cuchillo militar de su delantal y la cortó rápidamente, lo cual decepcionó mucho a las chicas, que habían pensado entrelazarla por el pelo de Lili, que le había crecido hasta los hombros durante su estancia allí.

La caja era grande y estaba envuelta en papel fino, y dentro Lili encontró un marco de plata con dos óvalos. En uno de ellos había una fotografía de Lili echada sobre la hierba a la orilla del Elba; la foto la tenía que haber hecho Greta, porque Lili nunca había paseado por la orilla con el profesor Bolk. Y desde el otro óvalo la miraba el rostro de un hombre pequeño, con sombrero; sus ojos eran oscuros y estaban sombreados, su piel era tan blanca que casi relucía, y su cuello parecía delgado en medio del ancho cuello duro.

Ahora, desde la silla de asiento de cuerda donde estaba sentada, Lili veía ese retrato doble en la estantería. Oía el raspar del lápiz de Greta contra el lienzo. Lili llevaba el pelo con raya en el centro, caído a ambos lados sobre los hombros. Las cuentas de ámbar le ceñían el cuello, y sentía la frialdad del oro del cierre. Tenía una idea vaga de la mujer fornida y de piernas gruesas que había llevado aquellas cuentas

en otro tiempo; ella, como es natural, no conocía a aquella mujer, pero se la imaginaba con botas de goma y lienzo en un campo de musgo, con las cuentas rebotando contra la hendedura de sus pechos.

No la preocupaba en absoluto lo que recordaba y lo que no recordaba. Sabía que su vida anterior era como un libro que hubiese leído de niña: a un tiempo familiar y medio olvidado. Recordaba un campo de musgo, fangoso y cubierto de hoyos que eran de una familia de zorras rojas. Recordaba la hoja herrumbrosa y plana de una azada golpeando la turba. Y el hueco tintineo de las cuentas de ámbar que rebotaban en torno a un cuello. Lili recordaba la silueta de un muchacho alto, de cabeza grande, que iba por el borde del campo de musgo. No sabía quién era, pero sí sabía que en un tiempo ella misma había sido un chico pequeño y asustado que también veía esa silueta, negra y plana, en el horizonte del campo. Algo se esponjaba en su pecho a medida que la silueta se le acercaba, a medida que el brazo de la silueta se alzaba hasta el borde del sombrero; esto Lili lo sabía, y también recordaba que se decía a sí misma que, ciertamente, estaba enamorada.

—Te estás sonrojando —le dijo Greta, desde su caballete.

—¿De veras? —Lili sentía calor en el cuello, y la rápida acumulación de sudor en torno al borde de su rostro—. Pues la verdad es que no sé por qué.

Pero eso no era verdad. Unas pocas semanas antes, yendo al Banco de Crédito Agrícola para guardar en su caja de seguridad el broche de perlas y diamantes que Greta le había regalado, se paró por el camino en una tienda para comprar dos pinceles para Greta. El dependiente, que era un viejo de nudillos rosados y suaves, estaba tratando de alcanzar un bote de trementina. Atendía a un hombre con el pelo muy rizado que le cubría las orejas. Lili no veía el rostro del cliente, pero se sentía irritada porque había pedido el bote más grande de trementina, en el más alto de los estantes.

—Voy a comprar un par de guantes, vuelvo ahora mismo —le dijo de pronto el cliente al dependiente, que seguía en equilibrio en la escalera, y, al pasar junto a Lili, añadió—: Dispéñeme, señorita.

Al pasar junto a ella, Lili se apretó contra el estante y contuvo el aliento. El pelo del hombre le rozó la mejilla, y Lili notó un tenue olor a grano.

—Excúñeme —repitió el hombre.

Y entonces Lili recordó. Hundió la barbilla en el pecho, sin saber a ciencia cierta lo que deseaba que sucediese a continuación. La preocupaba su aspecto, probablemente tenía la cara irritada por el viento. En la balda más baja del estante había acuarelas para niños en cajas metálicas. Se arrodilló fingiendo consultar el precio de una caja roja, y se puso a ordenarse el pelo en torno al rostro.

Fue entonces cuando Henrik la reconoció y le puso una mano en el hombro:

—¿Lili? ¿Eres tú?

Salieron juntos de la tienda. La bolsa donde estaba el bote de trementina se agitaba en el brazo de Henrik. Había envejecido un tanto, y la piel en torno a sus ojos

era más fina y de un color desteñidamente azul. Tenía el pelo más oscuro, como de roble mate, sin apenas brillo. Tenía el cuello más grueso; y las muñecas también. Ya no era un chico guapo; se había convertido en un hombre apuesto.

Fueron a tomar un café a la vuelta de la esquina, y se sentaron a una mesa de un cafetín. Henrik le habló a Lili de su vida: de sus marinas, que se vendían mejor en Nueva York que en Dinamarca, del accidente de automóvil que había tenido en Long Island y en el que había estado a punto de perecer, pues la palanca del freno de su Kissel Gold Bug había salido disparada del estribo y le había dado de lleno en la frente. Le habló también de su ex novia de pómulos salientes, que era de Sutton Place y le había plantado, y no porque se hubiera enamorado de otro: simplemente, porque ya no le quería.

—¡Ah, se me olvidó! —dijo Lili de pronto—. ¡Se me olvidó comprarle los pinceles a Greta!

Henrik la acompañó de vuelta a la tienda, pero estaba cerrada. Se quedaron plantados en la calle, mientras la muestra de la tienda ondeaba al viento desde su brazo de hierro.

—Yo tengo algunos pinceles que no me hacen falta en el estudio —dijo Henrik—, si quieres, vamos por ellos.

Sus ojos tenían forma de lágrima, y Lili ya había olvidado lo cortas que eran sus pestañas. De nuevo notó el débil olor a grano, como a salvado de trigo.

—Todo esto me preocupa un poco —dijo Lili mientras el rostro de Henrik se acercaba cada vez más al suyo.

—Pues deja de preocuparte —dijo Henrik—, hazme el favor de no preocuparte por mí.

El letrero de la tienda seguía rechinando desde su brazo de hierro, y Henrik y Lili salieron camino del estudio, que estaba al otro lado del Puerto Interior, y allí, más tarde, después de que Henrik le escanciara vino tinto y le ofreciera fresas y le mostrara sus marinas, se besaron.

—Cada vez estás más roja —dijo de pronto Greta. Encendió una lámpara y comenzó a lavar sus pinceles en un jarro—. ¿Necesitas una pastilla? —preguntó—. ¿Te encuentras bien?

Lili no sabía cómo contárselo a Greta. Cuando las dos volvieron a Copenhague, Lili le había dicho:

—¿Crees de veras que debemos vivir juntas? ¿Dos mujeres en este apartamento?

—¿Te preocupa lo que pueda decir la gente? —dijo Greta—. ¿Es eso lo que te preocupa?

Y Lili, que no estaba del todo segura de por qué había dicho aquello, respondió:

—No, no, no es eso, no es eso en absoluto, es sólo que..., que estaba pensando en ti.

No, Lili no podía contarle a Greta su encuentro con Henrik, por lo menos, todavía no.

Además, ¿por dónde empezar? ¿Por el beso a la tenue luz del estudio? ¿Por el brazo de Henrik en torno a los hombros de Lili mientras paseaban por el parque al oscurecer justo cuando las niñeras empujaban sus cochecitos camino de casa? ¿Le diría que la mano de Henrik, que estaba cubierta de tupido pelo, le acarició primero la garganta y se apretó luego contra el suave almohadón de sus pechos? ¿Le hablaría de la carta que Henrik metió al día siguiente entre la ropa que le traía la lavandera cantonesa, un pedazo de papel doblado, manchado de frases escritas con tinta en las que Henrik le profesaba amor y pesar? Sí, justamente: ¿por dónde empezar?

Sólo habían pasado tres semanas desde el encuentro en la tienda de artículos de pintura, pero a Lili ya le parecía que durante ese tiempo su vida había vuelto a empezar. ¿Cómo decirle a Greta una cosa así?

—Me parece que voy a ir a dar un paseo —dijo Lili poniéndose en pie.

—No he terminado todavía —respondió Greta—. Anda, vuelve a sentarte, sólo unos minutos más.

—Es que me gustaría salir antes de que oscureciera.

—¿Quieres que te acompañe?

—No es necesario.

—¿Vas a ir sola?

Lili asintió, una doblez implacable crecía en su interior: le gustaba y al mismo tiempo aborrecía que Greta se preocupase tanto por ella. Así de sencillo.

Sacó del armario su abrigo y su bufanda. Greta comenzó a poner en orden sus pinturas y a recoger su caballete. Eduardo IV rompió a ladrar junto a los tobillos de Lili. El último rayo de sol invadió el apartamento. El *ferry* de Bornholm llamó, como de costumbre, y mientras se ponía un abrigo azul de fieltro con botones de gancho de bambú, Lili pensó que le gustaría ir al muelle del *ferry*, subir por la pasarela y sentarse en la cabina situada encima de la proa, que apuntaba hacia aquella isla perdida en el mar.

Pero no se haría a la mar, por lo menos todavía.

—Enseguida vuelvo —dijo a Greta la voz de Lili.

—Sí, muy bien... —replicó Greta, y añadió—: ¿Seguro que no quieres que te acompañe?

—No, esta noche no.

—Bueno, de acuerdo.

Greta cogió a Eduardo IV en sus brazos y se quedó en el centro del apartamento, bañada por un manchón de luz decreciente, mientras Lili se preparaba para dejarla. Lili sentía la necesidad de escapar. Henrik le había dicho que pensaba quedarse trabajando hasta tarde en el estudio.

—Mira a ver si hay luz —le había escrito en una nota que llegó al apartamento entre la ropa limpia.

—¿Tardarás mucho en volver?

Lili movió negativamente la cabeza:

—No lo sé. —Estaba lista, había terminado de abotonarse el abrigo. Le diría a Greta lo de Henrik, desde luego, pero no aquella noche—. Bueno, buenas noches —dijo, sintiendo algo en su interior.

Al abrir la puerta se encontró con Hans, que ya tenía la mano cerrada, a punto para llamar.

Hans entró, y Lili se quedó en el vano de la puerta. Hans parecía cansado, tenía la corbata floja. Las invitó a las dos a cenar con él. Lili dijo:

—Es que ahora mismo salía de casa.

Greta explicó que Lili estaba muy ocupada últimamente. Parecía un tanto disgustada, a juzgar por su forma de hablar a Hans del trabajo que Lili había encontrado en el departamento de perfumería de Fonnesbech's.

—Me coloqué allí porque sé francés —explicó Lili, que no se había quitado el abrigo.

La encargada de Fonnesbech's, una mujer cuya blusa negra le aplanaba los pechos, le había dicho que tenía que hablar a los clientes con acento francés. «Tienes que hablar como una francesa, tienes que fingir que eres alguien distinto. ¡Nuestra tienda es un teatro!»

Lili ordenaba todos los días los frascos de cristal tallado sobre una bandeja de plata, y a todas las clientas que pasaban a su lado les preguntaba con voz suave y los ojos modosamente bajos si querían probarse algún perfume.

—Bueno, me tengo que ir —dijo Lili, y se acercó a Hans para darle un beso de despedida.

Hans dijo que le gustaría pasear un poco con ella, pero Greta le advirtió que Lili quería ir sola.

—Bueno, iré con ella sólo un momento —dijo entonces Hans—. Enseguida vuelvo, Greta, y te llevo a cenar por ahí.

Salieron. Una mujer estaba llamando a la puerta del doctor Møller. Por fin le abrieron y la dejaron entrar. La mujer llevaba un brazo en cabestrillo. Se oyó un grito procedente del piso del marinero. Lili y Hans bajaron los escalones y vacilaron un momento ante la puerta de la Casa de las Viudas.

—¿Por dónde vamos? —preguntó él.

—Yo iba para Christianshavn. Pero no tienes por qué venir conmigo —dijo ella—. Está demasiado lejos.

—¿Qué tal ha estado Greta últimamente?

—Ya la conoces. Siempre igual.

—Eso no es verdad. ¿Está adaptándose bien?

Lili se detuvo, preguntándose qué querría decir Hans con esas palabras. ¿No era eso precisamente lo que tenía Greta de frustradoramente maravilloso, su manera de ser siempre la misma, de estar siempre pintando, siempre haciendo planes, siempre echándose para atrás el pelo?

—Está bien —dijo Lili, y añadió—: Pienso que está enfadada conmigo.

—¿Por qué?

—A veces me pregunto por qué me dejó pasar por todas esas pruebas y todas esas operaciones, si pensaba que todo iba a seguir siendo igual después.

—Greta nunca pensó eso —dijo Hans—, siempre se dio perfecta cuenta de lo que estaba haciendo.

Y entonces Hans le preguntó:

—¿Adónde vas, Lili?

Le cogió las manos entre las suyas y comenzó a frotárselas para calentárselas. A veces Lili se sorprendía de no derrumbarse ante el simple contacto de un hombre. Apenas conseguía creerse que su carne y su sangre pudiesen resistir el escrutinio de las puntas de los dedos de un hombre. Sentía esto, sobre todo, con Henrik, cuyas manos le apretaban todas las vértebras de la espina dorsal. Sus manos le cogían los hombros y ella había pensado al principio que se desharía como un pedazo de papel bajo tal presión, pero lo cierto era que no se deshizo y que Henrik seguía tocándola impunemente, besándola.

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo —dijo Hans.

—Creo que me he enamorado —comenzó Lili.

Y le contó lo de Henrik, le contó que se habían besado en su estudio por la noche, y que sentía deseos de no volver nunca más a la Casa de las Viudas.

—Algo así pensaba que estaba ocurriendo —dijo Hans—. ¿Por qué no se lo has dicho a Greta?

—Porque tendría celos. Trataría de impedirlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya trató de impedirlo en una ocasión.

—Pero eso fue hace ya mucho tiempo.

Lili consideró estas palabras. Hans tenía razón, naturalmente. Pero Hans no conocía a Greta tan bien como ella. Hans no había tenido que soportar las miradas de ira de Greta cada vez que la veía salir del apartamento, o cuando volvía a casa tarde. ¿Qué era lo que Greta le había dicho en una ocasión? Ah, sí: «Está claro que no soy tu madre, pero, de todas formas, me gustaría saber dónde te metes últimamente.»

—¿Y no crees que tiene derecho a saberlo? —preguntó Hans.

—¿Greta?

Greta no siempre era así, también eso había que reconocerlo. La semana pasada, sin ir más lejos, Greta fue a esperarla a la entrada de los empleados de Fønnesbech's y le dijo: «Siento tener que cambiar tus planes, pero Hans y yo vamos a cenar juntos por ahí. Pienso que no te importará arreglártelas sola.» ¿No era también cierto que Greta le había dicho el otro día, cuando las dos se despertaban de descabezar un sueñecito: «Soñé que te casabas?»

—¿Te puedo acompañar hasta el puente? —preguntó Hans.

—No te preocupes por mí —le respondió—. Vuelve con Greta.

Y entonces se le ocurrió que Hans y Greta se habían hecho muy íntimos

últimamente: las comidas compartidas en la larga mesa, las tranquilas veladas en la Casa de las Viudas, jugando al póquer, hasta que ella volvía, la forma, muy poco característica de Greta, de confiar en Hans para todo, diciendo con creciente frecuencia: «Tengo que saber lo que piensa de esto Hans.»

—¿Quieres casarte con ella? —le preguntó.

—No se lo he propuesto.

—Pero ¿se lo piensas proponer?

—Si ella está de acuerdo...

Lili no era celosa. Se sintió aliviada, aunque, al mismo tiempo, sentía el impulso de apresurados recuerdos: por ejemplo, Hans y Einar jugando a la entrada de la granja; el delantal colgando junto a la estufa; Greta casi persiguiendo a Einar por los pasillos de la Academia Real; Greta trotando por el pasillo de la iglesia de Saint Alban el día de su boda, apresurada como siempre. La vida de Lili había dado un cambio, y se sentía agradecida por ello.

—Pero no se casará conmigo hasta que sepa que estás bien instalada y eres feliz.

—¿Te lo ha dicho Greta?

—No tiene necesidad de decírmelo.

Se oyó otro alarido procedente del piso donde vivía el marinero y el golpe de una ventana al cerrarse. Lili y Hans sonrieron. A la luz de la farola, Hans parecía tan joven como un muchacho. Su mechón de pelo estaba erguido, sus mejillas eran sonrosadas. Lili veía cómo se mezclaban sus alientos.

—¡Eres un putón! —aulló de pronto el marinero, como siempre.

—¿He hecho algo malo? —preguntó Lili.

—No —dijo Hans, que soltó las manos de Lili y le dio un beso de despedida en la frente—, pero tampoco Greta.

Después de pensarlo, Greta no terminó el último retrato que había hecho de Lili. La parte posterior de la cabeza no estaba bien, era demasiado gruesa y fofa; y la espalda era demasiado ancha: la extensión entre los hombros casi llenaba la superficie del lienzo. Era feo, y Greta lo enrolló y lo quemó en la estufa de pies de hierro que había en el rincón, y los humos de los colores le irritaron la garganta.

No era el primer cuadro que le fallaba, ni sería el último. Había tratado de terminar el primer grupo de retratos desde su vuelta a Copenhague, pero, por mucho que lo intentaba, seguían pareciéndole mal concebidos. Lili quedaba, o bien demasiado grande, o bien extrañamente coloreada, o bien ocurría que la ensoñadora luz blanca que a Greta le gustaba pintar en las mejillas de Lili parecía requesón. Mientras Lili estaba en el departamento de perfumería de Fonnesbech's, Greta recurrió en una ocasión a alquilar los servicios de un modelo de la Academia Real. Para ello eligió al muchacho más pequeño de la clase, un chico delgado y rubio con largas pestañas que llevaba los jerséis metidos dentro del pantalón. Colocó el baúl laqueado delante de la ventana y dijo al chico que se pusiera en pie sobre él, con las manos cogidas a la espalda.

—No levantes los ojos de los pies —le ordenó Greta mientras preparaba su caballete.

El lienzo estaba virgen, y parecía imposible esbozar nada sobre su superficie granulada. Greta dibujó la curva de la cabeza del chico y la línea de su costado. Pero, al cabo de una hora, el retrato comenzaba a tomar un aire como de caricatura, con grandes ojos acuosos y cintura de reloj de arena. En vista de ello, Greta le dio al chico diez coronas y lo mandó a su casa.

Usó otros modelos: una apuesta mujer que era cocinera en el Palace Hotel, y un hombre con el bigote encerado, el cual, cuando Greta le dijo que se quedase en camiseta, resultó tener el pecho tan tupido como una alfombra.

—El mercado está poniéndose difícil —dijo Hans la noche que fue a visitarla, cuando volvió al apartamento después de acompañar a Lili.

La galería de Krystalgade había cerrado, y ahora tenía las ventanas enjalbegadas. Su dueño había desaparecido, y, según algunos, había huido a Polonia cargado de deudas, mientras otros decían que ahora se dedicaba a cargar cajones de curry en el muelle de la Compañía Asiática. La fábrica de porcelana de Henningsen, que había encargado veinte hornos más para producir cuencos de sopa para Norteamérica, acababa de cerrar. Los hornos de cemento del señor Petzholdt estaban ociosos. Los rumores se mezclaban con el olor a mantequilla que exhalaba la fábrica de margarina de Otto Mønsted. Y el aeródromo, que antes zumbaba como una colmena, estaba ahora reluciente y tranquilo, despidiendo a unos pocos emigrantes y recibiendo algún

que otro avión en su blanca pista de aterrizaje.

—Nadie compra nada —dijo Hans con la mano apoyada en la barbilla mientras estudiaba con atención los cuadros que Greta había distribuido por el cuarto—, prefiero esperar a que las cosas mejoren antes de decidirme a exponer esto. Ahora no es el momento. El año próximo, quizás.

—¿El año que viene?

Greta se apartó un poco para observar mejor su obra. Ninguno de aquellos cuadros era bello, ninguno tenía la pátina brillante que la había hecho famosa. Había olvidado la manera de crear la luz de fondo que daba vida al rostro de Lili. El único de aquellos cuadros que parecía tener algún mérito era el retrato del profesor Bolk: alto y de manos grandes, recio y fornido en su traje de lana de cuadros. Los demás no podían compararse con él. Greta no era tonta y se dio cuenta de que Hans, con la frente fruncida, estaba buscando la manera de decírselo.

—Estaba pensando en irme a Norteamérica —dijo Hans—, para ver si puedo hacer negocio allí.

—¿A Nueva York?

—Y a California.

—¿A California?

Greta, al decir esto, se apoyó contra la pared, entre sus cuadros, y se imaginó a Hans quitándose el sombrero de fieltro por primera vez bajo el sol de Pasadena.

Carlisle estaba a punto de llegar a Copenhague, vía Hamburgo. Había escrito que el invierno en Pasadena había sido seco, y que los macizos de amapolas ya se habían agostado en marzo. Esto, en respuesta a una carta de Greta que sólo contenía una frase: «Einar ha muerto». Y la respuesta de Carlisle fue: «Pasadena está reseca, y el río Los Ángeles no fluye. ¿Por qué no venís Lili y tú a hacernos una visita?» Y añadía: «¿Qué tal está Lili? ¿Se siente feliz?» Greta se había guardado esta carta en el bolsillo de su bata de pintar.

Algunas veces, por la tarde, Greta iba a Fønnesbech's para ver a Lili a través de los mostradores de guantes de cabritilla y los pañuelos de seda doblados en triángulo: Lili detrás del gran mostrador de cristal, con sus cuentas de ámbar contra el cuello de su uniforme y el pelo cayéndole sobre los ojos. Cuando una clienta pasaba por delante de ella, levantaba un dedo, y la clienta se paraba y se llevaba a la nariz un frasquito de perfume. Una sonrisa y una venta. Greta la observaba desde el otro lado del departamento, detrás de un expositor con paraguas que se vendían a mitad de precio. Había espiado a Lili en diversas ocasiones, y en la última de ellas, al volver a casa de Fønnesbech's, la estaba esperando un telegrama de Carlisle: «Salgo el sábado.»

Y ahora Hans le decía que pensaba hacer un viaje a California.

—¿Por qué no te vienes conmigo? —dijo.

—¿A California?

—Sí, naturalmente —insistió—, y no me vengas ahora con que no puedes.

—Pero es que no puedo.

—¿Y por qué no?

Greta no lo dijo, porque sabía muy bien que parecería absurdo. Pero ¿quién cuidaría de Lili? En aquel momento pensó en Carlisle, que estaría tomando el sol sobre una tumbona de lona en la cubierta del *Estonia*.

—Mira, Greta, es que podrías ayudarme —dijo Hans.

—¿Ayudarte?

—Sí, en Estados Unidos.

Greta dio un paso atrás para alejarse de Hans; éste siempre le había parecido más alto que ella pero hasta aquel momento no se había dado cuenta de lo mucho que lo era. Ya era tarde, y todavía no habían cenado. Eduardo IV sorbía sonoramente el agua de su cuenco. Hans era el amigo de la infancia de su marido, y, sin embargo, ella ya no lo veía así; era como si esa parte de Hans, esos recuerdos asociados con Hans, se hubiesen desvanecido para siempre junto con Einar.

—Piénsalo —dijo Hans.

—Te puedo dar nombres de gente que puede introducirte en el mundo del arte. También te escribiré cartas de presentación, si crees que las necesitas. Eso no me costará nada en absoluto —le dijo.

—No, mujer, no es eso, ¿es que no te das cuenta?

—¿Cuenta de qué?

Hans dejó caer su mano sobre la espalda de Greta.

—Pero ¿qué hacemos con Lili?

—Se las arreglará muy bien sola —dijo Hans.

—No podría dejarla sola —dijo Greta.

La mano de Hans le acariciaba la cadera. Era una noche de primavera y las persianas se agitaban al viento; Greta pensó en la casa de la colina de Pasadena, donde en verano las ramas de los eucaliptos golpeaban los cristales.

—Pues no vas a tener otro remedio —dijo Hans.

La rodeó con sus brazos, y ella sintió el corazón de Hans, que latía contra la camisa, mientras el suyo se le subía a la garganta.

Cuando llegó, Carlisle no se instaló en el cuarto de invitados, sino que tomó una habitación en el Palace Hotel, que daba a la plaza del Ayuntamiento y a la fuente de los tres dragones. Dijo que le gustaba el ruido que hacían los tranvías en los cruces de vías, y la voz del hombre que iba con su carrito vendiendo galletas picantes. Y también le gustaba mirar la larga pared de ladrillo del Tívoli, que acababa de abrir para iniciar una nueva temporada. Y el espectáculo de los asientos de la noria balanceándose al aire. Le gustaba la idea de ir a ver a Lili tras el mostrador de Fønnesbech's, donde acababan de ponerle la insignia de mejor vendedora del mes. Y le gustaba tanto verla trabajar como paseándose por el Strøget charlando con las otras

vendedoras de los grandes almacenes, después de salir por la puerta de empleados, todas ellas con sus vestiditos azules iguales. Carlisle le dijo a Greta que Lili debería vivir por su cuenta.

—¿Por qué dices eso? —replicó Greta.

—Es una mujer hecha y derecha.

—Pues no estoy tan segura de eso —dijo Greta—. Bueno, en fin, de ella depende, no de mí.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Carlisle.

—Muy en serio —exclamó Greta, que nunca acababa de ver el tremendo parecido que tenían ella y su hermano gemelo.

Una noche, la semana anterior, Greta estaba en el portal de un edificio que había enfrente de la salida de empleados de Fionnesbech's. Era ya tarde, y había salido a toda prisa de la Casa de las Viudas, por lo que se le había olvidado quitarse la bata de pintar. Tenía las manos en los bolsillos, y tocaba con los dedos las fotos de Teddy y de Einar, sus cartas, sus anillos de boda. Se apretaba contra el portal de una casa de pisos, que tenía un gran felpudo de crin.

Esperó sólo unos minutos, porque la puerta metálica se abrió enseguida y el callejón se llenó de luz y del parloteo de las chicas, cuyos zapatos comenzaron inmediatamente a repiquetear sobre las tapaderas metálicas de la acera.

Greta esperó a que Lili se juntase con tres o cuatro chicas que iban a un café turco donde la gente joven se pasaba las horas muertas sentada en el suelo sobre almohadones bordados de seda tachonados de pequeños espejitos.

—Bueno, hasta mañana —dijeron dos chicas a las demás.

—Buenas noches —dijo otra.

—Que os divirtáis —añadió una cuarta volviendo la cabeza y haciendo un ademán de despedida.

Las mejillas de las chicas eran sedosas y estaban rollizas y sanas, y sus colas de caballo se agitaban al ritmo de su paso mientras avanzaban por el callejón y salían al Strøget. Lili iba todavía con otras chicas, una de las cuales llevaba una bolsa llena de comestibles, mientras otra parecía llevar una mano en cabestrillo. Greta no alcanzaba a oír lo que se estaban diciendo, pero, de pronto, las demás chicas dijeron:

—Bueno, adiós.

Y entonces Lili se quedó, por fin, sola en la calle. Consultó el reloj de pulsera y miró el cielo, que estaba ceñudo y húmedo.

Una mujer pasó a su lado en bicicleta; parecía muy nerviosa por tener que pedalear sobre los resbaladizos adoquines. Lili, en tanto, se anudó un pañuelo a la cabeza y se lanzó calle abajo. Greta la vio alejarse hasta que se convirtió en un abrigo azul sostenido por dos delgados tobillos y unos zapatos que chapoteaban en medio de la llovizna.

Greta la siguió. Daba la impresión de que Lili no tenía prisa; evitaba tropezar con la gente que iba por la calle, y se paró a mirar el escaparate de una tienda donde

vendían fregonas y otros artículos de limpieza, donde había una pirámide de botes negros y blancos de Zebralin y la foto de una mujer limpiando los fogones de su cocina. Lili se volvió y consultó de nuevo el reloj de pulsera; y entonces sus tobillos, que a aquella distancia no parecían más gruesos que los de un niño, comenzaron a alejarse de nuevo de Greta. Fue Snaregade abajo, pasando ante los edificios con las fachadas con entramado de madera, y ante una farola apagada, y luego se metió por Gammel Strand, de donde pasó al canal de Slotsholm, con su baranda curvada a la que estaban amarrados pequeños botes de pesca con capacidad para una sola persona. También había un salvavidas blanco colgado de la baranda, y un esturión abandonado que pendía todavía de su anzuelo. La luz que llegaba de la Bolsa, al otro lado del canal, se reflejaba en el agua, y su chapitel de cobre relucía en medio de la noche. Lili siguió su camino y miraba al pasar los barcos de pesca amarrados al otro lado del canal, con sus crujientes mástiles negros.

Lili se detuvo y abrió el bolso. Estaba demasiado oscuro para que Greta viese los ojos de Lili mientras sus manos hurgaban en él, de donde sacó un pañuelo y un portamonedas, y luego la cajita de esmalte donde guardaba sus pastillas. La abrió con un seco clic y se llevó una a la lengua. Greta se dio cuenta de que Lili se encogía ligeramente al tragar la blanca píldora.

Greta pensó llamar a Lili, pero se detuvo. La observó mientras seguía su camino, hacia los puentes de Knippels. Era el mes de abril, y el viento llegaba del mar Báltico. Cuando Lili llegó al segundo puente, el viento hacía volar las puntas de su pañuelo. Se detuvo para rehacer el nudo que se lo sujetaba a la garganta. Más adelante, se paró para contemplar el tráfico portuario, pero no había ningún movimiento. El Puerto Interior estaba picado. Greta oía el agua helada golpear contra el puente basculante. Oyó el *ferry* sueco, que iniciaba su último trayecto del día.

Greta no sabía con exactitud adonde iba Lili por Christianshavn, pero suponía que tenía una cita. Recordó de pronto una canción que decía: «Érase una vez un viejo que vivía en un pantano.» Se asió a la fría baranda metálica que bordeaba el canal de Slotsholm. Estaba cubierta de herrumbre y olía a sal, y se agarró a ella con ambas manos y contempló a Lili cruzar el puente por encima del Puerto Interior mientras las puntas de su pañuelo se agitaban al viento como la mano de un niño diciendo adiós.

A finales de la primavera ya se habían abierto los relucientes brotes verdes de los sauces del parque Ørsted, y las rosas tempranas ponían una nota de color en los macizos de flores que había en torno al castillo de Rosenberg. La larga cubierta invernal del cielo se había levantado, y el atardecer comenzaba a alargarse hacia los calores estivales.

Lili, que estaba mucho mejor, aceptó —de la misma manera que un niño acepta un beso de su madre— la proposición de matrimonio de Henrik. Se le declaró la noche antes de salir para Nueva York en el *Albert Herring*. Había hecho sus maletas y baúles de asas magulladas y embalado sus cuadros y sus pinceles.

—¡A Nueva York! —no hacía más que decir Henrik—. ¡A Nueva York!

Y Lili, que ya había mencionado a las otras dependientas de Fønnesbech's la partida inminente de Henrik, levantó la cabeza y dijo:

—¿Sin mí?

Se hallaban en el estudio de Henrik, en Christianshavn, y el olor del canal les llegaba por la ventana. El estudio estaba vacío, sólo había en él equipaje y cajas marcadas con letras rojas que decían HENRIK SANDAHL, NUEVA YORK. Al retirar los muebles, había quedado al descubierto abundante polvo y grumos de pelusa, que se levantaban de los rincones impulsados por la corriente procedente de la ventana y flotaban en el aire. Henrik, que poco antes se había cortado el pelo, y lo había reducido a una delgada capa de rizos, dijo:

—Ya te lo he dicho, y te lo repito ahora, ¿por qué no te casas conmigo?

Eso era lo que siempre había querido Lili. Sabía que algún día se casaría; a veces, cuando pensaba en ello, se decía que el papel más importante que podía desempeñar en su vida era el de mujer de un hombre, mujer de Henrik. Era un pensamiento tonto, hasta ella lo sabía, y jamás se lo confesaría a Greta, que no pensaba así ni mucho menos. Pero ésta era su manera de pensar y sentir. Se imaginaba yendo de compras por el segundo piso de Fønnesbech's, donde la ropa de hombre colgaba de perchas, tocando las telas de las camisas hasta encontrar la que mejor le sentaría a Henrik. Se imaginaba un bolso de la compra de malla, lleno hasta reventar de comestibles — filetes de salmón, patatas, un poco de perejil— que se iban a convertir en su cena. Se imaginaba la oscuridad que caería sobre su cama de matrimonio y cómo se hundiría el colchón cuando Henrik se le acercase.

—Quiero que sepas una cosa de mí —le dijo Lili recordando la escena en el parque de Ørsted, años atrás, cuando salió corriendo y lo dejó plantado, mientras él gritaba su nombre—. Antes de que nos casemos.

—Dime lo que quieras.

—Cuando nací no me llamaba Lili Elbe.

—Eso ya lo sabía —respondió Henrik—. Y ya te dije que lo sabía. Sé muy bien quién eres.

—No —insistió Lili—, sabes quién era.

Y le habló del profesor Bolk, y de la clínica de paredes de estuco junto al Elba, y sobre Frau Krebs, que la cuidó hasta que recuperó la salud. Nunca se lo había contado a nadie. En el pequeño círculo de amistades de Lili —Greta, Hans, Carlisle, Anna— ya sabían todo lo que había que saber de ella, pero nunca había revelado los detalles de su casi increíble transformación a ninguna otra persona. Nunca había pedido a nadie que entrase en su círculo íntimo, que a veces le parecía demasiado lleno para que cupiese en él una sola persona más.

—Ya imaginaba que había un gran misterio en tu vida —dijo Henrik. Y añadió—: No me sorprende nada lo que acabas de revelarme.

Y Lili no pudo detectar ningún atisbo de horror en su expresión. A pesar de todo, era algo que temía a veces: que, en cuanto se enterase del caso, el mundo entero daría media vuelta y se iría asqueado.

Lili le preguntó lo que pensaba de ella, si creía que era un monstruo, o algo parecido. Y es que la idea que Lili tenía de sí misma cambiaba a veces de un minuto al siguiente: en ocasiones se miraba al espejo y soltaba un suspiro y sentía la paz tranquilizadora que da la gratitud; otras, en cambio, se veía a sí misma como un hombre-mujer cuya cabeza asomaba del cuello de un vestido. Greta y Hans le decían que no debía pensar así. Pero, cuando estaba sola, la duda acerca de su verdadera identidad volvía de nuevo a su pecho.

Henrik le dijo que lo único que se le ocurría decir era que estaba enamorado de ella.

—Estoy enamorado de una mujer extraordinaria —dijo.

Lili había pensado infinidad de veces que no podría corresponder al amor de ningún hombre que la aceptara como un ser híbrido. Había llegado a decirse que rechazaría a cualquiera si no podía presentarse ante él como una verdadera mujer. Fue ésa la razón de que abandonase a Henrik aquella noche en el parque. Ahora se limitó a cogerle la mano.

—¿Puedes amarme a pesar de ser así? —preguntó.

—¡Lili! —replicó él levantando los hombros, y añadió—: ¿Es que no vas a comprender nunca?

—Ésa es la razón de que no pueda ir contigo ahora mismo a Nueva York —dijo ella—. Tengo que volver a Dresde. Por última vez.

Y le dijo que el profesor Bolk quería que volviese. Quería intentar una última metamorfosis. Prefirió no explicarle los detalles, porque pensaba que se inquietaría. A lo mejor hasta intentaba disuadirla de ir. Quizá pensase que era algo imposible.

El año anterior, antes de irse de Dresde, el profesor Bolk le prometió que haría algo más por ella, algo que la transformaría en una mujer más completa incluso de lo que ya era. Algo que, según Greta, «era una locura sólo pensarlo». Algo tan

magnífico, que era como un sueño imposible, pero que, en realidad, como había prometido el profesor Bolk con su voz de bajo, era más que posible. Mientras Lili se preparaba para irse de la clínica, Bolk le dijo que el trasplante de ovarios había dado resultado. Y que con el tiempo quería intentar un trasplante de útero, para hacerla fecunda.

—¿Quiere decir que podría ser madre? —preguntó Lili.

—¿No he hecho todo lo que prometí que haría? —dijo entonces Bolk—. Pues también puedo hacer esto.

Pero Greta la disuadió.

—¿Por qué deberías someterte a esa intervención? —le dijo dando una palmada—. Aparte de que es completamente imposible. ¿Cómo puede conseguir algo semejante?

Durante el año que había pasado desde entonces, Lili había escrito con frecuencia al profesor Bolk, hablándole de su restablecimiento, y de sus tardes en el departamento de perfumería, y de las dificultades de Greta con su pintura, y de Henrik. Y el profesor Bolk le contestaba de cuando en cuando, mucho menos a menudo de lo que ella hubiese deseado, en finas hojas de papel mecanografiadas por Frau Krebs.

«Eso es maravilloso», contestaba Bolk. «Si alguna vez desea seguir adelante y quiere que le haga la última operación, ésa de la que hemos hablado, hágamelo saber sin demora. Ahora estoy más seguro de ella incluso que antes.»

Y ahora Lili había decidido aceptar. Todavía no se lo había dicho a Greta. Pero estaba convencida de que tenía que volver a Dresde para terminar lo que Bolk había comenzado. Para demostrar al mundo —bueno, no, no al mundo, a sí misma— que era una mujer sin el menor género de dudas, y que su vida anterior, pasada como el hombrecillo conocido por el nombre de Einar, no había sido otra cosa que un tremendo error de la naturaleza, corregido ahora de una vez para siempre.

—Pues entonces reúnete conmigo en Nueva York al final del verano —dijo entonces Henrik; estaba sentado en su baúl, que al día siguiente un estibador del muelle cargaría en el barco que iba a llevarlo a Nueva York vía Hamburgo—. Para entonces ya estaré instalado. Y allí nos casamos.

Unas semanas más tarde, una mañana de verano, temprano, Lili estaba posando para Greta. Llevaba un vestido blanco con escote en forma de pico y el pelo peinado hacia atrás. Greta le había dado un ramillete de rosas blancas para que se lo pusiese en el regazo. Le dijo también que cruzara los tobillos y levantase la barbilla.

Lili tenía ahora muchas cosas que contar a Greta. Noticias de Henrik, por ejemplo, y su propia decisión de volver a Dresde. ¿Cómo era posible que le hubiese ocultado tantas cosas? Un pequeño secreto había acabado por convertirse en un segundo mundo del que Greta no sabía nada. Lili sentía la pena hincársele en las

entrañas: su larga vida íntima juntas había quedado reducida a casi nada.

Greta llevaba ya casi una semana pintando el retrato, e iba bien: la luz en el rostro de Lili estaba viva, y era justa, como también estaban vivos sus ojos hundidos y el tenue resto de azul en sus sienes, así como el intenso calor que ardía tímidamente en la garganta de Lili. En pie ante el caballete, Greta decía todo esto a Lili.

—Este retrato va a ser precioso —decía Greta—, por fin estoy de nuevo en el buen camino, pero mis esfuerzos me ha costado, ¿verdad, Lili? Estaba empezando a desesperar.

A lo largo del año anterior, Greta había pintado cuadros apresurados y mal concebidos. Un retrato de Lili, por ejemplo, la mostraba grotesca, con pupilas negras y grasientas, el pelo encrespado a causa de la electricidad estática, y los labios hinchados y relucientes, mientras las venas de las sienes eran chillonas y verdes. Otros tenían poco parecido, o eran flojos de colorido y de idea. No todos eran malos, pero había demasiados que sí, y Lili se daba cuenta de que Greta pasaba por un mal momento. No era como en los años de París, cuando todo lo que pintaba tenía una calidad que brillaba con luz propia, cuando la gente se quedaba mirando los retratos de Lili y se frotaba la barbilla y decía: «¿Quién será esta chica?» Pero más sorprendente todavía era que había perdido el deseo de trabajar. Dejaba pasar cada vez más días sin pintar nada, lo que hacía que Lili, perpleja, mientras trabajaba en Fonnesbech's se preguntase cómo ocuparía Greta su tiempo.

—Es que todavía no he acabado de acostumbrarme a estar en Copenhague de nuevo —decía Greta a veces—. Pensaba que nos habíamos ido de aquí para siempre.

En otras ocasiones se limitaba a decir que no estaba de humor para pintar, un sentimiento tan extraño en ella que Lili solía replicar:

—Pero, dime, ¿es que no te encuentras bien?

Sin embargo, aquella mañana de comienzos de verano el último retrato pintado por Greta iba viento en popa y ella charlaba animadamente, como todas las mañanas de aquella semana. Estaba diciendo:

—Me parece que no te hablé nunca de que le pedí a mi madre que posase para un retrato. Fue cuando volví a Pasadena a causa de la guerra. Ella, entonces, era muy mandona, llevaba la casa y el jardín, y estaba siempre pendiente de que algún macizo no estuviese podado a la perfección. ¡Pobre del jardinero si dejaba una hoja, una sola hoja, fuera de lugar! En fin, que un día le dije que me gustaría pintarla. Primero lo pensó, y luego me dijo que me pusiera de acuerdo con el mayordomo, que se llamaba Ito, para las horas. Quedamos en cinco sesiones, y nos veríamos en el comedor pequeño, donde por la mañana había buena luz. Entonces yo salía con Teddy Cross, y mi madre lo sabía, pero no quería oír hablar de ello. Tenía dieciocho años y rebosaba de amor. Sólo pensaba en Teddy Cross. Siempre estaba hablando de Teddy, recordando a Teddy, cómo decía las cosas con su voz larga y lenta, cómo se curvaba de hombros, cómo sentía su pelo en mi mano. Pero mi madre no quería oír una sola palabra sobre él, y levantaba, imperiosa, la mano apenas empezaba. Bueno, pues

durante cinco mañanas la pinté sentada a la cabecera de la mesa del comedor pequeño, de espaldas a la ventana, justo detrás de la cual se veía una buganvilla. Era durante una ola de calor, un otoño, y me fijaba en el sudor que le burbujeaba en el labio. Y lo único que podía hacer era morderme la lengua y callarme todo lo que hubiera querido decir sobre mis sentimientos.

—¿Y qué tal quedó? —preguntó Lili.

—¿El cuadro? Le daba repeluznos. Decía que la hacía parecer mala. Pero no es verdad. La hace parecer una madre que quiere evitar que su hija dé un paso que acabará causándole dolor, aunque es consciente de que no lo podrá impedir. De sobra sabía que nada me haría dejar a Teddy. Lo sabía y posó con los labios apretados, sentada inmóvil como un cadáver, las cinco mañanas seguidas.

—¿Y dónde está?

—¿El cuadro? En Pasadena, en el vestíbulo del piso de arriba.

Lili llegó entonces a la conclusión de que ya era hora de contárselo todo a Greta. No podía seguir guardando el secreto. Había habido un terrible período en la vida de Einar —desde que Hans se fue de Bluetooth hasta el día en que conoció a Greta en la Academia— durante el cual vivió sin nadie a quien poder revelar sus secretos. Lili recordaba muy bien el dolor de tener que reconcomerse con tantos pensamientos y sentimientos como se almacenaban en su interior y que no estaban destinados a nadie. Y fue entonces cuando Greta cambió la vida de Einar. Lili recordaba también esa sensación, la sensación de darse cuenta, agradeciéndolo, de que, por fin, aquella terrible soledad iba a desaparecer. ¿Cómo no ser sincera con Greta, cómo seguir guardando tantos secretos un minuto más?

—Oye, Greta, tengo algo que decirte.

Greta murmuró. Sus ojos estaban fijos en el lienzo. Se ajustó la peineta de carey que llevaba en el pelo. Su mano se movía rápidamente, puntuando el lienzo y pasando revista a los colores que estaban en sus cuencos de Knabstrup, para volver inmediatamente al retrato de Lili, que ya estaba casi terminado.

Pero ¿por dónde empezar? ¿Qué noticia tendría que darle primero: la de Henrik, unas semanas antes, a punto de embarcar, con la mano hurgando en el bolsillo del chaquetón para dar con el anillo de diamantes; o la del extraño, dulce apuro que ambos sintieron cuando el anillo no pudo llegar al fondo del dedo de Lili; o la del telegrama que le llegó de Nueva York describiendo el apartamento de la calle Este 37, con fachada de piedra caliza, que iba a ser su hogar; o la de la última carta recibida del profesor Bolk, en la que le preguntaba cuándo pensaba llegar a Dresde, porque estaba impaciente por volverla a ver? Sí, eso, ¿por qué noticia empezar?

—Lo que tengo que decirte me resulta muy difícil —dijo Lili, imaginándose la expresión de sorpresa que encendería el rostro de Greta, y la ira que contraería sus puños. Hubiese querido hacer las cosas de otra forma, más llevadera para las dos—. La verdad es que no sé cómo empezar —añadió.

Greta dejó el pincel:

—¿Estás enamorada?

En el apartamento de abajo se oyó un portazo. Unos pocos pasos muy fuertes. Una ventana que se abría de golpe.

Lili se retrepó en la silla de asiento de cuerda. No acababa de creer que Greta lo hubiese adivinado. Y es que estaba segura de que, si Greta hubiese sabido que estaba enamorada, habría tratado de impedirlo. Y fue entonces cuando se dio cuenta de lo mucho que se había equivocado sobre Greta. Una vez más, se había equivocado.

—Sí, lo estoy —dijo Lili.

—¿Estás segura? —preguntó Greta.

—Sí, completamente.

—¿Te quiere?

—No acabo de creérmelo, pero, sí, me quiere.

—Bueno, pues eso es lo único que importa, ¿no crees?

El sol le daba de lleno, y pensó en las noches en que Greta cepillaba su cabellera y sus pechos se apoyaban en su espalda. Pensó en la cama que compartían, y en cómo sus dedos meñiques se entrelazaban durante la noche, y en cómo la luz matinal caía sobre el rostro dormido de Greta, y ella, entonces, le besaba las mejillas, pensando: «¡Dios mío, ojalá pudiese ser tan bella como tú!»

—¿Estás contenta por mí?

Greta respondió que sí, que lo estaba. Y preguntó quién era el chico, y Lili contuvo el aliento y le dijo que Henrik.

—Henrik —repitió Greta.

Lili la observó, tratando de ver cómo reaccionaba su rostro. Se preguntó si Greta se acordaba de Henrik, o si el hecho de que fuese él a quien amaba la sorprendería aún más. Pero su rostro seguía inmóvil, nada se movía en él, excepto una levísima agitación, casi imperceptible, en los labios.

—Siempre te ha querido, ¿no?

Lili asintió. Se sentía casi avergonzada. Pensó en la cicatriz que tenía Henrik en la frente, consecuencia del accidente de automóvil, y la invadió una sensación de paz al decirse que muy pronto comenzaría para ella una vida en la que le sería posible besar todas las noches aquella línea dentada.

—Nos casamos a fines de verano.

—Os casáis —dijo Greta en voz baja.

—Eso es lo que siempre he querido.

Greta estaba tapando los frascos de pintura.

—Pues todo eso son buenas noticias —dijo.

No miraba a Lili mientras limpiaba el cuello de cada frasco con el borde de su bata de pintar, antes de empujar el corcho cuello adentro. Cruzó la habitación y se arrodilló para enrollar un lienzo virgen.

—Todavía hay ocasiones en las que te veo y pienso: hace poco tiempo estábamos casadas. Tú y yo estábamos casadas y vivíamos en ese pequeño espacio oscuro que

siempre hay entre dos personas que están casadas de verdad.

—No era yo, erais tú y Einar.

—Sí, ya sé que era Einar, pero en realidad éramos tú y yo.

Lili comprendió. Recordaba muy bien lo que sentía cuando estaba enamorada de Greta. Recordaba también lo que era preguntarse, como pensando en otra cosa, cuándo volvería a aparecer Greta por la puerta. Y recordaba el leve y delicado peso de la fotografía de Greta en el bolsillo del pecho de la camisa de Einar.

—Estoy haciendo lo que puedo por acostumbrarme a tantos cambios —dijo Greta.

Tan bajo hablaba, que Lili apenas podía oírla. La bocina de un coche resonó en la calle, y a continuación se oyó un chirrido de frenos, y luego se hizo el silencio. Sin duda, acababa de evitarse un accidente, por los mismísimos pelos, en la calle, delante de la Casa de las Viudas: dos relucientes parachoques cromados habían estado a punto de chocar, bajo el sol de Copenhague, que ahora se levantaba, y seguiría así, arriba, hasta muy entrada la noche.

—¿Dónde pensáis casaros? —preguntó Greta.

—En Nueva York.

—¿Nueva York? —Greta estaba en la pila, frotándose las uñas con un cepillito para quitarse la pintura. Y añadió—: Ya.

Abajo, el marinero comenzó a llamar a su mujer:

—¡Estoy en casa! —gritaba.

—Pero hay una cosa que quiero hacer antes —dijo Lili.

A medida que iba avanzando la mañana, el calor crecía también en el apartamento. El moño comenzaba a pesarle a Lili, el escote en pico del vestido blanco se le pegaba al pecho. El *Nationaltidende* había profetizado un calor sin precedentes, y Lili se sentía complacida y disgustada por ello al mismo tiempo.

—Quiero volver a Dresde —dijo Lili.

—¿Para qué?

—Para la última operación.

Y entonces sí que vio una reacción en la cara de Greta: las ventanillas de la nariz se le levantaron de pronto, los párpados se le cerraron de despecho, las mejillas casi le ardieron.

—De sobra sabes que esa idea no me gusta nada.

—Pero a mí sí.

—Pero, Lili..., el profesor Bolk es..., sí, de acuerdo, es un buen médico, pero ni siquiera él puede hacer una cosa así. Nadie puede hacerla. Pensé que nos habíamos puesto de acuerdo sobre ello el año pasado.

—Estoy decidida —dijo Lili—. Pero, Greta, ¿es que no lo entiendes? Quiero tener hijos con mi marido.

El sol se reflejaba ahora en la cúpula del Teatro Real. Lili Elbe y Greta, que volvía a llamarse Greta Waud, estaban solas en el apartamento. Su perro, Eduardo IV,

dormía al pie del armario ropero; estaba artrítico, y sus funciones corporales eran inestables. Lili había empezado a sugerir que había llegado el momento de sacrificarlo, pero Greta protestaba casi con lágrimas en los ojos.

—El profesor Bolk sabe lo que se hace —dijo Lili.

—No le creo.

—Pues yo sí.

—No es posible embarazar a un hombre. Y eso es lo que te promete que hará contigo. Nunca se conseguirá. Ni contigo ni con nadie. Eso es algo que jamás será posible.

Eso, a Lili, la irritó. La protesta de Greta la hirió en lo más hondo, y sus ojos se humedecieron.

—Tampoco creía nadie que a un hombre se lo pudiera convertir en mujer, ¿no es así? ¿Quién habría creído que tal cosa fuese posible? Nadie, sólo tú y yo. Tú y yo lo creímos, y ahora fíjate en mí. Ocurrió porque sabíamos que podía ocurrir.

Lili lloraba al decir esto. Que Greta le llevase la contraria la disgustaba profundamente.

—¿Me prometes que lo pensarás un poco más, Lili?

—Ya lo he pensado.

—No, piénsalo más. Piénsalo a fondo.

Lili no dijo nada. Tenía el rostro apoyado en la ventana. Del piso de abajo llegó el sonido de pisadas de botas; luego se oyó el chillido de un fonógrafo.

—Estoy preocupada —dijo Greta—. Preocupada por ti.

A medida que la luz del sol avanzaba sobre el parqué, y en la calle resonaba otra bocina de automóvil, y el marinero seguía llamando a gritos a su mujer, Lili sentía que algo se afirmaba en su interior. Greta ya no podía decirle lo que tenía que hacer.

El cuadro estaba terminado, y Greta se volvió para enseñárselo. El dobladillo era como gasa contra las piernas, y el ramillete de rosas parecía milagrosamente florecido en su regazo. «Ojalá fuese yo la mitad de bella que ella», pensó Lili. Y, de pronto, se le ocurrió enviar el cuadro a Henrik como regalo de boda.

—El profesor Bolk me espera la semana que viene —dijo Lili.

Le volvía el dolor, y se miró el reloj de pulsera. ¿Habían pasado ya ocho horas desde que se tomó la píldora anterior? Comenzó a hurgar en el bolso en busca de la cajita de esmalte.

—El profesor y Frau Krebs saben ya que voy a volver, y me tienen preparada habitación —dijo mientras abría los cajones de la cocina, buscando la cajita.

Era terrible lo rápidamente que volvía a veces el dolor; a partir de nada, hasta llegar a ser violento, y sólo en unos pocos minutos. Era como la vuelta de un espíritu maligno.

—¿Has visto la cajita de mis píldoras? —preguntó Lili—. Pensaba que estaría en mi bolso. O a lo mejor en el alféizar. ¿La has visto, Greta? —Con el calor y el dolor, la respiración se le volvía jadeante. Añadió—: ¿Sabes dónde está? —Y enseguida, sin

parar—: Me gustaría que vinieses conmigo a Dresde, Greta, para ayudarme a restablecerme. El profesor piensa que deberías venir. Dice que necesitaré a alguien allí después. No te importará venir, ¿verdad que no, Greta? Vindrás conmigo, ¿verdad que sí, Greta? Sólo por última vez, la última, de verdad.

—Te haces cargo de que esta vez la cosa va de veras, ¿no? —dijo Greta.

—¿Qué quieres decir?

El dolor crecía tan rápidamente, que Lili comenzaba a no ver bien. Se sentó con el torso inclinado sobre las piernas. En cuanto encontrase las píldoras, se sentiría aliviada en unos pocos minutos, menos de cinco. Pero en aquel preciso instante era como si le cortasen el abdomen con un cuchillo. Pensó en sus ovarios. Estaban vivos, tal como le había prometido el profesor Bolk. Era como si los sintiese en su interior, hinchados y latiendo, aún curándose, casi un año después de la operación. ¿Dónde había dejado la cajita de las píldoras, y qué quería decir Greta con lo de que esa vez la cosa iba de veras? Miró al fondo de la habitación, donde Greta se desabrochaba la bata de pintar y la colgaba de un gancho junto a la puerta de la cocina.

—Lo siento —dijo Greta—, pero no puedo.

—¿No puedes encontrar la cajita de mis píldoras? —dijo Lili, pestañeando para limpiarse de lágrimas los ojos—. Mira en el ropero. A lo mejor la puse allí.

En aquel momento, Lili sintió que iba a desmayarse a causa del calor y las píldoras, que no aparecían, y de la violenta angustia que la inundaba, y de que Greta diera vueltas por el apartamento diciendo: No puedo, no quiero.

La mano de Greta se hundió en el cajón del fondo del armario ropero de fresno. Sacó una cajita de esmalte y se la tendió a Lili al mismo tiempo que le decía, con voz entrecortada por los sollozos:

—Mira, lo siento, pero no puedo ir contigo. No quiero que vayas, y por eso no pienso acompañarte. —Se puso a temblar—. Tendrás que ir a Dresde sola.

—Si Greta no quiere llevarte —dijo Carlisle—, te llevaré yo.

Había llegado a Copenhague a pasar el verano, y por las tardes, después de su trabajo en Fonnesbech's, Lili iba a veces a verlo al Palace Hotel. Se sentaban ante la ventana abierta y veían las sombras subir por las paredes de ladrillo de los edificios de la plaza del Ayuntamiento y observaban a la gente joven, con sus finas ropas de verano, reuniéndose para ir a los clubes de *jazz* de Nørrevold.

—Greta siempre hace lo que quiere —le había comentado Carlisle, pero Lili lo corrigió:

—No siempre. Ha cambiado.

Comenzaron a prepararse para el viaje. Sacaron pasajes para el *ferry* de Danzig, y Lili, un día, aprovechando su hora de comer, se compró dos batas nuevas en el departamento de señoras de Fonnesbech's. Le dijo a su encargada, que se cruzó de brazos en el momento en que empezó a hablarle, que se iba en una semana.

—¿Volverá? —le preguntó la encargada, cuya blusa negra le daba todo el aspecto de un gran pedazo de carbón.

—No —dijo Lili—, de allí saldré para Nueva York.

Eso había hecho más difícil el viaje a Dresde. El profesor Bolk le había dicho que iba a tener que quedarse en Dresde cosa de un mes.

«Operaremos inmediatamente», cablegrafió, «pero el restablecimiento será lento.»

Lili enseñó los telegramas a Carlisle, que los leyó más o menos como los había leído su hermana, con el papel alejado del rostro y la cabeza ladeada. Pero Carlisle no discutió ni dio consejos en contra. Los leyó con detenimiento y dijo, cuando hubo terminado:

—¿Qué es exactamente lo que va a hacer Bolk?

—Sabe que quiero ser madre —dijo Lili.

Carlisle asintió y frunció un poco el ceño:

—Pero ¿cómo?

Lili lo miró y, de pronto, temió que tratase de influir en su decisión.

—De la misma manera que me hizo a partir de Einar.

Los ojos de Carlisle recorrieron a Lili de pies a cabeza; Lili sintió aquellos ojos en sus tobillos, que ahora estaban cruzados, en su regazo, en sus pequeños pechos, en su garganta, que se alzaba como un tallo desde el collar de cuentas de ámbar. Carlisle se puso en pie:

—Todo esto parece muy emocionante para ti —dijo—. Supongo que es lo que siempre has deseado.

—Sí, desde que era pequeña.

—Sí, claro —dijo Carlisle—. ¿Qué chica no desea eso?

Era cierto, y Lili se sintió aliviada al ver que Carlisle estaba de acuerdo en acompañarla en su viaje. Durante unos días había suplicado a Greta que cambiase de actitud, pero se había limitado a decirle, mientras la estrechaba entre sus brazos:

—Pienso que es una equivocación, y no voy ayudarte a cometerla.

Lili preparó su maleta y sacó los billetes del *ferry* con cierta aprensión y se cubrió los hombros con su chal de verano, como si estuviera luchando contra un resfriado.

Se dijo que debía pensar en ello como se piensa en una aventura: el *ferry* de Danzig, el tren nocturno a Dresde, una estancia de un mes en la Clínica Municipal de Mujeres. De allí iría a Nueva York, Había escrito a Henrik diciéndole que llegaría hacia septiembre. Comenzó a verse como una viajera que se embarcaba rumbo a un mundo que sólo ella podía imaginar. Cuando cerraba los ojos, lo veía en su interior: el cuarto de estar de un apartamento neoyorquino, un silbato de la policía resonando en la calle y un niño saltando sobre su regazo. Se imaginaba una mesita con su tapete, y el marco de doble óvalo de plata con dos fotografías, una de Henrik y ella en el día de su boda, y la segunda de su hijito con su largo vestido de bautizar.

Lili tuvo que pasar revista a sus posesiones para cerciorarse de que todo estaba

debidamente embalado, de modo que, cuando mandase por sus cosas, no faltase ninguna. Primero, la ropa: los vestidos de manga larga del verano de Menton; y los vestidos bordados en pedrería de sus días parisinos, antes de su enfermedad; y el abrigo de piel de conejo, con la capucha. Se daba cuenta de que la mayor parte de aquella ropa no se la pondría en Nueva York. Aquellos vestidos ahora parecían de segunda mano, como si fuese alguna otra persona quien los había comprado, como si otro cuerpo femenino los hubiese llevado puestos.

Una tarde, ya oscurecido, mientras Lili preparaba los cajones y clavaba las tapas, Greta dijo:

—¿Y los cuadros de Einar?

—¿Sus cuadros?

—Quedan algunos. Están en mi estudio —dijo Greta—. Pensé que a lo mejor los querrías.

Lili no sabía qué pensar. Los cuadros de Einar ya no estaban colgados en el apartamento, y ahora, por alguna razón, no conseguía imaginarse qué aspecto tendrían: pequeños marcos dorados, escenas de la tierra congelada, pero ¿qué más?

—¿Puedo verlos?

Greta trajo los lienzos, enrollados con la superficie pintada hacia dentro; tenían los bordes reforzados por un grueso hilo ceroso. Los desenrolló sobre el parqué, y Lili sintió como si nunca los hubiese visto hasta entonces. En su mayor parte representaban escenas del páramo: uno, en invierno, con helada y un cielo ominoso; otro, en verano, con turba bajo un sol nocturno; otro, simplemente la tierra, gris azulada, de arcillas mezcladas con cal. Eran cuadros pequeños y bellos, y Greta seguía desenrollándolos sobre el suelo, diez, luego veinte, luego más, como una alfombra de campos de flores que se abrían ante sus ojos.

—¿Pintó de veras Einar todo esto?

—Entonces era un hombre muy atareado —dijo Greta.

—¿Y qué representan?

—¿No reconoces el páramo?

—No, no creo.

Lili se sentía turbada, porque se daba cuenta de que debería reconocer el lugar: había algo familiar en él, como un rostro perdido en el pasado.

—Pero ¿no lo recuerdas en absoluto?

—Muy vagamente.

Abajo comenzó a oírse el fonógrafo, una polca que interpretaba un acordeón, mezclada con bocinas de coche.

—Pues es el páramo de Bluetooth —dijo Greta.

—¿Dónde nació Einar?

—Sí, Einar y Hans.

—¿Has estado allí alguna vez? —preguntó Lili.

—No, pero he visto tantos cuadros y he oído hablar tantísimo sobre él, que me

basta con cerrar los ojos para verlo.

Lili observó con atención los cuadros, el páramo rodeado de avellanos y tilos, y un gran roble que parecía crecer en torno a un peñasco. Conservaba un recuerdo, aunque no era suyo, de seguir a Hans por un sendero, y de que sus botas se llenaban de barro a medida que le seguía. Recordaba tirar al pantano cosas robadas de la cocina de su abuela y verlas hundirse en él para siempre: un plato, un cuenco de peltre, un delantal con cintas de algodón. Recordaba el trabajo de cortar la turba en bloques, y el de cavar en los campos. Y Eduardo I, un perrito muy pequeño, que resbaló un día de una roca cubierta de líquen y se ahogó en el agua negra.

Greta seguía desplegando cuadros y sujetando sus extremos con frascos de pintura y con platillos de la cocina.

—Ésta era su tierra —dijo, a cuatro patas y con el cabello sobre el rostro. Desenrollaba metódicamente cada lienzo y anclaba sus extremos, y luego lo encajaba en la cuadrícula que estaba formando: docenas y docenas de cuadritos de pequeño tamaño que constituían la mayor parte del trabajo como pintor de Einar.

Lili la observaba. Greta concentraba su mirada en la punta de su nariz. Sus brazaletes tintineaban en torno a sus muñecas mientras desenrollaba los cuadros. El cuarto de estar de la Casa de las Viudas, con su ventanal que daba al norte, al sur y al oeste, se llenaba de los colores suaves de los cuadros de Einar: los grises y los blancos y los amarillos claros y el pardo del barro y el negro denso del páramo en medio de la noche.

—Solía trabajar sin descanso, el día entero, y el siguiente, y el siguiente —dijo Greta. Su voz era suave y cuidadosa, y extraña.

—¿Los puedes vender? —preguntó Lili.

Greta se detuvo. Casi todo el suelo estaba ya lleno de cuadros y se puso en pie y buscó un sitio por donde pasar. Acabó arrinconándose contra la pared, junto a la estufa de pies de hierro.

—¿Es que no los quieres?

Algo le decía a Lili que cometía un error, pero a pesar de todo dijo:

—No creo que a Henrik le gustasen. Tiene muchos cuadros allí. Le gustan cosas más modernas. Después de todo —añadió—, es Nueva York.

Greta dijo:

—Bueno se me ocurrió que a lo mejor los querías. Unos cuantos, por lo menos.

Cuando Lili cerraba los ojos, también veía el páramo, y la familia de perros blancos, y una abuela que estaba siempre vigilando la estufa, y a Hans, echado sobre una roca curva moteada de mica, y luego, por extraño que pareciese, a la joven Greta en el vestíbulo color verdoso de la Academia Real de Arte, con un paquete de pinceles rojos nuevos en la mano. Y, en este recuerdo perdido, Greta le decía: «Encontré la tienda de pinturas.»

—No es que no quiera esos cuadros —dijo Lili, cada vez más sorprendida de las cosas que decía aquel día, uno de los últimos que iba a pasar en la Casa de las Viudas

—, es que no me los puedo llevar conmigo.

Y sintió un escalofrío, porque, de pronto, fue como si todo lo que en aquel momento la rodeaba perteneciese a otra persona.

El día en que Lili y Carlisle salieron para Dresde cayó una tormenta de verano. Greta estaba en el apartamento, en la sala, regando la yedra del tiesto que había sobre la mesita estilo imperio. Sin sol, la habitación parecía gris, y Eduardo IV estaba dormido junto a su baúl. El marinero de abajo estaba en el mar, probablemente atrapado por la tormenta en aquel mismo momento; se oyó un trueno, y a continuación su mujer se echó a reír.

Tenía gracia, se dijo Greta, cómo habían pasado los años, en su interminable repetición de amaneceres en Dinamarca, y, al otro lado del globo, de puestas de sol reventando contra el Arroyo Seco y las montañas de San Gabriel. Años en California y en Copenhague, años en París, años casada y no casada, y ahora, en la desierta Casa de las Viudas, rodeada de montones de equipaje cargado y cerrado. Lili y Carlisle llegarían a Dresde aquel día, a menos que la lluvia los demorase. Ayer, ella y Lili se habían dicho adiós en el muelle del *ferry*. Rodeadas de pasajeros que llevaban su equipaje o con sus perros en brazos, de ciclistas que subían sus bicicletas por la pasarela. Hans estaba allí, y Carlisle, y Greta, y Lili, y cientos de personas más, todos diciéndose adiós. Un grupo de escolares, capitaneados por su maestra. Hombrecitos delgados en busca de trabajo. Una condesa que pasaría un mes tomando los baños en Baden-baden. Y Greta y Lili, muy juntas, cogidas de las manos y olvidando a la gente que las rodeaba. Una vez más, Greta apartó de sí al resto del mundo, y lo único que veía, y lo único que sentía, se reducía a aquel círculo de intimidad en el que estaban solas ella y Lili, ella con su brazo en torno a la cintura de Lili. Se prometieron escribirse y Lili dijo que se cuidaría. Lili añadió, con voz casi inaudible, que las dos se volverían a ver en Norteamérica. Sí, sin duda, dijo Greta, aunque le costaba creerlo. Pero, así y todo, dijo que sí. Cuando se ponía a pensar en ello, un terrible escalofrío le subía espina dorsal arriba, por aquella espina dorsal llena del espíritu que había llevado a cabo la conquista del Oeste, porque se sentía, durante aquella despedida en el muelle, como si, de alguna manera, hubiese fracasado.

Greta estaba esperando ahora a oír la bocina del coche de Hans. Fuera, las espiras y los tejados de pizarra estaban negros bajo la tormenta, la cúpula del Teatro Real era tan gris como peltre viejo. Y justo entonces oyó el bocinazo de Hans, que llegaba desde la calle, y cogió en sus brazos a Eduardo IV y apagó las luces y corrió pesadamente el cerrojo.

La tormenta continuaba, y la carretera que salía de la ciudad, estaba resbaladiza. Las casas de apartamentos estaban manchadas de lluvia. El agua corría por las cunetas. Greta y Hans vieron a una mujer rechoncha en bicicleta, con el cuerpo golpeado por la lluvia, estrellarse contra la trasera del camión de una empresa. Greta se llevó las manos a la boca al ver los ojos de la mujer cerrarse, llenos de miedo.

Una vez que estuvieron fuera de los límites de la ciudad, el Horch dorado con su capota blanca cerrada comenzó a correr por los campos. Los campos de centeno y de fleo y de cañuela estaban húmedos y doblados por la lluvia. Trébol rojo y blanco y alfalfa flanqueaban la carretera, doblados y chorreando. Y, más allá de los campos, había pequeños lagos, como hoyuelos en el paisaje.

Durante el trayecto en *ferry* hasta Århus el mar estaba picado, y Hans y Greta estuvieron sentados en los asientos delanteros del Horch durante la travesía. El coche olía al pelaje húmedo de Eduardo IV, rizado por la lluvia. Hans y Greta no hablaban, y ella sintió el ruido que hacían las máquinas del *ferry* cuando puso la mano sobre el tablero del coche. Hans preguntó si quería un café y dijo que sí. Hans se llevó a Eduardo IV consigo, y cuando se vio sola en el coche pensó en el viaje que estaban realizando ahora Lili y Carlisle. En cosa de unas pocas horas probablemente estarían los dos instalándose en la habitación de la clínica, con la vista de los sauces en medio del césped que se extendía hasta el Elba. Greta pensó en el profesor Bolk, cuya faz había captado en un cuadro que no se había vendido; estaba enrollado detrás del armario ropero. Y cuando volviese a Copenhague, dentro de unos días, cuando terminase de pasar revista a los muebles y a la ropa y a los cuadros, se lo enviaría, se dijo Greta. Podía colgarlo detrás del pupitre de recepción de Frau Krebs, en un marco gris de madera. O bien en su despacho, sobre el sofá, adonde, en unos pocos años, otras mujeres desesperadas como Lili irían, sin duda, en peregrinación.

Era ya de noche cuando llegaron a Bluetooth. La casa de ladrillo estaba oscura, la baronesa ya se había retirado a sus habitaciones, en el tercer piso. Un criado cargado de espaldas, con unos pocos mechones de pelo blanco y nariz respingona, llevó a Greta a una habitación con una cama cubierta con colcha de encaje. Encendió las lámparas y abrió las ventanas.

—¿Le dan miedo las ranas? —preguntó.

Ya se las oía, croando en el pantano.

Cuando se fue el criado, Greta abrió las ventanas un poco más. La noche era clara, con la luna, reducida a la mitad, baja en el cielo, y Greta veía el pantano por un claro que había entre los fresnos y los olmos. Parecía casi como un campo húmedo, o como el gran prado de Pasadena empapado después de una lluvia de enero. Greta pensó en las lombrices que salían del fondo de la tierra después de una lluvia de invierno, en su manera de retorcerse sobre las losas de los caminos, tratando de salvarse de morir ahogadas. ¿Se había divertido realmente al cortarlas en dos con el cuchillo de la cocina para dárselas a Carlisle en una bandeja, bajo una tapadera de plata?

Las cortinas eran de encaje azulado y colgaban hasta el suelo agitadas por el viento. Hans llamó a la puerta y dijo, sin abrir:

—Mi habitación está al otro lado del vestíbulo, Greta, por si necesitas algo.

Greta notó algo en su voz, sintió sus nudillos apretados contra la puerta, mientras la otra mano descansaba suavemente sobre el picaporte. Se lo imaginó en el

vestíbulo, iluminado por la luz única de un aplique situado en lo alto de la escalera. Y se imaginó también su frente apretada contra la puerta.

—No, nada por el momento —dijo.

Y todo quedó en silencio, sólo las ranas hacían coro en sus charcos de turba, y las lechuzas en los olmos.

—Muy bien, de acuerdo —dijo Hans, y Greta casi no le oyó retirarse a su habitación, con los pies descalzos contra la alfombra. Todo llegaría, se dijo ella, cada cosa a su tiempo.

Al día siguiente, Greta conoció a la baronesa Axgil durante el desayuno en el comedor pequeño. La habitación daba al pantano, que relucía entre los árboles. En la habitación había tiestos de helechos sobre trípodes de hierro, y una colección de platos de porcelana azules y blancos colgaba de la pared. La baronesa Axgil era alta y delgada, macilenta, y sus manos estaban surcadas por venillas como de goma. Su cabeza estaba sujeta firmemente al cuello por gruesos tendones. Su pelo blanco estaba peinado hacia atrás y sesgaba sus ojos. La baronesa estaba sentada a la cabecera de la mesa, Hans enfrente de ella, y Greta en medio. El criado sirvió salmón ahumado, huevos duros y triángulos de pan con mantequilla. La baronesa Axgil se limitó a decir:

—Mucho me temo que no recuerdo a ningún Einar Wegener. ¿Con uve doble decís que se escribe? Son muchos los chicos que pasaron por esta casa. ¿Tenía el pelo rojizo?

—No, era castaño —dijo Hans.

—Sí, castaño —replicó la baronesa, que había cogido a Eduardo IV en su regazo y estaba dándole pedazos de salmón—. Un buen chico, sin duda. ¿Cuánto tiempo hace que murió?

—Cosa de un año —contestó Greta mirando a un extremo de la mesa del desayuno, que era redonda, y luego al otro: le recordaba otro comedor a la hora del desayuno en el otro extremo del mundo, donde todavía reinaba otra mujer que no era muy distinta de la baronesa.

Más tarde, el mismo día, Hans llevó a Greta por un campo de musgo hasta una granja que tenía el tejado de barda y aleros de madera, y de cuya chimenea salía un poco de humo. Hans y Greta no se acercaron al patio, donde había gallinas en un corral y tres niños pequeños rascando el barro con palitos. Una mujer de pelo amarillo estaba en la puerta mirando al sol con los ojos entrecerrados vigilando a los niños, que eran dos chicos y una chica. Un *pony* estornudó en su redil y los niños se rieron, y el viejo Eduardo IV tembló contra la pierna de Greta.

—No sé muy bien quiénes son —dijo Hans—, llevan ya tiempo aquí.

—¿Piensas que nos dejará entrar si se lo pedimos, para echar una ojeada?

—No, déjalo —dijo Hans, cuya mano se apoyó en la espalda de Greta, donde siguió durante todo el tiempo que tardaron en volver a la carretera cruzando el campo. Las largas briznas de hierba les acariciaban las piernas. Y Eduardo IV iba,

renqueando, a su zaga.

En el cementerio había una cruz de madera donde ponía WEGENER.

—Es su padre —explicó Hans.

Una tumba cubierta de hierba a la sombra de un aliso rojo. El cementerio estaba al lado de una iglesia enjalbegada y el terreno era desigual, y pedregoso, y el sol quemaba el rocío del centeno, lo que impregnaba el aire de un olor dulce.

—Tengo sus cuadros —dijo ella.

—Consévalos —respondió Hans, cuya mano seguía sobre su espalda.

—¿Cómo era de niño?

—Era un chico pequeño, con un secreto. Eso es todo. No se diferenciaba en nada de los demás.

El sol estaba alto y no había nubes, y el viento corría entre las hojas del aliso rojo. Greta dejó de pensar en el pasado y en el futuro. El verano en Jutlandia, nada distinto del verano de los días de la juventud de Einar, de los días en que era, sin duda, un chico contento y a la vez triste. Y ella había vuelto a su casa sin él. Greta Waud, alta en medio de la hierba, cuya sombra se proyectaba sobre las tumbas, había vuelto a su casa sin él.

Durante el viaje de vuelta a Copenhague, Hans dijo:

—¿Y qué me dices de California? ¿Sigue en pie que vamos?

Los doce cilindros del Horch funcionaban llenos de potencia, y Greta sentía su vibración en la piel. El sol relucía y la capota estaba bajada; un pedacito de papel daba vueltas en torno a los tobillos de Greta.

—¿Qué dices? —gritó, sujetándose el pelo con una mano.

—Que si vamos a California juntos.

Y justo mientras el viento se apresuraba a su alrededor y le levantaba el pelo y el vestido, y se llevaba de allí el pedacito de papel, los pensamientos de Greta comenzaron a arremolinarse caóticamente en su cabeza: su pequeña habitación de Pasadena y la ventana de arco que daba a los rosales; la casita que estaba al borde del Arroyo Seco, ocupada ahora por inquilinos, un matrimonio y un niño pequeño; las ventanas ciegas del viejo estudio de alfarero de Teddy Cross en Colorado Street, transformado después del incendio en una imprenta; los miembros de la Sociedad de Artes y Oficios de Pasadena, con sus boinas de fieltro. ¿Cómo iba a poder volver a eso? Pero había más cosas en su cabeza, y entonces pensó en el patio musgoso de la casita, donde, a la luz que se filtraba a través de las hojas del aguacate, pintó su primer retrato de Teddy Cross; y las pequeñas casas que Carlisle estaba construyendo en las calles que salían del California Boulevard, donde se instalaban parejas de recién casados de Illinois; y las plantaciones de naranjas. Greta miró al cielo, cuyo azul pálido le recordaba los platos antiguos que colgaban de la pared del comedor pequeño de la baronesa. Corría junio, y en Pasadena el centeno estaría ya agostado, y las palmeras tendrían las hojas frágiles, y ya las doncellas habrían llevado las tumbonas a los porches. Había un porche en la parte trasera de la casa; sus persianas

tenían goznes, y ella, de niña, solía abrirlos y mirar hacia fuera, a través del Arroyo Seco, hasta las colinas de Linda Vista, y solía dibujar la vista ondulada y de un color verde seco de Pasadena. Se imaginó desempaquetando los colores y montando el caballete en el porche y pintando de nuevo esa vista: el gris pardusco indistinto de los eucaliptos, el verde polvoriento de los troncos de los cipreses, el relucir de estuco rosa de una casona de estilo italiano asomando entre las adelfas, el gris de una baranda de cemento dominando todo aquel panorama.

—Vamos —dijo Greta.

—¿Cómo dices? —preguntó Hans a través del viento.

—Te encantará. El resto del mundo te parecerá muy lejano.

Greta alargó el brazo y cogió el muslo de Hans. A esto se reducía todo: Hans vendría ahora a Pasadena, y ella, al pensarlo, se dio cuenta de que allí nadie comprendería del todo lo que le había ocurrido. Las chicas del club, que ahora, sin duda, estarían ya casadas, con hijos que se habrían apuntado a los grupos de tenis del club, no sabrían nada, o casi nada, sobre ella, excepto, quizás, que había vuelto a casa con un barón danés. Ya se imaginaba Greta el cotilleo: «Pobre Greta Waud. Otra vez viuda. Lo último que le ocurrió ha sido bastante misterioso. Una especie de pintor. Tengo entendido que murió de una forma algo rara, en Alemania, creo. Pero eso no tiene lo que se dice ninguna importancia. Porque, fijaos, ahora vuelve, y esta vez con un barón. Sí, justo, la señorita enemiga de las convenciones sociales vuelve a Pasadena, y en cuanto se case con su novio se convertirá en toda una baronesa.»

Esto era sólo una parte de lo que ahora le esperaba a Greta, pero, así y todo, se consolaba pensando que volvía a casa. Su mano descansaba sobre el muslo de Hans, y éste le sonreía, con los nudillos blancos en torno al volante del Horch, que ahora volvía a Copenhague. Allí le esperaba una carta de Carlisle. Después de leerla, Greta la guardó en el bolsillo lateral de una de las maletas que estaba preparando para el viaje. Eran muchísimas las cosas que tenía que llevarse a casa: sus pinceles y docenas de cuadernos de apuntes y esbozos de Lili. Era típico de Carlisle no enviarle muchas noticias: la operación había durado más de lo que Bolk pensaba, casi un día entero. Lili descansaba, durmiendo, como consecuencia de las inyecciones de morfina que todavía le daban. «Tendré que quedarme en Dresde más de lo que había pensado», escribía Carlisle. Varias semanas más. «Su restablecimiento llevará más tiempo de lo que pensábamos. El progreso ha sido lento hasta ahora. El profesor es muy amable. Te envía saludos y dice que no está preocupado por Lili, y si él no está preocupado, me imagino que tampoco debiéramos estarlo nosotros, ¿no te parece?»

Una semana después, Greta Waud y Hans Axgil tomaron el avión de la Deutsche Aero-Lloyd para la primera etapa de su viaje a Pasadena. Primero volarían a Berlín, y de allí a Southampton, donde cogerían el barco. El avión, reflejando el día soleado, estaba esperando en el aeródromo de Amager. Greta estaba con Hans, viendo los

chicos delgados cargar sus maletas y cajas en el vientre plateado del aeroplano. Más allá había un grupo de gente en torno a una plataforma, donde un hombre con sombrero de copa estaba pronunciando un discurso. Llevaba barba, y una banderita danesa ondeaba al viento en una esquina de su atril. Detrás de él estaba el *Graff Zeppelin*, largo y plateado como una enorme bala acanalada. La gente que rodeaba al que hablaba comenzó a blandir banderitas danesas. Greta había leído en *Politiken* que el zepelín iba a hacer un vuelo polar, y observó a la muchedumbre mientras lo veía flotar sobre el aeródromo.

—¿Crees que lo conseguirán? —preguntó Hans.

Hans había cogido su maleta de cuero, y el aeroplano ya estaba esperándolos.

—¿Y por qué no? —contestó Greta.

El hombre que pronunciaba el discurso era un político al que Greta no reconocía. Probablemente era candidato al Parlamento. Y detrás de él estaba el capitán del *Graff Zeppelin*, Franz Josef Land, con gorro de piel de foca. No sonreía. Tenía las cejas fruncidas sobre las gafas, y parecía preocupado.

—Ya es hora —dijo Hans.

Greta lo cogió por el codo y los dos buscaron sus asientos en el aeroplano. Greta veía el zepelín por la ventanilla, y la gente, que se apartaba del avión. Hombres en mangas de camisa y con tirantes comenzaban los preparativos del vuelo polar. El capitán del zepelín estaba erguido a la entrada de su pequeña cabina, despidiéndose de la gente.

—Parece no estar seguro de que va a volver —dijo Greta mientras la puerta del avión se cerraba.

La travesía en el *Empress of Britain* fue agradable. Los pasajeros se sentaban en sus tumbonas a rayas en la cubierta, y Greta pensaba en la gimnasia que hacía cuando tenía diez años. Ensambló su caballete, apretando los tornillos para encajar las patas. Sacó un lienzo de una de sus maletas y lo clavó al marco. Y en la cubierta del barco comenzó a pintar de memoria: las colinas de Pasadena, más allá del Arroyo Seco, que estaba reseco y pardusco a comienzos de verano, los jacarandaes que habían perdido sus flores, y los lirios que se abrumaban con tanto calor. Cerrando los ojos, veía todo eso.

Por las mañanas, Hans se quedaba solo en su camarote, mirando sus papeles y preparando su llegada a California, donde se iban a casar en la mansión de los Waud. Entrada la tarde, salía a sentarse junto a ella.

—Bueno, ya estamos de camino —solía decir.

—Camino de casa —respondía ella—. Nunca pensé que me fuese a gustar volver a casa.

A esto había llegado, pensaba Greta una y otra vez, mojando la punta húmeda del pincel en la pintura. El pasado que se alejaba, el futuro que se le abría. Y ella siempre

había navegado apresurada y cautamente, y a esto llegaba ahora. Hans era apuesto y bien parecido, y estaba tendido sobre la tumbona, a medias entre el sol y la sombra, con Eduardo IV a sus pies. Las máquinas del barco vibraban sin cesar. La proa hendía el mar, cortando en dos lo que parecía interminablemente unido. Greta y Hans seguían trabajando a la luz sesgada, en el aire empapado de sal, a través del crepúsculo que caía, rojo y plano, sobre el mar en movimiento, hasta que la luna se levantaba y las luces que se sucedían a lo largo de la barandilla del barco se encendían de pronto y el fresco de la noche los empujaba a los dos a su camarote, donde, por fin, estarían juntos.

Lili tardó hasta fines de julio en estar suficientemente despierta durante el día como para poder acordarse de las cosas. Durante casi seis semanas había salido de vez en cuando, indolentemente, de su estado de inconsciencia, escupiendo dormida, sangrando entre las piernas y en el abdomen. Todas las mañanas y todas las noches, Frau Krebs reponía las vendas que le cubrían la pelvis tras quitarle las viejas, que parecían harapos de terciopelo real de puro rojos y brillantes que habían quedado. Lili se daba cuenta de que Frau Krebs estaba cambiándole las vendas y la gasa, y sentía el deseado pinchazo de la inyección de morfina, y también, muchos días, la presión de la máscara de goma del éter. Sabía que alguien estaba allí, poniéndole un trapo húmedo sobre la frente, cambiándolo cuando se volvía tibio.

Algunas noches Lili despertaba y reconocía a Carlisle, que estaba dormido en una silla en un rincón, con la cabeza contra el almohadón, con la boca abierta. No quería despertarlo, porque era muy amable al prestarse a pasar la noche a su lado. Se decía que lo mejor era dejarle descansar; volvía la cabeza y miraba a Carlisle, con el rostro ceniciento de sueño y los dedos pegados a la cinta que sujetaba el almohadón al respaldo de la silla. Deseaba que Carlisle se pasase la noche dormido: y observaba el rítmico subir y bajar de su pecho, y pensaba en el día que habían pasado los dos juntos antes de la operación. Carlisle la llevó a una playa en el Elba, y nadaron siguiendo la corriente del río, y luego se tumbaron a tomar el sol sobre una manta.

—Serás una buena madre —le dijo Carlisle.

Y Lili, al oírle, se preguntó qué era lo que hacía a Carlisle pensar así, al contrario que Greta. Cuando cerraba los ojos, Lili pensaba a veces que olía el aroma a tabaco de un niño en pañales. Casi sentía el liviano y denso peso de una criatura en sus brazos. Se lo dijo a Carlisle, que le contestó:

—También yo lo veo.

A la orilla del río, Carlisle se pasó la mano por el brazo, sacudiéndose el agua. Tenía el pelo húmedo apelmazado en torno a la cara, y le dijo:

—Esto es muy duro para Greta.

Un vapor de turistas escupía humos negros y Lili trenzaba el extremo de la manta con briznas de hierba.

—Estoy seguro —dijo Carlisle— de que echa de menos a Einar.

—Eso lo comprendo. —Lili se sentía llena de la extraña sensación que la invadía siempre que se mencionaba a Einar en su presencia: era como si un fantasma pasase a través de ella—. ¿Piensas que vendrá a verme?

—¿Aquí? ¿A Dresde? Claro que sí. No sé por qué no.

Lili se volvió de lado y observó la columna de humo negro moverse y ascender.

—Escribirás a Greta después de la operación, ¿no?

Unos días después de la operación, cuando ya la fiebre de Lili se había estabilizado, Carlisle escribió a Greta, pero no le contestó. Volvió a escribir y tampoco recibió respuesta. Telefonó, pero lo único que oyó a través de los ruidos de electricidad estática fue un interminable timbrado metálico. El telegrama que mandó no le pudo ser entregado. Tuvo que enviar un cable al Banco de Crédito Agrícola para enterarse de que Greta había vuelto a California.

Y ahora, en plena noche, Lili no quería turbar el sueño de Carlisle, pero tampoco podía estarse callada. Le volvía el dolor, y desgarró la manta con las manos a causa del miedo que sentía. Concentró su atención en la bombilla del techo, mordiéndose el labio, pero el dolor no tardó en extenderse por todo el cuerpo, y prorrumpió en chillidos, suplicando una inyección de morfina. Suplicando que le pusieran éter. Gemía pidiendo sus píldoras, reforzadas con cocaína. Carlisle comenzó a moverse, a levantar la cara; se la quedó mirando un instante, moviendo los párpados, y Lili se dio cuenta de que estaba tratando de averiguar dónde se encontraba. Pero enseguida despertó del todo y fue a buscar a la enfermera de noche, que estaba dormida en su cabina. En cosa de un minuto la enfermera puso la máscara de éter en torno a la nariz y la boca de Lili y se fue del cuarto, en silencio para el resto de la noche.

—¿Te sientes mejor? —preguntaba el profesor Bolk cuando iba a verla por las mañanas.

—Un poco, quizá —se forzaba Lili a decir.

—¿Ha bajado algo el dolor?

—Un poquitín —replicaba, aun cuando no fuese verdad.

Lili trataba de incorporarse en la cama. Cuando el profesor entraba en su cuarto, se preocupaba por su aspecto; ojalá llamase a la puerta para darle tiempo de darse lápiz de labios y algo de polvos. Tenía la polvera en la mesita de noche; era de metal rojo y del tamaño de una pasta, pero estaba justo fuera de su alcance. Tenía que estar espantosa, pensaba Lili mientras el profesor, tan apuesto y guapo con su bata reluciente, echaba una ojeada atenta al papel que había en la tablilla.

—Mañana trataremos de que des un paseíto —decía el profesor.

—Bueno, si no puedo mañana, seguro que podré pasado —respondía Lili.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Ya ha hecho usted mucho —respondía Lili.

Y el profesor Bolk daba media vuelta para irse, pero entonces Lili hacía un esfuerzo para preguntarle lo que con más ahínco quería saber:

—Henrik está esperándome en Nueva York. ¿Cree usted que podré ir allí en septiembre?

—Sin el menor género de dudas.

La voz del profesor, cuando la tranquilizaba de esta forma, era como una mano sobre su hombro. Lili entonces se iba quedando dormida, sin soñar con nada especial, pero sabiendo vagamente que todo acabaría saliendo bien.

A veces oía al profesor y a Carlisle que hablaban al otro lado de la puerta.

—¿Qué puede decirme? —preguntaba Carlisle.

—Pues poca cosa. Hoy parece igual. Estoy tratando de estabilizarla cada vez más.

—¿Hay alguna cosa que deberíamos hacer por ella?

—Nada, dejarla dormir, lo que necesita es descansar.

Lili se volvía de un lado y se quedaba dormida, pues quería por encima de todo obedecer las órdenes del profesor. Lo único que sabía era que el profesor siempre tenía razón.

Un día la despertó una voz que se oyó en el pasillo. Era una voz conocida, una voz del pasado, metálica y fuerte.

—¿Qué está haciendo por ella? —oyó Lili decir a Anna—. ¿Es que no tiene ninguna otra idea?

—No empezó a preocuparse hasta hace un par de días —dijo Carlisle—. Hasta ayer no admitió que la infección debería estar ya curada.

—¿Qué podemos hacer nosotros?

—Eso mismo me he estado preguntando. Bolk dice que no hay nada que hacer.

—¿Está tomando alguna medicación?

Y entonces se oyó en el pasillo el choque de dos carritos, y Lili ya no pudo oír las voces, excepto la de Frau Krebs diciendo a una enfermera que tuviese más cuidado.

—El trasplante no funciona —dijo Carlisle—, no va a haber más remedio que extraer el útero. —Y añadió—: ¿Cuánto tiempo piensas quedarte aquí?

—Una semana. Tengo dos representaciones de *Carmen* en la Opernhaus.

—Sí, ya sé. Antes de la operación Lili y yo salimos un día y Lili vio el cartel. Sabía que vendrías a fines de verano. Estaba impaciente por volverte a ver.

—Y también por su matrimonio.

—¿Sabes algo de Greta? —preguntó Carlisle.

—Me escribió. Debe de estar ya en Pasadena. Instalada. ¿Ya sabes lo de ella y Hans?

—También yo debería volver —dijo Carlisle.

Lili no pudo oír lo que dijo Anna a continuación. Se preguntó por qué Anna no había entrado todavía en su habitación. Se la imaginaba entrando como un torrente y echando a un lado la cortina amarilla. Llevaría una blusa de seda verde con cuentas en el cuello, un turbante haciendo juego, como una torre sobre su cabeza. Sus labios estarían tan relucientes como la sangre, y Lili se imaginaba la marca que dejarían en su mejilla. Pensó llamarla desde la cama: «¡Anna!» Llorando: «¿Anna, es que no vas a entrar a saludarme?» Pero tenía la garganta seca, y se sentía incapaz de abrir la boca para decir nada, nada en absoluto. Lo más que podía hacer era volver la cabeza para mirar la puerta.

—¿Es grave? —preguntó Anna, en el pasillo.

—Lo que pasa es que Bolk no ha dicho, en realidad, lo que puede pasar ahora.

Y luego ya no se dijeron nada, y Lili se quedó echada en la cama, inmóvil, sin otra agitación que el lento latir de su corazón. ¿Adónde habían ido Carlisle y Anna?

—¿Está durmiendo ahora? —dijo Anna finalmente.

—Sí. Le dan inyecciones de morfina a primera hora de la tarde. ¿Puedes volver mañana después de comer? —dijo Carlisle—. Pero saca ahora la cabeza y echa una ojeada. Y así podré decirle que has estado aquí.

Lili oyó el ruido de la puerta al entreabrirse y sintió que otra persona entraba en la habitación: era el suave agitarse del aire, el cambio casi imperceptible de temperatura. El perfume de Anna llegó hasta su cama; lo reconoció por su trabajo de Fannesbech's. Era un perfume que iba en un frasquito con una borla de malla dorada, pero Lili no conseguía acordarse de su nombre. Eau-de-Provence, o algo por el estilo. ¿O sería La Fille de Provence? Nada, que no lo sabía. Y no conseguía abrir los ojos para saludarla. No podía hablar, no podía decir nada, no podía levantar la mano para hacer un ademán de saludo. Se dio cuenta de que Carlisle y Anna estaban de pie al lado de su cama y no podía hacer nada para indicarles que sabía que estaban allí.

Al día siguiente, después de comer, Carlisle y Anna pusieron a Lili entre los dos en su silla de ruedas de mimbre.

—Hace demasiado buen tiempo para no salir al aire libre —decía Carlisle mientras la arropaba bien.

Anna envolvió la cabeza de Lili en una larga bufanda color rojo púrpuro, hasta formar un turbante que hacía juego con el suyo. Y luego los dos empujaron la silla de ruedas hacia el jardín trasero de la clínica, y la dejaron junto a un grosellero.

—¿Te gusta el sol, Lili? —preguntó Anna—. ¿Te gusta estar aquí?

En el césped había otras chicas. Era domingo y algunas tenían visitantes que les habían traído revistas y cajas de bombones. Había una mujer con falda plisada y blusa moteada que daba a una chica bombones envueltos en papel dorado de la tienda de la Unter den Linden.

Lili veía a Frau Krebs en el jardín de invierno vigilando el césped y a las chicas en la curva del Elba. A esa distancia parecía pequeña, tan pequeña como una niña. De pronto, desapareció. Era su tarde libre, y a todas las chicas les gustaba cotillear sobre lo que hacía Frau Krebs en su tiempo libre, aunque la verdad era que se lo pasaba en su jardín con una azada.

—¿Qué tal si vamos a dar un paseo? —dijo Carlisle aflojando el freno de mano y empujando la silla de ruedas de Lili por el césped. Había agujeros de madrigueras de conejos sobre los que las ruedas rebotaban, y, aunque esto le dolía, Lili no podía sino sentirse contenta por encontrarse en el jardín de la clínica en compañía de Carlisle y de Anna.

—¿Bajamos hasta el Elba? —preguntó Lili al ver que Carlisle estaba alejándola del camino de tierra apisonada que conducía al río.

—Sí, lleguemos hasta allí —dijo Anna, y los dos empujaron a Lili a través de una cortina de sauces.

Iban rápido, y Lili se agarraba a los brazos de la silla cuando ésta chocaba con raíces y piedras.

—Se me ocurrió que sería buena idea sacarte de paseo un rato —dijo Carlisle.

—Pero es que no me dejan —dijo Lili—, va contra las normas. ¿Qué diría Frau Krebs?

—Nadie se va a enterar —dijo Anna—. Además, eres mayor de edad. ¿Por qué no has de salir de la clínica si se te antoja?

No tardaron en salir por las puertas de la clínica y verse en la calle. Carlisle y Anna la empujaron por los alrededores, más allá de los palacetes que asomaban tras tapias de ladrillo coronadas con puntas de hierro. El sol calentaba, pero una brisa recorría la calle mostrando la parte inferior de las hojas de los olmos. A lo lejos Lili oyó el ruido de un tranvía.

—¿Crees que me echarán de menos? —preguntó.

—Y si te echan, da igual —dijo Carlisle, con el rostro tenso, agitando la mano en el aire.

Al verle así, Lili pensó en Greta. Era casi como si oyese el ruido de sus brazaletes de plata. Lili recordaba, como quien se acuerda de una historia que le han contado tiempo ha, a Greta deslizándose por la Kronprinsessegade con Einar a su lado, y también, sobre todo, el calor de la mano de Greta en la suya, y el roce de un brazalete de plata contra sus dedos.

Pronto Lili y Carlisle cruzaron el puente de Augusto. Delante de Lili se extendía todo Dresde: la Ópera, la iglesia de la Corte, la Academia de Arte, de estilo italiano, la cúpula de la iglesia de la Virgen, que parecía flotar. Llegaron a la plaza del Palacio y al pie de la terraza de Brühlsche. Allí había un hombre con un carrito vendiendo bocadillos de bratwurst y escanciando vasos de sidra. Le iba muy bien, tenía una cola de ocho o diez personas esperando, cuyos rostros estaban colorados por el sol.

—¿Verdad que huele bien, Lili? —dijo Carlisle empujando su silla de ruedas hasta la escalera.

Había que subir cuarenta y un peldaños para llegar a la terraza, donde los paseantes dominicales estaban apoyados contra la baranda. Los escalones estaban adornados con los bronceos de Schilling que representaban la Mañana, el Mediodía, la Tarde y la Noche. Había una fina capa de tierra en los escalones y desde la base Lili vio la larga falda amarilla de una mujer y el disco de su sombrero de paja, y su brazo, cogido al de un hombre.

—¿Y cómo vamos a subir? —preguntó.

—Tú, tranquila —dijo Carlisle dando media vuelta a la silla y subiéndola al primer escalón.

—Tu pierna —dijo Lili.

—No pasa nada —respondió Carlisle.

—¿Y tu espalda?

—¿No te habló nunca Greta del indómito carácter de los conquistadores del Oeste?

Y, dicho esto, Carlisle, que nunca hasta entonces, que Lili supiese, había echado a

Greta la culpa de su pierna estropeada, comenzó a subir a Lili escaleras arriba. Con cada saltito, Lili sentía un terrible dolor, y Anna le dio una mano para que se la apretase.

Desde la terraza se veía el río, y, más allá, hasta el Palacio Japonés, en la orilla derecha. El tráfico fluvial era intenso, con barcos de ruedas y carboneros y góndolas con un dragón en la proa y barcas de remo de alquiler. Carlisle frenó la silla de Lili en el espacio entre dos bancos, debajo de uno de los álamos, podados en cuadrado, ante la baranda de la terraza. Carlisle estaba junto a ella, y Anna al otro lado. Lili sentía sus manos en el respaldo de la silla. Por la terraza se veían parejas jóvenes, cogidas de las manos; los chicos compraban bolsitas de dulces a las chicas a un vendedor que las llevaba en un carrito. En la playa poblada de hierba, al otro lado del Elba, cuatro niños jugaban con una cometa blanca.

—¡Fíjate en lo alta que está la cometa! —dijo Anna señalando a los chicos—. Parece más alta que la ciudad.

—¿Piensas que acabarán perdiéndola? —preguntó Lili.

—¿Te gustaría tener una cometa, Lili? —preguntó Anna—. Mañana mismo te compramos una, si quieres.

—¿Cómo se llama este sitio? —preguntó a su vez Carlisle—. ¿El balcón de Europa?

Estuvieron un rato sin decir nada, y luego Carlisle añadió:

—Me parece que voy a comprarle un bratwurst al hombrecillo ese. ¿Tienes hambre, Lili? ¿Quieres que te traiga algo?

Lili no tenía hambre; casi no comía nada, y eso, Carlisle, naturalmente, lo sabía.

—No, gracias —dijo, pero no le salían bien las palabras.

—¿Te importa que vayamos un momento a buscar al hombre ese? —dijo Anna—. Sólo tardaremos un minuto o dos.

Lili asintió, y los zapatos de Anna y Carlisle crujieron por el guijo, alejándose. Lili cerró los ojos. El balcón de todo el mundo, pensó. De todo mi mundo. Sentía el sol contra sus párpados. Oyó a una pareja en un banco masticando sus dulces. Y, más allá, el golpeteo del agua contra el costado de un bote. Sonó la campanilla de un tranvía, y luego se oyó la campana de la catedral. Y, por una vez, Lili dejó de pensar en el pasado neblinoso y doble, y en la promesa del futuro. No importaba quién había sido en otro tiempo ni quién era ahora. Era la señorita Lili Elbe, una chica danesa que estaba en Dresde. Una mujer joven cuya amiga más querida estaba en California y la había dejado, sintió de pronto, sola. Pensó en todos ellos: Henrik, Anna, Carlisle, Hans, Greta. Cada uno de ellos, a su manera, era parcialmente responsable del nacimiento de Lili Elbe. Ahora sabía lo que quería decir Greta: todo lo demás, Lili tendría que soportarlo sola.

Cuando abrió los ojos, Lili vio que Carlisle y Anna todavía no habían vuelto. Esto no la preocupaba: ya volverían a buscarla. La encontrarían en su silla de ruedas. Al otro lado del río, los chicos corrían, señalando al cielo. La cometa se levantaba más

alta que los sauces, más alta incluso que el puente de Augusto. Volaba sobre el Elba, era un rombo blanco que subía, reluciente de sol, tirando de la cuerda que los chicos tenían enrollada en un carrete. De pronto la cuerda se rompió y la cometa voló en libertad. Lili creyó oír los gritos excitados de los chicos traídos por la brisa, pero eso no era posible, porque estaban demasiado lejos. Sin embargo, lo cierto era que había oído un grito sofocado en alguna parte. ¿De dónde llegaba? Los chicos saltaban sobre la hierba. El que tenía el carrete recibió un golpe de uno de sus compañeros. Y, por encima de ellos, la cometa temblaba al viento, ascendiendo, como un murciélago albino, como un fantasma, más y más alto, volviendo a subir, cruzando el Elba, acercándose a ella.

Nota del autor

Ésta es una obra de ficción libremente inspirada en el caso de Einar Wegener y su esposa. La escribí para explorar el espacio íntimo que definía su insólito matrimonio, y ese espacio sólo podía cobrar vida a través de la conjetura, la especulación y la libertad imaginativa. En estas páginas se encuentran algunos datos importantes sobre la transformación real de Einar, pero la historia que cuento aquí, situada en un lugar y tiempo determinados y con diálogos y pensamientos concretos, no es más que un invento de mi imaginación. A comienzos de 1937, cuando se supo la noticia de que un hombre había cambiado de sexo, los periódicos de todo el mundo publicaron artículos sobre la curiosa vida de Einar Wegener. (Es interesante subrayar que fue la propia Lili Elbe quien filtró la historia a la prensa, junto con su propia nota necrológica, con seudónimo.) Muchos de esos artículos me han sido útiles para escribir esta novela, sobre todo, los que salieron en *Politiken* y en otros periódicos daneses. Otras fuentes indispensables fueron el diario y la correspondencia de Lili Elbe, editados por Niels Hoyer y publicados con el título *De hombre a mujer*. Ese diario y esas cartas me dieron detalles reales esenciales sobre la evolución de Einar, en especial, en relación con la primera visita de Lili al estudio de Wegener, las misteriosas hemorragias de Einar y su deterioro físico, su viaje a Dresde y su estancia en la Clínica Municipal de Mujeres. Las partes de mi libro que tratan de esos incidentes se deben, en gran medida, a las palabras originales de Lili Elbe que reproduce Hoyer. A pesar de todo, son tantos los elementos que he cambiado en la historia de Einar Wegener, que los personajes de estas páginas son enteramente ficticios. El lector no deberá buscar en esta novela una biografía detallada de la vida de Einar Wegener, y ningún otro de sus personajes guarda la menor relación con cualquier persona real, viva o muerta.

Agradecimientos

Las personas que han participado en la publicación de este libro son muchas, y a todas ellas les manifiesto mi gratitud.

Mis primeros lectores: Michael Lowenthal, Lee Buttala, Jennifer Marshall, Mitchell Waters, Chuck Adams. Mis colegas de Random House, presentes y pasados, a quienes nunca intimidó tener un novelista en sus filas: Ann Godoff, Alberto Vitale, Bruce Harris, Joy de Menil, Leah Watherspoon, Cathy Hemming, Sascha Alper, Benjamin Dreyer, Courtney Hodell. El personal de Viking, todos ellos defensores del autor: Jonathan Burnham, que revisó inteligentemente los primeros borradores; mi entusiasta y diestra editora Barbara Grossman; Ivan Held, Hal Fessenden, Leight Butler, Jim Geraghty, Paul Slovak, Gretchen Koss, Amanda Patten, Paul Buckley; Alex Gigante, por su asesoramiento jurídico; y, por su duro trabajo con la publicación, Lynn Goldberg y Mark Fortier. Por su amable ayuda en Copenhague, Liselotte Nelson, Susanne Andersen, Mette Paludan, mi excelente traductora Kirsten Nielsen, Luis Soria y Peter Heering. Por su ayuda en los capítulos alemanes y la publicación, Georg Reuchlein. Bill Contardi, Eric Price, Todd Siegal y Stephen Morrison vigilaron el desarrollo de la novela con ojos protectores.

Y, finalmente, Elaine Koster, mi agente y amiga.

Notas

[1] «La perfección exige esfuerzo.» (*N. del T.*) <<